Carlos Díaz Domínguez

LA ALDEA DE LOS CAUTIVOS



La aldea de los cautivos

Título original: *La aldea de los cautivos*
Autor: *Carlos Díaz Domínguez*

Diseño de la cubierta: *Alexia Jorques*

1ª Edición: Abril 2026
ISBN: 979-82-436368-2-7
© Carlos Díaz Domínguez

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibido sin autorización previa y escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

La aldea de los cautivos

Carlos Díaz Domínguez

Este libro está dedicado a mi amigo Manuel Alemany,
porque sé que, si alguna vez me caigo,
él será de las primeras personas que me ayudará a levantarme.

Quiero agradecer a mis Lectores Cero las oportunas consideraciones que realizan sobre mis trabajos, que siempre contribuyen a aumentar la calidad de los mismos. Las charlas que mantengo con ellos para comentar el borrador son siempre uno de los alicientes más preciados para este escritor: Magdalena Cenjor, Esperanza Redondo, Rosario Sánchez, José Antonio Arenal, Javier Díaz, Eugenio González y José Manuel López. Igualmente, agradezco a Marina Collazo Casal y a Tino Farelo Diñeiro la información que me han suministrado sobre algunos aspectos costumbristas relacionados con la novela.

1

Los jueves eran días distintos en la casa de los Barreiro, de las Barreiro habría que decir, pues Dios y la guerra pasada la limpió de varones para dejarla habitada de forma estable por féminas: cuatro mujeres fijas y un hombre de intermitente presencia, más un pequeño que acababa de echar a andar.

El cuarto día de la semana acudía a Arnega Chanciño, «el raspa», como lo llamaban las lenguas hirientes, porque según decían sus pescados más que lomos contenían espinas. El vendedor ambulante había adquirido una camioneta de caja cerrada, y una vez

cada siete días cargaba temprano mercancía en Redondela para recorrer los pueblos del interior de la provincia de Orense y surtir a la población de manjares marinos, impropios en los entornos montanos pero de consumo habitual en la costa gallega.

Avelina, la matriarca del grupo, se amoldaba a lo que el pescadero trajera, o a lo que quedara después de que le llegara la vez y que las paisanas no se hubieran llevado ya. Ese jueves fue calamar con buen aspecto y mejor paladar, supuso la madre de las tres hijas que todavía seguían viviendo con ella, a pesar de que alguna ya había cambiado de estado civil.

—Muy bueno, madre —opinó Carmiña, para romper el silencio que, más que apoderarse de la casa, vivía sentado junto a ellas y que solo se alteraba por el sonido de la lluvia, como sucedía durante aquella comida. Acompañó las palabras positivas con una mirada sonriente hacia la cocinera.

—Bueno pero caro. Ese «raspa» cada vez se sube más a la parra —recordó Xiana, la mediana.

Acompañadas de agua y pan del día anterior, las porciones de empanada iban pasando de los platos a las barrigas de aquellas cuatro personas que compartían techo desde que nació la última, Rosalía, mujer ya casada aunque no se había apartado del grupo por carecer de posibles para establecerse por su cuenta con Manuel Bodelón, el muchacho que la dejó preñada y con el que tuvo un niño del cual ante los vecinos y ante don Brégimo aseguró con razonable credibilidad que era sietemesino. «Hermoso para haber nacido tan antes de tiempo», afirmó entonces el párroco. «Así lo ha querido Dios, don Brégimo. Y ahora, si no le importa, vamos a seguir con nuestras cosas, que tenemos faena», zanjó la pequeña de las hermanas ante la visita siempre inesperada, siempre incómoda, siempre desagradable del portador de la palabra del Señor sobre Arnega.

—¿Alguna ha escuchado algo nuevo sobre lo del alemán? —inquirió curiosa Rosalía, que desde hacía varias semanas comía algo distanciada de la mesa por no poder acercarse a ella con la facilidad de antes.

—Yo no quiero saber de alemanes. Solo me alegro de la muerte de ese canalla, nada más.

Las palabras de Xiana fueron seguidas por un santiguamiento de su madre. La más morena de las hijas llevaba la blusa oscura de franela abotonada hasta el cuello y lucía su habitual moño sujeto por unas horquillas. Nadie habría calculado que contaba con tan solo veintidós años. Quien no conocía su edad le atribuía una superior.

—Sí, madre, sí. Me alegro cada vez que escucho que alguno de esos muere y, si lo han matado, como parece ser que ha sido en esta ocasión, mejor.

—No deberías decir eso —repuso Rosalía—. Gracias a los alemanes, Arnega es hoy un lugar distinto, antes había hambre, y hoy no la hay; de hecho, no ha parado de venir gente al pueblo. Si ahora tenemos luz es gracias a ellos.

A Xiana le hubiera gustado abofetear a la «tola» de su hermana pequeña, pero recordó que de eso bien se encargaba ya su cuñado, sobre todo al regresar a casa con más aguardiente que sangre en sus venas y con los bolsillos vacíos por su mala cabeza, o vaciados por superiores inteligencias, bien por el giley o por las chapas.

Desde 1940 Arnega se había transformado. Como si fuera una calentura que altera el ritmo de las cosas, aquello había acogido gentes llegadas desde decenas o cientos de kilómetros. El orvallo que empapaba los campos, tejados, bestias y parroquianos locales ahora calaba también a marineros vizcaínos, ganaderos mesetarios, afiladores capitalinos, mineros asturianos, labriegos extremeños y chacineros salmantinos. Arnega se había convertido en patria de pasiegos y de maragatos, de jacetanos y de gentes de la Vera y, si se sacara una lupa, se descubriría también a algún alpujarreño o incluso un isleño, mediterráneo o atlántico. También poblaban esos pagos prisioneros, hombres a quienes la guerra pilló en el bando perdedor y que redimían su pertenencia a los ejércitos de la bandera tricolor con el zapapico, el sudor, el olor a dinamita en las manos y en las entrañas, y el terror marcado en sus caras.

Y todo por una piedra que durante generaciones fue un decorado más de la superficie labriega galaica, un elemento

insustancial de las tripas de aquella tierra que había pasado tan desapercibida como un canto rodado cualquiera. Piezas negras, brillantes, macizas, que habían provocado la llegada de codicias, negocios, chanchullos, maleantes, penados y pecados, como se apresuraba a recordar don Brégimo cada vez que exorcizaba a la parroquia desde el púlpito de las amenazas.

—A mí esa gente no me va a dar nada, nada bueno. Nosotros ya tenemos nuestro sustento, gracias a mis manos y a las vuestras, y a mis viajes a Orense. Si Carmiña no trabajara para ellos, lo haría en otro lado. ¿No es así?

Las taimadas palabras de Xiana fueron escuchadas por la primogénita con entereza, sin querer entrar en rebates que solo conducirían al enfrentamiento.

—Ahora que te has quedado sin jefe, ¿qué vas a hacer? ¿Te van a seguir pagando? Espero que sí, que los números los tenemos muy justos y no me gusta comer de fiado, que la lagarta de la Benitiña luego se lo cuenta a todo el mundo. —La mediana continuó con su ejercicio detectivesco.

—Supongo. Por lo menos, el último día que vino el señor Hans me trajo un sobre con todo lo atrasado, ya lo viste tú cuando te lo entregué. Se dice que vendrá otro a sustituirlo.

—Otro alemán, supongo.

—Supongo.

Xiana y Rosalía se miraron con complicidad.

—Carmiña, igual el que viene es un hombre de buen ver, que ya tienes veinticinco años —tanteó la casada—. Alto, rubio, guapo y soltero, eso sobre todo. Y, lo más importante: con palabra.

Xiana sonrió, con la mirada puesta de soslayo en la hermana mayor, quien hizo por no oír el comentario.

—Aunque, a lo mejor, si viene alguno nuevo y apuesto, también te puede interesar a ti y no a Carmiña, que ya vas teniendo edad de conocer hombre.

—No me des clases tú de conocer hombres, que con el tuyo bien te has lucido —rebatió la mediana a la pequeña.

El llanto de un niño, que fue solapado por una lejana explosión que pasó inadvertida para el grupo, interrumpió la incipiente

discusión que se avecinaba.

—¡Venga, a ejercer! —ordenó Xiana.

Con algo de dificultad por el peso de su barriga que no paraba de crecer, Rosalía abandonó la mesa para perderse camino de la habitación conyugal ocupada por los tres. Los tres y lo que viniera.

Mientras, Avelina, con el último trozo de empanada en la boca, pensó en su marido y en qué feliz sería con un nieto entre sus brazos y, en poco tiempo, con otro más que los acompañarían en su vejez.

Carmiña, hermanada en el pensamiento con su madre, observaba el panorama que se le presentaba delante, y recordaba la biblioteca del pazo donde vivía el alemán fallecido y en donde trabajaba como secretaria, huérfana ahora de lectores, en los libros que descansaban sobre los recios anaqueles de roble y en la enciclopedia que curioseaba a escondidas, cuando no debía teclear cartas ni archivar papeles, y que le valía como billete a los paraísos que, intuía, anhelaba, se abrirían allende las montañas que ahogaban sus días en Arnega.

Después de comer, y dada la inclemencia del tiempo, las cuatro mujeres se sentaron en el salón sin salir al exterior y tomaron sus mundillos, bolillos, alfileres y patrones para reanudar la tarea iniciada por la mañana: vuelta, vuelta y cruz; vuelta, vuelta y cruz… Carmiña miró a su madre y le echó una toquilla por los hombros. Vuelta, vuelta y cruz; vuelta, vuelta y cruz…

2

A pesar de sus cincuenta y cuatro años, el general de división sir Stewart Menzies se mantenía en forma, dadas sus pasadas visitas a los entornos rurales durante la juventud y madurez así como los paseos a caballo, su gran pasión. El fallecimiento de su antecesor, el almirante Sinclair, lo condujo a ocupar el puesto de máxima responsabilidad en el MI6, los servicios secretos de espionaje y contraespionaje británicos de ámbito exterior, fundados por el capitán Cumming en los albores del siglo XX.

Bajó las escaleras saltando los peldaños de dos en dos y atravesó el largo y cavernoso pasillo de ladrillo que lo conduciría al lugar de reunión, donde lo esperaba uno de sus colaboradores directos, así como otras dos personas. Los cinco años que duraba la guerra no habían limado ni su patriotismo, ni su entrega ni tampoco su salud, aunque sí la de su familia, la de su querida esposa Pamela, enferma desde hacía varios meses. A él le gustaría seguir asistiendo con ella a las carreras de Ascot y lucir los conjuntos primaverales que servían de envidia a la cerrada sociedad tradicional que allí se daba cita, pero el conflicto bélico había cambiado la vida del país, incluso con la suspensión de sus costumbres centenarias más arraigadas.

Los dos soldados que custodiaban la puerta metálica de la entrada se cuadraron ante el general y le franquearon el paso. Menzies accedió con decisión y en primer lugar percibió el desagradable olor a humedad de la estancia.

—Buenas tardes.

Las tres personas presentes se levantaron ante la llegada del hombre de bigote corto, mirada dura y sonrisa escasa. Tras los saludos habituales, uno de sus subordinados comenzó con la exposición. Esa tarde se iba a hablar de las explotaciones de wolframio en la península Ibérica. Para facilitar la comprensión general, Norman Brown se valía de un enorme mapa donde había ido colocando alfileres con banderitas de distintos colores. Después de las alusiones a los acontecimientos en Portugal, el hombre del MI6 expuso a su jefe y a los otros dos asistentes cuál era la situación en el delicado equilibrio político y comercial que mantenían con la España de Franco.

—Señores, ya saben ustedes que el incidente *Laurel* ha sido la excusa pública de nuestros amigos americanos para dar un ultimátum al gobierno español, pero las cosas no están saliendo como teníamos previsto. —Norman quiso situarlos en antecedentes.

—Hay que conocer el carácter de esta gente, y no se puede chantajear a un grupo de fanáticos que se hicieron con el poder mediante las armas —opinó el único diplomático en la sala, un

hombre próximo a los sesenta años que arrastraba una larga experiencia en distintas embajadas de varios continentes.

—A mí me parece acertada la medida de presión de Washington. Llevamos demasiado tiempo contemporizando, y nuestras arcas no son infinitas. Basta ya de compras preventivas, tanto de wolframio como de otros bienes. Hace falta elevar el nivel de las coacciones —se posicionó el mayor del ejército, que era el único asistente vestido de militar.

—De todas maneras, ¿podemos concretar con exactitud cómo está en la actualidad el estado del noroeste peninsular español? —pidió el diplomático.

Con capacidad sintética, el hombre del MI6 comenzó a exponer ante su reducido auditorio la situación en cada una de las minas de wolframio conocidas por los servicios secretos británicos.

—Pero el gran problema no lo tenemos en las minas gallegas o leonesas, sino en Madrid —aseguraba Brown—. Por lo que hemos averiguado, el enfrentamiento en el seno del gobierno es absoluto, y el ministro Gómez-Jordana se encuentra solo ante la presión de los falangistas, sobre todo por parte de Demetrio Carceller, el titular de Industria.

—En el año y medio que lleva en el cargo, Gómez-Jordana ha demostrado ser una persona dialogante —recordó el diplomático—. Hoare nos ha hablado del buen entendimiento que mantiene con el ministro de Asuntos Exteriores español.

—Pero no siempre consigue convencer a Franco de los postulados que más nos interesan, tanto a nosotros como a ellos.

—Es imposible olvidar la ayuda que Hitler le facilitó durante su guerra civil —afirmó de nuevo el experto en temas extranjeros.

—Cierto, pero los tiempos han cambiado: la guerra tiene ya un claro vencedor, y más claro estará cuando abramos el segundo frente acordado en la conferencia de Teherán —aseveró el mayor—. De todas maneras, por favor, ¿le importa repetir la situación en la mina de Arnega? Me preocupa que allí no tengamos a nadie.

El conferenciante recordó la naturaleza de las prospecciones, el número aproximado de picadores, entre penados y trabajadores libres, y los kilos que podían extraer.

—Son cifras inquietantes. Tenemos que solucionar esa carencia. ¿Tiene algún plan? —preguntó el militar.

Todas las miradas se volvieron a Stewart Menzies, el director del MI6.

—Estamos trabajando en ello —fue su escueta respuesta.

—De todas maneras, si me lo permite, vamos a iniciar de forma urgente una segunda línea de actuación. Necesitamos meter allí a alguien que nos cuente qué está pasando. —Norman Brown había pensado en un plan complementario. Su jefe le dejó explicarse—. Según hablaban, he pensado en una persona de un país neutral. Es imposible de otra manera si queremos que se incorpore inmediatamente. Para ello, necesito presentarme en Estocolmo. Tengo un contacto que me puede conducir a una posibilidad. Veo factible conseguir su involucración, por lo que me han contado. Pero me he de presentar en Suecia de inmediato. Les comento.

Tras explicar en detalle durante quince minutos el plan que llevaba pergeñado, pidió con la mirada la opinión de los otros participantes en la reducida reunión. Inconscientemente, los ojos de los concurrentes se posaron en los de Menzies. Este guardó silencio. Necesitaba evaluar lo escuchado. Pensó en los descifradores de Bletchley Park, en los muchos agentes británicos repartidos por las áreas más arriesgadas del conflicto bélico, mientras se centraba en la originalidad del argumento aportado por Brown. Confiaba en él, en sus buenas ideas y en su capacidad de persuasión, algo que necesitaría. Sus ojos se volvieron al mayor.

—¿Cuándo podría partir? —preguntó el director del MI6. Norman respiró satisfecho después de los segundos de tensión a los que había sido sometido por el análisis silencioso de su jefe.

—Tendría que ser desde Manchester, para viajar con seguridad. Londres es demasiado peligroso —recordó el militar—. Solemos volar a Suecia con relativa asiduidad. Quizá en esta semana despegue algún aparato.

—Mañana, mayor. Mañana —concretó Menzies.

—Tenemos que consultar el parte meteorológico. —El castrense no entendía las prisas del general—. Le recuerdo que estamos en

marzo.

—Y yo le recuerdo que cada kilo de wolframio que llega a los alemanes son muertes de nuestros compatriotas. No estoy hablando de cada tonelada, sino de cada kilo. ¿Quiere usted ser responsable de la muerte de madres, de niños, de ancianos, de hijos por nacer en las próximas semanas…? Esas ventas a los nazis hay que torpedearlas como sea. Contamos con pilotos experimentados. Lleve a Norman a Estocolmo; y llévelo esta noche desde Tempsford. Su avión tiene que despegar antes de despuntar el día. —Miró a Norman y buscó su aprobación, aunque sabía que los hombres de inteligencia no necesitan hacer maleta, suelen viajar con lo puesto—. De aquí voy a reunirme con el *Premier*, y les puedo asegurar que es una persona a la que le encanta preguntar, quizá será por haber sido periodista, y con él no vale hablar de proyectos, sino de realidades.

El militar miró su reloj. Menzies le despejó las dudas que todavía pudiera albergar.

—Mayor, es una orden.

3

La misa de doce del domingo era la señalada por el cabo de la Guardia Civil Albino Castro para que acudieran todos los presos acogidos al régimen de redención de penas instituido por el Servicio de Colonias Penitenciarias Militarizadas. Entendía que no había mejor manera de congraciarse con Dios y con la Nueva España que combinar la oración, el trabajo y algún fustazo al que no entendiera cómo funcionaba el orden dimanante del espíritu del 18 de julio.

Diez minutos antes del inicio de la Eucaristía se abrían las puertas de los barracones donde se hacinaban los ciento ocho prisioneros que componían el colectivo. En formación de a tres, con las caras lavadas pero aun así con restos de tizne, y supervisados por tres números de la benemérita, recorrían los quinientos metros que separaban el lugar de internamiento de la plaza de José Antonio, la única empedrada en la aldea, en donde se levantaba la parroquia de San Pedro, patrón de Arnega y benefactor de todos los creyentes que lo rezaran con devoción y asiduidad.

De estilo barroco, la iglesia levantada en honor del custodio de las puertas del cielo era un edificio sin proporción con las dimensiones del pueblo donde se enclavaba. Era de imaginar que las previsiones de quien la mandó erigir fueran que la agricultura y la ganadería de la zona atraerían a un volumen poblacional que nunca llegó, por lo que resultaba algo fastuoso en una localidad solo animada por el wolframio.

Al entrar en el templo se les ordenaba descubrirse y ocupar la parte trasera derecha de los bancos dejando la izquierda para los arnegos y, como siempre, las filas delanteras se reservarían a las mujeres del pueblo, que aguardaban a que don Brégimo saliera de la sacristía para iniciar el oficio religioso, todas cubiertas con un velo con el fin de mantener el decoro exigido. En las primeras hileras siempre se sentaban la Calatrava y sus pupilas, en aquel domingo en número de siete. En el tercer banco se podía ver a Avelina y a dos de sus hijas, las de los extremos, Carmiña y Rosalía, pues Xiana había jurado que jamás pisaría una iglesia porque aquellos que frecuentaban sitios así habían sido quienes mataron a su padre.

Cerrando el grupo de prisioneros que acababa de llegar a la iglesia caminaba el cabo Castro, con el gesto altivo, con el donaire que siempre otorgan unos galones en una población donde nadie luce estrellas. A su lado, doña Pura lo acompañaba con sus característicos andares motivados por la diferencia de longitud de la pierna derecha respecto a la izquierda, así como sus tres hijos. Al alcanzar la puerta de entrada cruzó la vista con Pallarés, que lucía uniforme de gala con capote nuevo, y este le devolvió el saludo con un ligero movimiento de cabeza. Cuando estuvo más cerca, el cabo le susurró, cerca del oído.

—Hoy quiero tres. Me da igual quiénes sean, pero tres. Tampoco más.

—A sus órdenes, don Albino —respondió el leonés, sin ocultar una ligera sonrisa aviesa.

Durante la ceremonia, Álvaro Pallarés y dos de sus hombres pasearon por la nave lateral de la iglesia con celo en la vigilancia del colectivo: que los presos se arrodillaran cuando correspondía, que se santiguaran con interés, casi con marcialidad, que rezaran con

devoción y con el adecuado volumen de voz, y que su actitud no fuera la de un feligrés más sino que se situara al nivel del seminarista próximo a cantar misa.

El sacerdote se subió parsimonioso al púlpito labrado en piedra con la imagen de varios santos y comenzó, no con la homilía, pues no pretendía realizar interpretaciones o explicaciones bíblicas, sino con el sermón amedrentador. Le gustaba utilizar la plataforma elevada y que los parroquianos tuvieran que levantar el cuello para verlo, escucharlo y alimentar sus espíritus con sus palabras, preparadas con diligencia durante la semana. Siempre era mejor que sus feligreses tuvieran dolor de cervicales a que sufrieran las penurias de caer en el fuego eterno del infierno. Además, aquello suponía exteriorizar, a la ya habitual superioridad ética y moral, la preeminencia física al situarse en un plano superior.

Sabía la procedencia de los oyentes y comenzó hablando de los errores que se cometen en la vida aliándose con ateos, comunistas y anticristos que solo acarrean la destrucción de los valores cristianos. Aquellas palabras tenían un claro destinatario y algún preso no pudo evitar mirarse e intentar contemporizar. También habló de las mujeres que echan a perder sus cuerpos, y de aquellos que deshonran el sacramento del matrimonio al perder la dignidad y la hombría en brazos de pecadoras, cuyo único fin es arrebatar el fruto del trabajo honesto y destruir a la familia cristiana.

—Pero Dios es misericordioso y no importa cuán lejos hayamos llegado porque todos los caminos tienen vuelta. Vuestras vidas no están definidas por los actos pasados sino por todo cuanto podéis llegar a ser, con fe, con resignación, mostrando arrepentimiento. Hoy es el día elegido por el Señor para renacer de nuestros pecados del ayer. Dios os perdonará si seguís su camino, y os brindará la esperanza de transformar vuestras almas para alcanzar la vida eterna de descanso y gozo.

La Calatrava ya se había habituado a escuchar las reprimendas públicas del padre Brégimo y se limitó a mostrar expresión de arrepentimiento, como si aquello le importara y fuera a mostrar propósito de enmienda. Era una buena actriz.

Al terminar el oficio, y con el mismo orden mantenido en la entrada, los penados salieron al exterior, momento en el que un guardia lanzó un chillido imperativo.

—¡Alto! ¡En formación de a tres, vamos!

Levantó la palma de la mano derecha y los convictos republicanos se cubrieron con celeridad.

El cabo Castro, sin separar las manos de la espalda, inició algo parecido a una revista de tropas, cruzando la vista con la de los reos, que preferían mirar al suelo antes que posar sus ojos en los de la autoridad y que se entendiera como una afrenta. Se detuvo y se volvió a Pallarés.

—¿Quiénes han sido?

El falangista se lanzó hacia el grupo y agarró a tres por el brazo para sacarlos de las filas, momento en el que los guardias que acompañaban a los presos pusieron sus fusiles en posición de disparo, aunque sin cargarlos.

—Mi cabo, estos son.

Ninguno de los señalados sabía por qué estaba ahí, si se habían portado con la máxima corrección, sin significarse por mantenerse pasivos o incluso díscolos. Pensaron que les había tocado a ellos porque en alguien tenían que recaer las iras oficiales y el deseo continuo de ejemplarizar.

—¡De rodillas! —chilló el leonés.

Se acercó a aquellos pobres desgraciados y desenfundó la fusta que guardaba bajo el capote. Como si fueran animales de carga que remolonean, el jefe comarcal de Falange inició la ronda de golpes, con saña, sin importar el lugar del impacto: en los hombros, en el cuello, en la cabeza, en la espalda, a la vez que profería insultos en cascada, desde ateos a rojos, exigiendo el máximo respeto hacia los símbolos de la Iglesia. Mientras, sus otros dos compañeros se preocuparon de que los prisioneros vieran que ellos también iban armados con sendas Astra del nueve largo.

En la formación presidiaria había alguien que buscaba una mirada de complicidad entre los hombres del pueblo que se habían quedado a ver el bochornoso espectáculo. José Castrillo, el reo, halló los ojos del entibador Cristóbal Díaz e intentó hablarlo con un breve

movimiento labial. «Mañana», entendió el minero libre. El preso confirmó con un ínfimo ademán.

Diez minutos después, Pallarés ordenó a los tres hombres golpeados que regresaran al grupo.

—Mi cabo, siempre a sus órdenes.

Castro esperó a que entre varios compañeros los ayudaran a ponerse en pie e hizo una seña a uno de sus subordinados para que los llevaran de nuevo, calle Juan Canalejo arriba, al barracón donde se encontraban confinados, siempre en perfecta formación y todos con su gorra carcelaria con la *T* en la parte delantera y la bandera de España, aquella contra la que lucharon.

Carmiña, su hermana, esta vez acompañada de su marido y con el cochecito, su madre y otras mujeres y hombres del pueblo habían visto la escena pero nadie había pronunciado palabra alguna. La mayor, como los arnegos que acudían a misa, estaba acostumbrada a que todos los domingos tres, cuatro o hasta seis presos sufrieran una sesión de humillación pública así; nada nuevo. Era algo tan habitual que los niños no interrumpían el juego del diábolo, uno de sus preferidos.

Pallarés esperó a ver marchar al grupo y después se ajustó su boina roja, se cerró el capote y miró en derredor. La casualidad hizo que sus ojos se cruzaran con los de Carmiña. Se dirigió hacia ella con autoridad, con el poderío propio de quien piensa que la humanidad está a sus órdenes, cuando no a sus caprichos.

—Buenos días, señora y señoritas. Desde que he venido a este precioso pueblo no he podido evitar reparar en ustedes. Ya las he observado otros domingos, también en misa, y quedo fascinado con su presencia. —Los ojos de Pallarés solo tenían un destino.

—Nosotros nos vamos —anunció Rosalía, que agarró del brazo a Manolo Bodelón mientras dedicaba un fugaz saludo al leonés. Este se tocó la boina con el dedo índice de la mano derecha.

—¿Para cuándo será la feliz llegada?

—Todavía queda —respondió cortante, después de mirarse la barriga y antes de marcharse con su marido. El falangista se concentró en Carmiña.

—Me gustaría convidarlas a algo. Este lugar tiene cafés decentes donde un caballero puede invitar a unas damas a tomar una copita, que estamos en domingo. O, si lo prefieren, pedimos un vermú, como la mayoría de la gente.

—No, gracias. Nos vamos, tenemos quehaceres —se excusó la hija.

—Buenos días, don Álvaro. —La llegada del párroco alteró a Avelina—. No se esfuerce, son muy duras, a la vez que muy buenas cristianas, a pesar del ejemplo que tuvieron en su casa.

—¿Y eso, don Brégimo? —quiso saber el otro.

—Son cosas del pasado —contestó, mientras alternaba la vista entre las dos mujeres, con una mueca de sonrisa congelada y falsa —. Poco a poco se van redimiendo. ¿Verdad?

A la vez que lanzó una pregunta de difícil respuesta, levantó la mano para que, primero la hija y luego la madre, besaran su piel sudorosa.

—Avelina, tiene que venir más por la iglesia. Muchas mujeres acuden a limpiarla y a dejarla dispuesta para que sea la mejor casa de Dios de toda Galicia. Tengo que verla por allí a usted también. ¿Qué tal van esas labores?

—¿Labores, qué labores hacen estas damas, don Brégimo? — se interesó el falangista—. Igual son canastillas. Mi hermana y sus compañeras de la Sección Femenina de León tienen unas manos divinas.

—Unos encajes preciosos, de bolillos, que luego se encarga de vender en Orense la hija díscola de la familia. A esa señorita hay que meterla en vereda, y de eso se tiene que encargar usted, doña Avelina. Que en ese hogar cristiano usted es padre y madre. Y tú, Carmiña, deberías confesarte alguna vez. Todos tenemos pecados, aunque sea de pensamiento. Y, ya que lo veo, amigo Álvaro, ¿se sabe algo más de la muerte del alemán? Espero que Dios lo tenga en su gloria, aunque el hombre viviera en una creencia religiosa equivocada. Nuestro Señor Jesucristo es magnánimo hasta el infinito.

—Poco más de lo que ya sabemos todos, don Brégimo. —El leonés se encogió de hombros—. El pobre debió tener un traspié y

su cuerpo se venció por la ladera norte del Faviñago. Los golpes fueron mortales.

El párroco se santiguó y miró al cielo a la vez que abría los brazos.

—Habrá sido la voluntad de Dios. Por cierto, Carmiña, ¿tenemos noticias de Brasil?

Azarada por la presencia de aquellos dos hombres, y sin responder a la última cuestión planteada, la madre tiró del brazo de su hija y las dos, después de pedir permiso, se encaminaron hacia su casa.

Nada más echar a andar, la mayor reparó en una mujer que la miraba con insistencia mientras movía el cochecito en un intento de acunar a su pequeño ocupante. Carmiña rehuyó a aquella madre.

Arnega había sido hasta hacía unos años un lugar pequeño y perdido dentro del macizo central orensano, enclavado entre las sierras de San Mamede y la de Queija. El wolframio había hecho que siguiera extraviado en la montaña gallega, aunque su tamaño se hubiera incrementado con desmesura.

Al mismo tiempo que mantenía la conversación en la plaza de José Antonio, dentro del bar de la Calatrava comenzaba la fiesta, la música de acordeón de Seijas, su marido, y el correr por la barra de las botellas de Fundador, de Blanco Bierzo de Cacabelos, las mallas amarillas de las de Terry y el orujo casero, claro vencedor sobre todas las demás consumiciones. Siguiendo las indicaciones de la patrona, un chavalillo buscó por el pueblo al cabo Castro. Lo halló hablando con unos paisanos, cerca de la fuente.

—¿Qué quieres, niño?

—Que dice doña Calatrava que hoy tiene algo para usted, que usted ya sabe. Pregunta si va a ir hoy o mañana.

Los dos hombres que hablaban con el guardia se quedaron expectantes. Este se acarició el bigote y agarró al niño por el hombro para llevarlo a un aparte.

—Dile que iré mañana, que hoy es domingo y es un día sagrado. ¿Te acordarás?

—Sí, señor. —Iba a empezar la carrera para volver al lugar de donde había venido cuando fue llamado con un silbido por el cabo.

—Toma una peseta y cómprate algún chicle o alguna porquería de esas.

—¡Gracias! —La expresión del rapaz se acercaba a la de la máxima felicidad. En su puño derecho poseía un tesoro.

En la falda sur del pico Faviñago, y aprovechando la misa y la escasa vigilancia que siempre se registraba los domingos a media mañana, un grupo de recuperadores se afanaban en arañar la tierra mediante zarpazos, como si fueran animales de presa, aunque ellos lo hacían con la esperanza de encontrar algunas piedras negras con las que comerciar con quien fuera, con el primero que se acercara a ellos con billetes en la mano.

4

La occidentalidad de Galicia provocaba que en el mes de abril la claridad no despuntara hasta las ocho de la mañana, algo que resultaba indiferente para los guardias que vigilaban los dos barracones donde se confinaba a los penados que esperaban que sus días de cárcel se redujeran gracias al trabajo, siempre insano y peligroso, en las minas de wolframio.

A las siete en punto sonaba una sirena y, cinco minutos después, se producía el recuento de aquellos pobres desgraciados, todos hombres y ninguno del norte peninsular. La escasa dotación con que se podía vigilar al colectivo provocaba que los presos gozaran de un régimen de semilibertad a lo que ayudaba la propia orografía del enclave minero. Había que ser osado e insensato para pretender huir de la mina de Arnega a la carrera por campo abierto aprovechando el despiste de algún vigilante. La aventura fracasaría ya desde su inicio porque una montaña desconocida, tan bella como peligrosa, se convertía en la más eficaz valla para evitar cualquier intento de fuga, por muy invisible que resultara esa cerca. De ahí que, para evitar que entre los inculpados hubiera personas con

experiencia en la vida montaraz, en los batallones gallegos de presos solo había personas nacidas y criadas en grandes ciudades: Madrid, Barcelona, Valencia o en parajes llanos, disímiles a las boscosas colinas gallegas, como presos sevillanos.

Después de tomar un chusco con tocino o algo de embutido, se los conducía a las distintas bocaminas para que comenzaran su trabajo. A partir de las nueve se les unían los hombres libres llegados a Arnega a arrancar el mineral de los filones que fueran encontrando, siempre con ropas holgadas que permitieran poder distraer alguna piedra para vender ajenos a los circuitos oficiales. El valor del wolframio había pasado desde las 15 pesetas el kilo en el año 1940 a las casi 300 que se pagaban en esos días. Los interiores se iluminaban con unas luces alimentadas gracias al grupo electrógeno llevado al efecto, y también de los Petromax y los carburos individuales que portaban la mayoría, y que dejaban en el ambiente un olor característico. Los capataces solían llevar linternas.

El encuentro se produjo a las once y diez. Uno de los mineros llamó a Cristóbal Díaz, almeriense de Garrucha, y este se dirigió hacia donde lo esperaba Pepe Castrillo, madrileño al que le habían caído treinta años y que se había salvado de la Pepa porque en aquel juicio ya se habían dictado diecisiete condenas capitales, y al juez militar instructor le debió parecer que la cifra era suficiente. Solo se libraron cuatro, entre ellos, el de Carabanchel. Avisados, una parte de los presos y de los mineros externos comenzaron a vocear, a moverse de un sitio a otro, a trasladar las carretillas, a picar con más fuerza para escamotear la conversación que se iba a mantener.

—¿Qué sabéis del alemán? ¿Es verdad lo que dicen? —quiso saber Castrillo, el preso madrileño.

—¿Qué se dice en los barracones? —preguntó el andaluz.

—Que lo han matado. ¿Quién ha sido, habéis sido vosotros?

—A nosotros nadie nos ha dado instrucciones de quitar a alguien del medio. De todas maneras, ¿qué sentido tiene matar a un ingeniero de minas alemán? Mandarán a un sustituto, o traerán a alguien de otra de las minas gallegas, o de la Peña del Seo, que creo que se está haciendo famosa.

Uno de los compañeros de Cristóbal, que se había quedado de vigilante, les pidió apremiar la conversación.

—Y vosotros, ¿cómo vais? —inquirió el madrileño.

—Como podemos —respondió el almeriense—. Una gran parte de lo que sacamos lo conseguimos escamotear y nos consta que acaba en manos de los ingleses, pero no es fácil. Esta gente nos vigila, demasiado. Cada vez nos cachean con mayor intensidad y tenemos que ser más imaginativos. Vosotros lo estáis haciendo mucho mejor. Sé que el alemán se enfurecía por vuestra baja productividad.

—Pues hay que hacer más.

—¿Qué te crees, que estamos de brazos cruzados? Estamos trabajando para hacer algo importante, ya tendrás noticias —apuntó Díaz.

Los dos giraron la cabeza al unísono. Alguien había encendido y apagado una linterna. Era la señal. Cada uno tomó su pico y comenzó a arañar el lóbulo más próximo.

5

El otoño era la estación del año en la que el periodista Gustav Sørensen visitaba el Grand Hotel, magno establecimiento de la capital sueca, para entrevistar a los ganadores de los premios más afamados del planeta: los Nobel. Era cuando los mejores químicos, físicos, médicos, literatos y hombres de paz del universo se asomaban a la bella ciudad de los canales nórdicos para traspasar la frontera de los mortales y situarse en la de la divinidad. Desde 1932, y con solo veintiocho años, Gustav era un periodista que disfrutaba del honor de conocer en persona a esas celebridades, hablar con ellas de sus trabajos y sus proyectos, y trasladar al mundo sus avances en pos del beneficio de la humanidad. Lo consideraba un privilegio y una fortuna. De todos los encuentros realizados en aquellos salones, siempre recordaría con especial cariño al belga doctor Heymans, al físico alemán y gran hombre de experiencia mundana Heisenberg y la ironía del Nobel ruso Iván Bunin.

Disfrutaba de un trabajo que llenaba su currículum y su espíritu a partes iguales.

Por ello, cuando lo llamó el director del periódico en el que trabajaba para citarlo en una de las *suites* del piso superior del hotel, lo que Gustav creyó es que iba a reunirse con alguna personalidad de paso por el país; nada más lejos de la realidad.

—Vamos, que nos esperan. Subamos —apremió Sven Larsson.

Durante el breve trayecto en el ascensor no cruzaron palabra y el periodista barruntó que algo distinto iba a suceder, que aquello no era una reunión habitual sino que le depararía algo diferente a su quehacer diario. Al abrir la puerta de la *suite* se encontraron con dos personas. Una de ellas realizó la introducción, después del saludo protocolario.

—Les voy a presentar a Norman Brown. Es inglés.

Gustav no conocía a ninguno de los dos, aunque su jefe sí había visto en alguna ocasión al veterano diplomático.

—Disculpen, no me he presentado ante usted. Soy Lars Hansson, agregado de la embajada sueca en Londres, aunque ahora resido en Estocolmo la mayor parte del tiempo por razones que ustedes podrán suponer. Los aeropuertos británicos no son lugares muy seguros. —Mostró una sonrisa vacía ante la obviedad comentada.

Norman Brown, el inglés recién llegado de Londres, analizaba a las tres personas con sus ojos vivos, críticos, perspicaces. El periodista que le habían llevado era un hombre alto, llegaría al metro ochenta de estatura, moreno como si fuera griego, con las cejas pobladas, boca grande y alargada y rostro expectante. Llevaba bien los cuarenta años que decía la ficha. Era evidente que desconocía el contenido del encuentro.

Una vez se hizo el silencio en la habitación que precedía al dormitorio, el británico comenzó a exponer el guion que lo había llevado hasta Estocolmo.

—Señores, aunque estamos en un país neutral, tengo que suponer que los espías germanos se moverán con su habilidad usual, de ahí que esta reunión la tengamos en un espacio privado y no público.

—Míster Norman, le puedo asegurar… —quiso intervenir Hansson.

El inglés mandó callar al agregado con un movimiento tajante de su mano.

—Disculpe. No dudo de la honorabilidad de su pueblo, solo expongo lo que nos sucede de continuo en otros lugares, como Portugal, Suiza, España o Turquía. Por lo tanto, vamos a continuar la conversación con música.

Ante la mirada sorprendida de los invitados, se levantó y se dirigió hacia un mueble de madera que contenía una radio de varias bandas y un picú. Puso un disco sobre el platillo y la música de una alegre polca austriaca, quizá de alguno de los Strauss, inundó la amplia estancia. A Gustav aquello le sonó demasiado extraño. Miró a su jefe y advirtió en él una actitud expectante. Lo imitó.

Antes de regresar al sillón, Norman se dirigió a su maleta y tomó algo que guardaba en ella. Lo agarró con fuerza y se acercó al periodista.

—Tenga. Sujétela, por favor.

Gustav Sørensen sostenía en sus manos una piedra irregular, algo más grande que una manzana, negra, con brillos metálicos y ligeras incrustaciones de otra naturaleza, blancas. Calibró el objeto con el deseo de calcular su masa, ya que le sorprendió que algo tan pequeño pesara tanto.

—¿Sabe usted qué es eso que está sosteniendo? ¿Pesa, eh? —El periodista se encogió de hombros. Las otras dos personas permanecieron en silencio, atentos—. Es wolframio, uno de los componentes de la tabla periódica que habrá estudiado cuando era joven.

—Míster Norman, yo me formé en letras. Los números, las fórmulas y las ecuaciones no se hicieron para mí.

—No importa. Eso que tiene usted es wolframio, como le digo y, según las propias palabras de los dirigentes nazis, es para ellos algo tan imprescindible como es la sangre para el ser humano. —Ante la extrañeza de la concurrencia, y bajo el sonido de violines e instrumentos de viento que seguían sonando, el inglés prosiguió con su exposición—. Los alemanes lo utilizan para blindar sus carros de

combate, fabricar motores de aviones y hélices y, lo más importante, endurecer sus proyectiles. Nuestros generales están desesperados porque los *boches* están consiguiendo en la artillería una eficacia nunca vista con anterioridad. Todo lo que pillan lo perforan como si fuera mantequilla.

Se levantó del sillón y regresó al lugar donde había dejado su maleta. Guardó el mineral.

—Le parecía pesado, ¿verdad? No me extraña. Para que se haga idea, el plomo pesa 11 kilos por litro. El wolframio llega a 19, a la par del oro y, ahora mismo, bastante más útil. La principal virtud de este componente es que tiene una de las temperaturas de fusión más altas que se conocen en la naturaleza. Aleado con el carbón y el hierro, con el acero en definitiva, el wolframio convierte cualquier cosa en indestructible. Y otra cosa, este maldito material cunde mucho. Solo hay que añadir entre un cuatro y un ocho por ciento del total de la aleación para que cumpla su cometido.

Los ojos de Norman no podían ocultar el desasosiego que le causaba hablar de ese tema. Era de reconocer que el enemigo estaba ganando la partida.

—Antes de empezar la guerra, y en los primeros momentos, la maquinaria nazi necesitaba una cifra del orden de las nueve mil toneladas anuales de mineral, aunque ahora no lleguen a esa cantidad, para nuestra fortuna. Lo compraban al mayor productor mundial, que es China, pero a partir de la invasión de la Unión Soviética tuvieron que dejar de utilizar las vías terrestres y nosotros conseguimos cerrarles las rutas marítimas, por lo que han tenido que volver la vista hacia occidente, a la península Ibérica, donde se concentra el noventa y cinco por ciento de los yacimientos de wolframio europeos. Los otros grandes productores principales mundiales están fuera de su alcance, como son Birmania, los Estados Unidos de América y Bolivia. Pero, lo peor de todo, es que tanto Portugal como España tienen como dirigentes a dos dictadores que se sienten muy cómodos vendiendo wolframio a sus amigos nazis, sobre todo el más grande de los dos. Recordemos que Franco ganó la guerra gracias a los italianos y a los alemanes de la Legión

Cóndor. Y los favores se pagan, y eso hacen ahora, devolver esos favores con un beneficio económico descomunal.

—Se le olvida que Franco también contó con el petróleo norteamericano. Seguí con interés la evolución de la guerra en España, y leí que los buques petroleros llegaban tanto a Ferrol como a Canarias. ¿No es verdad?

Con aquel comentario, Norman comprobó que estaba delante de su objetivo, alguien curioso, culto, informado y con un perfil idóneo para el plan que expuso ante su jefe hacía dos días. Además, Lars Hansson ya le había especificado que Gustav sabía inglés y francés. Respecto al español lo hablaba, entendía, leía y escribía sin errores, algo que extrañó sobremanera al hombre del MI6. Sobre lo del petróleo norteamericano le dio la razón, porque la llevaba. Aquella no fue una ayuda como Estado, pero la realidad es que la administración Roosevelt no obligó a Texaco a cumplir las Leyes de Neutralidad aprobadas.

—Pero todo eso, ¿qué tiene que ver conmigo? —El director del periódico recriminó con la vista la impertinente pregunta de Gustav.

—Seguro que ahora nos lo cuenta. Vamos a seguir escuchando —pidió Sven Larsson, en tono imperativo.

—El wolframio no es como el agua del mar, es algo finito, por lo que la política que hemos llevado tanto desde Washington como desde Londres ha sido la de comprarles a ellos también el mineral. Kilo que nos vendían a nosotros, kilo que no vendían a Hitler, tan sencillo como eso, o tan complicado. Esa competencia ha provocado una subida exponencial de su precio y, en consecuencia, tanto nosotros como sobre todo nuestros aliados norteamericanos, estamos gastando ingentes cantidades de dinero, que también es algo finito. Y nos hemos cansado.

—¿Y no se habría solucionado exigiendo a España que no vendiera wolframio a Alemania? Las coacciones suelen funcionar. —Los ojos de Larsson volvieron a clavarse en los de Gustav, aunque entendía lógica su reacción. Si era uno de sus mejores periodistas era por su afán de querer saber más.

—Su razonamiento es muy correcto, pero eso no es tan fácil. Nuestra ofensiva diplomática es máxima, pero insuficiente. Los

norteamericanos lo tienen más sencillo porque ellos no les compran nada, al margen del wolframio, y les venden petróleo, pero nosotros dependemos de la España de Franco más de lo que nos gustaría. Nos proveen de piritas, potasas y otros minerales; también cítricos, y nosotros les vendemos bacalao, café, trigo, algodón, fosfatos… No, no es tan fácil. Si estrangulamos al país con un embargo duro, un cierre absoluto de fronteras, ¿qué hará Franco? Por favor, dígamelo usted.

—Pediría ayuda a Hitler —respondió Gustav.

—Excelente deducción. Y, dígame, ¿nos interesa que España entre en la guerra al lado de los nazis?

El disco había llegado a su fin y el silencio invadía la salita de la *suite*. Ahora no era el turno de la activación del sentido del oído sino del de la vista. Norman había sacado de su maleta una carpeta en la que guardaba una serie de fotografías que mostraba a Gustav. Los otros dos invitados se mantenían en una actitud un tanto distante ya que ellos no eran el centro de interés del británico miembro del MI6.

La colección de instantáneas era elocuente y hablaban solas, como si llevaran un texto explicativo escrito al pie de cada una de ellas. Le mostró con detenimiento las fotos de las turbas nazis quemando libros en Berlín, los comercios de judíos con las lunas rotas y las estrellas de David y la palabra *JUDE* pintada en sus fachadas, las filas de deportados abandonando sus ciudades tan solo con unas pocas pertenencias. También le enseñó un mapa de Europa occidental con una serie de marcas. Volvió a poner música.

—Estos son los campos de concentración que han levantado tanto en Alemania como en los territorios conquistados. Las informaciones que nos llegan sobre esos enclaves son terroríficas, y tememos por la suerte de todos aquellos que fueron recluidos allí. Es gente que entra, pero no nos consta que salga. —Gustav tragó saliva. El inglés prosiguió—. Supongo que sabrá cómo se encuentra en estos momentos la guerra.

—La sigo con cercanía. Me gusta estar informado. Muchas de esas fotos que me ha mostrado ya las conocía. Además, lo que está

ocurriendo en Europa desde 1939 nos pilla a los suecos más cerca que lo que sucedió en España en 1936.

—Por lo tanto, sabrá que en octubre pasado Italia declaró la guerra a Alemania, que en enero de este año los rusos liberaron Leningrado del asedio nazi y que, días después, desembarcamos en Anzio, a las puertas de Roma. Los castigos que infligimos a las ciudades industriales germanas, con graves pérdidas para el enemigo, están minando su capacidad de maniobra y su moral. Pero, no nos engañemos, ellos siguen siendo fuertes, demasiado. Y el wolframio les es fundamental. Podemos afirmar que la guerra se va a decidir en el norte de Portugal y en Galicia, algo que hace tiempo a todos nos habría parecido sorprendente. Privarlos de ese mineral es ahorrarnos tiempo y vidas para terminar con esta pesadilla que lleva desde septiembre de 1939, más de cuatro años. ¿Ha oído hablar de Laurel, el de Filipinas?

—Sí, claro. Supongo que se refiere a José Paciano Laurel, el presidente títere que los japoneses han puesto en Filipinas.

—Exacto. Hemos aprovechado un telegrama de felicitación que el ministerio de Asuntos Exteriores de Franco le ha enviado para coartarlos y darles un ultimátum. Los acusamos de reconocer a ese gobierno y les hemos comunicado que se suspenden los envíos de petróleo desde América. Y no solo petróleo, sino también algodón y trigo. Sin esos productos, España se muere, y ya es tarde para que se humille ante Hitler y pedirle su colaboración. Bastante tienen los alemanes con reforzar sus costas ante la previsible invasión aliada como para ayudar a un país depauperado como está España hoy en día.

—Entonces, ¿qué pinto yo en todo esto? ¿Piensan que puedo ser ayuda de algo en un conflicto bélico de escala mundial?

—Pinta más de lo que puede imaginar, señor Sørensen. Los datos que nos han llegado nos confirman que el volumen de contrabando que siempre ha existido se está incrementando. Por muchos embargos que impongamos y por muchas quejas que planteemos en la esfera diplomática, si los nazis siguen recibiendo material, nuestros esfuerzos serán nulos, y nuestros hombres

continuarán muriendo en el campo de batalla. Hay que acabar con esas minas gallegas. ¿Le dice algo el nombre de Arnega?

6

El gusto por la mecanografía floreció en ella al inicio de la adolescencia. Eutelo Barreiro, el padre de Carmiña, que trabajaba de administrativo en el ayuntamiento de Verín, tuvo la oportunidad de hacerse por poco dinero con una Remington que se había estropeado y que él fue capaz de reparar. La llevó a su casa y la primogénita se apoderó de ella como quien quiere para sí el juguete más codiciado. Lo que empezó como un juego se transformó en un medio de vida. Cuando en 1940 llegaron al valle los primeros alemanes, preguntaron por alguien que supiera manejar un teclado con soltura. Apareció el nombre de Carmiña en un lugar donde el analfabetismo, en especial el femenino, era la moneda más extendida.

A pesar de que desde hacía más de diez días no había nadie que le mandara escribir cartas, ella continuaba acudiendo a su centro de trabajo, un pazo perteneciente a un indiano que murió y cuya familia había litigado entre sí por la propiedad del mismo, y que el juzgado hizo depositario, de forma temporal y hasta que se resolvieran los pleitos, al concello de Arnega. A su vez, su alcalde se lo había cedido a los alemanes, después de recibir órdenes expresas desde Madrid.

El pazo era el más bello de la aldea y uno de los más estéticos de la provincia de Orense. De dos plantas y construido en su totalidad en granito, la edificación poseía una majestuosa solemnidad. En el frontal, y encima de un reloj de sol, una larga galería acristalada facilitaba la visión desde el interior sin padecer las habituales inclemencias climatológicas de la zona. En lo más alto, un gallo metálico marcaba la dirección del viento.

En el exterior, y junto a una torre, el indiano mandó construir un hórreo de piedra, madera y tejas elevado del suelo mediante seis pilares circulares. A su lado, un pilón con agua hoy estancada

recordaba esplendores pasados. El jardín se mantenía vivo gracias a la salvadora acción de la naturaleza, no porque interviniera la mano del hombre. La parra abandonada todavía proporcionaba unos frutos de los que las aves silvestres daban ávida cuenta. El muro de piedra que delimitaba el contorno tendría los tres metros de altura y en algún lugar se apreciaba un escudo blasonado que el tiempo y el verdín habían desdibujado. La puerta de acceso era de rejas y siempre estaba con las dos hojas abiertas. Ni en el granero exterior había grano ni en el establo bestias.

En el interior continuaba la mesa del despacho del alemán en el mismo estado en que la dejó el día que tuvo el accidente mortal. Ella no movió un papel ni tocó ninguno de los instrumentos de trabajo con los que él analizaba los planos y las notas que tomaba en sus salidas al campo. La gallega no sabía ni lo que era un goniómetro ni un teodolito, y temía que al agarrarlos para observarlos los pudiera romper.

La llegada de *Herr* Schneider, correteando y quejándose de la lluvia, sorprendió a Carmiña con el trapo en una de las estanterías. No esperaba su aparición y su cuerpo pegó un respingo cuando lo oyó.

—Disculpe, *Frau* Carmiña. Espero no asustarla. Entré rápido por llover. Aquí llover siempre. No extrañar que el campo siempre verde —se quejó el teutón.

—No me asustó, don Hans. Dígame.

El supervisor alemán de las explotaciones de wolframio existentes tanto en Galicia como en León era un militar de la Wehrmacht con el pelo cargado de gomina peinado hacia atrás, que siempre lucía su brazalete con la esvástica, y que acostumbraba a llevar los pantalones bombachos remetidos por dentro de las botas negras, como si acabara de bajarse de un caballo que hubiera atado a una argolla de la entrada.

—Veo quedarse sin trabajo, por momento. —El alemán no hablaba español tan bien como el difunto Ernest Bauer, el ingeniero director técnico de la explotación fallecido hacía diez días—. Pedido a Berlín que envíen sustituto, rápido. Agradezco que esté todo dispuesto para cuando llegue. Será pronto.

—Sí, don Hans. Lo encontrará todo como corresponde.

El *Oberstleutnant* se dio la vuelta y salió camino de la planta superior, donde tenía un despacho que rara vez ocupaba.

La presencia alemana en Arnega se remontaba a hacía cuatro años, y por el pazo ya habían pasado varios ingenieros, siendo Bauer el que había permanecido más tiempo. Fue un hombre con el que la gallega no cruzó más palabras que las estrictas derivadas del trabajo, si acaso algún saludo educado.

Lo que más le gustaba a Carmiña era quedarse sola en el salón y curiosear en la biblioteca del indiano. La colección de libros debía ser la más importante de Arnega, y los volúmenes, gran parte encuadernados en tafilete, ejercían sobre su atención un poder imanador, que los tomaba con cariño y los depositaba sobre la mesa para curiosearlos. Había ejemplares de numerosas áreas de la ciencia, aunque ella siempre buscaba los de geografía, su gran pasión. Disfrutaba explorando el mundo a través de mapas extensibles e imaginaba cómo serían unas tierras que solo podía entrever gracias a unos dibujos en blanco y negro. Leía que había puentes que salvaban grandes corrientes de agua, presas que sujetaban lagos y mares infinitos inimaginables en los contornos de su Arnega. A veces se acercaba a un globo terráqueo que el indiano traería de América y, con la ayuda de la yema de su dedo índice, seguía el contorno de los países y de los continentes.

Oyó el sonido de las botas del señor Hans al bajar del primer piso y se levantó para esperar sus órdenes.

—Me voy, Carmen. Vendré en días, pocos.

Se despidió de la gallega con una ligera inclinación de cabeza correspondida por un gesto similar. La mujer caminó a tres metros del alemán, hasta quedarse debajo del alpendre de la puerta de salida. En el exterior lo aguardaba un lujoso Mercedes con matrícula alemana y un chofer aburrido que había matado el tiempo observando la nada. Había dejado de llover.

Al arrancar, ambos se despidieron con un movimiento de la mano. Hasta regresar a su casa, se pondría con el libro que utilizaba para aprender francés.

7

Al final el cabo Albino Castro faltó a su palabra y no fue el lunes el día que visitó el bar de la Calatrava sino el martes. Nada más entrar en el local, con su mejor traje de paisano, rociado con Varón Dandy y con un Winston en la boca, los cigarrillos de las grandes ocasiones, la patrona lo saludó con la pompa que requería el momento.

—¡Aleluya, aleluya! ¡Por fin!

El guardia se acercó a la barra, momento en el que los parroquianos se apartaron para no estorbar a tan digna visita. Seijas hacía sonar el acordeón a la vez que con su mirada mastina controlaba todo lo que sucedía en el lugar regentado por su mujer.

El bar que la pareja había abierto era un cavernoso antro con iluminación escasa, a lo que ayudaba la pintura de las paredes, teñidas de un color oscuro indefinido. El humo de los cigarrillos quedaba suspendido en la atmósfera como si viviera agarrado a ella, y provocaba que alguno de los clientes comenzara a toser nada más atravesar el umbral. El olfato quedaba saturado por el olor a tabaco y a los alcoholes que corrían por la barra y por las mesas, donde los naipes y las fichas de dominó se convertían en epicentros de lances afrentosos.

—Mi cabo, ¡cuánto honor!

Albino tomó la mano de la Calatrava y besó el dorso con delicadeza. Sin abandonar la postura, movió los ojos hacia arriba y esbozó una sonrisa taimada que se adivinaba bajo su espeso bigote.

—Menos fiestas que te arresto —advirtió, a la vez que tiraba la colilla al suelo.

—No puede, señor guardia —aseguró la Calatrava, mientras apuraba el Camel que colgaba de sus labios—. Si faltamos nosotras y la música de mi esposo, Arnega sería un lugar muy triste y los mineros se marcharían a buscar las piedritas negras a San Finx, al Monte Neme, o a León, que dicen que en la Seo hay más que en toda Galicia junta, y eso a usted no le gustaría, ¿verdad?

Pilar Ibáñez Gómez, la Calatrava, había nacido en la población aragonesa de La Almunia de Doña Godina, y los impredecibles

azares de la vida la habían llevado a Galicia en 1940. Allí conoció al Seijas, con quien tuvo una descendencia que ahora vivía con su madre en Alcañiz, y a quien mandaba un jugoso giro postal cada quince días. «Tengo un niño que es un precioso hijo de puta, pero eso él nunca lo sabrá», aseguraba a los clientes, que intentaban siempre sin éxito culminar una noche en brazos de la mujer más deseada de Arnega, y no porque fuera la más bella, ni la más voluptuosa ni la que tuviera mejor caída de ojos, sino porque era la regenta, razón de peso suficiente.

Pero Pilar, que no cursó más estudios que los elementales y que multiplicaba y dividía con dificultad, parecía que se hubiera graduado en una escuela de negocios norteamericana surgidas tras la Gran Depresión. Antes de enamorarse de aquel sujeto con pinta de boxeador, de brazos y dedos cortos, nariz chata, cuello escaso, bigote grande y descuidado, como si estuviera deshilachado, la maña no había conocido hombre, y así siguió, sin conocer a nadie más, hasta que decidió con su marido montar un negocio lucrativo al calor del dinero que generaban las benditas piedras negras. Seijas era experto en actividades empresariales a puerta cerrada y ella no le preguntó dónde, cómo y con quién las aprendió. La ignorancia era siempre una buena postura si se desea vivir feliz. Pero el *marketing*, concepto del que Pilar desconocía su existencia, era una técnica que la aragonesa dominaba con el olfato desarrollado por la necesidad, y algo le decía que resultaba más rentable ofrecer la imagen de *madam* retirada que ha pasado por camas de todas las latitudes y clases sociales que contar que ella solo se había acostado con su marido, y que su experiencia real en el mundo del sexo y del pecado era la convencional para la mayoría de las mujeres en la España del momento.

—A ver, menos charla. Ponme en antecedentes. ¿Me la sigues reservando? —El guardia bajó el volumen de su voz al máximo.

—¡Por favor, mi cabo! ¿Cómo voy a faltar yo a mi palabra? Venga, venga, que le voy a contar.

Después de dar un tiento al coñac que le había servido la patrona, el servidor público puso su oído y su interés en la información que iba a recibir.

—Se llama Cheliño y es de Betanzos. Tenía un novio de Corcubión, un sinvergüenza, vamos, como todos los hombres, y cuando le dijo que estaba preñada el otro se marchó y jamás se supo de él. El padre de la chica es un animal que cuando se enteró de que su hija estaba encinta le pegó tal paliza que pensaron que había abortado. Creo que tuvieron que ir a su casa tus amigos del cuartelillo de allí, no sé si te habrá dicho alguien algo —Albino negó —. Todo su embarazo lo pasó con una tía suya, una hermana de su madre que también tuvo un hijo de desliz, pero le advirtió que el día que pariera, puerta. Y así fue. Dio el niño a la inclusa y ella se quedó con una maleta y en la calle, con tan solo los cuatro duros que le entregó la tía. Aquí vino porque una de mis niñas es paisana suya.

—Sí, la conozco.

—¡Caray, cabo! Tú, además de joder, ¿también haces interrogatorios? Pues ya que las conoces tan bien, a ver si me explicas por qué mis chiquillas son tan raritas. Todas tienen manías, que si unos días de la semana visten de una determinada manera, que si llueve se ponen esto o lo otro, cada una tiene su medallita con una virgen distinta a la que rezan antes de empezar con el cotarro diario, que cuando están malas no comen fruta, o sí la comen… Me lo han pegado. Desde que estoy en Arnega, todos los lunes me pongo las mismas bragas. Eso sí, son las más bonitas que tengo. Me las regaló un cliente que tuve una vez que el muy tonto se enamoró de mí. Le saqué hasta los higadillos. Tenía un título de conde o duque, no recuerdo. Al principio me regalaba joyas, pero luego las joyas iban acompañadas de ropita de la que os gusta a los hombres guarros. ¡Me traía cada cosita…! Decía que eran de París. Yo le decía a todo que sí y…

—Calla, coño, y sigue contando de esa chica, y rápido. Has conseguido que se me ponga dura —urgió el cabo Castro, que se miró a la entrepierna.

—Poco más hay que contar. Que ahí la tienes, en uno de los mechinales del fondo. Ha llegado tu momento, disfruta de una perlita, que mañana ya brillará menos. La pobriña no ha salido a la calle y no para de llorar. La he tranquilizado con que se va a estrenar con un amigo de confianza.

El benemérito cliente asintió a la vez que volvía a besar la mano de la empresaria. Sacó un billete y se lo metió por la bocamanga del vestido. Le hubiera gustado metérselo por el escote, pero no quería tener problemas con el Seijas que, entre nota y nota del corrido *La Viuda Alegre*, no paraba de controlar lo que se traía cada parroquiano.

—Anda, pasa. A la copa de después te invito yo, y prometo no preguntarte por tu mujer, si está constipada, si está con el mes… ya sabes, cosas.

—Eres una puta, Calatrava.

—La mejor, que no se te olvide. Lo que pasa es que ya no ejerzo. Si volviera a trabajar, mis pupilas se quedaban mano sobre mano. Yo solita tendría para todos, como en los viejos tiempos, bueno, no tan viejos. De todas maneras, tú eres un don nadie para esta hembra que tienes delante. Mi cuerpo sabe de estrellas, y de algún sable, no de galones; eso fue al principio. Por cierto, ¿cómo está tu señora?

—Lo dicho. Una puta.

—La tercera a la derecha, mi cabito.

El guardia se dirigió hacia la puerta que le habían indicado, a la cual llegó tras atravesar un pasillo iluminado con luces rojas y separado del local por una cortina gruesa. Con delicadeza llamó con los nudillos. Una voz débil respondió desde el interior, momento en el cual abrió la puerta. La luz era escasa. Tal y como le indicó la jefa que se recibía a la clientela, la muchacha vestía un camisón transparente que le había dejado alguna de sus compañeras. Debajo no llevaba nada. Cuando vio al cabo, no reprimió las lágrimas ante lo que se avecinaba. Se sentó en la cama y procuró taparse la cara con las dos manos para esconder su humillación. El guardia calculó que aquella chica no tendría más de diecisiete o dieciocho años.

—Vamos, mona, no te pongas así. Que yo soy tu amigo.

Las palabras se habían perdido en la sordidez de la habitación. Intentó parar de llorar y se levantó a por un pañuelo. El hombre la vio de espaldas y comenzó a desnudarse. Al darse la vuelta y contemplar al cabo sin chaqueta y quitándose los botones de la camisa, no se contuvo.

—¡No, por favor!

Como si hubiera hablado en un idioma extranjero, Albino Castro siguió desnudándose. Tras la camisa comenzó con el cinturón. Cuando el pantalón cayó al suelo, Cheliño no pudo evitar ver el abultamiento en los calzoncillos de su primer cliente. Se volvió a tapar la cara con las manos.

—¡No, por favor!

—¿Cómo que no? Supongo que la Calatrava te habrá dicho qué se hace en estas habitaciones. ¿Qué quieres, morirte de hambre?

Solo con los calcetines negros que cubrían sus pies, el cabo se acercó a la muchacha, que permanecía sentada en la cama, y sujetó su cabeza con las dos manos.

—Veo que te tengo que enseñar lo que se hace aquí. Si hubieras sido una mujer decente y no te hubieras acostado con un canalla, ahora estarías en otro sitio. Pero ya es tarde. No creo que haya que explicarte qué espero de ti. Y lo espero ahora. Vamos.

Media hora después el cabo Castro abandonaba la habitación. Detrás quedaba un vómito en un bacín, una decencia por el suelo y un ser humano que había perdido la poca dignidad que le quedaba.

Al pasar al lado de una mesa donde se estaba jugando al dominó, Manolo Bodelón, el marido de Rosalía, interrumpió la partida para compartir miradas con los otros tres compañeros de juego.

—¿Qué tal te ha ido? —se interesó la Calatrava, que en ese momento servía anís del Mono a un par de mineros.

—Las he visto peores. Ya la tienes disponible para el siguiente, y no las trates con tantos miramientos, que tienen que saber que el dinero a todos nos cuesta conseguirlo. ¿Cuándo me vas a traer la siguiente para estrenar?, que las otras ya tienen el coño desgastado de todo el tute que les pegas.

—No lo sé, cabo, no lo sé. Se dice que cada vez se está sacando menos wolfram. Tú sabrás.

—¡Va! ¡Habladurías! Otro día vengo a tomar una copa contigo, y dale recuerdos al Seijas. —Marcó un ademán con la cabeza.

—Ten cuidado con él, que las teclas de acordeón son muy indigestas. No lo tientes. Que a veces no atiende a razones.

Al abandonar el local, Cristóbal Díaz miró al compañero con el que estaba tomando un aguardiente, ambos acodados en una zona de la barra donde la luz era más escasa.

—Ese hijo de puta algún día las pagará todas juntas.

—No te pongas poderoso, Cristóbal. Que mientras viva Franco, esa gente hará lo que quiera.

—Pues ya sabes lo que tenemos que hacer, ahogar a ese fascista, ahogarlo en su propia mierda, para que no haya gente así, gentuza como el cabo Castro.

8

Su Excelencia el Generalísimo de todos los ejércitos tenía por costumbre celebrar los Consejos de Ministros los viernes por la tarde, y siempre en su residencia de El Pardo excepto en época estival, que hacía desplazar a su gabinete al pazo de Meirás, donde huía de los rigores climatológicos mesetarios para regresar a la placidez del terruño siempre extrañado.

El Salón de Consejillos se mantenía inalterable desde la época de Fernando VII, con tapices de escenas de pesca napolitanas, y era el lugar donde servían un café con pastas a los miembros del gabinete ministerial conforme llegaban al palacio. En esa distinguida sala, y presididos por la imponente araña francesa de cristal y bronce, los asistentes departían con animación, incluso con vehemencia, intercambiaban opiniones y tesis antes de exponerlas ante el resto de los ministros y delante de Su Excelencia. En esos encuentros se manifestaban las palpables diferencias existentes entre las distintas familias políticas que componían la estructura oficial.

—No te puedo dar la enhorabuena. —La falsa sonrisa de Carceller, ingeniero textil y titular de Industria, al dirigirse a Gómez-Jordana, más que desagradable, era ofensiva.

—No sé por qué dices eso, Demetrio.

—Tú sabrás, Francisco. No viene petróleo y tenemos al país a oscuras. Por eso digo que no puedo darte la enhorabuena.

—El embargo americano y el incumplimiento de sus compromisos no son achacables solo a mi ministerio. Sabes de sobra por qué Washington ha decidido de forma unilateral suspender los envíos.

—Yo no hablo con ellos. Tú estás todo el día de charla con Hoare y con Carlton Hayes, tanto que me sorprende que no se te haya olvidado nuestro idioma. Eres tú quien tiene que ofrecer una solución a Su Excelencia. Lo de Benjumea y lo mío es el dinero. —El enfrentamiento entre ambos ministros provenía desde que Franco destituyó de la cartera de Exteriores al también falangista Ramón Serrano Súñer, a quien Carceller había servido, y colocó al general Gómez-Jordana.

—Estamos negociando la continuación de los envíos, pero ellos nos exigen que suspendamos las ventas de wolframio a Alemania.

—Pues a eso nos tenemos que negar. No hace falta que te recuerde los impuestos con que gravamos las exportaciones, amén del precio que tasamos al propio mineral. Jamás la tonelada ha tenido el valor que tiene ahora. Hemos cruzado cambios con los alemanes a razón de diez kilos de wolframio contra uno de oro. ¿Sabes lo que es eso? Con unas exportaciones de mil quinientos millones de pesetas hemos recaudado cerca de seiscientos en impuestos. Tampoco te tengo que recordar que yo fijo el precio de todos los minerales y, por supuesto, también el del wolframio. El dichoso mineral se ha convertido en nuestro principal producto minero, por encima del hierro. Por eso tenemos que cuidarlo al máximo.

—No podemos perpetuar esta situación. No podemos seguir con las ventas de wolframio a Alemania como si estuviéramos en 1942. La guerra está en un estrato muy diferente.

—No podremos perpetuarla, pero sí prolongarla el mayor tiempo posible. Tenemos que ayudar a nuestros aliados a ganar en los campos de batalla y seguir ingresando dinero, que no nos sobra ni un céntimo. No hace falta que te recuerde que las preferencias de Su Excelencia, como las mías, siguen intactas.

—Todos deseamos la victoria alemana, yo el primero —recordó Gómez-Jordana—, pero llevamos varios años manteniendo una política que nos ha permitido seguir al margen de la terrible guerra, como también es el deseo de nuestro Caudillo. Además, te recuerdo que desde el pasado 1 de octubre, nuestro país ha vuelto a la neutralidad. Hemos dejado de ser no beligerantes, como lo fuimos durante más de tres años.

—No me des lecciones semánticas. Lo mío es más práctico.

—No pretendo darte lecciones de nada, Demetrio, solo te recuerdo que nuestro país está inmerso en tres conflictos bélicos y con matices en cada uno de ellos. En el europeo, somos neutrales; en el de los Estados Unidos de América en el Pacífico contra Japón apoyamos a los americanos y, por supuesto, siempre nos mostraremos en contra del comunismo. Y ese es un equilibrio muy difícil de mantener.

—¿Me estoy perdiendo algo?

Quien se había acercado a la conversación era Arrese, acompañado del orondo José María Girón de Velasco, ambos luciendo su camisa azul mahón de Falange, partido al que también pertenecía Demetrio Carceller, en su día íntimo amigo de José Antonio Primo de Rivera, fusilado en Alicante a los pocos meses de estallar la guerra.

—Hola, José Luis. Estamos hablando Francisco y yo sobre lo del embargo de los americanos.

—Si me dejaran, les metía los petroleros por el culo —opinó Girón, ministro de Trabajo.

—¿Y encendemos las farolas de las calles con tus pedos? —Gómez-Jordana, comedido de natural, no se calló ante la bravata del falangista.

Por una de las puertas apareció un ujier vestido con jubón a modo de la edad media.

—Caballeros, hagan el favor.

Marcó una reverencia y se retiró a un lado para facilitar la circulación del cuerpo ministerial. Gómez-Jordana apuró su café y, sin cruzar más palabras con sus tres compañeros de gabinete, se

encaminó hacia el gran salón donde se celebraban las reuniones que marcaban el destino del país.

9

Una de las medidas a las que los presos republicanos se podían acoger, para rebajar el tiempo de permanencia en prisión, era la de redimir la condena carcelaria a cambio de participar en alguna actividad dirigida por el Patronato Central para la Redención de Penas por el Trabajo. Estos beneficios afectaban a aquellos casos cuya sentencia no fuera la de muerte, dado que esa no se conmutaba y solo les restaba esperar a que se ejecutara el veredicto, el cual se realizaba por garrote vil en la mayoría de las ocasiones.

En Galicia había tres lugares relacionados con las explotaciones de wolframio que habían recibido reos: Fontao, Valborraz, en el municipio de Carballeda de Valdeorras, y las minas de Arnega. En esta última localidad se habían dispuesto dos barracones paralelos, a medio metro del suelo, y enclavados en un recinto cercado rematado con alambres de espino y una única entrada. De la vigilancia del colectivo se ocupaban de forma indistinta tanto números de la guardia civil como miembros del somatén gallego.

Por la noche, y una vez que se apagaban las luces en las naves, comenzaba la verdadera actividad política y social en los interiores. El cautiverio no había amilanado las ansias de libertad de los reclusos y todo eran planes para cuando se propiciara la ocasión. El líder carismático de todos ellos era José Castrillo, un comunista que trabajaba en el ministerio de Fomento cuando llegó el 18 de julio de 1936. Participó en los sucesos de la Modelo y del Cuartel de la Montaña, aunque nunca se demostró que sus manos estuvieran manchadas de sangre. Este carabanchelero de cuarenta y dos años no se había acogido al régimen de rebajas de penas por trabajo para disminuir su tiempo en prisión, sino con el objetivo de levantar la moral de los presos, organizar la oposición interior al Régimen y, si se podía, montar una evasión a gran escala, aunque en aquella

maniobra se registraran bajas. Merecería la pena. Esas eran las órdenes del Partido.

—Lo que estos fascistas no podrán quitarnos jamás es nuestra identidad de lucha.

El auditorio lo conformaban picadores y entibadores que no conseguían quitarse de la piel la pátina de mugre, ni aun si pudieran frotarse con piedra pómez. Alguno no se despegaba de la boina y todos se encontraban vestidos, pues era así como se metían en los jergones para descansar lo que permitían las toses colectivas y los hedores de humanidad.

—Tenemos noticias de que los camaradas soviéticos avanzan como fieras por el oriente de Europa, y que en breve llegarán a Berlín y colgarán a Hitler de los huevos, ante la mirada del mundo libre. ¡Qué digo la mirada! Ante el aplauso de toda la humanidad. La Unión Soviética será quien dirigirá los designios de la Europa del futuro, y nosotros debemos estar muy orgullosos de contribuir a ello.

—Pero ¿dónde acaba el wolframio que sacamos, compañero? Te lo digo yo, acaba en los carros de combate y en los proyectiles alemanes —protestó un barcelonés del Raval.

—Una parte sí, pero otra y no pequeña la están comprando los ingleses y los americanos, que me lo ha confirmado uno de los mineros libres con quien tengo contacto frecuente. Nosotros tenemos que permanecer fieles al espíritu de lucha que nos inculcó Marx en su gran trabajo. No podemos ser esclavos del capital porque nos ahoga, tanto desde el punto de vista social, moral, intelectual como físico. Huyamos de la religión que nos esclaviza por medio de nuestro propio cerebro y que hace que nos convirtamos en enemigos de nosotros mismos. En las misas dominicales, ya sabéis, por un oído nos tienen que entrar las consignas fascistas del cura Brégimo y por otro salir. Ya lo dice la locución latina *homo homini lupus*, que quiere decir que el hombre es un lobo para el propio hombre. Hay que transformar el mundo por la fuerza que emana de la comunidad, ¡fuera individualismos! Nosotros somos el pueblo, y la fuerza del pueblo, hecho una piña y organizado, es infinita porque es indestructible.

Los discursos enjundiosos se impartían en un tono de voz muy bajo para que no trascendieran al exterior y sobre la cama inferior de una litera construida con tablones mohosos. El sonido del viento y de la tormenta que se colaba por las rendijas de las maderas que hacían de paredes en ocasiones se convertía en atormentador, y se mezclaba con las continuas toses que procedían de una coral de enfermos que eran conocedores de que vivían en Arnega sus últimos días. El tifus, la tuberculosis o la disentería trabajaban también sobre la mermada salud de los presos. Era frecuente que, en el recuento matinal, alguien no respondiera al pronunciar su nombre; un recluso que, por fin, había conseguido descansar en paz.

Castrillo procuraba que en los círculos de charla solo estuvieran cautivos con antecedentes constatados, personas avaladas desde dentro, con conocidos que acreditaran unos historiales confirmados de lucha obrera. Recelaba de aquellos presos de los que nadie sabía, que habían sido detenidos en localidades lejanas, cuyo pasado que se desconocía más allá de lo que el propio interesado argumentara. Los tentáculos del Régimen eran largos e intrincados, sus oídos poseían un alcance ilimitado y sus ojos eran capaces de distinguir en la oscuridad o incluso a través de los muros. Castrillo lo tenía comprobado. Aquellos que habían llegado de la nada, de un barrio perdido de alguna ciudad, sin referencias previas, aquellos que hablaban con mayor inquina en contra de Franco, de la Falange, de la Guardia Civil, quienes más blasfemaban y más verbos defecaban sobre los símbolos religiosos eran los peores. Aquel era el perfil del chivato, del civil infiltrado, del que los delataría porque para eso lo habían puesto dentro de los barracones, como un preso republicano más. El madrileño era un inteligente observador, y se había fijado por lo menos en uno que encajaba dentro de esos parámetros.

10

A Karl Müller el viaje hasta Arnega se le hizo tan largo como si se hubiera desplazado desde el polo norte al polo sur en travesía de ida y vuelta. Después de las conversaciones que mantuvo en Berlín con

sus superiores, y tras su esperado nombramiento para la nueva misión encomendada, se desplazó vía aérea hasta Barcelona en uno de los vuelos regulares que Lufthansa mantenía entre la capital catalana y Stuttgart. Desde allí tomó un coche cuyo conductor lo trasladó a Madrid para pernoctar durante dos días en la embajada alemana, ubicada en el paseo de la Castellana. Aunque algún compañero le propuso salir a conocer la escasa vida nocturna de la ciudad y tomar una copa en Erika, él prefirió quedarse en su pasajera habitación y ordenar las tres maletas que había embarcado en el Junker 90.

—Espero que tenga un buen viaje. Tómeselo con calma. Las carreteras españolas no son como las alemanas. Lo importante es que no tenga ningún percance por culpa del pésimo estado de los pavimentos. Me ha confirmado el mecánico que el coche está revisado. Buena suerte —deseó el hombre que salió a despedirse de Karl antes de que tomara la cuesta de las Perdices, el inicio de la carretera de La Coruña, para realizar un viaje que le llevaría dos jornadas.

Fresco y despejado, después de haber dormido en un hotel de Astorga, y tras una conducción bajo una lluvia fina y peligrosa, entró en la región gallega provisto de un mapa que le habían facilitado en Madrid. Tras preguntar a varios paisanos, que conducían bestias sujetas por cinchas por los laterales de la carretera, y que le fueron confirmando la dirección que llevaba, su Mercedes 540 K llegaba a Arnega al mediodía.

Como imaginaba, su presencia no pasó desapercibida para la población. Aun lleno de polvo, su vehículo lucía en todo su fulgor. Aparcó en la plaza de José Antonio, junto a la fuente, y preguntó a una de las muchas personas que se habían quedado curioseando la llegada del forastero. Varios niños se acercaron expectantes a ver la cara del viajero y se preguntaron si este llevaba caramelos.

—Busco la casa del director técnico.

—¿El pazo? —quiso concretar uno de los adultos desocupados, a modo de confirmación. Karl se extrañó al escuchar un vocablo desconocido.

—No sé, donde antes vivía un ingeniero alemán que ha fallecido.

—Sí, el pazo del alemán. Mire, ¿ve ese camino de tierra? Pues continúe por él unos trescientos metros y luego…

Cinco minutos después el Mercedes atravesaba la puerta de reja que permanecía abierta y que daba entrada al interior de la finca. Alertada por el sonido del motor, Carmiña salió al zaguán. Ante ella se apeó del coche un hombre que mediría algo más del metro ochenta de estatura, rubio con el pelo algo despeinado, aunque con un corte cuidado, de unos ojos azules intensos y vestido con unos pantalones bombachos oscuros y un jersey añil de brillo metálico. Los treinta y cinco años los llevaba con alegría gracias al cuerpo atlético que cultivaba.

—¿Era esta la casa de Ernest Bauer?

La arnega asintió, sin abrir la boca ante lo que acababa de ver, alguien diferente a todos los alemanes que visitaron el pazo con anterioridad, aunque con el mismo acento duro y sobrio escuchado de otros germanos que se habían cruzado por su vida.

El ingeniero abrió el portón y comenzó a sacar las maletas que lo acompañaban. Quien sería su secretaria se dirigió rauda a ayudarlo.

—¿Cómo se llama usted?

—María del Carmen, pero todo el mundo me llama Carmiña. Desde que nací. —La gallega se mostró nerviosa ante la presencia y el acento del extraño.

El alemán le tendió la mano en señal de saludo. Ella le correspondió. Algo azarada lo ayudó con una de las maletas mientras el forastero cargaba con las más pesadas. Al entrar en el edificio, le explicó su distribución.

—A la izquierda está su despacho y una sala amplia con mesas grandes donde su antecesor tenía un montón de planos y algunos aparatos que ahí siguen. Al fondo está su dormitorio, con un aseo. Tenemos agua corriente y luz todo el día, excepto cuando la cortan. A la derecha está la cocina, otro aseo y otras dos habitaciones. En la parte de arriba hay más habitaciones pero se utilizan poco. Solo alguna vez, cuando viene otro alemán.

—¿Otro alemán?

—Sí, el señor Hans.

—¡Ah! Hans Schneider. ¿Viene por aquí con frecuencia?

—No le sabría decir. De vez en cuando.

—¿Y ese piano?

Se acercó al Cramer que ocupaba una de las esquinas del salón, junto a un ventanal por donde se colaba la triste claridad del mediodía nublado. Levantó la tapa y tecleó unas cuantas notas. Comprobó que estaba desafinado en exceso como para que sonara con corrección.

Una hora después, y tras haber desempaquetado todas sus pertenencias, el alemán regresó al salón, donde Carmiña ordenaba unos periódicos.

—Como soy nuevo, ¿me puede contar qué hace usted aquí y en qué me puede ayudar?

La gallega detalló su quehacer diario, consistente en pasar a máquina las cartas que escribía el ingeniero fallecido, sacar los planos y mapas que pidiera, ordenar los periódicos recibidos en el pazo, que eran tres: *ABC*, el *Signal* y el *Faro de Vigo*. Excepto el gallego, los otros dos llegaban hasta con una semana de retraso. También le preparaba la comida y se encargaba de la limpieza.

—A las tres me suelo marchar a mi casa, si usted no tiene inconveniente.

—Me parece perfecto. ¿Me puede decir cómo era mi antecesor y qué le ocurrió?

Carmiña se incomodó con la pregunta.

—Era una persona normal, muy educada, que se pasaba el día con los planos, dibujando líneas con la escuadra y el cartabón y echando cálculos con algo parecido a una regla. Apenas hablaba y sabía el español peor que usted. Le gustaba caminar por el campo, tomar medidas con esos aparatos de ahí, y me dicen que visitaba las excavaciones que se hacen aquí, en Arnega. Se conoce que en una de esas visitas debió resbalar y cayó por un terraplén.

—¿Cayó?

Se encogió de hombros.

—Eso dicen. Pobre. Creo que murió en el acto. Vinieron con una ambulancia desde Orense y se lo llevaron. Al día siguiente estuvo por aquí el señor Hans con otros alemanes, miraron toda la casa, de arriba abajo, y se llevaron su coche. Me dijeron que siguiera aquí, que pronto vendría otra persona.

Escuchó la imprecisa explicación y asintió.

—¿Le puedo preguntar cómo es que usted sabe escribir a máquina?

—Mi padre. Él era escribiente en el ayuntamiento de Verín y quería que sus hijas tuviéramos un oficio. Consiguió comprar una máquina estropeada, la arregló, y me enseñó a escribir. Cuando memoricé la posición de las letras, me colocó una venda en los ojos y comenzó a dictarme. Al principio muy despacio. Luego más deprisa.

—Un gran hombre su padre. ¿A qué se dedica ahora?

Carmiña bajó la vista.

—Murió.

—¿Quizá la guerra?

La preguntada asintió. Le hubiera gustado decir la verdad, que a su padre lo detuvieron por pertenecer a un sindicato, que sus manos jamás se mancharon de sangre, que solo hizo el bien a los demás y que fue un buen hombre que quiso lo mejor para su familia, pero silenció sus sentimientos porque aquellos amigos de quienes lo mataron eran los que ahora daban de comer al pueblo. No tenía más remedio que mirar adelante. Su padre ya no volvería.

—Tengo que ponerme a trabajar de inmediato. ¿Me puede preparar la comida lo antes posible? Por cierto, cuando sacaba las maletas del coche me ha parecido escuchar algo parecido a una explosión, o quizá un trueno, aunque ya había dejado de llover. Supongo que serán las voladuras de las minas, ¿no?

—Sí. Hay días que suenan varias veces y en otras ocasiones estamos igual una semana sin escuchar explosiones. ¿Le traigo la comida aquí cuando la tenga dispuesta?

—No, prefiero ir a la cocina. Me llevaré allí esa radio. Tampoco utilizaré mi despacho, salvo para cuando tenga que hacer alguna llamada telefónica. Prefiero trabajar en esta sala. —Miró en derredor

y hacia arriba—. Es espaciosa y funcional. Así trabajaremos más próximos, si usted no tiene inconveniente.

Cuando entró en el salón para despedirse, lo encontró apoyado sobre un plano del Instituto Geográfico Nacional que se abría encima de la mesa de trabajo. Junto al atril del piano y al lado de unas partituras de Grieg, había una novedad, una foto. Era en blanco y negro. Una mujer sonriente y relajada, con un vestido primaveral de flores, miraba a la cámara. Se la veía peinada y maquillada con esmero. A su alrededor, dos niñas y un niño también mostraban felicidad al fotógrafo. A Carmiña aquella instantánea se le clavó como un puñal en algún sitio de su cuerpo. No sabría decir dónde ni por qué.

11

Álvaro Pallarés residía en León, junto a sus padres y hermanos. En la ciudad castellana también vivía su novia, hija del gobernador civil, que le habían asegurado que todos los domingos pedía en la misa que escuchaba en la iglesia de San Marcelo que el apuesto falangista, lleno de contactos y futuro, fijara fecha para una boda que se retrasaba en exceso. Álvaro se resistía porque sabía que el mundo estaba lleno de mujeres, que no era cuestión de conocer a todas, pero sí que la muestra estadística había de ser grande como para asegurar que Puriña era la que mejor educaría a sus hijos en los valores cristianos imperantes. Con sus veintiséis años recién cumplidos, no se veía en el altar compartiendo unas arras, unos anillos y una soga al cuello.

El mayor de los Pallarés había estudiado Derecho y ejercía en el ayuntamiento, a las órdenes de don Justo Vega, el alcalde, el cual le daba permiso cada vez que se lo solicitara para viajar a los lugares donde se extraía wolframio. Había sido una petición expresa de don Demetrio Carceller y no era cuestión de contrariar a un ministro.

Uno de los lugares más visitados desde finales del año anterior era Arnega. Los nuevos filones allí descubiertos por Bauer, el fallecido ingeniero jefe alemán, habían permitido hallar menas con mayor pureza y menor contenido de cuarzo, que se enviaban a Irún a bordo de los camiones salmantinos de la empresa Transportes Marion.

Siempre que viajaba al pueblo orensano visitaba al cabo Albino Castro, un individuo al que despreciaba pero que le valía para sus propósitos.

—Tenemos asuntos que tratar, mi cabo —le recordó, nada más llegar a su despacho en el cuartelillo construido hacía tan solo tres años.

El guardia entendió el significado de las palabras del leonés y mandó fuera a uno de sus colaboradores a la vez que lo instó a cerrar la puerta al salir. Bajo la estática mirada de Franco y de José Antonio desde los cuadros que presidían la estancia, los dos hombres se disponían a mantener un encuentro discreto.

—¿Se ha confirmado que fue un asesinato, no?

El cabo se levantó y abrió la puertecilla baja de un aparador. Sacó una botella de Excélsior y sirvió dos copas.

—Claro que fue un asesinato —corroboró Albino—. Lo llevaron a Santiago y allí lo miraron hasta de canto, aunque el informe final lo han considerado secreto. No obstante, me he enterado de que el cadáver presentaba varios tipos de contusiones. Dos muy fuertes en la cabeza, cualquiera de ellas pudo resultar mortal, si no las dos, y otras más pequeñas que no lo hubieran matado.

El falangista extrajo un cigarrillo y ofreció a su anfitrión.

—Según dicen, cayó por un terraplén y se golpeó con una piedra que había al final de la pendiente —comentó el leonés.

—Esa casualidad no me la creo. —El guardia estaba seguro de sus propias deducciones—. Eso de caer por la pendiente puede provocar esas contusiones pequeñas que te digo, y que las ropas se desgarraran y se llenaran de polvo y de tierra, y todo eso; pero los golpes que presentaba en la cabeza eran mortales. Cuando ese desgraciado comenzó a rodar, ya lo habían matado. Lo debieron pillar desprevenido, o lo entretuvieron con algo o alguien y, en un

momento de descuido, le atizaron con una piedra. Ya en el suelo, le darían un segundo, de remate. Después lo tiraron entre varios para que su cuerpo cogiera velocidad en la caída, como coartada. Por supuesto, se ha batido toda la zona y no se han encontrado piedras con restos de sangre. Esconder un pedrusco en un monte no es difícil. Se entierra y no lo encuentra ni Dios. O hasta si se queda a la intemperie. Con tanta lluvia, en dos días es como si se hubiera lavado y borrado cualquier huella.

—Cabo, no blasfemes. —El falangista se santiguó. Después, dio una larga calada al cigarrillo—. Y, ¿por qué querrían matarlo?

—Eso ha sido cosa de los ingleses o de los americanos, o de los dos. Muchas veces vienen por aquí, a tocar los cojones. Pagarían a alguien para que lo ejecutaran.

—Y buscan con ello ralentizar las extracciones —dedujo Pallarés.

—Claro, aunque no mucho. Los capataces saben por dónde tienen que tirar, pero esto dificulta la prospección de nuevos pozos. Ha llegado uno nuevo, un tal Karl no sé qué.

—Y, ¿qué tal es?

—Te lo diré en unos días.

La visita aplastó la colilla contra el cenicero y clavó los antebrazos en la mesa del cabo.

—A lo nuestro. ¿Cómo van nuestros chicos?

—Bien. —Castro se puso trascendente a la vez que se acariciaba el bigote—. De los ciento ocho prisioneros, bueno, ciento seis porque dos son gente nuestra, ya tenemos localizados a seis. El cabecilla es un picador llamado José Castrillo, un fulano de Madrid, de Carabanchel. Le conmutaron la Pepa por treinta años. Fue comisario político y me dicen que tiene un pico de oro, que por las noches, cuando apagan las luces, se pone a aleccionar a los mineros con todas esas doctrinas bolcheviques que les han enseñado. Además, algo trama porque tiene un contacto entre los libres, uno que se llama Cristóbal Díaz, de Almería. Es un asiduo de la Calatrava y mi gente me dice que siempre está hablando en bajito con el que pilla. Algunos domingos se marcha fuera de la aldea. No sabemos

dónde. Suponemos que será a entrevistarse con alguien para darle novedades y recibir nuevas consignas.

—Podríamos esperar un poco a ver qué intenciones tiene ese tal Castrillo, pero no me quiero arriesgar.

—Yo tampoco, leonés, yo tampoco. —El cabo apuró la copa a la vez que estrellaba la colilla contra el cenicero—. Pide autorización y la semana próxima lo hacemos.

Álvaro Pallarés asintió. Se levantó y se colocó la zamarra que había colgado en el perchero al llegar.

—¿Tienes algo para mí?

El guardia sacó una llave de su bolsillo y abrió el primer cajón de la mesa de su despacho. Extrajo un sobre con dos iniciales: A.P.

—Toma, y no te lo gastes todo esta noche en Orense.

—No voy a Orense ahora, vengo de allí. Me han dicho desde Madrid que me dirija a Fontao; allí también tienen lo suyo.

Abandonó el despacho tras un fuerte apretón de manos. Al salir, uno de los guardias se levantó y se cuadró ante el falangista. Este pasó por su lado como si el otro fuera una estatua.

12

El sueco había tomado un avión desde Londres hacia Lisboa, donde pernoctó. Al día siguiente, un chofer portugués lo llevó a Madrid, al Palace, donde alguien había reservado una habitación a su nombre. Prefirió quedarse en el hospedaje y no salir a cenar ya que el viaje por carretera resultó fatigoso, y le había generado un agotamiento físico y mental que lo perturbó hasta quitarle el apetito. En la cama todavía seguía dentro de curvas cerradas, metido en baches, jugándose la vida al adelantar a camiones renqueantes, y atravesando poblaciones pequeñas que ralentizaban la marcha hasta límites extenuantes con cuidado de no atropellar a algún peatón imprudente. Cuando estacionaba el vehículo en la entrada del lujoso hotel el conductor le confesó que se sentía satisfecho, y hasta sorprendido, de cómo se comportó la máquina, sin generar problemas mecánicos ni sufrir pinchazos.

Después del desayuno, a las diez y diez de la mañana, unos nudillos golpearon con suavidad en la puerta de su habitación, la 219.

—¿Está ahí Gustav Sørensen? —preguntaron, en sueco.

—No, aquí no es —respondió la consigna preestablecida.

—¡Qué extraño! Vengo de Malmö —confirmó, en el mismo idioma.

Abrió la puerta al escuchar la contraseña pactada. En el pasillo esperaba un hombre de unos cincuenta años, espigado, con cabello encanecido y raya a un lado trazada con regla. El bigote era fino y lo llevaba recortado, lo que denotaba la atención dispensada a su estética. El sueco observó la calidad del traje gris apizarrado así como la del sombrero que sostenía en su mano derecha. En la izquierda portaba un maletín que se intuía pesado.

—¿Puedo entrar? —El desconocido había pasado al inglés.

Cinco minutos después, ambos se encontraban sentados a una mesita pequeña, circular, próxima a la ventana. Antes de prender su Craven, el británico pidió permiso para fumar.

—Norman Brown, persona a la que usted conoce desde que se vieron en el Grand Hotel de Estocolmo, me ha puesto en antecedentes. Me alegro de no tener que hablar más en sueco. Su idioma es muy complicado. Menos mal que tan solo he tenido que aprender lo que ha escuchado. ¿Lo he hecho bien?

—Mucho mejor de como hablaré yo en inglés.

—Me alegro de que celebremos este encuentro de día. Franco tiene a toda España a media luz, en realidad, a un cuarto o a una décima de luz. El embargo de petróleo se nota, aunque la prensa de aquí lo silencia. Hablan de restricciones por la guerra de Europa, sin entrar en detalles. ¿Ha visto los coches, con esos artefactos que arrastran para suplir la falta de gasolina? Son incapaces de decir la verdad. Bueno, lo habitual en cualquier dictadura. Por cierto, me alegro de que me haya dado bien las contraseñas, porque si lo hubiera visto por la calle, jamás pensaría que alguien tan moreno es sueco. Yo pensaba que todos ustedes son rubios.

La afirmación fue seguida de una sonrisa que denotaba que era una broma para allanar la tensión. A pesar del fugaz desahogo,

la mirada del británico no dejó en ningún momento de ser firme, incisiva e inteligente, como si tuviera un extraño poder de traspasar la piel y adivinar los pensamientos de sus interlocutores.

—Pues no, ya ve. Son tópicos. Soy moreno, tanto de pelo como de barba, cuando me la dejo. ¿Cómo lo debo llamar?

—Llámeme Winston, como el *Premier*, ya sabe.

Departieron acerca del vuelo, que ambos consideraron peligroso, y sobre el recorrido en coche desde la capital portuguesa.

—¿Cuántos controles tuvo que pasar?

—Uno en la frontera y otro en un surtidor en el que paramos para repostar, me parece recordar que estaba a las afueras de un pueblo llamado Trujillo. En el primero abrieron el maletero y también todo mi equipaje. Veo que la Guardia Civil trabaja con celo.

—Aunque ambos países tienen regímenes muy similares, sus fronteras registran multitud de movimientos, tanto de mercancías como de personas. Ahora le contaré. Mire, le voy a enseñar lo que he traído.

Abrió el maletín y le entregó varios libros. El sueco los fue tomando con sorpresa creciente.

—*Atardeceres en La Albufera*, *Visiones suecas de Sevilla*, *Barcelona para un sueco*. —Conforme iba entregándole cada ejemplar, leía el título sin ocultar el asombro que le deparaba—. Mire, este es el mejor: *Madrid y Estocolmo, dos capitales para el futuro*.

Gustav se quedó sorprendido con aquellos cuatro volúmenes. La portada y los lomos eran determinantes: aquellos libros los había escrito él, aunque desconocía su contenido. Por lo menos su nombre y apellido figuraban tanto en la cubierta como en el lomo y en las primeras páginas.

—Y esto, ¿qué es?

—Su tapadera, señor Sørensen, su tapadera. Me consta que ya le explicaron en Londres la imperiosa necesidad que tenemos de que usted nos ayude, pero para asentarse en un lugar tan apartado como es Arnega, tiene que llevar una excusa sólida, y una que se nos ha ocurrido de entre todas las que contemplamos es que usted sea escritor, un hispanista que recorre el país aprendiendo su cultura

para darla a conocer a su sociedad, tan docta como lejana, y todo ello gracias al dominio de la lengua local. Tampoco le voy a preguntar por qué sabe español, no es de mi incumbencia. En mi trabajo solo hay que saber lo imprescindible.

»Por eso ya ha escrito cuatro libros que siguieron a otros tantos viajes anteriores a la guerra que realizó aquí. Fue hace tiempo y por ello no tiene por qué tener presente todos los recuerdos, si alguien le preguntara, que le preguntarán. La primera vez que vino le pareció un país muy atrayente, de ahí que viajara otras tres veces y ahora lo haga una quinta. Y, ¿por qué a Galicia? —El inglés se formulaba él mismo las preguntas que respondía—. Porque quiere conocer a la sociedad gallega, sus costumbres, sus brujerías, el impacto del Camino de Santiago en la cultura europea, los viajes de los emigrantes del siglo pasado… Tiene dos días para pensárselo. Pasado mañana le traerán un coche que quedará a su disposición hasta que regrese a Madrid. Los papeles están a su nombre y no tendrá problemas con la Guardia Civil, recordemos que usted es súbdito de un país neutral. También le entregaremos una carta extendida por su embajada en la que se solicita que todas las autoridades de tránsito le faciliten los desplazamientos por el país.

—¿Y cuándo regresaré a Madrid? ¿Cuándo finalizará mi cometido?

—De entrada le recuerdo que usted es una persona libre, puede hacer con sus días lo que desee, incluso regresar a Estocolmo cuando aquí se sienta incómodo; pero si me pregunta cuándo terminará su misión, ahora mismo no le puedo decir porque yo lo desconozco, y también lo ignoran mis jefes. Nadie sabe a qué velocidad evolucionará la guerra, aunque el sentido de la misma parece claro. Lo de Hitler es cuestión de tiempo, pero todavía puede ser mucho.

El sueco ojeó el interior de los libros y vio que no tenían nada que ver con viajes por España, eran tratados de filosofía. Se lo hizo saber.

—Bastante que hemos conseguido imprimirlos según las exigencias que nos han enviado desde Londres. Ya sabe, todo con prisas. Pero, no se preocupe, dudo que en Galicia alguien hable

sueco. Si un curioso se fija en ellos, solo verá su nombre donde queremos que se vea y, le aconsejo, procure que estos libros queden al alcance de cualquiera. Le servirán de coartada. Ya lo hemos hecho en otras ocasiones y siempre ha funcionado.

—Puedo decir que estoy tomando apuntes de algo relacionado con los animales autóctonos, los árboles, la naturaleza. —El sueco se quedó mirando en derredor mientras pensaba.

—Esa es muy buena idea, así podrá pasear por el campo sin despertar sospechas y tomando nota de las minas que vea, de los camiones que se muevan por allí, de sus matrículas, del tipo de gente, de los alemanes… Supongo que de esas cosas ya le habrán hablado —Gustav asintió a la vez que mostraba un gesto como distraído, prueba de que su cabeza ya había iniciado el viaje.

—Pero, ¿piensan ustedes de verdad que yo puedo ayudarlos a ganar la guerra, a ganar la guerra contra la tiranía nazi?

—Si no estuviera convencido de ello, no estaría aquí, se lo aseguro. —La mirada de Winston le resultó inquietante—. En Galicia tenemos gente, pero a cara descubierta, diplomáticos que recorren la región porque nosotros también somos compradores de wolframio, pero muy pocas personas de las que de verdad nos interesan, como usted.

—Y, ¿de qué manera les informo?

—Veo que está usted en los detalles. Me gusta. Claro, de todo lo que se vaya enterando, ¿cómo nos lo contará? Muy sencillo. Escuche.

Una vez se volvió a quedar solo, Gustav no perdió tiempo para volver a tomar los cuatro libros. Se sonrió con las ocurrencias de los servicios secretos británicos y se sintió orgulloso de la decisión tomada. En Estocolmo su vida carecía de experiencias personales desbordantes. Si su mejor momento del año era la cobertura periodística de la entrega de los Nobel, quizá había llegado la ocasión de dar un giro a sus días y abandonar el tedio de las informaciones de sucesos locales para marcarse un objetivo superior, no ya profesional, sino vital. Además, tanto su padre como su madre

le habían hablado de España, con distintos enfoques, porque para sus progenitores el país en el que se encontraba formaba parte de sus recuerdos más queridos y hasta de su historia.

13

Muchas tardes a lo largo del año, don Brégimo Dopico, titular de la parroquia de San Pedro de Arnega, visitaba a las familias de la localidad para interesarse por su situación espiritual y prestar apoyo moral a quien se lo pidiera, incluso, a aquellas personas levantiscas que se mostraran, si no abiertamente enemigas de la Iglesia, sí que no observaran hacia la institución el respeto y decoro que se suponía en una España católica, apostólica y romana, agradecidos al Altísimo por la ayuda prestada para erradicar a las hordas comunistas ateas que asolaron la patria en tiempos pasados. A diferencia de sus correligionarios en otros lugares del país, en Galicia la guerra civil no trajo consigo acciones violentas contra el clero, ni se registraron ataques a sacerdotes y monjas. Lo que sucedió durante la Segunda República lo consideraban todos agua pasada. El párroco intentaba cada día apartar de sus dolorosos e inquietantes recuerdos la mañana de un domingo de octubre de 1934, cuando unos sindicalistas de la UGT llegados desde Orense sacaron de sus hornacinas varias figuras religiosas y las apalearon junto a la fuente, ante la pasividad de la mayoría de los viandantes. Uno de los pocos que salió en su defensa y consiguió ahuyentar a los saqueadores fue Eutelo Barreiro, el padre de Carmiña, Xiana y Rosalía, que también estaba afiliado al sindicato. El párroco jamás tuvo una palabra de gratitud hacia quien se había puesto de su lado en el momento más difícil, incluso era posible que ese mismo religioso fuera quien lo denunció una vez que los golpistas se hicieron con el control efectivo de la región. Esa pudo ser la muestra de su agradecimiento.

—¡Ave María Purísima! —declamó, a modo de saludo y mientras atravesaba el umbral de la casa y cerraba el paraguas que lo había cobijado de la lluvia vespertina, menuda y lánguida.

En la vivienda de las Barreiro, bajo la mortecina luz de la bombilla que colgaba del techo, solo encontró eco en una de las mujeres, en Carmiña. Xiana y la madre seguían con sus labores de encajeras.

—Vaya tarde tenemos hoy, no para de caer agua. Bueno, veo que estáis ocupadas. Así me gusta. Dios quiere que sus hijos sean productivos y alcancen la santidad mediante la oración y el trabajo. *Ora et labora*, como se nos dice.

—Perdone, padre, pero no puedo mirarlo porque pierdo la tensión de los hilos, además, tengo que ir a mi cuarto. —La hermana mediana se excusó a la vez que dejaba el mundillo sobre una silla.

—Ve, hija, ve a lo que tengas que hacer. —La vio marchar y comenzó con un ligero movimiento titubeante de la cabeza—. Esta Juliana… siempre se muestra esquiva hacia mi persona. Y no lo entiendo. Mis visitas son pastorales y mi único deseo es llevar la paz de Dios a cada rincón de Arnega. Yo creo que lo que necesita es un marido con quien formar un hogar bajo la supervisión de Cristo y el temor de Dios.

Tanto Avelina como su hija mayor siguieron a su trabajo y no respondieron ante el breve y siempre desafortunado sermón sacerdotal.

—Bueno, y ¿qué tal estáis? —preguntó, mientras se sentaba en el sillón sin pedir permiso.

—Pues ya ve, padre, trabajando. Que el dinero no nos cae del cielo.

—Del cielo nos llega la salud, la fe y la misericordia. ¿Te parece poco?

—Es que con eso que usted dice, no podemos pagar el rodaballo a Chanciño ni los chorizos a Benitiña —recordó la mayor.

—El cielo da de comer al alma y te hace entrega de fuerzas para trabajar, que es nuestro deber. Oye, ¿qué tal con el nuevo alemán? Me han dicho que es un hombre muy aparente, aunque creo que está casado. Carmiña, eres un espíritu puro, no vayas a caer en la tentación, que Satanás aparece por cualquier resquicio. Y encima será luterano. Esa gente no es de fiar. No son como

nosotros. Serán ricos en dinero, pero el cielo no se compra con billetes.

Sin pronunciar palabra, Avelina lo asaeteó con la mirada.

—Lo mismo digo de Juliana. Tan joven, tan guapa… Las dos tenéis que seguir el camino de Rosalía. Fijaos, es la pequeña pero es quien os marca la senda que Dios indica a todos aquellos buenos cristianos que quieren vivir en la fe y huir del fuego eterno. Bien es verdad que Manuel no es el mejor ejemplo de marido cristiano. Me llegan informaciones de ese chico que no me gustan. Debe centrarse en su mujer, en su hijo y en el regalo que el Señor les va a entregar en unos meses.

—Por favor, padre, no la llame Juliana. Ella se llama Xiana.

—¡Pamplinas! Una mujer creyente y como Dios manda no puede llamarse como una gata o como un vegetal. Xiana, Xiana… ¿qué santa es esa? ¿Dónde se venera su imagen? ¿Qué clase de advocación de la madre de Dios es esa? En todo caso será Juliana, Santa Juliana de Nicomeda, cuya festividad se celebra el 16 de febrero.

—Es que nuestro padre quiso que se llamara así, Xiana, y hay que respetar la voluntad de los fallecidos.

—Eutelo era un gran hombre que tuvo la mala suerte de rodearse de compañías perversas que lo echaron a perder. Iba bien, pero… —El cura se santiguó, gesto que repetía de forma continua, con o sin motivo—. Por cierto, ¿dónde está Rosalía? ¿Trabajando? Debe cuidarse. En su estado…

—Ha ido al monte.

—¿Al monte? ¿No será para buscar esas piedras negras que tanto daño han hecho a esta noble gente? Solo han traído la codicia, la lujuria y la violencia. ¿Dónde se ha visto que tengamos que tolerar la presencia de lugares de perdición, de juego y de promiscuidad como el de la Calatrava esa y algún otro que no quiero ni pronunciar?

—Y usted, ¿por qué sabe lo que ocurre en donde la Calatrava?

—Porque me lo cuentan las mujeres en confesión, con lágrimas en los ojos. No diré quién, claro, que eso es secreto entre sacerdote y feligrés, pero me dicen que sus maridos son otros desde que están

aquí esas malditas piedras sembradas por el demonio. Y Rosalía, ¿en el monte? ¿Para qué ha ido al monte?

—No sé, padre.

Las mujeres sabían que la pequeña, junto a su marido y a otros arnegos, andaba con aperos de labranza escarbando la tierra y buscando complementar su sustento. Un puñado de piedras del tamaño de cagarrutas de oveja podía ser suficiente para juntar unas pesetas que no siempre se podían conseguir con trabajos legales, y los días lluviosos eran los mejores porque el agua caída removía la superficie y facilitaba el arañado de la tierra.

El llanto de Luisiño provocó un paréntesis anhelado por las dos mujeres. La abuela se levantó a ver qué le ocurría al nieto. El cura aprovechó para recrearse en los andares de la matriarca. «A pesar de haber tenido tres hijas, se conserva muy bien esta Avelina», pensó el religioso.

—Carmiña. —Cuando se quedaron solos, el sacerdote no desperdició la ocasión para exhortar a la hermana mayor. Bajó el volumen de su voz y mostró un rostro circunspecto—. Tu madre debería acudir a la parroquia alguna tarde, como hacen otras mujeres del pueblo. La casa de Dios debe estar limpia. Además, no es bueno que Avelina se enconche. ¿Se lo dirás?

La mujer, concentrada en su trabajo, hizo como que no oía las palabras de la visita.

—¿Se lo dirás?

—Padre, dígaselo usted, que tiene boca.

—¡Por favor, Carmiña, un respeto al hábito! —El hombre se santiguó dos veces, a más velocidad de la habitual. Oyeron una explosión lejana que provocó un nuevo santiguamiento por parte del párroco.

—Deberías confesarte, que la casa de Dios no solo está abierta para acudir a la misa del día de Nuestro Señor. —No recibió respuesta.

El sacerdote había acudido a la vivienda de las Barreiro con un interés concreto y sabía que la madre sería quien se lo satisfaría. Aprovechó para deambular por el salón y fijarse en un aparador que en vez de albergar platos y fuentes estaba lleno de libros. Vio

volúmenes hasta en una pequeña torre en el suelo. Leyó algunos lomos y su cabeza comenzó a titubear.

—No me gusta lo que leéis en esta casa. No veo que tengáis la Sagrada Biblia ni la biografía de ningún santo. ¿Quién es ese tal Eduardo Pondal o Valentín Lamas Carvajal? ¿No serán escritores rojos? A ver… Rafael Pérez y Pérez, Joaquín Belda —con la cabeza algo torcida, el párroco recorría con sus ojos los lomos de los libros —, Felipe Trigo… no sé quiénes son esos. Solo he oído hablar de Quevedo, y no me parece que sea una lectura adecuada. Y alguno no está escrito en la lengua de Dios, por lo que puedo leer. ¡Jesús!, ¡a saber qué códigos satánicos figuran en esas páginas!

Carmiña recordó que una vez salió ese tema de conversación y Xiana fue rotunda cuando aseguró que mientras ella estuviera allí, jamás entraría un libro de caballerías que hablara de diluvios universales ni de separaciones bruscas de las aguas del mar, como al que se refería el padre Brégimo. Decía que para libros de aventuras ya estaban los de Julio Verne.

Además de las que tenía su padre, las novelas de la casa las traía la mediana cuando viajaba a Orense. Siempre regresaba con algún libro nuevo. Con diferencia, Xiana era la más lectora de la familia, Carmiña algo menos y Rosalía solo leyó de adolescente.

—Padre, alguno de esos autores que ha dicho usted murieron a principios de siglo, no llegaron a conocer la Revolución Rusa ni la caída de los zares, por lo tanto, no son comunistas. Supongo que a Rosalía de Castro no hace falta que se la presente. Y el resto de libros son recomendaciones de los libreros de Orense. —No mencionó que su hermana guardaba escondido el *Decamerón*.

—¡Ah! Que no me entere yo de que en este hogar cristiano hay lecturas subversivas.

—Pues en los conventos hay muchos libros. Recordemos que Gonzalo de Berceo no era ni un torero ni un actor de cine.

—¡Por favor! ¡Cómo vas a comparar esos autores que dices con uno de los religiosos más cultos de España!

La matriarca salió de la habitación con el pequeño Luisiño de la mano y la tía mayor dejó de picar alfileres para correr a besarlo y achucharlo.

—Este niño es un regalo divino. Se está criando sano y fuerte, no hace falta más que verlo. Tiene una piel tan lisa como la de su abuela. Supongo, Avelina, que no tentará usted a la inmoralidad con supercherías o hechizos para conservarse tan lozana. No me la veo yo liada con ungüentos satánicos.

Al quedarse libre del nieto, se colocó la toquilla por la cabeza, abandonó la vivienda y regresó con unos huevos envueltos en un papel de periódico. Se los entregó a don Brégimo sin mirarlo a la cara.

—¡Muchas gracias, hija! ¡Que Dios se lo pague! No tenía que haberse molestado. Tenéis las mejores gallinas de Arnega. Tengo algo de aceite. A ver si un día venís alguna de las dos y me preparáis una tortilla, que seguro que os saldrá exquisita. Podéis acudir juntas o separadas, quizá mejor una sola, para no dejar la casa tan vacía.

Carmiña extrajo de uno de los cajones del aparador una toquilla limpia y seca que colocó a su madre. Le retiró la mojada.

El párroco se volvió a fijar en la delicada tez de la viuda. «¿Qué años podrá tener esta mujer, cuarenta y cinco, cuarenta y seis? Seguro que tiene menos de cincuenta, eso seguro. ¡Qué piel más delicada! Se nota que Dios ha querido compensarla por todas las desgracias que habrá tenido que sufrir con aquel marido tan apartado de la fe católica. Nuestro Señor siempre ayuda a aquellos que quieren volver al redil».

La madre regresó al sillón y tomó de nuevo el mundillo.

—Padre, si no le importa, tenemos trabajo. Xiana ha quedado en marcharse a Orense con varios trabajos y hemos de terminarlos.

—Juliana, Carmiña, Juliana. Eso de Xiana es un nombre pagano.

—Ave María Purísima, padre. —El intento de despedida de la hermana mayor no podía haber sido más acorde con la naturaleza de la visita.

—Sin pecado concebida, hija, sin pecado concebida.

Abrió el paraguas y salió con el pequeño paquete camino de su iglesia. Esta vez habían sido unos huevos; en otras ocasiones eran

unos chorizos, alguna lata o hasta unas berzas. Ventajas de tener feligreses con huertos.

En la casa hubo un cruce de miradas preñadas de resignación.

El pequeño Luisiño se quedó jugando por el salón mientras que su tía y su abuela seguían con los mantelitos de encajes de bolillos que estaban terminando y que Xiana vendía en un comercio de Orense capital, viaje al que acudía ella sola. En alguna ocasión, alguna de sus hermanas se brindó a acompañarla, pero ella declinó el ofrecimiento porque aseguraba que era la más capacitada para obtener los mejores precios de venta ante don Senén, el dueño de la tienda y único cliente de las Barreiro.

14

Su prohibición se extendía a todas las jornadas del año excepto las críticas de la Semana Santa. Desde el jueves al sábado la gente podía jugar porque «al estar muerto Dios, no nos ve», se decía. Pero en Arnega y en otros lugares del noroeste peninsular se esquivaba aquella limitación temporal y los agricultores y los ganaderos, los mecánicos y los viajantes, los dependientes y los profesores, los tratantes y los mineros, los señoritos y los gañanes se jugaban lo que tenían y hasta de lo que carecían a un juego tan absurdo como simple: las chapas.

Influenciados por las costumbres bercianas, en numerosos pueblos gallegos, en especial en el Barco de Valdeorras, se disputaban lances de un juego maldito que ejercía atracción sobre numerosas personas llegadas desde distintos puntos de la geografía nacional en busca de un dinero fácil, que podía llegar a sus bolsillos con la misma rapidez que marcharse a carteras ajenas. En Arnega se organizaban timbas tan «secretas» que todos sabían dónde se celebraban, a qué hora y hasta dónde subía el nivel de las apuestas. Los hombres del cabo Castro no montaban redadas, aunque era su deber, porque entendían que la vida en la explotación era ya demasiado dura como para andar imponiendo multas a quienes deseaban un asueto distinto del que proporcionaban las mujeres o el

alcohol, aunque a veces el juego se mezclaba con una de las dos cosas o incluso con las dos. Como ocurría con el contrabando del wolframio, el cabo era especialista en mirar hacia otro lado a la vez que dejaba una mano suelta la cual Mamerto, dueño del local, de las monedas de cobre que se utilizaban y baratero de las partidas, se encargaba de llenar a cambio de su comprensión.

Mientras Rosalía se marchaba al campo con unas vecinas a buscar piedras negras, Manolo se puso su mejor camisa y se dirigió al bar Anxo donde, en su trastienda y sobre un suelo terroso para evitar los rebotes de los metales al caer, estaba prevista la celebración de unas jugadas que no quería perderse. Él, que siempre andaba «pegao», había tenido suerte jornadas atrás y quería repetir fortuna. Sus ingresos como agricultor se verían incrementados de forma fácil, sin padecer los peligros a los que estaban expuestos los recuperadores.

—¡Vamos, Manolo, que hoy será tu día! —auguraba un paisano, según le daba una palmada en el hombro.

—¡Esperemos, esperemos! —respondía el marido de Rosalía, después de pedir en la barra una copa de Tío Pepe.

El padre de Luisiño nunca podía constituirse en mano, pues carecía de capital suficiente como para tener el privilegio de lanzar las monedas. Él, como la inmensa mayoría de los asistentes, se limitaba a cubrir parcialmente las apuestas y esperar que cayeran los dos metales en cruz, momento en el que la algarabía en el recinto era máxima al ganar mucha gente y perder quien hacía de mano. Cuando el que lanzaba las monedas conseguía que salieran las dos con la cara al aire, fuera por pericia o por fortuna, el silencio planeaba en el ambiente mientras presenciaban cómo una sola persona recogía la totalidad de los billetes diseminados por el suelo. La alegría en ese caso solo era de uno. El baratero siempre se mostraba estoico ante el resultado del lance porque su porcentaje de ganancias era independiente de la faz que mostraran las monedas al caer.

Manolo soñaba con que llegara un día en el que fuera tratado como don Manuel, que al hacerse presente en el local, todos se apartaran y Mamerto mandara callar a la parroquia.

—¡Silencio! —chillaría, de inicio, para después continuar con los cumplidos—. ¿Cómo se encuentra hoy, don Manuel? ¿Qué tal sus augustos hijos? Le pido por favor que me ponga a los pies de su insigne esposa. Y ahora, si es tan amable, indíqueme qué le apetece tomar. Sabe que en esta casa tenemos las mejores botellas para satisfacer los paladares más exigentes.

Con su traje hecho a medida y sus deslumbrantes gemelos de oro, pediría al dueño de Anxo las monedas de cobre y abriría su cartera para poner en el suelo y ante todos el billete de 1.000 pesetas de don Carlos I, que el agricultor entendía que debía ser alguien mucho más importante que Colón, que prestaba su imagen para los de 100 pesetas, incluso mucho más todavía que una señora muy católica llamada Isabel, cuyo rostro ilustraba los billetes de los pobres, los de 5 pesetas.

El infeliz había planificado una noche muy diferente de la que resultó. Como en el infantil cuento de *La Lechera*, se veía triunfante y, con el bolsillo colmado de dinero fresco, visitaría a la Calatrava y pediría la mejor chica, la más tierna, la que poseyera los pechos más jugosos y la que lo besara con pasión de profesional y con inocencia de chiquilla, y sin marcar límites a lo que se le antojara.

Pero la realidad lo bajó de la nube con un manotón a mano abierta. No habría inflamación de la autoestima, ni salida triunfal entre enhorabuenas de la muchachada, no lo admirarían ni loarían sus hazañas. Los lances habían dado como resultado que la presencia de las dos caras fue mucho más persistente que la de las dos cruces, por lo que las personas que hacían de mano habían esquilmado a los que cubrieron las apuestas, entre ellos, a Manolo Bodelón. Manolo seguiría llamándose Manolo. Nada más que Manolo.

Al salir de Anxo comprobó la negrura de la noche, sin estrellas, sin luna y también sin saber cómo afrontar ante su esposa que no solo había dilapidado las cien pesetas que llevó sino que contrajo una deuda de otras trescientas que superaban su jornal de dos quincenas.

Tomó la decisión de que nada más confesaría una parte de las pérdidas, las del dinero propio, y silenciaría las deudas, que tendría que satisfacer buscando piedras donde fuera y a la hora que fuera.

15

Durante los tres días que llevaba en Arnega, el *Leutnant* Karl Müller había trabajado mucho y descansado poco. La primera jornada la dedicó a analizar los planos que su antecesor dejó sobre las mesas de trabajo. Eran recientes y en ellos se marcaban todos los hitos de interés con claridad, lo que facilitaría la posterior labor de campo. Su colega había señalado las bocaminas, la extensión de cada túnel, su altura, la calidad de la piedra que se obtenía de ellos y los kilos aproximados que llevaban extraídos. También leyó unas anotaciones manuscritas en un cuaderno de hojas cuadriculadas donde, con pulcra letra y sin tachones, referenciaba sus impresiones sobre las jornadas de trabajo, el número de personas que laboraba y el material del que disponían para extraer el ansiado mineral.

Los dos días siguientes los dedicó a andar. Gracias a que la climatología no era hostil, con un chaquetón fino podía moverse con facilidad por los senderos que se adentraban en unos bosques lobunos que, como no se tuviera la precaución de portar una brújula, podían convertirse en trampas mortales.

A pesar del poco tiempo que llevaba en el pueblo, tanto el personal de vigilancia como los guardias civiles a las órdenes del cabo Albino Castro ya lo conocían, y lo saludaban a la vez que se ponían a su disposición para resolver cuantas dudas pudiera albergar.

—¿Cada cuánto tiempo vienen los camiones a cargar? —preguntó a un capataz.

—Cada semana, como mucho. El wolfram lo vamos acumulando en esos sacos de arpillera que ve usted ahí y los subimos a unas camionetas para llevarlos al almacén. Allí se confeccionan las guías que acompañan los envíos. Lo que no sabemos es dónde los llevan.

Karl sí lo sabía, por lo menos en parte. Conocía a la perfección que los destinos finales eran, o bien Vigo, si era mineral comprado por los aliados, o bien los depósitos de Guipúzcoa o de Navarra si el destinatario era el ejército nazi. En ese caso se trasladaba después por ferrocarril a las instalaciones de Peenemünde, donde se blindaban las V-1 y V-2 que esperaba el ejército alemán acabaran de inclinar la guerra en favor del Tercer Reich. Sus estrategas temían cada vez con mayor intensidad que los aliados abrieran un segundo frente en Europa occidental más allá de los desembarcos en Sicilia y en el sur de Italia y, si esa contingencia se terminaba por materializar, el tránsito del mineral a través de Francia se dificultaría hasta convertirlo en imposible.

El segundo día que salió a reconocer el terreno acudió a un pozo apartado que lo sorprendió ya que se había obtenido poco mineral de él y, sin embargo, era muy profundo. ¿Su colega fallecido entendería que la expectativa de alcanzar un buen filón era demasiado alta como para dedicar tanto esfuerzo en su realización? Podría ser una causa, aunque desde una visión técnica aquello carecía de sentido. A ese pozo lo habían llamado *Cascada dorada*, aunque en el pueblo se referían a él como *Fervenza dourada*.

—Puedes marcharte ya, Carmiña, que tendrás que hacer en tu casa.

—Muchas gracias, señor Müller. Por las tardes me dedico a la costura. —Aunque el alemán había pasado al tuteo, la gallega se mostraba cohibida como para entrar en familiaridades.

—¿Ah, sí? Cuéntame, si no tienes inconveniente.

—En muchas partes de Galicia tejemos unas labores que se llaman encaje de bolillos, es una costumbre muy antigua. Lo usamos para confeccionar gargantillas, cuellos de bebé, chorreras o pañuelitos. Lleva mucho trabajo y se requiere práctica para mantener los hilos en tensión. Hay distintos tipos de punto. El que más me gusta a mí es el de filigrana. No somos las únicas de Arnega que hacemos eso, también se hace en otras casas. Cuando tenemos una buena partida, una de mis hermanas se marcha a Orense y la vende allí, en la tienda más prestigiosa de la ciudad, donde compra lo más selecto de la capital y de otros municipios. Ese comerciante

tiene clientes de Monforte de Lemos, Pontevedra, Vigo, Verín, Ponferrada y hasta de Portugal, eso por lo menos nos cuenta Xiana. Nos ayuda a vivir.

Hasta el momento, el contacto existente entre el alemán y la mujer que hacía las veces de secretaria y de cocinera había sido escaso. Pero se sintió sorprendido por la pureza de su mirada y la manera que tenía de dirigirse a él, con la cabeza alta, sin mostrar rubor, sin sentirse inferior, como le pasaba con otra gente con la que había tratado en Arnega. Esa joven era una mujer distinta.

—¿Le puedo preguntar cómo es que usted habla tan bien el español?

—Claro que lo puedes preguntar. —El ingeniero sonrió—. Primero te diré que desde siempre me han gustado las lenguas de otros países. Además de español, también sé francés, inglés, holandés y algo de italiano. Tu idioma en concreto lo aprendí de estudiante. La universidad Humboldt, donde me gradué, me mandó varias veces a España, tanto a Almería como a Ciudad Real. Estaban interesados en obtener información sobre el plomo, hierro y cinabrio, ya sabes, el mineral del que se obtiene el mercurio. En Almería también me contaron cómo sacaban el oro, que es una manera de extraerlo completamente diferente a la de los minerales que te he dicho. Luego he estado más veces en España, pero fue en momentos posteriores.

Karl no quiso detallar que cuando las tropas franquistas llegaron a Vizcaya, una delegación alemana se desplazó para supervisar el estado de los altos hornos vascos, cómo habían quedado después de los sabotajes realizados por los siderúrgicos republicanos antes de abandonar a su suerte las instalaciones, y las reparaciones a emprender de forma inmediata para que volvieran a funcionar. También silenció las relaciones esporádicas que mantuvo con varias mujeres de los lugares en los que estuvo destinado, con especial recuerdo para Prado, una muchacha manchega que se enamoró de él y con la que mantuvo relaciones frecuentes durante los cinco meses que vivió en Almadén; y para Ana Isabel, una novia que tuvo en Níjar durante su etapa almeriense.

—Y ahora espero perfeccionarlo un poco más. Quizá me falta la parte escrita, que yo creo que es la más difícil de cualquier idioma. Veo que tú estás aprendiendo francés.

Carmiña se sonrojó. Era palmario que el alemán había mirado en la mesa donde escribía a máquina. Cuando no tenía trabajo, y con ayuda de un diccionario que encontró en la biblioteca del pazo, así como de un cuaderno con líneas impresas, la arnega escribía palabras de uso común, en francés, y su correspondiente traducción al español.

—No sé cómo se pronuncian, pero ya sé escribir las cosas más sencillas. Cada día anoto cinco palabras nuevas y repaso las anteriores. Ya sabré unas cien. Espero para el verano llegar a las trescientas.

—Eso está bien. Me gusta rodearme de personas que quieren prosperar.

Se quedaron mirándose, sin saber qué decir. Ya no se acordaban de por qué estaban allí, ni de que él le había dado permiso para marcharse ni de que ella tenía que abandonar el pazo. Carmiña lanzó otra pregunta.

—Tiene usted una familia muy bonita. Es una persona afortunada.

El alemán se dirigió hacia el piano y tomó la foto que había colocado nada más llegar. Le dijo el nombre de su mujer y también cómo se llamaban las dos niñas y el niño.

—Sí, muchas gracias. Es una gran familia. Helga es un año menor que yo y cursó Humanidades en Heidelberg, y los niños, por lo menos de momento, son buenos estudiantes, o lo eran, porque con la guerra las clases se han suspendido. Ahora lo están pasando mal, muy mal. Berlín está siendo atacada por las democracias decadentes, pero nos defendemos con gallardía, como guerreros que somos. Pronto volveremos a tener el cielo limpio de aviones enemigos.

Se despidieron hasta el día siguiente. Karl pasó a la cocina a comer la ensalada que le había preparado la gallega y probó un sorbo del vino con que la acompañaba. Volvió a pensar en la *Fervenza dourada*, cuya existencia tanto le extrañó, una suerte de

mina fantasma que no guardaba lógica alguna con las técnicas extractivas modernas, y fue cuando más le hubiera gustado mantener una conversación profesional con su colega asesinado, porque Karl Müller sabía sin género de dudas que Ernest Bauer había sido asesinado y que por eso él había sido destinado a Galicia.

16

Si Gustav Sørensen era escritor, sus maletas debían contener los útiles necesarios para trabajar con propósito profesional. Por ello, además de varios diccionarios de español, de sueco y de inglés, debía llevar cuadernos en blanco, tinteros, plumas, papel secante, lápices, gomas de borrar, sacapuntas, reglas y objetos de escritorio. No podía faltar ni una máquina de escribir portátil, incluida en una de las maletas que le entregaron en Madrid, ni un buen paquete de hojas en blanco. Dado que su investigación iba a estar relacionada con la naturaleza, también llevaba varios libros de la fauna y flora española ya que no fueron capaces de hallar uno específico de la región más occidental de la España peninsular. También metió los cuatro ejemplares de sus obras falsas que los pondría en un lugar preferente, y una máquina de fotos con varios carretes.

La misma persona que lo visitó en su habitación del hotel Palace le facilitó un Chrysler Airflow del 37. También le entregaron pesetas en abundancia para que no tuviera problemas económicos mientras estuviera en Galicia, ya que el tiempo de su estancia en España era indeterminado.

La conducción fue pesada porque tuvo que atravesar la sierra de Guadarrama por el Alto del León, y gran parte de la meseta por un trazado tortuoso plagado de curvas cerradas y cambios de rasante. Pernoctó en Ponferrada, en un hotel próximo a un surtidor de CAMPSA. Ese día fue obligado a parar por la Guardia Civil hasta en tres ocasiones, en las cuales le pidieron su documentación. Una de las veces lo instaron a que abriera el maletero para comprobar que no escondía a nadie en su interior. A las autoridades les

extrañaba sobremanera que un sueco estuviera realizando un viaje por la España interior.

—Estoy documentándome para un libro que escribiré sobre las peculiaridades gallegas —resumía a quien le preguntaba. Siempre le devolvían el pasaporte y la carta de la embajada con la misma cara de extrañeza con la que lo paraban.

Llegó a Arnega al mediodía y buscó un lugar donde comer.

—En Anxo le pondrán algo. Seguro que a Milagros, la mujer del dueño y cocinera, le queda algo de pote gallego. ¿Le gusta a usted eso?

Nada más entrar en el bar, donde a esa hora solo había varios ancianos de charla, las conversaciones se detuvieron y los presentes se dedicaron a analizar sin pudor al extraño.

—¿Podría comer?

—Claro, siéntese en una de esas mesas, que ahora voy —respondió Mamerto, el hombre que atendía detrás de la barra, y marido de Milagros.

A los diez minutos, y bajo el mismo silencio analizador con que la parroquia lo había recibido, Gustav se encontraba ante un plato humeante de carne con patatas y una frasca de vino que no le gustó, pero que tampoco quiso despreciar para no herir sensibilidades locales. Le pareció algo agrio.

Al llegar el camarero con una copa de orujo de postre, le preguntó aquello que más le interesaba en ese momento.

—Busco un lugar donde instalarme.

—¿Qué viene, a trabajar en las minas? —quiso indagar Mamerto.

—¿En qué minas? —El sueco se hizo el ignorante. Lo logró.

—Pues en cuáles van a ser, en las del wolfram.

—Si ha venido a eso, ya puede marcharse con viento fresco. Aquí ya estamos demasiados. Ha venido gente de toda España, y solo falta también que vengan extranjeros —chilló uno que estaba acodado en la barra. Otros dos o tres asintieron a las palabras del inopinado portavoz.

—No, no, en absoluto. No sé qué es eso de las minas. Yo soy escritor y vengo a conocer su sociedad porque ya he escrito varios

libros sobre otros viajes que he hecho a este maravilloso y rico país.

—¿Rico?

—Rico en cultura, en tradiciones, en idioma, en literatura, en gastronomía. España es uno de los mejores países para vivir, se lo digo porque conozco algo de Europa.

El lejano sonido de una explosión soliviantó al nórdico, aunque más todavía le extrañó la actitud de indiferencia del colectivo que lo rodeaba ante el estruendoso y sorpresivo ruido.

—Y, ¿de dónde viene usted?

—De Suecia.

El silencio no se alteró. Gustav se habría apostado cualquier cantidad a que ninguno de los presentes habría sabido situar su país en un mapamundi.

—Y, ¿qué tipo de alojamiento quiere usted?

El viajero contó que buscaba un lugar que tuviera una habitación amplia para trabajar, próximo al pueblo, con agua corriente y luz. Le informaron de uno que podía interesarle pero le advirtieron que el precio no sería barato.

—Aquí la gente se ha vuelto loca. Sé de alguno que hasta ha echado a los animales de la vaquería para meter colchones de hoja de maíz y cobrar a los forasteros hasta cinco pesetas por noche. Ya digo, aquí la gente se ha vuelto loca. Voy a ver si le encuentro algo bueno. Regrese en un par de horas, es posible que le pueda decir de algún sitio. Creo que va a tener suerte.

—También necesitaré limpieza para la casa. ¿Sabe de alguien que pueda realizar esa faena? Serán dos o tres horas cada mañana. Para comer, si usted no tiene inconveniente, vendré aquí todos los días, aunque beberé agua. El alcohol me da ardores de estómago.

Al salir el sueco del establecimiento, todos los clientes se miraron y alguno apuntó a que la llegada de ese forastero no podía ser más atípica, y dudaron de que la verdadera razón de su presencia allí fuera la argumentada.

—¿De dónde ha dicho que era? —Uno de los ociosos no recordaba el lugar de procedencia del extraño.

—Ha dicho que viene de Suecia —recordó Mamerto.

—Y lo suecos, ¿con quién van, con los unos o con los otros?

—En teoría son neutrales.

—¿Neutrales? En esta guerra no puede haber nadie neutral. —La sentencia era de Milagros, que acababa de abandonar la cocina para unirse a la charla. Se acodó en la barra—. Son tiempos de estar con unos o con otros. Y, sobre lo que ha dicho que quiere a alguien para limpiar, voy a hablar con las Barreiro, son buena gente, por lo menos casi todas, y seguro que les viene bien el dinero que puedan sacar. Ese menda tiene pinta de andar con una buena cartera.

17

En la ciudad de Madrid se registraba tal número de espías que se hacía difícil encontrar un lugar donde poder mantener una reunión discreta y que esta no llegara a oídos ajenos. Establecimientos como Embassy, Pasapoga, la coctelería Chicote o cualquiera de las tabernas próximas a Sol se habían convertido en centros de vigilancia tanto por agentes aliados como por germanos. A ellos se sumaba la policía española, que suponía en la práctica la prolongación de los servicios secretos nazis. No había noticia que llegara a la Dirección General de Seguridad que no acabara, horas o minutos después, en la embajada alemana de la capital. Y si mantener esa cautela era imprescindible en los agentes de campo, cuando se trataba de personas con imagen pública, las precauciones se debían extremar.

Por ello, y para guardar el secreto, Bernhardt optó por citar al ministro Carceller en un coche con matrícula de Madrid y emprender un paseo de varios kilómetros por la carretera de La Coruña. Además, y para garantizar el anonimato, sus ventanillas llevaban corridas unas densas cortinillas interiores que impedían la identificación de los ocupantes.

El industrial alemán Johannes Bernhardt era el máximo responsable del consorcio Sofindus, el conglomerado empresarial creado con fines de apoyo bélico por el cual los hombres de Hitler controlaban gran parte de la actividad económica española, y que provenía de la fusión de otras dos sociedades: Hisma y Rowak. Su

radio de acción se centraba no solo en la minería e industrias extractivas destinadas a alimentar la maquinaria de guerra alemana, tales como la explotación de minas de plomo, hierro y wolframio, sino también en la logística que ello llevaba aparejada. De ahí que la empresa Transportes Marion, radicada en Salamanca, tuviera un papel crítico.

—No te oculto la preocupación que hay en Berlín con lo que sucede aquí. El Führer se siente engañado por vuestro Caudillo. No hay reciprocidad. Cuando vosotros nos llamasteis implorando ayuda, a nosotros nos faltó tiempo para prestarla, y no mostramos prisas por cobrarla.

—Las cosas no son fáciles. Tienes que entenderlo y así has de transmitirlo —rebatió el ministro de Industria—. En aquel momento se registraban tensiones internacionales, pero no existía una guerra abierta como la actual. Las situaciones no son comparables.

—Nosotros no entendemos de problemas ajenos, sino de realidades.

—No hace falta que te recuerde el préstamo que os dimos de cuatrocientos millones de pesetas en noviembre pasado. Ya sabes que nosotros no podemos aceptar vuestra moneda porque nadie la reconoce, y mi país precisa los envíos de petróleo norteamericano y de piritas inglesas, entre otros bienes, como algodón, caucho, fertilizantes…

—Eso del préstamo ya pasó.

—Eso del préstamo ha provocado el corte en el abastecimiento, y el Caudillo no puede perpetuar la situación. Está dispuesto a llegar a un acuerdo con los aliados, me lo ha confirmado el pánfilo de Gómez-Jordana.

—Ese ministro es un cáncer. Algo habría que hacer con él.

El coche atravesaba la pequeña localidad de Las Rozas y se dirigía hacia la falda de la sierra de Guadarrama.

—Pues necesito mi wolframio. Es imprescindible. Tenemos una serie de artefactos que precisan ser revestidos con una aleación donde esas malditas piedras negras son fundamentales. El destino final de la guerra se va a jugar en los próximos meses.

—En febrero hemos superado las cien toneladas.

—Pero en marzo no se ha enviado nada, y en abril la situación no está mejorando.

Se hizo un silencio en el interior del vehículo. El conductor era uno de los hombres de confianza del alemán y el copiloto el secretario personal de Carceller. Ambos permanecían impasibles, ajenos a la conversación crucial de los pasajeros.

—Todo el gabinete, empezando por el Caudillo, anhela vuestra victoria. Europa no puede convertirse en un nido de comunistas o de sus socios, pero la situación nos obliga a extremar la neutralidad. Si los aliados nos invaden, ¿qué haríais vosotros, estaríais en condiciones de auxiliarnos? —El falangista trasladaba al empresario alemán una de las preocupaciones de El Pardo y la razón por la que España debía contemporizar con los británicos y norteamericanos.

—Pues si el tráfico de material no puede ajustarse a los caminos de la legalidad, ya sabes lo que habrá que hacer, ¿no?

—Ya lo estamos haciendo.

—Pues más, mucho más —exigió Bernhardt, que no podía ocultar su nerviosismo ante las dificultades crecientes que se presentaban para obtener el mineral codiciado.

Carceller apuró el cigarrillo y optó por mantener la vista al frente. Cuando llegasen a Villalba darían media vuelta para regresar a la ciudad.

—Si quieres tener lo tuyo, yo tengo que tener lo mío. Eso se llama reciprocidad —aseveró el alemán.

18

El ingeniero teutón sabía que tenía un enemigo, quizá solo uno. Alguien taimado, mudo, invisible pero peligroso en extremo: el tiempo. Había llegado a España con una misión concreta y cada día que pasaba la guerra evolucionaba en una determinada dirección, y él era una pieza vital para los intereses de la filosofía de vida que se había juramentado. Por ello, los horarios de trabajo de Karl eran amplios, tanto por la mañana por los montes, tomando muestras, medidas con el taquímetro y calculando campos gravitacionales con

el gravímetro, con las botas cubiertas de barro o de polvo, como las tardes, sobre los mapas del Instituto Geológico que la Jefatura de Minas y el COMEIM (Consejo Regulador de Minerales de Interés Militar) habían facilitado a su antecesor.

—Carmiña, necesito que vayas a Correos lo antes posible para enviar un telegrama —pidió el ingeniero a su secretaria.

La muchacha tomó la nota en la mano y se sorprendió por su extensión.

—Sí, ya sé que es muy larga —el germano interpretó el gesto de sorpresa de la gallega—, pero no puedo realizar una petición de material por carta porque no sé cuánto tiempo va a tardar en llegar a Madrid. Así, me quedo tranquilo de que mañana estará en las oficinas de Sofindus.

—Y quiere que el telegrama lo pongan en alemán —supuso Carmiña.

—En Sofindus hay mucha gente que habla español, la mayoría, pero todos dominan el idioma común, así no hay problemas con las traducciones. Querría que lo llevaras ahora mismo. Por dinero no te preocupes, tengo entendido que las comunicaciones entre los directores técnicos de las minas y determinados organismos oficiales van exentos de franqueo.

La mañana no había regalado nubes sino sol, por lo que le bastó con un jersey fino para dirigirse hacia el centro del pueblo, acompañada del incansable cacareo de los gallos de una granja próxima. Bajó la calle en pendiente que comunicaba el pazo donde trabajaba con las primeras casas de Arnega y llegó a la plaza de José Antonio, donde lo sorprendió un coche nuevo, muy vistoso. Preguntó a un hombre que se hallaba sentado tomando el sol.

—Es de un forastero que ha llegado al pueblo. Otro que viene por lo de las minas, me temo.

En la estafeta esperó su turno hasta que llegó a la ventanilla, donde Leoncio mostró una expresión de resignación.

—¿Otra vez, Carmiña?

—No, Leoncio, esta vez no vengo a preguntarte por nada mío sino a enviar un telegrama.

El empleado se sorprendió de su extensión. Al igual que ella, no entendía ni una sola palabra del contenido.

—Esto te lo manda tu jefe, el alemán, ¿no? —Ella asintió—. Si esperas un cuarto de hora, te llevas el justificante.

Se acomodó en una de las sillas de la salita y aprovechó para mirar a la gente que había acudido a Correos esa mañana. La mayoría eran las mujeres de los mineros llegados desde toda España que enviaban giros a sus familiares en Burgos o en Cáceres, en Guadalajara o en Huesca. El dinero del wolframio se repartía por el país.

—Carmiña, toma, aquí tienes el resguardo. Dile que el contenido del telegrama ya está en Madrid y que mañana antes del mediodía lo llevarán a donde se dice.

—Muchas gracias, Leoncio.

Se iba a marchar cuando el cartero la tomó por la muñeca, a la vez que le pedía que esperara. Algo tenía que decir.

—Carmiña, me alegro de que ya no vengas por aquí a preguntar si tienes carta. Él no se merece que tú estuvieras tan pendiente. Allá cada uno con sus decisiones. Debes vivir la vida y olvidarte de ese tipo. Nadie en el pueblo tiene noticias de él. Es posible que hasta se haya muerto, o que lo hayan matado. Brasil es un lugar muy lejano y peligroso. Rapaza, mira hacia delante.

Agradeció el paternal consejo de Leoncio. Sería por su experiencia vital o por los años que acumulaba, ya próximo a la jubilación, pero tenía razón. Todo el mundo le decía lo mismo, que se olvidara, que pensara que aquel hombre jamás existió, que ni volvería a España ni querría saber nada de ella, que era demasiado joven para pasarse la vida preguntando si alguien le había enviado una carta. Aquellas tardes sentados en los peldaños del cruceiro que levantaron en la carretera de Castrofonte ya eran historia, amargos tiempos pretéritos que habían dejado un rastro de dolor y vacío. Unos proyectos como pareja que no se cumplirían.

Al finalizar su turno, el cartero copiaría en un papel el contenido del texto que acababa de enviar a Madrid y se lo facilitaría al contacto que le indicó Cristóbal Díaz, responsable del Partido en Arnega. Sus órdenes habían sido tajantes: «Quiero saber todo lo que

envían los alemanes. Las conversaciones telefónicas no las vamos a entender, pero sí tenemos gente que descifre los telegramas, además de saber quiénes son los destinatarios, tanto de los cables como de las cartas ordinarias».

Al regresar al pazo comprobó que Karl se había vuelto a marchar, sin coche. Dado que nadie la podía ver, se acercó al piano y tomó la foto de la familia del alemán. Con la yema del dedo índice de la mano derecha repasó el rostro de la sonriente mujer y de los niños que le había dado aquella que robó el corazón del ingeniero, el siempre serio y circunspecto corazón de un hombre reservado en el habla y con la mirada siempre en permanente alerta.

Desde la llegada de Müller, el pazo había experimentado novedades en parte de los objetos que ahora se encontraban en su interior. Además de la fotografía familiar y de unos aparatos de medida que llevó el alemán entre sus pertenencias, también se habían añadido algunos elementos nuevos, como una pequeña bandera con la esvástica en un mástil de unos veinte o veinticinco centímetros de altura y que ahora presidía la mesa de trabajo, y un ejemplar de un libro del que había oído hablar pero que nunca leyó ni creería que fuera a leer alguna vez: *Mein Kampf*, el ideario por el que se movía todo el movimiento nazi. Era patente que las convicciones políticas del nuevo inquilino del pazo eran superiores a las del difunto Bauer.

También Karl había demostrado ser más ordenado que su antecesor, y mantenía los Faber-Castell alineados sobre la mesa junto a las estilográficas Kaweco y Parker y el frasco de Pelikan con que las rellenaba.

—Hola.

Pegó un brinco cuando escuchó la voz de su jefe.

—Disculpa, no pretendía asustarte.

Carmiña no pudo evitar ruborizarse.

—Supongo que mi familia te sorprenderá. Nosotros somos de raza nórdica, y vosotros más bien celta o mediterránea. Como me pasa a mí, por aquí no pasamos desapercibidos.

—¿Sabe algo de ellos?

—Nada desde que salí de Berlín, y así será hasta que vuelva. —Al ver la extrañeza de la gallega, aclaró la afirmación—. Yo estoy de misión en el extranjero, y se supone que las misiones militares siempre son secretas. Si envío a mi mujer una carta donde le cuento esto y lo otro, y lo de más allá, alimentaría las fuentes de los servicios de inteligencia extranjeros.

—¿Qué es eso de los servicios de inteligencia?

—¡Bah! Dejémoslo. Durante las guerras, los matrimonios se alimentan de los recuerdos que comparten y de los proyectos que hacen con anterioridad para cuando todo termine. En eso los sentimientos de los soldados de todos los bandos son iguales.

Como era habitual, Karl llevaba cosida en su *Feldbluse* la *Hoheitsabzeichen*, el águila con las alas abiertas símbolo del nazismo. En el cinto portaba su inseparable Walther P38. A Carmiña no le gustaba estar próxima a una persona armada, pero en eso coincidían todos los alemanes que había conocido en Arnega.

—Voy a volver a mi sitio.

—Espera, ¿por qué no me cuentas algo de tu vida? Ya me dijiste que tu padre murió pero no me has dicho nada de tu familia. ¿Tienes madre, hermanos, marido?

Ella se sentó delante de la Adler y él se apoyó sobre la mesa.

—No hay mucho que contar. Vivimos en la misma casa mi madre y tres hermanas, yo soy la mayor. La pequeña se casó pero no tienen suficiente dinero para marcharse y viven con nosotras, tanto su marido como Luisiño, su hijo. En unos meses nacerá mi segundo sobrino.

—Y tú, ¿no estás casada? ¿Quizá lo estuviste?

—No, ni yo ni la mediana. —No le apetecía ampliar su situación sentimental, a pesar de que aquella persona le inspiraba una confianza nueva. Ante la insistente mirada de Karl, no tuvo más remedio que ratificar lo ya dicho—: no, no estoy casada.

—Háblame de ti. Además de escribir muy bien a máquina, tejer encajes y aprender francés, ¿qué más te interesa? ¿Lees con asiduidad?

—Me encanta leer, en gallego y en español. —El alemán notó que sus ojos se iluminaban—. Esta tierra ha dado grandes escritores. ¿Los conoce usted? ¿Ha oído hablar de Valle-Inclán, Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán o Rosalía de Castro? —El ingeniero negó con la cabeza.

—Discúlpame. Mis conocimientos de la cultura de tu país son muy limitados.

—Si quiere, un día me traigo un libro de los que tenemos en casa y le leo algo. El gallego es un idioma que transmite sentimientos como ninguno, estoy segura, y es en la intimidad cuando sus palabras poseen más fuerza.

—¿En la intimidad? —Carmiña se soliviantó y él se arrepintió de haber formulado una pregunta así, tan ambigua e interpretable, incluso comprometedora.

La tensión se rompió cuando escucharon la llegada de un coche. Karl se incorporó y aventuró la naturaleza de la visita, inesperada para la gallega. Vio salir al alemán al exterior y hablar con una persona. Al momento, entró en el salón un hombre vestido con un mono azul, algo gastado. No recordaba haberlo visto con anterioridad.

—Por aquí. Hay una sección que no funciona. —Karl hablaba a la visita en español y con especial dureza.

Los dos hombres subieron al piso superior y ella aprovechó para ponerse con los periódicos. Su jefe le había pedido repasar los ejemplares que se recibían en el pazo y que marcara con un lapicero rojo aquellos datos relevantes, tanto las noticias sobre la marcha de la guerra como aquellas ligadas a la información doméstica sobre la minería en España o las relaciones bilaterales entre los dos países.

Media hora después, los oyó bajar la escalera y que el desconocido del mono azul le contaba algo al alemán.

—Esa pieza no la tengo en el coche. Tengo que ir a por ella a Orense. En dos o tres días vuelvo y se la traigo. Aquí hay muchas oscilaciones de luz y no me extraña que se haya quemado.

Al despedirle, Karl consultó la hora en su reloj de pulsera y comprobó que todavía quedaba un tiempo hasta la comida.

—Mantén el horario habitual.

Al quedarse sola, pensó en la extraña visita recibida. Aquel parecía un electricista pero, que ella supiera, ni había contratiempos eléctricos en el pazo ni olió a chamuscado en ningún momento. Además, en el pueblo conocía a un par de hombres que se trataban muy bien con la electricidad, uno de ellos llegado a propósito del aluvión de gente provocado por el wolframio, y la persona que había visto no era ninguno de los dos. Se encogió de hombros y regresó a su quehacer.

19

Los montes que rodean a Arnega contaban con un nuevo caminante. A las andanzas del alemán se unían ahora las de un perfil diferente. Aunque Gustav Sørensen trataba de mimetizarse con el entorno, se mostraba incapaz de ello. Su mera presencia ya llamaba la atención a cualquiera de los lugareños con los que se cruzara, fuera un pastor, un labriego, un recuperador, un miembro del somatén, un guardia civil o un minero. Sus ademanes y forma de vestir, nuevos e insólitos por esos pagos tan distantes de cualquier metrópoli, y su acento cuando hablaba, lo delataba ante todos: aquel era un forastero.

Siempre acompañado de su máquina de fotos y con una libreta y un lápiz, caminaba por los senderos y se detenía ante arbustos, plantas, árboles o ante el primer ser vivo que pudiera hallar. Lo atraía la humedad del ambiente, que provocaba que los troncos de los árboles y los pedruscos de los caminos estuvieran forrados de un verdín vivo y mojado a cualquier hora del día. La belleza del campo era rotunda, y las linarias, las moradas *carpazas* y las amarillas *carqueixas* salían a su encuentro como duendes silvestres que curiosean al visitante.

Ni él mismo sabía lo que hacía, pero las instrucciones recibidas eran claras: localizar las minas, su grado de actividad, el número aproximado de personas que picaba en cada una de ellas y recopilar la mayor cantidad de información para transmitirla a su contacto cuando tuviera la oportunidad de establecer un encuentro con él, o

con ella, ya que no le habían precisado el sexo de la persona a la que reportaría.

Dado que el tiempo era cada día más benigno, salía de la casa y, después de tomar un desayuno en uno de los bares próximos a la plaza, emprendía camino sin perder la ocasión de charlar con el primero que se terciara. Preguntaba sobre las fiestas del municipio y de otros colindantes, lo que estudiaban los niños, cómo eran las bodas, cómo los entierros, cómo los bautizos, si tenían relación con la capital y con qué frecuencia salían autobuses. También hablaba de animales, de cuál era la fauna más habitual, si los había peligrosos, si todos eran comestibles. Él preguntaba y la gente le respondía con extensión de explicaciones, la habitual entre personas que disponen de tiempo y que aman lo que es suyo y por lo que otro se interesa.

Como si se hiciera el encontradizo, y con una casualidad no siempre bien justificada, se acercaba a las bocas de algunas minas, se identificaba como escritor extranjero que está documentándose para escribir un libro costumbrista, y continuaba con la ronda de preguntas, en esa ocasión ya dirigidas de forma específica hacia el wolframio, su extracción, sus usos y su comercio.

—Y, ¿trabajan toda la noche?

—Según —contestó un capataz—. Depende.

—Y, ¿de qué depende?

—De las necesidades, ¿sabe usted?

La conversación se incomodaba porque el responsable del grupo de trabajadores no concretaba las respuestas.

—Y, ¿por qué lo quiere saber?

Volvía a explicar eso de que era un escritor que estaba documentándose… Procuraba hacerse el simpático ofreciendo un cigarrillo, táctica que le funcionó en ocasiones, pero no siempre.

Regresaba a Arnega a la hora de comer y siempre paraba en el bar de Mamerto, donde le ponían lo que hubiera ese día. Gustav siempre tenía apetito, aunque notaba los sabores distintos a los de su lejana Suecia, más fuertes y con mayor número de especias. A veces compartía mesa con algún parroquiano con el que hablaba sobre asuntos relacionados con la minería que estaba tan de moda en la región. La tarde la pasaba en su casa, momento en el que

Rosalía Barreiro, una muchacha que le habían recomendado en el bar, acudía a limpiar durante unas horas.

—¿Va a poder usted trabajar en ese estado de embarazo tan avanzado?

—Sí, no se preocupe. Este de aquí, o esta, será hijo de trabajador, como somos su padre y yo. Que se acostumbre.

—Entonces, el forastero, ¿dices que es muy preguntón?

—Sí, cabo. Mucho. Ya es el segundo día que lo veo por la bocamina y siempre hace igual, se acerca por allí, como si fuera de paso hacia otro sitio, y empieza con lo mismo, con el ofrecimiento de un cigarrillo, preguntándome si lloverá o no lloverá, que si los ciclos del sol aquí son muy distintos a los de su tierra. Vamos, tonterías.

Al que llamaban Paxarolo era el capataz más veterano de todos los que trabajaban en las minas de Arnega, y su vinculación con el somatén y con los guardias civiles era estrecha. En el pueblo todos sabían que hablar con Paxarolo equivalía a hacerlo con el cabo Albino Castro, algo que desconocía Gustav Sørensen.

—No me gustan los forasteros que vienen al pueblo sin un cometido concreto. Eso de que es escritor me suena a una farsa bastante pobre. ¿De dónde asegura que es?

—De Suecia, mi cabo.

—¿Ves? ¡No te jode! Un escritor sueco que viene a Galicia a no sé qué justo cuando la situación de las minas está más complicada y las extracciones escasean. Hace unas semanas aparece muerto el ingeniero jefe y ahora viene aquí este sujeto. No creo en las casualidades.

Encendió un cigarrillo a la vez que ofrecía a su visita. Cuando Paxarolo iba a tomar uno del paquete de Ideales, el cabo le pidió que se lo quedara.

—No te preocupes, tengo más. El otro día me trajeron varias cajetillas. —Se quedó pensando—. Hasta donde sé, Suecia es un país neutral, pero a esos me los veo yo más de los aliados que de los nuestros.

El capataz esperó a que el cabo terminara de cavilar.

—Bueno, Paxarolo, gracias por la información. Sigue con los ojos bien abiertos y en breve te diré qué vamos a hacer en *Fervenza dourada*.

—¿Esa en la que no se saca nada de mineral y que, a pesar de ello, se sigue picando para que sea más profunda?

—Algo aparecerá, ya lo verás. Va a ser una mina de mucha utilidad. Oye, si vuelve por allí, dímelo. Creo que a ese hay que visitarlo para averiguar sus verdaderas intenciones. Hablaré con alguien que estará encantado de acudir a saludarlo.

20

Cada tiempo indeterminado, que podía variar entre los quince días y el mes, arribaba a Arnega un vehículo que no pasaba desapercibido. No porque fuera lujoso, que lo era; no porque resultara extraño en el lugar, que lo resultaba; sino porque poseía una característica que lo hacía único: el fabricante había instalado el volante a la derecha del salpicadero, lo que sorprendía a los habitantes de la aldea y, en especial, a los niños, más allá del desconocido modelo y de la novedosa numeración de la matrícula.

En una marcha corta, el Austin llegó a la plaza y de él se apearon dos caballeros de rostros claros con vestimentas ya conocidas por llegadas anteriores. Abrieron los paraguas para taparse de la llovizna matinal y caminaron hasta el cuartelillo a la vez que saludaban, con el ademán de quitarse el sombrero, a las mujeres con quienes se cruzaban. Ellas les correspondían con una sonrisa forzada, violenta, y con un ligero cuchicheo cuando iban en grupo. Su presencia causaba en Arnega una cierta expectación, una mezcla de curiosidad y recelo ante los visitantes y sus intenciones. Como si su estela se asimilara a un reguero luminoso, las gentes los seguían con la mirada, en un intento de averiguar la verdadera razón que traían para arribar a un lugar tan peculiar como era la pequeña población gallega.

El guardia que estaba sentado junto a la entrada se puso en pie al verlos llegar.

—Buenos días, soldado. Querríamos ver al cabo Castro —pidió Axel Clark, un escocés natural de Aberdeen que hablaba un español con un refinado acento adquirido durante sus años de estudiante de filología hispánica en el Imperial College of London.

—El cabo no se encuentra ahora en el cuartel, está de servicio. Si lo desean, esperen sentados que vamos a avisarlo. —El guardia llamó a un compañero y le indicó que fuera a por su superior. Este salió a la carrera y se dirigió al bar de Mamerto, a cuya barra se encontraba acodado la máxima autoridad de Arnega.

—¡Cojones con los ingleses! —protestó, al tener que beberse la copa de anís de un trago y no poder deleitarse con ella mientras ojeaba un ejemplar atrasado de *La Voz de Galicia*—. Espera, que voy contigo. —Se subió las solapas de la guerrera y apretó el paso para evitar empaparse.

Al llegar Castro a sus dependencias, los dos británicos lo saludaron con la empalagosa cortesía que tanta rabia daba al guardia. Este les ofreció acceder a su despacho.

—¿Qué, a dar una ronda por las explotaciones?

—Así es, señor cabo. Venimos a verificar con los capataces las cantidades que se están extrayendo y si estas se corresponden con los acuerdos firmados entre su gobierno y el nuestro.

—No sé qué dicen —respondió el forzado anfitrión—. Que yo sepa, los ingleses no nos van a impedir que nosotros saquemos lo que queramos del subsuelo de nuestro país. España es nuestra, no de los ingleses.

—Los acuerdos son tajantes, le recuerdo.

—Los acuerdos estarán relacionados con las exportaciones, ¿no es así? No con las extracciones.

—Lo uno lleva a lo otro —repuso el que había estado callado, que hablaba peor español que su compañero, aunque entendía el curso general de la conversación y la tirantez creada.

—Eso de lo uno y lo otro no sé qué quiere decir. Yo no soy tan listo como ustedes. Si lo fuera, sería general, no cabo.

Los dos hombres se miraron. Como era habitual, el guardia no se lo ponía fácil. Lo conocían de visitas anteriores.

—Si España no fabrica ni carros de combate ni proyectiles, no entendemos para qué puede querer wolframio. Es obvio que el que están extrayendo tiene como destino único la exportación; bien a nosotros, bien a los nazis.

—Le recuerdo, señor elegante, que España es un estado soberano, y que todo lo relacionado con la industria militar es alto secreto. Dice usted que nosotros no estamos fabricando esas armas. Y eso, ¿cómo lo sabe? ¿Tienen ojos en nuestros cuarteles, en nuestras instalaciones? ¿Nos van a limitar nuestra industria militar? No somos una colonia de nadie. Yo no sé lo que se produce en todo el país, y espero que ustedes tampoco. Eso son cosas de los ministros y de nuestro Caudillo.

—Usted sabe, como yo, que hay dos tipos de exportaciones, las oficiales y las otras.

—Yo no sé qué es eso de «las otras». Todo lo que se saca aquí se lleva a un local, que ya lo conocen ustedes de veces anteriores, y desde allí después se transporta a lugares que no me atañen.

El comandante del puesto no iba a reconocer la existencia del mercado paralelo del wolframio.

—Le voy a pedir un favor, señor cabo. Otras veces, siempre hemos visitado el almacén y chequeado el libro de salidas y los duplicados de las guías junto a un subordinado suyo. ¿Le importaría esta vez acompañarnos usted?

Con las ganas contenidas de levantarse y darles su merecido a esos dos estrambóticos sujetos en el cuarto habilitado para ello, el cabo apagó el cigarrillo que se había enredado entre sus dedos, se ajustó el tricornio y les pidió que lo acompañaran. Al salir comprobaron que ya no llovía.

En Arnega se construyeron dos depósitos diferenciados. Uno pequeño dentro del recinto alambrado donde se encontraban los barracones de los presos y otro cerca de las lavadoras. En el primero se guardaban cantidades pertenecientes al mercado paralelo y se solía encontrar vacío, pues en cuanto se llegaba a la tonelada se metía en varias bolsas de lona, resistentes a su extraordinario peso,

y un camión las llevaba a un lugar desconocido para Castro. El segundo era el que el cabo mostraría a los ingleses.

Junto al artilugio construido para separar el wolframio del cuarzo que solía llevar aparejado el mineral cuando se extraía trabajaba media docena de personas, mineros libres y alguna mujer, a las órdenes de un capataz y vigilados por un paisano que, aunque iba armado, no hacía ostentación de su pistola. Se cuadró al llegar el guardia y le dio novedades, como si fuera un militar.

Los ingleses junto a Castro y al encargado accedieron al interior, donde mandaron pesar unas partidas por medio de una romana, y verificaron los duplicados de las guías que habían acompañado las últimas expediciones. Tomaron nota de las numeraciones y de los destinos, que bien podían ser Behobia si se dirigían hacia Alemania, o Vigo, si el destinatario era Inglaterra o los Estados Unidos.

—Es una pena que este mineral no tenga número de serie —se lamentó el escocés, después de escuchar el lejano sonido de una explosión.

—No sé qué quiere decir con eso del número de serie. Ya les he dicho que yo no soy tan listo como ustedes dos, que han debido de estudiar en colegios caros, no hace falta más que verlos.

—Es una manera figurada de hablar. Le estoy diciendo que las piedras no son como un motor, que lleva un número de serie y puede seguirse su rastro. Un trozo de wolframio de tres kilos puede estar hoy aquí y mañana a saber dónde. —El inglés maniobraba para sonsacar información al cabo.

—Sí, a saber dónde —contestó. A Castro le divertía hacerse el ingenuo delante de aquellos dos estirados.

La pareja estuvo media hora más dentro del almacén, pesando y valorando la calidad de alguna pieza así como siguiendo el proceso de lavado, ya conocido por su parte. Uno de los objetivos de aquellas visitas era generar, o alimentar, la sensación hacia las autoridades locales del control que los aliados ejercían sobre las explotaciones de wolframio españolas, y lo vigilantes que permanecían hacia las expediciones, aunque en la mayoría de las

ocasiones no consiguieran extraer conclusiones válidas para sus intereses.

El cabo Albino Castro despidió a los ingleses al pie de su coche. Esperó a que el vehículo arrancara y, cuando creyó que su figura había desaparecido de la visión del espejo retrovisor, marcó un ostentoso corte de mangas que hasta se hizo daño en la flexura del codo. «¡Me vais a tocar los dos los cojones!, —aseguró, con orgullo —. Que encima me han dicho que tiráis el wolfram al mar. ¡Cabrones!».

21

Las cuatro mujeres se encontraban trabajando y en silencio, en una paz solo rota por el sonido maderero de los bolillos al chocar entre sí. Quien mejor los manejaba era Avelina, que había aprendido en su niñez a confeccionar pañitos, tapetes y entredoses. Fue determinante que se criara en Camariñas. Dado que la tarde era plácida y el cielo se mostraba limpio de nubes, Xiana tomó la decisión de salir a trabajar al exterior, al lado del pequeño huerto. Carmiña ofreció a su madre una toquilla más gruesa y ella declinó con una mirada que solo sabía interpretar la mayor. Ninguna de las hijas llevaba la cabeza cubierta.

—¿Qué tal es ese sueco al que vas a limpiar su casa? —se interesó la mediana.

—Un buen mozo. Es altote, simpático y habla español con corrección.

—Mira, Carmiña, igual te puede interesar, ahora que te has quedado sin novio.

—¿Quién te ha dicho que yo no tengo novio? —La madre levantó la vista pero prefirió volver a concentrarse en su trabajo. No entendía que su hija mayor siguiera justificando al gañán que se marchó del pueblo con la excusa de ir a ganar fortuna en las Américas, cuando todo el mundo sabía cuál había sido la verdadera razón de aquella huida.

—Por favor, hermana, despierta. Sabes de sobra que Gaudencio no va a volver. Y si vuelve será de rico y a la capital, y no se acordará de aquella novia pobre que tuvo en Arnega.

—Y, ¿por qué no vas a ver al sueco? A lo mejor la que necesita un novio eres tú. Yo tendré veinticinco años, pero tú tienes veintidós, tampoco eres una niña. Mira a tu hermana, tiene veinte y ya tiene a Luisiño y lo que venga. Por cierto, ¿ya sabéis cómo lo llamaréis?

—Lo que diga Manolo. —La pequeña se encogió de hombros.

—No, hermana. Yo no nací para lavar los calzoncillos de ningún hombre.

Las conversaciones se interrumpieron al escuchar unas pisadas que provenían de la trasera de la casa.

—Como sea el padre Brégimo le escupo en la cara —soltó Xiana.

Avelina sujetó el antebrazo de su hija, que estaba dispuesta a levantarse como un resorte. Le lanzó una mirada que no admitía equívocos.

—Ya estuvo ayer, cuando tú no estabas. Madre le dio un par de huevos —recordó Carmiña.

—Joder, los que no nos hemos comido nosotras.

—Buenas tardes.

—Hola, Gustavo. —Rosalía se levantó para saludar al hombre cuya vivienda acaldaba—. ¿Pasa algo?

—Gustav, por favor. Quite la *o*. No, no pasa nada, pero quería saludarlas. —Miró a las cuatro mujeres, con expectación. Se centró en la madre—. Su hija me ha hablado de la maravillosa familia que forman y me gustaría charlar con ustedes. Les he comprado unas pastillas de jabón en una tienda que regenta una mujer llamada Benitiña, según me dijeron. ¿Me podría sentar?

Avelina le señaló una silla vacía y el sueco tomó asiento a la vez que miraba a las hijas con una sonrisa expectante. Hasta ese momento, la situación era de suave tensión.

—Nos ha dicho nuestra hermana que usted es escritor, y sueco. ¿Es así? —Xiana no podía evitar la curiosidad que le generaba el desconocido.

El hombre comenzó a relatar lo que ya tenía interiorizado desde la conversación mantenida con aquella persona en el Palace, y se extendió en el interés que le generaban la naturaleza y el campo, así como las costumbres y leyendas locales. Las cuatro mujeres lo escuchaban mientras continuaban con sus labores.

—Y, de ustedes tres, ¿quién es la mayor?

—Esta —Rosalía habló por Carmiña. El extraño hizo una referencia diferenciada respecto al resto. Xiana se percibió de ello.

La visita se había fijado en ella nada más llegar. No pasó desapercibida para el sueco ni la serenidad de su rostro ni la impronta que exteriorizaba, con un manejo hábil de los bolillos que le permitía mantener la concentración a la vez que seguir la cháchara.

—Y, ¿a qué debemos el honor de su visita, señor Gustav? —inquirió la hermana mediana.

—He venido a Galicia para conocer su tierra.

Una lejana explosión provocó que el sueco diera un pequeño respingo. Preguntó qué era aquello que escuchaba con cierta frecuencia. Una vez aclarada la duda, el sueco comenzó con una serie de preguntas y, como por casualidad, llegó al tema de las minas de wolframio. Según le respondían, en sucesión de voces, tomaba notas en una pequeña libreta.

—Y, ¿hay muchas aquí?

Alternando en las respuestas, Carmiña y sobre todo Rosalía le contaron el número aproximado, los que trabajaban en ellas, los presos que redimían penas de cárcel a cambio de su trabajo, y la de comercios y locales que habían abierto en el pueblo gracias al mercadeo con el mineral. Mientras, la mediana se mantenía en segundo plano, sin intervenir en exceso.

—Todo eso es muy interesante. Pero, además de esto del wolframio, en esta tierra tiene que haber sus leyendas, esas historias que unos se creen y otros no. ¿Ustedes saben de alguna?

Tanto Carmiña como Xiana miraron a la pequeña. Esta se sonrió.

—No sé por qué me miráis así. —Gustav notó que Rosalía tenía algo que contar. La animó a ello—. No sé, por aquí se habla de que

en las montañas vive Vulkan. —Se santiguó al pronunciar el nombre.

—A ver, a ver, que eso me interesa. ¿Me lo puede deletrear? ¿Y qué es, un hombre, un animal…?

—Un monstruo. Dicen que mide tres metros, por lo menos, y que se parece a un lobo pero que camina a dos patas, vamos, como nosotros, y tiene un rabo muy largo sobre el que también se puede apoyar. Parece ser que sus ojos brillan en la oscuridad, dicen que son rojos o amarillos, o naranjas, no sé, muy fuertes, como faros de coche, y su pelo es oscuro como un cielo sin estrellas. Además, creo que huele fatal. Por su boca sale una baba putrefacta, como si sus entrañas estuvieran llenas de bichos muertos. Los que lo han visto dicen que tiene unos dientes ganchudos y unas patas delanteras con unas uñas ásperas y largas y que, como te pille, te mata. Y también otra cosa, que mata sin dejar rastro de mordisco.

—Perdone, eso no lo entiendo. Entonces, si no muerde, ¿cómo mata?

—Pues esa es la cuestión, que parece que abraza a sus víctimas, y las mata pero sin morderlas. No sé. Ya sabemos que los muertos no hablan.

—Rosalía, sabes que nadie ha visto a Vulkan, son habladurías —recordó Carmiña, con una sonrisa indulgente dibujada en su boca.

—Esto lo he oído en el pueblo en muchos sitios, no sé si hasta padre nos habló de ello. Además, tampoco hemos visto a Dios y creemos en Él.

—En Dios creerás tú. No generalices. —Las palabras de Xiana eran determinantes.

—Rosalía, ¿cómo vas a comparar a Dios con un monstruo? Dios es bondad —aseguró la mayor.

—Oiga, eso que me ha contado me resulta muy útil. He tomado nota y seguro que lo pondré en mi libro. Es de lo que más me interesa conocer, las costumbres y las leyendas que no están escritas y que se transmiten de boca en boca —confesó Gustav.

El sueco se despidió mirando a los ojos una a una a las Barreiro y a Avelina, a la vez que aseguraba haber pasado un rato muy agradable en su compañía.

Al quedarse solas, las hermanas comentaron lo extraño de la presencia de ese hombre en un lugar como Arnega.

—Son cosas de extranjeros, supongo —elucubró Xiana—. Por cierto, lo de las pastillas de La Toja ha sido un detalle muy útil. Las iré sacando cuando se termine la que hay ahora en el baño, que tenemos que ahorrar.

22

Esa mañana Karl eligió visitar una de las minas situada en el lado más septentrional del pico Faviñago. Quería constatar si se habían producido avances en los trabajos o si los mineros se estaban encontrando con rocas de alta concentración en cuarzo que impedían progresar. Antes debía realizar unas comprobaciones técnicas, para lo cual había cargado con un trípode que sujetara un grafómetro de anteojos que le serviría para calcular ángulos. Vestía ropa de campo y botas robustas adecuadas para caminar sin percances por entre la vegetación y las piedras. Siempre que se dirigía a la montaña no olvidaba ni su cantimplora ni sus inseparables prismáticos. Ese día también se acompañaba de un portafolios de cuero negro en el que llevaba planos y folios con dibujos abocetados por él.

Calibró el soporte con ayuda del nivel incorporado por el fabricante y comenzó con el trabajo que se había marcado, cuando llegó por detrás una figura de la cual había oído hablar pero que todavía no conocía. Era un hombre moreno con un aspecto que delataba una procedencia ajena a aquellas latitudes. Se dirigió hacia él, decidido.

—Buenos días. Mi nombre es Karl Müller —se presentó, en inglés.

Aunque no se habían visto en persona, el sueco sabía de la existencia del alemán, como lo llamaban. Devolvió el saludo por cortesía, aunque sin apetencia, con indicación de nombre y apellido, también en inglés.

—Me habían hablado de que había llegado un extranjero al pueblo. Ahora, por fin, lo conozco.

—¿Extranjero? —El sueco simuló sorpresa—. Creo que no soy yo el único, porque me parece que usted no es gallego.

—No crea, podría parecerlo porque hay muchos gallegos que son rubios, como yo. Pero no, soy alemán. Soy el director técnico de las explotaciones mineras de Arnega.

—Lo sé, y le digo lo mismo que dije a quien me habló de usted, que me extraña que el director técnico de todo esto sea un extranjero. ¿Es que no hay ingenieros de minas en España como para recurrir a un alemán?

—¿A un alemán? Caray, lo dice con un tono que se asemeja a un insulto.

Gustav silenció que, en efecto, para él, ser alemán era similar a ser una persona merecedora de recibir insultos, pero silenció la confirmación.

—Y, ¿qué hace usted por aquí?, si se puede saber.

—Soy escritor, tengo publicados varios libros ambientados en España y estoy preparando uno sobre las costumbres en esta parte de la península. Además de hablar con gente, necesito conocer el entorno natural y saber cómo son las montañas que rodean la aldea.

—Eso es muy interesante, aunque me extraña.

—¿Le extraña, qué le extraña?

—Me extraña que haya venido a Arnega a trabajar en eso de las costumbres locales porque esta población vive un tiempo nuevo, un tiempo que finalizará cuando ganemos la guerra y el wolframio ya no sea tan importante, aunque, bien pensado, siempre habrá que seguir armándose para defender nuestro modo de vida del ataque de las democracias podridas que nos rodean, y que se han asociado con el comunismo para repartirse Europa. La lucha nunca finalizará. Ese es el pilar de nuestra sociedad, la lucha permanente.

Gustav había oído hablar del libro *Mi lucha*, escrito por Hitler en la prisión de Landsberg. Era evidente que había nombrado el término en busca de una similitud.

—Y, ¿qué tiene que ver el resultado de la guerra con mi trabajo?

—Pues que es posible que Arnega y otros pueblos que tienen explotaciones mineras de wolframio dejen de tener la actividad actual, y pierdan interés para sus estudios.

—En absoluto. Allá donde haya un ser humano siempre habrá una sociedad digna de análisis.

—Mire, no lo había pensado.

—Es lo que tiene eso de pensar, señor Müller, que se descubren cosas por uno mismo y no se repiten, como loros, las consignas que se escuchan.

Karl no respondió porque no deseaba avivar la naciente tensión del encuentro. Como si fuera el sonido de una campana durante un combate de boxeo, ambos escucharon los graznidos de unas aves que trazaban círculos sobre una pequeña concentración de abedules.

—Tengo que dejarlo, señor Sørensen, he de trabajar. ¿Tiene alguna curiosidad que yo le pueda satisfacer que no sea ningún secreto de Estado?

—¿De qué Estado, del suyo o del que nos acoge ahora mismo a los dos, o es que estamos hablando de que el uno es continuación del otro?

El alemán lo miró sorprendido por el nivel de hostilidad dialéctica que mostraba el escritor en cada frase.

—España es un país neutral, como el suyo. Supongo que un investigador como usted tendrá eso claro. Imagino también que lo habrán informado de que esta gente vende mineral a los aliados y a nosotros. Tanto el ministro Carceller como Benjumea están haciendo un gran negocio.

—¿Benjumea?

—Joaquín Benjumea es el titular de Hacienda del actual gabinete. Veo que le falta conocimiento de España, señor Sørensen. La acción política llega a todos los sitios. Como le decía, los impuestos que nos cobran son desproporcionados. En las guerras siempre hay gente que hace dinero. Ya les pasó cuando la Gran Guerra, cuando España fue neutral y multitud de empresarios se hicieron de oro a nuestra cuenta, sobre todo los catalanes.

—¿Qué me quiere decir?

—Que siga el ejemplo de nuestra capacidad para enfrentarnos al comunismo. Guiados por las sabias directrices de nuestro Führer, el pueblo alemán dijo no al comunismo. Ante ese ataque a las libertades individuales y colectivas no se puede ser neutral. España no lo es, ahí tienen a Franco, el primero que se enfrentó al comunismo en los campos de batalla. Desde el punto de vista geográfico, Suecia está más cerca de la Unión Soviética que España. Desconfíen de sus vecinos, luego puede ser tarde para lamentarse.

—Y bien que ayudaron ustedes a Franco en esa lucha, por cierto.

—Por supuesto, señor Sørensen. Yo no intervine en las batallas que se libraron en la península Ibérica, pero sí que vine a España a gestionar las explotaciones mineras en Asturias y en Vizcaya durante algunos meses de los años 37 y 38. Estoy muy orgulloso de ello, no le queden dudas.

—No estoy aquí para juzgar a nadie. Ya le he dicho lo que hago.

—Lo que hace ya lo sé: mirar. Y solo mirando no se solucionan los problemas. La revolución nacionalsocialista no se hizo permaneciendo estático ante el avance bolchevique, como cuando estamos en el cine. Hay que ser activo, señor Sørensen.

Gustav entendió que no tenía objeto prolongar durante más tiempo la conversación con un fanático nazi, que no paraba de repetir de forma machacante su apellido y que le provocaba asco por ese sentido de la superioridad que mostraba.

—Si usted fuera aliado, o si trabajara con ellos, entiendo que no me diera la mano pero, ¿no me ha dicho que tanto usted como su país son neutrales? —preguntó, a la vez que la extendía en espera de ser correspondido.

El sueco la agarró con fuerza.

—No sé si nos volveremos a ver. Lo que sí veo más difícil es que nos volvamos a hablar. Buenos días.

Se dio media vuelta y caminó hacia otra parte de la falda de la montaña, lo más lejos que pudo de aquel ser que tanto rechazo le provocaba.

Karl lo vio marchar y no evitó el sentimiento que se había apoderado de él: pena. Al alemán le hubiera gustado hablarlo de otra manera, pero cada cual desempeñaba su propio papel.

23

Sería su pálpito o alguna información con que contara, pero la realidad era que Seijas esa noche tocaba el acordeón con un dinamismo mayor que en otras ocasiones. Era sábado y el bar de la Calatrava se encontraba atestado de gente, y no solo hombres. También había algunos matrimonios que bailaban al son del fuelle musical del marido de la patrona, que separaba y acercaba los brazos con elasticidad y alegría.

Por la mañana los capataces habían abonado la quincena, y no había mejor lugar donde celebrarlo que en un sitio en el que no existían penas, el alcohol corría sin descanso y las pupilas estaban dispuestas a reír las gracias del primero que se las llevara a uno de los reservados existentes detrás de una cortina, tela que significaba el pasaporte a un mundo de placer alejado de la suciedad, los fétidos olores y el riesgo que siempre acechaba a los mineros cuando se adentraban en cualquier túnel.

Entre los que se acodaban en la barra se encontraba Cristóbal Díaz, el almeriense a quien el cabo Castro tenía fila pero que todavía no le había dado ningún motivo concreto para interrogarlo. El guardia sabía que las minas españolas eran lugares de conspiración sistemática, y se habría jugado el sueldo a que cualquier trabajador del sector daría lo que fuera por ver a Franco colgado de la rama de algún árbol. Podría interrogar a Díaz, pero también tendría que tantear a los otros cientos, o miles, que cada día se metían en los agujeros horadados por toda España para extraer mineral con el que matar a otros hombres.

La sincronización de los dispositivos fue perfecta. En un lapso de varios segundos fueron produciéndose los estallidos con una fuerza que hizo temblar el suelo como si este se cimbreara ante una ligera ráfaga de viento. Aquello no eran las explosiones habituales,

lejanas y ahogadas; ahora se acababa de registrar algo distinto. La luz se marchó y los chillidos del personal resonaron con fuerza. La Calatrava fue de las primeras personas en reaccionar. Sacó una potente linterna que guardaba debajo de la barra y facilitó otras dos a las chicas que en ese instante servían orujo y coñac a los clientes.

En cuanto los haces de luz hicieron su aparición, Seijas comenzó a interpretar *Mi jaca*, que acompañaba con unos ligeros golpes del zapato sobre el estrado de madera. En la penumbra cruzó una mirada cómplice con Cristóbal. El marido de la maña habría apostado su querido acordeón a que el garruchero estaba detrás de aquellas explosiones.

—¿Cuántas explosiones han sido, cuatro, cinco? —preguntaba uno, a chillido limpio.

—¡Vamos fuera!

—¡¡Vamos!!

La patrona ordenó encender con los mixtos unas velas que siempre tenía a mano y las distribuyó a lo largo de la barra. También prendió un quinqué de petróleo.

—Sé quién ha pagado y quién no. Volved lo antes posible, hijos de puta.

Atolondrados ante la estrechez de la puerta de entrada, que se había vuelto más angosta que hacía unos instantes, los parroquianos abandonaron el local a empujones y fueron congregándose en la plaza de José Antonio, junto a la fuente y a la puerta de la iglesia. En Arnega solo las estrellas otorgaban algo de claridad a una noche de luna nueva. La gente salió de sus casas, interrogantes, ante los estruendos escuchados y los disparos que retumbaron en el silencio posterior. Varios habían encendido unas antorchas, y se pudieron intuir carreras y oír chillidos sueltos de quienes iban y venían sin rumbos predeterminados.

—¡Ha sido el generador, ha debido explotar! —opinó uno.

—Yo he oído muchas explosiones —replicó otro.

—¡Ocho!

—Yo he contado diez.

En la plaza hizo su aparición un vehículo con las luces encendidas y haciendo sonar el claxon con insistencia. Era el de

servicio de la Guardia Civil. De él se bajó el cabo Castro y el número que lo conducía. A pesar de las penumbras, todos vieron a la máxima autoridad llevar su pistola fuera de la cartuchera y apuntar al cielo.

—¡Silencio todo el mundo! Esto ha sido un atentado. A ver, venid aquí.

La gente formó un círculo en torno al guardia. Este organizó a varios mineros en grupos y les ordenó que se marcharan a las bocaminas abiertas. Otros se irían a comprobar los daños producidos en los postes telefónicos, en el generador y en la subestación.

—Al que me diga que no es momento de trabajar por ser sábado por la noche lo atravieso de un balazo. En una hora quiero que estéis de vuelta y me informéis. Tú, te vas a Verín y pides ayuda —se dirigió al conductor—. Ya hemos comprobado que el teléfono no funciona.

Vio a uno de sus guardias salir del bar de la Calatrava. Iba de paisano y se le veía soliviantado. Todo apuntaba a que las explosiones lo pillaron tras la famosa cortina.

—Tú, busca a tus compañeros y que vengan aquí. Quiero que cada uno dirija a un grupo. Salís en diez minutos.

Como si entre ellos hubiera algún grado de magnetismo, las miradas de Cristóbal Díaz y de Albino Castro se cruzaron en un duelo silencioso y retador. El uno sabía que había sido él, y que el muy listo buscó su presencia física en el bar como coartada para exonerarlo. El otro era consciente de que el cabo conocía su implicación.

Con las primeras luces de la mañana se producía una reunión de urgencia en el despacho del cabo. Su silla no se encontraba ocupada por él, sino por un teniente que todavía no se había desperezado, a juzgar por su cara adormilada. Era el comandante del puesto de Verín, que analizaba lo sucedido junto a Castro y a otros ocho guardias, alguno de su jurisdicción.

—Así pues tenemos que estos hijos de puta han colocado artefactos explosivos en cuatro bocaminas, dejándolas ahora mismo

sin acceso, otro en la centralita de teléfonos, otro en las lavadoras, otro en el grupo electrógeno, en una máquina productora de aire comprimido y el más potente en la subestación eléctrica. ¿Cómo están los presos?

—Mi teniente, ahí no se han registrado incidencias. Todos estaban recluidos en sus barracones y siempre tengo a uno de mis hombres vigilando el perímetro, que ya sabe usted que está alambrado. Tiene orden de que en el momento en el que pase algo raro, como así sucedió, que vacíe medio peine al aire, a modo de intimidación. Tampoco ha habido novedad en el polvorín, que se encuentra en el mismo recinto cercado de los reclusos. Ni en el otro almacén de wolframio, aunque allí no había ni cien kilos.

—¿Y las minas que han cegado, eran de las más importantes?

—Las mejores, mi teniente, las que contenían los mejores filones.

—Nadie discute que esto lo ha hecho gente confabulada con mineros de aquí, personas que conocen la explotación al dedillo. ¿Cree que puede haber sido obra de los hombres de la cuadrilla del gas?

—Lo dudo, mi teniente —aseguró, después de pensarlo durante unos instantes que aprovechó para acariciarse el bigote—. Esos arriscados lo que hacen es robar a los recuperadores, pero no les interesa que el pueblo se quede sin actividad. Manejan demasiado dinero como para andarse con tonterías. Es gente lista que va a lo suyo.

—Habrá que investigarlos, hablaré con Orense. Son muy peligrosos, ya les hemos intervenido pistolas y puñales. En Fontao algún recuperador ha aparecido con el cuello rebañado.

—Gente zafia pero de buena cartera. Más me huele a que esto ha sido obra de los *fuxidos*.

—Indagaremos. Bueno, la prioridad es restablecer la electricidad y los teléfonos. También hay que abrir la entrada a los pozos. Hable con el alemán ese, el director técnico que sustituyó al muerto, y que nos diga de cuáles se espera mayor rendimiento. Ahora mismo me voy a Orense. Van a pedir explicaciones desde Madrid y el comandante ha de estar enterado.

—A sus órdenes, mi teniente.

Antes de abandonar el cuartelillo de Arnega, el oficial se acercó al cabo Castro y le susurró, cerca del oído.

—Espero que tome medidas ejemplares. Su hoja de servicios dependerá de lo que haga en los próximos días, pero esto no puede quedar impune.

—A sus órdenes, mi teniente.

Gustav también había acudido a la plaza del pueblo cuando se oyeron las explosiones y quiso saber lo sucedido. Allí se encontró con una persona que le contó lo poco que se sabía. Dada la escasa claridad, solo intuyó que era un hombre bajito, de voz profunda pero cansada. Le pareció que llevaba pajarita. Debía tener más de sesenta años.

—Y usted, ¿trabaja en Arnega?

—Me llamo Santiago Prieto y soy veterinario.

El sueco aprovechó para identificarse y proponerle hablar en algún momento.

—Cuando usted quiera, joven, cuando usted quiera.

Los grupos se fueron dispersando y Gustav vio de lejos a dos mujeres que caminaban agarradas del brazo y con un niño pequeño de la mano. En un instante las reconoció. Aceleró el paso.

—¿Están ustedes bien?

Carmiña y su madre se detuvieron.

—Sí, las explosiones no han afectado a las casas, por lo que nos han contado. Solo a las minas de la falda del Faviñago y a otros sitios más, pero lugares donde no vive gente. Gracias a Dios.

—Me alegro —repuso el sueco.

24

La charla entre Camilo Alonso Vega, director general de la Guardia Civil, y Carceller se celebraba en la sede del ministerio, en el despacho de su titular, y el general se mostraba incómodo, no lo podía evitar.

—Demetrio, me pides un imposible.

—No te estoy pidiendo algo que no pidiera a un buen español.

—Tenemos que seguir las órdenes de nuestro Caudillo y lo que se acuerda en el consejo de ministros, del cual tú formas parte —recordó Alonso Vega.

—Su Excelencia está guardando las apariencias. En el consejo estamos muchos, y la mayoría piensa como yo, que tenemos que ayudar a Alemania a ganar esta guerra, y con esas medidas tan cínicas, tan aparentes, tan «diplomáticas» —pronunció el último vocablo con sonsonete—, no lo vamos a conseguir.

—Los aliados aprietan, demasiado. Y en algunos aspectos tienen la sartén por el mango, no hace falta que te lo recuerde. —El general se mantenía más conciliador que el ministro—. Y no solo se conforman con lo del wolframio ya que están pidiendo más cosas. Quieren que se vayan de Rusia los voluntarios de la Legión Azul, ya no les basta solamente con que se retiraran los divisionarios, también que se cierre el consulado alemán en Tánger y que se expulse a todos los agentes allí radicados, y resolver lo de los buques italianos inmovilizados en Mallorca. Se les están dando largas porque ya sabes cómo es Su Excelencia para manejar a los diplomáticos extranjeros. Me consta que ha recibido en El Pardo tanto a Hoare como a Hayes. Demetrio, no podemos seguir con las exportaciones de mineral como si todo esto nos fuera ajeno.

—Pues algo tenemos que hacer.

—Además, ¿te has enterado de lo de los sabotajes? Me han pasado unos informes de un ataque a un camión de Marion cuando llevaba dos toneladas hacia Irún, y lo de Arnega ha sido algo inimaginable. Por supuesto que se va a mantener silencio oficial sobre todo lo sucedido. Todo eso lo tiene controlado Arrese, pero no podemos engañarnos nosotros mismos.

—A mí también me ha llegado lo de Arnega. Espero que haya una respuesta adecuada.

—Sí, la habrá. Pero los sabotajes exceden las fronteras de nuestro país. También se va a ocultar lo del puente de Escot, en Francia.

—Eso no lo sabía.

—Pues terroristas republicanos han volado un viaducto en la localidad francesa de Escot, y con ello ha quedado suspendido el tráfico ferroviario entre Canfranc y Olorón.

—Es decir, que ahora solo se puede mover el material por tierra, por Irún o por Behobia.

—De momento. Por la información que me ha llegado, nuestros amigos temen un desembarco por el Atlántico, y están reforzando las costas francesas y belgas.

—A mí también me han hablado de eso. Los dos sabemos que es imposible.

—Yo ya no doy nada por imposible —reconoció el director de la Guardia Civil.

—Pues habrá que pensar en mandar el wolframio por otro medio que no sea el terrestre.

—Lo que habrá que pensar, Demetrio, es que no podremos enviar wolframio. Eso es lo que tendremos que pensar.

El ministro asintió y cambió de tema para pasar a preguntar por la familia del general, aunque no se le iba de la cabeza que él tenía un acuerdo con Bernhardt y lo iba a cumplir. Era sabido que lo iba a cumplir.

25

Carmiña notaba que algunos días el *Leutnant* Karl Müller se mostraba más alterado respecto al temple tranquilo del que hizo gala cuando lo conoció. Por ello, cuando tomó el libro que había llevado y comenzó a recitar el primer verso, el semblante del alemán se fue relajando hasta quedar a merced de los vocablos que salían de sus labios, parsimoniosos, intensos, verbalizados con precisión:

¡Follas novas!, risa dáme
ese nome que levás,
cal si a unha moura ben moura,
branca lle oíse chamar.

Non Follas novas, ramallo

de toxos e silvas sós:
irtas, como as miñas penas;
feras, como a miña dor.

Sin olido nin frescura,
bravas magoás e ferís...
¡Se na gándara brotades,
cómo non serés así!

—¿Los has entendido, o quieres que te los traduzca?

—Solo he comprendido alguna palabra suelta. Intuyo que es algo muy bello y me gustaría saber qué quiso expresar la poetisa.

Carmiña tomó el libro de nuevo y leyó la parte de los versos que venían traducidos al castellano.

¡«Hojas nuevas»!, me da risa
ese nombre que lleváis,
como si a una mujer negra,
blanca la oyese llamar.

Ni hojas, ni nuevas, manojo
de tojos y zarzas sois,
hirientes como mis penas,
fieras como mi dolor.

Sin aroma ni frescura
salvajes mazáis y herís.
Si en la gándara nacisteis,
teníais que ser así.

Karl le había pedido que se sentara en un sofá del salón, en concreto en uno situado justo enfrente del piano. El anfitrión lo hizo sobre la banqueta del músico, vuelto hacia ella. El sol del mediodía primaveral alumbraba la estancia ofreciendo una estampa digna de la mejor postal. Habían comido juntos, algo que repetían cada vez con mayor frecuencia. El germano no era ajeno a cómo había cambiado la gallega desde el primer día que empezó a trabajar para

él. Ahora veía que llegaba mejor peinada, que en ocasiones se pintaba algo la cara y que recubría sus labios con una ligera pátina de brillo que los hacía más atrayentes.

Su trabajo en la explotación estaba encarrilado y solo restaba esperar a que fuera dando sus frutos. Ya sabía los cometidos que se realizaban y conocía los planos como si los hubiera trazado él mismo, de ahí que tuviera más tiempo libre y que los días de actividad intensa hubieran quedado atrás.

Después de ese primer grupo de versos, Carmiña continuó con otro un poco más largo, a petición del alemán.

—Prefiero que me los leas en gallego. Jamás había escuchado antes ese idioma y me parece muy musical, muy sosegado. Me resulta difícil que alguien se pueda enfadar en esta lengua. Parece creada para el amor. ¿No te parece?

—Si usted lo dice.

—Por favor, no me llames de usted, me gusta cuando me hablas de tú. Sé el suficiente español como para conocer cuáles son los formalismos. Tú estás en tu sitio y yo en el mío, pero eso no quiere decir que por tutearnos vayamos a perdernos el respeto. Por favor, cuando quieras.

Unha vez tiven un cravo
cravado no corazón,
i eu non me acordo xa si era aquel cravo
de ouro, de ferro ou de amor.

La gallega estuvo un cuarto de hora más declamando versos de Rosalía de Castro ante la creciente atención de su jefe.

Al finalizar, se puso en pie y batió palmas a la oradora.

—Por favor, nunca me han aplaudido —confesó, ruborizada.

—Lees muy bien, y te aseguro que eso es muy difícil. La gente habla como si tuviera piedras en la boca, sin separar las sílabas. Y, estos libros de versos en gallego, ¿cómo llegaron a ti?

—Por mi padre. Era un hombre con una gran cultura. Nos dejó una buena biblioteca. Es más, mi hermana pequeña se llama así en

homenaje a la escritora gallega que te acabo de leer. Luego mi otra hermana nos va trayendo alguno cuando viene de la capital.

—Desde las explosiones, solo me puedo iluminar por la noche con unas velas, como todo Arnega. Antes del apagón, alguna vez me ponía un disco en ese gramófono. Se ve que el dueño de este pazo era un humanista porque tenía calidad en su casa. También estuve afinando el piano. He conseguido que las tres octavas centrales suenen con cierta precisión. ¿Quieres que interprete algo?

—Por supuesto. Tu antecesor, que yo supiera, no lo tocaba. Yo por lo menos no lo vi.

Karl se situó delante del teclado y sin colocar una partitura en el atril comenzó a hacer sonar aquel instrumento que a Carmiña siempre le pareció mágico. La melodía era suave, rítmica, pausada. Las manos del ingeniero se deslizaban gráciles, como si acariciara las teclas. Le observó los ojos y comprobó que los tenía cerrados, mostrando una concentración máxima. Nota a nota sintió que la música se metía en su corazón, y que este comenzaba a latir con una cadencia distinta a la vez que provocaba que sus sentidos se turbaran en una experiencia nueva indefinible. Percibió que por Karl no solo sentía admiración, sino que empezaba a experimentar unos sentimientos nuevos, únicos y desconocidos.

Pero la sorpresa no vino porque la bella melodía se metiera en su cabeza por los oídos, ni porque la serena imagen que mostraba el hombre, con su jersey de cuello alto gris y las mangas algo remangadas, fuera la de alguien culto, sensible, alejado de las rudas maneras que recordaba de pequeña de aquellos fascistas que entraron en Arnega y se llevaron a media docena de hombres que jamás volvieron, entre ellos su padre. No, la sorpresa vino cuando cayó en la cuenta de que la foto de su mujer y de sus tres hijos había desaparecido de la parte superior del piano. No quiso preguntar la razón de aquella falta.

Ella también se levantó y aplaudió. El correspondió la felicitación con una amplia sonrisa acompañada de un movimiento de cabeza.

—Es la *Nocturna 9* de Chopin. Fue un compositor y pianista polaco, un músico virtuoso y romántico. El pobre murió muy joven.

En Alemania siempre se ha dado mucha importancia a la cultura musical, incluso al estudio de la vida de los grandes artistas. Desde primaria se nos obligaba a especializarnos en un instrumento, siempre después de aprender a tocar la flauta, que se consideraba básica.

—Y tú, ¿qué estudiaste después, piano?

—No, ni mucho menos, eso fue algo más tarde. —Karl sonrió al recordar aquellos años de su niñez—. Empecé con la flauta y con el xilófono, a la vez, y una Navidad Santa Claus me trajo una Hohner, una armónica. Es un instrumento que no he dejado de tocar. Muchas veces que voy al campo la llevo conmigo y, cuando estoy seguro de que nadie me oye, me pongo a tocar algo. No sé por qué no quiero que nadie me vea con ella. No sé si es que me da vergüenza o si creo que la toco mal y no me apetece que alguien pueda comprobarlo. Aunque eso era antes.

El hombre se quedó con la cabeza gacha, ensimismado en algún recuerdo que Carmiña interpretó doloroso para él.

—Bueno, si no manda, si no mandas nada más, voy a volver a la máquina, que tengo que pasar las cartas que me diste para llevarlas mañana a Correos.

Antes de sentarse, Carmiña preguntó por aquello que era la comidilla de todo el pueblo.

—¿Se sabe algo de las explosiones?

—Sé lo mismo que tú, casi. Que ha sido un acto terrorista de unos que sabían muy bien lo que hacían, lo que quiere decir que en el pueblo tienen colaboradores. Espero que, cuando sean apresados, se les aplique la pena de muerte, tanto a ellos como a sus compinches. Esa es la única condena posible para actos de sabotaje en tiempos de guerra.

—Pero España no está en guerra.

—Lo que hacemos en la explotación sí tiene que ver con una guerra. Este país está obligado moral y económicamente con el mío, que sí está dentro de un conflicto armado que no deseó.

Carmiña tragó saliva. Parecía que ahora estaba hablando con alguien muy distinto del artista que la deleitaba con unas melodías

que todavía resonaban en su cabeza. No le gustó el tono de esas palabras.

—Me pidieron que indicara cuáles eran las minas prioritarias de las que habían cegado y señalé dos, que mañana empezarán a trabajar de nuevo. De todas maneras, en el telegrama que enviaste tú el otro día, pedía más material específico para abrir nuevas vías de extracción de wolframio. Tenemos que incrementar las cantidades de mineral como sea. Nos va demasiado en ello.

—¿Te puedo preguntar si crees que ganaréis la guerra?

—Decir lo contrario en Alemania está castigado con la pena de muerte, casi siempre mediante la guillotina. Pero, aunque no fuera así, sí, claro, claro que ganaremos y nos impondremos a las democracias que solo han traído la inestabilidad al mundo y que se han unido a los bolcheviques para someternos a todos los hombres de bien. De todas maneras —miró su reloj de pulsera—, deja las cartas, que no son urgentes. Mañana seguirás con ellas; ahora vete con tu madre y hermanas. No las dejes solas.

Nada más salir Carmiña al exterior, y camino de su casa, volvió a pensar en las dos caras que le mostraba Karl y, aunque le gustaba una de ellas, y mucho, no podía olvidar, no debía olvidar, que el ingeniero era un alemán llegado a su tierra a extraer lo más valioso de ella con el único fin de matar inocentes.

26

Siempre que Carmiña formaba el hatillo con la ropa sucia de la familia se formulaba la misma pregunta, que no era otra que por qué tenía que ser ella la que cargara con la suciedad de todo el mundo, hasta con la de Manolo y la de Luisiño. Las circunstancias del momento provocaban que fuera la única que acudiera a la orilla del Trocal a lavar lo de toda la prole, pues no iba a consentir ni que su madre ni que su hermana pequeña se arrodillaran y restregaran sobre la tabla las blusas, faldas, enaguas y medias que necesitaban agua y jabón. También lavaba lo de Xiana excepto los paños menstruales. La mayor de las Barreiro se plantó ante la mediana y le

aseguró que ella no iba a frotar aquellas telas que sufrían los fuertes fluidos de sus reglas copiosas. Una vez al mes, y de muy mala gana, como si hiciera un favor a su hermana, Xiana acudía al río al amanecer para que nadie la viera, al igual que si se avergonzara de su propia naturaleza.

Al llegar al sitio habitual en el que se colocaba, saludó a las otras mujeres del pueblo que ya llevaban un tiempo lavando, a veces cantando y siempre despotricando de las ausentes, como era su patrón habitual de comportamiento.

El grupo advirtió la visita de esa tarde.

—A la paz de Dios, don Brégimo.

—Hola, Carmiña. Veo que, además de ser la más cristiana de esa casa, también eres la más hacendosa. —El párroco se acercó y le mostró el dorso de su mano derecha. El beso recibido fue fugaz.

El sacerdote solía darse una vuelta por la zona donde se ponían las mujeres del pueblo para, con disimulo y siempre buscando alguna excusa que ni él mismo se creía, aprovechar para observarlas mientras trajinaban. Le encantaba contemplarlas en esas posturas, arrodilladas de espaldas a él, en dirección al río, marcando unos movimientos rítmicos que lo excitaban, aunque la sotana impidiera que alguien se percatara de ello. Ni al ser más ateo que hubiera sobre la tierra le desearía el sentimiento de soledad que lo invadía cada noche, de ahí que necesitara material continuo para alimentar su imaginación ante sus consolaciones individuales. Para disimular, solía llevar un santoral, o un libro pequeño de misa, y buscaba algún tronco caído o una piedra de gran tamaño para tomar asiento y disfrutar del particular y gratuito espectáculo electrizante. Se colocaba la montura de las gafas contra la presbicia apoyada en el extremo de la nariz y, gracias a su magnífica visión lejana, alternaba la mirada entre las letras de un libro que le traía sin cuidado y las telas que bailaban delante de él, o quizá para él.

Todas lo sabían, y su comportamiento variaba entre la que se mostraba azarada por la embarazosa situación, a las que aprovechaban para menearse con mayor intensidad, sintiendo un secreto placer al saberse contempladas por un hombre distinto del que las manoseaba en casa.

La situación más comprometida la vivió Catuxa, una de las más jóvenes del grupo, que era quien llevaba varias semanas lavando los calzones al párroco, labor en la que se alternaban las mujeres que frecuentaban la iglesia fuera de las horas de misa y de rezos del rosario. Los sacaba intentando que nadie la viera y los lavaba mezclados con los de sus dos hijos. El esposo se había instalado en León, al calor de La Seo, y la solía dejar sola toda la semana, a veces más tiempo. «Sabes que Dios te lo pagará, Catuxa, y con creces. Él no conoce límites a la hora de hacer el bien. Eso sí, pequeña, si después de lavar la ropa tienes la amabilidad de planchármela, te quedaré agradecido por entero. En un cuartito que tengo al lado de la sacristía hay una tabla y una plancha que me regaló una buena samaritana».

Esa tarde hubo alguna sorpresa más. Un Fiat apareció por el camino que conducía al pueblo. Cruzó el río por uno de los puentes de piedra y estacionó próximo al lugar donde el cura hacía que leía. Al ver a la inesperada visita, el párroco se levantó y ofreció su mano al recién llegado. Este la tomó con delicadeza y la besó con mucho teatro, como siempre hacía.

—Buenas tardes, don Brégimo —saludó Álvaro Pallarés—. No esperaba verlo por estos parajes, tan alejado de su iglesia.

—Me conviene tomar el aire y el sol. Además, leer junto a la naturaleza es una fuente de inspiración divina. Muchas de mis homilías han nacido aquí, metido en nuestros bosques, a la sombra de cualquiera de nuestros árboles autóctonos. Galicia es musgo y verdín, Galicia son caballos salvajes y nubes ancladas en las copas de los árboles, Galicia es el sonido de las aguas al rebrincar entre piedras. —A más que hablaba, el cura más se animaba a mostrar una versión poética de sí mismo que solo obedecía a la excitación física que había interrumpido el falangista. Su monólogo se asimilaba al de un actor que interpreta un texto espeso y latoso en un teatro de capital de provincia. De pie, movía la mano con agitación hacia los conceptos que enunciaba—. También Galicia son caminos alfombrados de hojas de otoños antiguos, Galicia son campos interminables de maizales y de viñedos, de brezales y de hayedos. Galicia es donde descansa el patrón de España. Don Álvaro, creo

que si Dios bajara alguna vez a la tierra, lo haría a Galicia. Yo lo percibo, de ahí que venga aquí a recibir el influjo del Señor, que me llega más limpio, más nítido, más puro.

—Caray, don Brégimo, desconocía yo esa faceta de inclinación mística que tiene usted hacia las ciencias naturales. Lo veo en competencia con don José María Pemán, aunque él es gaditano. Habla maravillas de Galicia pero le recuerdo que León es una tierra que tampoco se queda atrás.

—No, por supuesto. España está llena de contrastes como también lo estamos los seres humanos. Así lo ha querido Dios y solo nos queda darle las gracias por tantos regalos que recibimos de Él. Bueno, y ¿qué lo trae por aquí?

El falangista miró hacia el grupo de lavanderas y no supo encontrar a quien buscaba. De espaldas, y arrodilladas, todas parecían iguales.

—He venido a por una de las mujeres más hermosas de Arnega. No me importa reconocer que la llevo viendo varios domingos, y no paro de pensar en ella. Se nota que es un alma inocente, libre de pecado.

—Pero, don Álvaro, usted tiene novia. ¿Qué hace aquí en busca de mujeres que no son de su condición social?

Pallarés no quiso oír el comentario del párroco y barrió con la vista al grupo, pero no supo reconocer a la que buscaba.

—Es la mayor de las Barreiro. Se llama Carmiña —especificó, sin dejar de mirar.

—¿Carmiña? Sí, hijo, es aquella, la tercera por la derecha. —El párroco señaló a la elegida.

El leonés regresó a su coche y sacó un gran ramo de flores que miró con satisfacción.

—He ido a su casa y me ha dicho su hermana, esa que tiene cara de amargada, que estaba aquí. —Con decisión, arrancó para dirigirse hacia el lugar que Carmiña ocupaba, momento en el que el párroco lo retuvo con su mano.

—Don Álvaro, un buen cristiano tiene que centrarse y saber elegir a la mujer con la que se tiene que unir en sagrado matrimonio. Tengo entendido que su novia es una mujer muy

decente, hija de un alto cargo, una persona con futuro, con posición, ideal para darle unos hijos que pedirán una enseñanza cristiana. Carmiña es una buena muchacha, pero casi hay que considerarla como una descarriada. El mal estuvo metido en su familia, y sus hermanas y madre no son ejemplo de nada. Además, su novio resultó ser un sinvergüenza. ¡A saber a qué juegos se sometería con él! Don Álvaro, debe centrarse, por Dios se lo pido.

El joven abogado lo miró en profundidad a la vez que le dio las gracias con un movimiento de cabeza.

—Por supuesto que me tengo que centrar, y de hecho lo estoy. Pero eso no impide que admire la belleza de una mujer como Dios manda. Usted debería saberlo porque, antes de ser sacerdote, es hombre.

Sin más palabra, y ante la mirada recriminadora del párroco, avanzó decidido hasta quedarse a tres metros de la elegida. La llamó por su nombre. Ella se volvió y le mostró un rostro interrogativo. Él sonreía a la vez que extendía el brazo con el ofrecimiento del regalo floral. Se incorporó y se secó las manos en el delantal. Todas las demás dejaron de trabajar y se quedaron a la espera de lo que pudiera suceder. Se hizo un silencio que solo rompían las cantarinas aguas del Trocal.

—Hola, Carmiña. Me gustaría que aceptaras este detalle, lo he traído de Ponferrada para ti. He pasado esta mañana a por él, según venía de León. Y también me gustaría que me dejaras que te invitara a cenar. Conozco un buen restaurante, antes de llegar a Orense, donde sirven un pulpo exquisito. Pulpo con cachelos. Lo he probado muchas veces. Bueno, hay muchas otras cosas. Está muy surtido. Lo que tú quieras. ¿Qué te parece?

Pallares se había quedado con una sonrisa expectante, inquieta y algo tensa porque dudaba de la reacción del objetivo marcado en esa ocasión. Su postura era amedrentadora, con las piernas algo abiertas y el brazo libre en jarras.

Carmiña miró lo que tenía delante, un hombre con un buen coche, elegante con una chaqueta beis a juego con los pantalones rectos, planchados con esmero, y con una simpática gorrita sobre su

cabeza. El ramo era precioso. Predominaban los gladiolos y las rosas rojas.

Negó.

—Le estoy muy agradecida, don Álvaro, pero no puedo aceptar ese ramo. Yo estoy centrada en el cuidado de mi familia. Mi madre y mis hermanas me necesitan. Muchas gracias.

La sonrisa había pasado de ser intrigante a helada, como si las facciones de su cara se hubieran congelado. Miró en derredor y no supo qué hacer con el ramo. En instantes su tez pasó del blanco de la palidez al rojo de la ira.

—Veo que te gustan más los extranjeros que los nacionales. Tú sabrás lo que haces —advirtió, sin poder evitar un ligero temblequeo de sus labios.

Se volvió y se dirigió directo al coche, sin mirar a don Brégimo ni a las mujeres que habían parado su quehacer. Carmiña regresó a la orilla a la vez que oía rugir el motor del Fiat, a sus espaldas.

Concentrada en su labor, la Barreiro no se percató de las miradas que se cruzaron todas las mujeres que esa tarde se habían dado cita en la orilla del Trocal. Álvaro Pallarés era un ser repulsivo para toda la aldea, por prepotente, por chulo, por engreído y, además, por sádico. Nadie aprobaba sus métodos de castigo para con los presos, de los que hacía gala cada domingo. Un ensañamiento propio de cobardes. Carmiña había tenido el valor del que habría carecido la mayoría de las solteras de Arnega, incluso más de una casada, incapaces de dar una negativa a un hombre así, con tantas influencias y con unas posibilidades de venganza que se antojaban tan ciertas como peligrosas.

Sin que lo buscara, y por su valentía, Carmiña se había convertido en la mujer más admirada de Arnega, aunque no fuera consciente de ello.

27

El viaje a la capital de la provincia desde Arnega duraba cerca de dos horas, y no porque hubiera que cubrir una distancia larga, sino por las continuas paradas que realizaba el Hispano Suiza para soltar

y recoger pasajeros de las numerosas aldeas y pequeños pueblos por donde discurría la ruta del autobús. La de mayor duración era la de Verín.

Xiana llevaba una pequeña maleta donde había guardado tanto los trabajos realizados por ella, sus hermanas y su madre, como los que tejían otras dos familias del pueblo. El destinatario era la tienda de Heredera de Matías Grandío, regentada por don Senén, el yerno del fundador y viudo de su única hija. Un hombre con fama de tacaño que siempre regateaba a Xiana el precio de las compras, por lo menos en público. De él se hablaban muchas cosas y nadie sabía si eran ciertas o no. Se decía que su joven mujer murió en circunstancias nunca aclaradas, que había sido uno de los falangistas más activos en la provincia y que no paró de buscar colaboradores republicanos, que luego no se volvía a saber de ellos, hasta el día en el que se leyó el último parte de la guerra; que le gustaban las mujeres en exceso y que andaba siempre tirando la caña a cualquier señora de buen ver, o de mediano ver, que se paseara por la calle Calvo Sotelo, donde tenía la tienda, o por la avenida del Generalísimo, el parque de San Lázaro o por los soportales de la misma plaza Mayor. Su físico venía marcado por la imagen que ofrecía de cuello para arriba, con sus gafillas redondas montadas sobre la pequeña nariz aguileña, su incipiente calvicie mal disimulada por un desafortunado peinado, y su bigote corto y poco lucido, a lo que se unía su escaso porte, simplón y decimonónico.

Dada la mala combinación entre la capital y Arnega, la mediana de los Barreiro pernoctaba en una pensión de Orense y esperaba al día siguiente a que abrieran los bancos para que don Senén le abonara las cantidades comprometidas que ella custodiaba en el sujetador, verdadera caja fuerte ante descuideros que viajaran con ella en el autobús de regreso.

—Un momento, Juliana, guapa. Cuando termine con doña Matilde estoy contigo, que hoy la empleada me ha avisado que estaba enferma y me ha dejado solo.

La clienta era una señora de fuste y empaque, mujer de algún prohombre de la capital, que se estaba probando un collar de perlas de una hilera.

—Le queda muy bien, doña Matilde. Yo la veo más joven con él.

La mujer no paraba de girar el cuello, de torcer la cabeza delante del espejito y de buscar la aprobación del viudo que la atendía.

—No sé, don Senén, no sé. Eso de que estoy más joven con él se lo dirá usted a todas.

—No es cierto, doña Matilde. No soy yo persona dada a las alabanzas fáciles y de compromiso. Se lo digo porque por mi tienda pasa lo mejor, no ya de la capital, sino de toda la provincia orensana y otras limítrofes. Aquí vienen las mujeres de los alcaldes de Ponferrada, de Gijón, las esposas de los armadores de Vigo y hasta de los terratenientes portugueses, pero muy pocas tienen ese cuello de cisne que Dios le regaló.

Xiana permanecía alejada del escenario de la venta y sonreía para sus adentros ante la capacidad embaucadora que exhibía don Senén.

—¡Me lo voy a llevar! ¡Me ha convencido!

—Ha tomado usted la decisión más acertada, quizá de las mejores de su vida. Se lo guardaré en este precioso estuche que envolveré con un papel de seda especial que tengo guardado para las mejores ocasiones y las clientas más distinguidas.

—No, que voy a misa. Misa de funeral. —La mujer simuló un rostro compungido—. Era la madre de una vecina. La pobre cumplió el mes pasado los ochenta y seis años, y su corazón se cansó de latir. ¡Pobre! —La compradora se santiguó—. Mañana le digo a mi marido que se pase por aquí antes de ir al ayuntamiento.

—Muy bien, doña Matilde, muy bien. Se lo dejo reservado, aunque, ya por la hora, no creo que atienda a nadie más que a Juliana. Ella es quien me trae las preciosidades de encaje de bolillos que tengo en el escaparate.

—¡Ah, qué bien! Alguna cosa me he llevado de usted. Mi enhorabuena por ser tan buena encajadora. Tiene usted unas manos que valen oro. Oro molido. Aunque hoy habría que decir que valen más que el wolfram, pero no, mejor no. —La cliente torció el gesto y

negó con el dedo índice de la mano derecha levantado—. Me han dicho que son unas piedras negras feísimas.

—No lo sé, doña Matilde, nunca he visto el wolfram —aseguró Xiana, afirmando algo que no se correspondía con la realidad.

—Mejor, mejor. Eso es para gentes del campo. Bueno, mona, encantada de conocerte.

La Barreiro mostró una sonrisa de compromiso.

—La acompaño y ya pongo el cartel de cerrado. Que ahora me tengo que entretener con esta chica que siempre viene tarde. Pero no será mucho tiempo porque en un rato he de estar en el médico. Espero que traiga todo bien preparado, no como siempre, que me lo pone todo sobre el mostrador hecho un revoltijo.

Don Senén se volvió y elevó la voz, adrede.

—¡Vamos a ver, Juliana! ¿Por qué vienes tan tarde? Ya es hora de cerrar.

—Lo siento, don Senén, no pude venir antes. Estuve comprando cosas que necesitamos en la mercería de Lamas Carvajal, que nos hacen un precio más arreglado. ¿Sabe usted lo caros que están los hilos de algodón y los patrones? —La arnega silenció que, siempre que viajaba a Orense, también visitaba una pequeña librería próxima a la Plaza Mayor, donde el dueño le tenía reservado algún ejemplar impreso en México o en Buenos Aires, de los que jamás pondría en el escaparate.

Después de esos intercambios de palabras, acusaciones y justificaciones proferidos en un volumen elevado, los dos se quedaron en silencio hasta comprobar que doña Matilde ya no podía oírlos. Él marcó una seña y ambos pasaron a la trastienda. No esperó más. Se quitó el guardapolvo gris, puso las gafillas encima del primer mueble que pilló, y rodeó a Xiana por su cintura a la vez que atacaba con su boca la de la joven. Sus lenguas se entrecruzaron y el muslo de la Barreiro pronto notó la dura forma que había tomado el miembro del viudo.

—Xiana, Xiana…

Sin pronunciar más palabras, comenzó a desabotonarle la chaqueta y siguió después por la blusa y el sujetador. Liberada de cualquier tipo de pudor, ella no tuvo reparo en llevar su mano a la

entrepierna del comerciante e iniciar un movimiento circular que elevaba la autoestima de su pareja hasta unos niveles a los que era incapaz de llegar con otra mujer.

—Xiana, Xiana… ¿por qué has tardado tanto en venir?

Ella le iba a haber respondido que había que hacer las labores, que aquello que le llevaba no era algo que se tejiera en dos jornadas, pero no era momento de entrar en explicaciones y sí de acceder a la habitacioncita donde él la poseería como si fuera una prostituta portuaria, como una golfa del Papagayo coruñés o de Ferrería y él un marino que lleva un mes sin pisar tierra, con callo en la mano de tanto trajinársela en su litera.

Instantes después, él se encontraba a medio desnudar, encima de ella, que se había quedado con la falda subida y la braga enredada en uno de sus tobillos. Las horquillas que sujetaban el moño quedaron abiertas y perdidas por algún lado de la cama, y su abundante pelo caía desmadejado sobre los hombros. La mediana siempre tenía que llevar a Orense otras para arreglarse el peinado antes de regresar a Arnega.

—Xiana, Xiana… por favor, no tardes tanto en venir. Llevo una semana sin masturbarme para cumplir contigo como una fiera —balbucía mientras cubría su cara de besos y lamidos.

—No seas bestia, Senén. Tú sigue —alcanzó a decir, con la voz entrecortada, mientras que el comerciante la sujetaba con ambas manos por las nalgas a la vez que la hacía botar en la cama.

Al día siguiente, a la hora de comer, llegaba el autobús a Arnega y, diez minutos después, Xiana entraba en su casa.

—¿Qué tal te ha ido con don Senén? —preguntó la pequeña.

—Mal —respondió a Rosalía, que intentaba que Luisiño comiera algo—. Es un agarrado. Voy a tener que buscar a alguien en Vigo que nos pague más. La gente, que no sabe apreciar el arte de nuestros trabajos.

—O sea, que es posible que no vuelvas a Orense.

—No sé. Igual le doy una oportunidad más, quizá la última.

Xiana se había trazado un propósito final que abarcaba varias etapas previas, y cada una de ellas se iba cumpliendo según un plan diseñado con astucia.

28

Dada la persistencia del apagón provocado por las explosiones, cuando el sol se escondía en Arnega también lo hacía la vida en el pueblo, excepto los autillos, que seguían con su canto intermitente amenizando la noche. Le habían dicho a Gustav que algunos bares abrían gracias a encender numerosas velas, como el de la Calatrava, pero aquello era excepcional. Hasta que no arreglaran la subestación eléctrica que saltó por los aires con la mezcla de gasoil y nitrato amónico utilizada un grupo de guerrilleros, la actividad nocturna en las viviendas se reducía al mínimo: nadie podía leer, nadie podía escuchar una radio, nadie podía realizar una labor.

El sueco ya estaba en condiciones de mantener la primera reunión con el contacto que le habían indicado, y pensaba que al día siguiente sería el momento de establecer ese encuentro, por lo que esperaba finalizar con las anotaciones que había ido escribiendo en un libro de ilustraciones de árboles con una técnica de camuflaje que le enseñaron, tan sencilla como eficaz.

Escuchó el ruido de dos motores que cada vez se hacían más próximos. Iba a meterse en la cama pero esperó unos instantes hasta que oyó cómo se detenían. Varias personas debían haberse apeado de los coches y escuchó carreras y chillidos ininteligibles. Unos fuertes golpes hicieron temblar la puerta de doble hoja de la entrada. Se calzó, aunque no tuvo que franquear el acceso a nadie. Un grupo de extraños saltó la cerradura del portón con ayuda de un madero, provocando un ruido fuerte y desagradable.

Los haces de luces de varias linternas entraron en la casa bajo los gritos e insultos de unos desconocidos, parecía que solo eran varones. Dos se abalanzaron sobre el sueco y lo tiraron al suelo. Comenzaron a llover patadas allá donde pillaba cada uno, fuera en sus muslos, en los costados, en los brazos o en la cabeza.

—¡Basta! —chilló uno.

Los dolores eran tantos que no sabía cuál de ellos era mayor. Se encontraba cegado por las luces que enfocaban directas a sus ojos. Intentó taparse la cara con la mano derecha. Alguien le dio otra patada.

—¡Vamos, ponedlo en pie!

Entre dos lo levantaron del suelo pero no lo dejaron sentarse. Lo tenían retenido por los brazos y estos a la espalda.

El puñetazo le cortó la respiración por unos instantes. Había sido asestado con precisión y movido por la fuerza que da el recuerdo de un ramo de gladiolos y rosas rojas rechazado con desdén y en público.

—Dinos, ¿quién eres?

Ante el silencio de Gustav, el interrogador sacó una fusta y le arreó con ella. Otra más. Tres. Le hubiera gustado golpearlo tantas veces como el número de flores que acabaron en una acequia, pero se contuvo porque quería diferenciar la visita profesional del ímpetu emocional.

—Dinos, ¿cuáles son tus contactos?

—No sé de qué me habla.

De forma sincronizada, a la vez que Álvaro Pallarés le pegaba otro puñetazo certero en el abdomen, las dos personas que lo sujetaban lo soltaron, por lo que el cuerpo del sueco se precipitó al suelo cayendo hacia atrás y derribando una silla en su intento de agarrarse a algo.

—¡Vamos, los libros! —ordenó el leonés.

La manada de alimañas corrió hacia las estanterías de la casa y arrampló con todos los volúmenes, abriéndolos y tirándolos al suelo, medio rotos. Uno de los llegados arrojó al piso la máquina de escribir y clavó la pata de una silla en el teclado, varias veces hasta que las piezas comenzaron a saltar por los aires: el *qwerty* había quedado esparcido por doquier. También lanzaron al suelo el tintero y los objetos de escritorio con los que trabajaba el periodista.

Como si fuera una intervención divina, se encendió la luz del salón y de una lamparita próxima a un sillón de lectura. El grupo oyó alguna voz de júbilo procedente del exterior: la electricidad había

vuelto a Arnega. El día anterior habían llevado los componentes destruidos de la subestación y los técnicos llegados desde Vigo habían sido capaces de recomponer una de las partes más vitales de la explotación.

—Mira, ahora podemos vernos mejor las caras.

Desorientado, se levantó agarrándose donde pudo y se sentó en la silla que acababa de tirar. Contempló la escena. Delante de él había un joven y cuatro esbirros. Los veía con dificultad porque los golpes le habían cerrado en parte el párpado derecho.

—Dime, sueco, ¿por qué hablas español tan bien?

—¿Quién es usted?

Pallarés se acercó y le dio con la fusta en el cuello, dos veces.

—Quien hace aquí las preguntas soy yo. ¿Por qué hablas tan bien el español? ¿Te lo han enseñado en la escuela de espías norteamericana a la que has asistido? ¿Qué te contaron en Madrid, cuando estuviste en el Palace?

No sabía qué le decían ya que se había desorientado con la situación. Mostró cara de extrañeza, lo que le valió otro puñetazo.

—Yo soy escritor. Ahí están mis libros. —Con el mentón señaló el destrozo literario llevado a cabo por el grupo.

—Eso es una vulgar tapadera. A ver si te crees que en España somos gilipollas. ¿Por qué hablas español tan bien?

—Mi madre era argentina, de Buenos Aires. Lo aprendí a la vez que el sueco, desde que nací.

El leonés lo miró en profundidad, no se esperaba esa respuesta.

—Has estado preguntando por ahí, a todo el mundo, eso no lo hace un escritor. Y, ha sido llegar tú, y se han cometido actos terroristas. En cuanto se detenga a los culpables, se los ejecutará por un procedimiento sumario. ¿Qué información has pasado?

—No he pasado ninguna información a nadie.

Pallarés comenzó a darse golpecitos con la fusta en la palma de la mano izquierda, mientras valoraba las siguientes decisiones.

—Tienes veinticuatro horas para marcharte de Arnega, y cuarenta y ocho para salir de España. No queremos tener problemas con países neutrales pero, si no te vas, serás detenido y acusado de

alta traición, de espionaje, de conspirar para derrocar nuestro Estado y de colaborar con el enemigo. Pobre de ti como nos enteremos de que un solo gramo de wolframio cae en manos de los cerdos ingleses por tu culpa. Te está hablando alguien que ha obtenido matrícula de honor en todas las asignaturas de la carrera de Derecho.

El abogado y falangista miró las estanterías y el aparador del salón. Los cajones estaban por el suelo así como su contenido, pero ninguno de sus hombres reparó en la máquina de fotos, quizá por la oscuridad inicial. Pallarés la tomó y le preguntó cuántos carretes llevaba hechos. El sueco respondió que todavía no había terminado el primero. Se la colgó en el hombro y miró a sus compinches.

—Os espero fuera. Encargaos de él y también del coche. Tenéis cinco minutos.

Fue salir de la casa y tres de sus hombres lo volvieron a tirar al suelo y comenzaron de nuevo con los golpes y las patadas, con saña. Con cadencia de unos segundos, oyó cómo los neumáticos de su Airflow estallaban, uno tras otro. No cabía duda alguna de que los estaban rajando.

29

Rosalía llegaba a la vivienda de Gustav Sørensen a las cuatro de la tarde del día siguiente. Antes de acceder al interior le extrañó que las ruedas del coche del sueco estuvieran desinfladas por completo. Podía entender que se hubiera pinchado una, pero no las cuatro. Aquello tenía que obedecer a una acción premeditada. Al mirarlas en detalle sus sospechas se confirmaron al darse cuenta de que las mismas habían sido cortadas, algo que la sobresaltó. También la sorprendió que la puerta de entrada estuviera abierta. Al acercarse comprobó el destrozo en la madera al nivel de la cerradura. Llamó desde la calle. Nadie respondió pero vio que numerosos elementos del salón estaban por el suelo, lo que le provocó un desasosiego inicial. El primer paso lo dio andando, pero al ver lo que había a su izquierda, ya no anduvo, sino que corrió.

—¡Gustav!

El hombre, que yacía en el suelo con la cara y el cuello recubiertos de sangre coagulada, comenzó a toser. Intentó incorporarse.

—Gustav, ¿qué ha pasado?

Metió el brazo por la espalda e intentó levantarlo, pero no pudo. Su estado y la poca colaboración del herido imposibilitaban que lo pudiera sentar.

—¡Espera!

Corrió a la cocina y regresó con un vaso de agua. Le dio a beber con mesura después de apartar con un trapo un coágulo de sangre que casi le impedía la respiración. Un párpado lo tenía cerrado pero por el ojo izquierdo podía ver con cierta normalidad. Volvió a toser. Llevaba en el suelo desde la noche y se había orinado en los pantalones.

—Voy a avisar a un médico. No te muevas.

Salió a la calle pensando en la tontería que acababa de decir. Era obvio que ese hombre no podía moverse por sus medios.

Echando el bofe llegó a la consulta de don Casiano y no esperó la cola que tenía delante. Aporreó la puerta bajo la recriminación de la gente que esperaba turno.

—Es que lo mío es muy urgente.

El facultativo abrió y se encontró a un ser atolondrado.

—¿Ya estás con contracciones, Rosalía? —preguntó, después de apartar el habano de su boca.

—No, doctor. No es para mí. Es para el sueco. Le han debido de pegar una paliza y está en su casa medio muerto. Tiene que ir ahora mismo.

El médico intentó dotarse de tranquilidad al responder. Miró al puro y caminó calmoso hasta el cenicero de su mesa. Pidió disculpas a una vecina que había llevado a la consulta a su hijo de cinco o seis años.

—Pequeña, un profesional no puede abandonar a sus pacientes así como así. Si me dijeras que ha ocurrido un accidente en una mina, iría ahora mismo, sin dilación, y los que están aquí lo comprenderían, pero tienes que entender que no puedo abandonarlos. ¡Qué dirías tú en caso contrario!

—Pero es que ese hombre está muy malherido. Tiene toda la cara llena de sangre, y no puede mover los brazos. —La agitada respiración de la menor de las Barreiro impedía expresarse con orden.

—Rosalía, lo primero son los trabajadores y sus hijos, lo último, las visitas. Y sobre eso que me dices tú de que le han pegado, ¿no piensas que puede obedecer a razones que ni tú ni yo sabemos?

La muchacha dio un paso atrás.

—Eres muy joven todavía, a pesar de que ya seas madre, pero has de comprender que la vida es más complicada de lo que podemos imaginar. No sé si ese hombre ha contraído deudas de juego que no ha querido pagar, o puede ser que provocara alguna infidelidad y que el marido haya reunido a unos amigos para visitarlo… ¿Entiendes, pequeña, entiendes?

Como decía el facultativo, ella era joven, pero sabía lo que era una vulgar excusa. Era evidente que don Casiano no tenía intención alguna de socorrer al sueco justo por ser un extranjero no alemán. El desengaño ante su reacción, fría e indiferente, la llevó a comprender que allí no iba a conseguir la ayuda que Gustav necesitaba por lo que salió del dispensario corriendo hacia su casa, a ver si a alguna se le ocurría qué hacer.

En el salón se encontraban su madre y sus dos hermanas, dado que Carmiña no había ido a trabajar porque así se lo pidió Karl al estar de viaje. La vieron entrar y se asustaron. La primogénita se puso en pie.

—Es Gustav. Anoche le han pegado una paliza. Está muy mal y no se puede mover.

La cara desencajada de Rosalía evidenciaba la gravedad de la situación. No había mejor ejemplo de rostro amedrentado que insta urgencia.

La mayor dejó el mundillo con la labor empezada y exclamó lo primero que pensó.

—Vamos a la consulta de don Casiano.

—¡No!

Extrañada, se acercó a su hermana, que acababa de empezar a llorar.

—Don Casiano no quiere ir. —Su habla era atropellada y las palabras salían entrecortadas por su boca—. No me extrañaría que él supiera quién ha pegado a Gustav, y no hay otro médico más cercano hasta Verín.

Carmiña miró a su madre y a su hermana.

—Ese hombre es un fascista declarado. Me dicen que es de misa diaria y que su madre, su tía y su mujer se juntan todas las tardes para rezar el rosario en su casa —la mediana criticó al doctor pero no aportó solución alguna. Siguió enfrascada en su labor.

La mayor buscó la mirada de la pequeña y quiso encontrar el remedio en sus ojos.

—Tienes razón, el médico más próximo está en Verín, y no podemos ir hasta allá. Pero creo que podemos hacer algo.

Dos horas después, don Santiago Prieto había conseguido sentar a Gustav en el sillón del salón, con la ayuda de Carmiña y la pequeña colaboración que pudo prestar la gestante. Las mujeres habían hervido unos paños y el veterinario limpiaba con precisión y delicadeza la sangre que se había quedado pegada a las heridas. Para trabajar más cómodo, se quitó su inherente pajarita.

—Tengo que reconocer que por primera vez limpio la cara a un humano. A animales varias veces, que ellos también se pelean. Quién me lo iba a decir a mí, a mi edad. A ver, joven, ¿puede hablar?

—¿Qué digo? —preguntó, con dificultad y sintiendo que una cuchilla recorría su garganta.

—Bueno, ya ha conseguido lo más difícil, pronunciar las primeras palabras. A ver, dígame su nombre.

El sueco fue capaz de responder a cuantas cuestiones sencillas le planteaba el hombre que hacía de médico. A falta de fonendoscopio, el veterinario acercó su oreja al pecho del paciente y a su espalda. Le pidió que aspirara y que expirara. También le hizo levantar los brazos, despacio, y le estiró y contrajo las dos piernas, para comprobar la articulación de las rodillas. El agredido se quejó pero a un nivel que generó satisfacción en don Santiago.

—No hay nada roto, aunque seguro que tiene alguna costilla astillada, pero soldará con algo de reposo. Si tuviera alguna fractura no habría protestado, sino que habría pegado un chillido que se habría oído en Estocolmo. Me alegro, dentro de lo que cabe. Tampoco le falta ningún diente y estas contusiones se irán más pronto que tarde. Lo que sí veo que tiene destrozado es algo que no he podido palpar, pero que me imagino.

Las dos mujeres se mostraron expectantes.

—El amor propio, ese lo tiene bien destrozado. Sé de lo que hablo. A mí jamás nadie me puso la mano encima, pero también me despedazaron el amor propio. Contra esa enfermedad no hay cura. El tiempo, si acaso, y tampoco sana al cien por cien. Es una sensación de abatimiento, de saberse humillado, de impotencia, de pérdida de autoestima y, por qué no, de miedo a que se pueda repetir.

El hombre se incorporó y agarró una de las manos del sueco.

—Tiene que guardar reposo, por lo menos una semana sin salir a la calle. Y deje tranquila a la cabeza, procure pensar en recuerdos agradables, que usted no es ningún niño y ya ha tenido que vivir momentos excepcionales. Recupérelos y vuelva a ellos. Es lo mejor que le puedo prescribir.

—Mañana… iré a… denunciar la… agresión —con esfuerzo, transmitió sus siguientes movimientos. Don Santiago le dio un par de palmaditas en el hombro.

—Hágame caso. Sea práctico. Esté una semana en la cama. Eso de la denuncia lo puede poner mañana, o dentro de diez días, o nunca. Hará el mismo efecto.

Los cuatro miraron sorprendidos la entrada de alguien que no esperaban.

—Rosalía, ¿qué coño haces aquí? ¿Qué haces que no estás en tu casa?

Manolo, fiel amigo de las cogorzas, se dirigió directo a su mujer y la levantó asiéndola por el brazo. Le pegó un empujón y la mandó hacia la puerta.

—¿Qué haces tú cuidando a otro hombre? ¡Estás casada, y por la iglesia! ¡Soy tu marido! Eres el comadreo de todo Arnega. La

gente se ha reído de mí. —A Manolo le costaba trabajo mantener la verticalidad. Apuntaba a su mujer con un dedo temblón—. Me has puesto en ridículo. Me has humillado. ¡Vamos, a casa! Allí te explicaré unas cuantas cosas.

Los cuatro ojos de don Santiago y de Carmiña, y el ojo izquierdo de Gustav, vieron la imagen con tristeza. Escucharon aterrados desde el salón el sonido seco de la bofetada que acababa de pegar Manolo a su esposa. Esta mantuvo silencio. Después vino una segunda. La hermana salió a la calle.

—¡Déjala!

El cuñado dio un meneo a su mujer que a punto estuvo de tirarla al suelo. Se acercó a Carmiña con el paso indeciso, los ojos enrojecidos y dando un hipido.

—No te metas en esto o…

—O… ¡Qué! ¿Te vas a atrever a tocarme a mí también?

Los vio alejarse, ella a dos metros detrás de su marido. La hermana regresó a sus quehaceres en el momento en el que el veterinario salía al exterior.

—Mañana volveré, a ver qué tal pasa la noche. ¿Te vienes, Carmiña?

—No, doctor, voy a recoger todo esto, por lo menos para dejar el suelo sin cosas tiradas. Tiene la casa manga por hombro.

—No me llames doctor, que no lo soy.

—Para mí, sí. Y, por lo que veo, para él, también. Hasta mañana, doctor.

30

Al día siguiente Carmiña contaba a Karl lo ocurrido.

—Dice que no conocía a las personas que lo golpearon. Desde que está en el pueblo ha visto a mucha gente pero que aquellas eran todas caras nuevas. Que el jefe era un chico joven que tendría unos veinticinco años, alguien muy repeinado, delgado y bien vestido, con una camisa azul. Supongo yo que será la de Falange. Los que lo acompañaban eran algo mayores que él y acataban sus

órdenes como si fueran perros de presa amaestrados. ¿Tú sabes quién habrá sido? Casi lo matan.

Para la gallega, la descripción que Gustav hizo sobre la persona que mandaba al grupo de agresores se ajustaba con incómoda exactitud a Álvaro Pallarés. Como todo el pueblo, lo había visto varios domingos ensañarse con los presos indefensos, y no le extrañaba que también hubiera dirigido el ataque al sueco, aunque no entendía los motivos que tuviera contra él.

El alemán negó. Se quedó pensativo y a continuación dijo algo que sorprendió a su secretaria.

—Lo que no entiendo es qué hace un sueco en Arnega. —Aquello le pareció a la Barreiro como si estuviera culpabilizando a Gustav de haber recibido una paliza.

—¿Y por qué no puede estar un sueco en este pueblo? En España no hay guerra y Suecia es un país neutral. Aquí también vienen ingleses, yo los he visto alguna vez.

—Pero no a vivir, y tienen sus razones. Lo que me parece muy extraño es que este hombre ande por ahí haciendo preguntas. Me lo he encontrado alguna mañana, por la zona de las minas, y eso no es normal. Incluso un día hablé con él, y no me convenció cuando me contó lo que hacía.

—Es escritor. Ayer me quedé a ordenar un poco todo lo que tiraron aquellos salvajes y vi varios libros suyos, escritos en sueco. Venía su nombre. No se pueden consentir esos ataques, debemos vivir en paz.

—¿Dices que tenía unos libros escritos por él?

—Sí. Vi su nombre tanto en el lomo como en la portada. Su nombre y apellido.

—Y, ¿por qué tienen que ser suyos? Desconozco si en Suecia hay muchos Gustav Sørensen, pero me parecen nombres y apellidos comunes. En Alemania, por ejemplo, somos muchísimos los que nos llamamos Karl Müller. No sé… Oye, y ¿para qué ha traído libros ya escritos por él? ¿Tú crees que cuando viajaba esa Rosalía de Castro de la que me has hablado lo hacía con ejemplares de sus obras? ¿Qué sentido tenía eso, para regalarlos? Lo dudo. No viene del pueblo de al lado, viene de muy lejos. No creo que haya venido

desde su país ni por tierra ni por mar, tal y como están las cosas, por lo tanto, habrá tenido que venir en avión, y ahí el equipaje ha de ser el más escaso posible.

—Te digo lo que he visto, Karl. Allí también había una máquina de escribir que se la han destrozado.

—Y respecto a lo que dices de vivir en paz, eso es una quimera, Carmiña. El ser humano jamás ha sabido vivir en paz.

—En España sí. Ya tuvimos una guerra. No queremos tener más. —La mujer sacó un pañuelo. Las emociones la superaron. El alemán se situó detrás de su silla y apoyó sus manos sobre sus hombros. Nunca antes la había tocado.

—Pronto habrá paz en Europa, ya lo verás.

Ella agarró una de sus manos, la apretó con suavidad y expresó lo que más le reconfortaba.

—Dios te oiga.

El sonido de un coche interrumpió el momento. Karl se acercó a la ventana del salón y comprobó la identidad de la visita. Al apartar el visillo, se olió la mano que había sido rozada por la de Carmiña. Le pareció un aroma fresco, ausente de perfume, puro, auténtico. Aspiró fuerte, con disimulo. Se volvió.

—Es Hans Schneider.

Al salir a recibirlo, la gallega escuchó desde su posición delante de la máquina de escribir cómo el anfitrión se cuadraba y marcaba el saludo hitleriano. Después entraron los dos en el pazo. Primero el recién llegado.

—Vete a tu casa, Carmiña. Por hoy no te necesitaré. Ya me las arreglaré yo para comer. —La orden de Karl era inequívoca.

El jefe del ingeniero tenía interés en conocer el estado de las minas existentes, el rendimiento obtenido y el resultado de las nuevas prospecciones que se realizaban a iniciativa de Müller. Sentados delante de un gran plano de Arnega y alrededores, el técnico fue explicando las minas activas y el lugar donde había mandado iniciar nuevas excavaciones.

—¿Han descubierto ya algún nuevo filón?

—Todavía no, mi *Oberstleutnant*. Si se fija, la inclinación de la montaña en esta ladera nos indica que hay un buen filón orientado

hacia el sureste, calculo que a cinco o seis metros de la superficie, según las indicaciones del gravímetro —se valía de un lápiz para facilitar las explicaciones—. Es difícil calcular su volumen, pero es posible que lleguemos a obtener más de cuatrocientas o quinientas toneladas de mineral.

—¿Puro?

—No, con una carga del sesenta por ciento, supongo. Sesenta o sesenta y cinco por ciento.

—Eso quiere decir…

—Unas trescientas toneladas, mínimo, solo en los pozos nuevos. Siempre que las lavadoras funcionen sin incidencias. Ayer se registró otro sabotaje a una de ellas, una de las nuevas que pedí. Robaron las poleas y las correas de distribución. Ya hemos pedido los repuestos.

Schneider dio un manotazo en la mesa.

—Hablaré con la Guardia Civil, que no colabora como debe. Voy a pedir que despidan al mando de Arnega, hoy mismo. Tienen que poner más vigilancia. Esta guerra no puede estar condicionada por un inútil.

El militar había alterado su habitual semblante sereno. Encendió un cigarrillo que le trajo algo de sosiego y volvió la vista al plano. Lo miró con nuevas dosis de curiosidad y se fijó en una marca desconocida.

—Aquí hay una mina que no tiene anotaciones de ninguna clase. ¿Está activa?

—No. Está abierta, no ha sido cegada, pero está inactiva. Fue idea de mi predecesor. No sé por qué se abrió si se podía intuir desde el primer momento que no iba a contener mineral.

La visita se quedó pensativa.

Carmiña supuso que visitar a Gustav era realizar un acto de caridad. No iba a preguntarle si era católico. Ella iba a dar amparo a una persona necesitada. La llegada del jefe de Karl le había dado un tiempo extra, que quiso aprovechar.

Entró sin llamar porque la puerta estaba entornada. El veterinario había demostrado saber algo de ebanistería y consiguió arreglarla, aunque de forma temporal. Antes de acceder se volvió a fijar en el coche, varado como una ballena en una playa.

Lo vio sentado en el sillón, con los ojos cerrados. Con toda probabilidad había pasado la noche fuera de la cama. Al oír ruido, abrió el izquierdo. Se alegró de la llegada de la mujer.

—¿Cómo está?

—¿Cómo está tu hermana?

Carmiña no se esperaba que respondiera con esa pregunta.

—Bien, bueno. Lo normal. Manuel es un buen chico, pero no sabe beber.

—Si no sabe beber, no puede ser un buen chico.

Tenía razón, pero no se la quiso dar. No había ido a verlo para hablar ni de su hermana ni de su cuñado. Ya se lo dijo un día Xiana a Rosalía: «Para tener nombre de escritora eres muy tonta. Es como si a un cojo de nacimiento sus padres le ponen de nombre León. Tuviste que ver cómo era el imbécil con el que te acostabas».

—Veo que habla mejor.

—Me recuperaré de esta. Seguro. En cuanto pueda andar, iré al cuartel de la autoridad y pondré una denuncia. Espero que detengan a los autores de este intento de asesinato.

—Voy a hervir agua y a limpiar esas heridas. A ver si esta tarde puedo venir con trapos nuevos. Creo que por mi casa hay alguno y, si no, los compraré.

—Gracias por haber colocado los libros en su sitio.

Mientras cocía el agua regresó al salón y le formuló una pregunta que le rondaba por la cabeza, porque era la segunda vez en muy poco tiempo que llegaba a Arnega un extranjero hablando a la perfección el español.

—Mi padre era marino y viajó por todo el mundo. En Buenos Aires conoció a una mujer de quien se enamoró y con la que se casó. Para ella fue un impacto brutal pasar de vivir… —Marcó un gesto de dolor que le obligó a parar. Se llevó la mano a algún lado del costado izquierdo. Tosió—. Sí, te decía que para ella fue un choque muy importante dejar Argentina para vivir en Suecia, y más

por la profesión de mi padre, que nos dejaba solos durante semanas e incluso meses. Ella me dio todo el cariño que puede dar una madre a un hijo. Me leía libros, cantaba de maravilla, bailaba, me enseñó inglés y, lo mejor, me regaló todo el amor que tenía dentro de ella.

A Carmiña le había extrañado el dejo sudamericano de sus vocablos. Le recordaba a alguno de los indianos que regresaron a Galicia y que visitaban Arnega para lucir sus riquezas.

El olor a quemado hizo que la gallega saliera corriendo hacia la cocina. La charla había desviado la atención que debía mantener hacia el cocimiento de los trapos y el agua se había consumido.

A la vez que su particular enfermera le limpiaba las heridas, Gustav se transportó a los días previos al estallido de la Gran Guerra, cuando tenía diez años, y recordó lo distinta que era su madre respecto a las vecinas de la vivienda de Estocolmo, donde nació y vivían, y a las madres de los otros niños del colegio. Siempre con los labios muy pintados, con vestidos ceñidos y escotados en verano, con una mirada directa y franca ante cualquiera, con una sonrisa amplia. En su casa se ponía batas orientales sin nada más debajo que la ropa interior y fumaba cigarrillo tras cigarrillo, entre mate y mate. Cuando su padre estaba en Suecia, se solía meter con él en la habitación y eran capaces de pasarse horas dentro, sin salir. Le dejaba la comida y él se la calentaba. En los tiempos en los que su progenitor estaba de travesía, mostraba un carácter cambiante. En ocasiones lo abrazaba con intensidad, como si el mundo se acabara en unas horas, en otras bailaba con él mientras le susurraba canciones porteñas al oído. Otras veces se acurrucaba en un rincón, ella sola, y se ponía a llorar sin motivo, por lo menos sin motivo aparente.

—¿Vive?

—No, murió casi con la edad que tengo yo ahora, con cuarenta años. Cuando mi padre regresó de un viaje a Filipinas la encontró muy mal, muy delgada, y nadie pudo reaccionar. La llevó al hospital y murió en sus brazos. —Su hablar era lento y doloroso, pero sentía que le hacía bien—. Está enterrada en Estocolmo. Sobre su tumba

pusimos una bandera albiceleste. Parece que en mi vida los cementerios tienen demasiado protagonismo.

Gustav nunca preguntó a su padre cómo conoció a su madre ni en qué trabajaba con anterioridad, dado que carecía de formación académica. Con los años, y después de fallecida, hiló detalles que, unidos a una cierta fantasía, lo llevaron a imaginar a su madre por el barrio de Palermo, en algún lugar frecuentado por marinos y gente de paso. Esa posibilidad no le restó un ápice del cariño y veneración que siempre le profesó.

—Me ha hecho bien hablar contigo de ella, Carmiña, me generas paz.

La mujer no supo qué responder. Quiso cerrar la conversación con la pregunta que seguro él esperaba.

—Se llamaba Olivia.

31

Tres días después de la paliza de aquellos indeseables, una tarde el sueco recibió una visita inesperada. Una vez que Carmiña hubo llegado a la vivienda de Gustav con un paquete de vendas y unos esparadrapos que le había encargado Santiago Prieto, alguien pidió permiso desde la puerta.

—¿Se puede entrar? —Karl permanecía en el umbral, porque la prudencia le aconsejaba esperar autorización para acceder a la casa.

—Puede pasar, aunque no sé qué hace aquí —correspondió el periodista, que lo reconoció al instante.

—Hola, Carmiña. —Fueron las siguientes palabras del alemán.

La gallega correspondió con la mirada. Entendió que su presencia podía ser violenta, por lo que optó por retirarse a la cocina.

Karl se acercó y le ofreció su mano. Gustav la estrechó sin entusiasmo.

—Me han informado de que ha tenido una visita inesperada y muy desagradable. Ya he visto fuera cómo están los neumáticos de

su coche. Eso no se arregla con un parche. Hay mucha gente envidiosa. Y usted, ¿cómo se encuentra?

—Pues ya me ve. Por lo visto, en la España actual hay dos tipos de extranjeros, los de primera y los de segunda. Y cada uno de nosotros dos se encuentra en un grupo concreto. Esto que me han hecho ha sido obra de sus amigos.

El alemán enarcó las cejas.

—El jefe de los que me pegaron tenía la misma estética que sus camisas pardas. Así son los de Falange, como nazis acomplejados y de segunda fila. Digo de segunda porque ellos querrían ser de primera, pero sus impurezas raciales se lo impiden.

—He venido a interesarme por usted, le agradeceré que no me insulte.

—No es un insulto, es la realidad. Usted representa un régimen que ha llegado al poder y que se mantiene en él basado en la violencia.

—¿Usted cree todo lo que dicen los periódicos ingleses o norteamericanos? Ya que presume de ser alguien que estudia el comportamiento humano, le aconsejaría que, antes de hablar, vaya a las fuentes. ¿Ha presenciado usted algún acto de violencia cometido en Alemania desde que estamos en el poder?

—No me diga que no hubo ataques a comercios judíos, por ejemplo.

—¿Ataques? No más allá de dos o tres acciones puntuales de personas que después recibieron sus castigos administrativos. Es cierto que estamos en conflicto con determinados colectivos que solo buscan la destrucción del pueblo germano, y que se los ha invitado a salir de nuestro territorio y buscar cobijo en otros lugares, pero siempre ha sido por medios pacíficos y amistosos.

—Pero son alemanes, como usted. ¿Cómo Alemania puede expulsar a alemanes de su propio país?

—Por favor, señor Sørensen, no vaya a comparar un judío con una persona de raza aria, sin taras, con un mapa genético limpio, sano y fuerte. Somos los seres más perfectos de la naturaleza. No, no todos somos iguales.

—¿Y los campos de concentración?

—En Alemania no hay campos de concentración. Ni en nuestro país ni en ninguno de los que se han anexionado por iniciativa propia. Son lugares para reeducar a personas que han sido aleccionadas por los comunistas y que hay que explicarles cómo funciona el nuevo orden. Después de unos meses, la mayoría vuelve a la sociedad de donde procede convertidos en personas de provecho. Quienes han pasado por esos lugares educativos no paran de darnos las gracias.

—¿Y la quema de sinagogas?

—Las sinagogas no debieron quemarse, pero sí que había que demolerlas para construir en su lugar jardines, museos o viviendas. ¿Por qué el judaísmo nos tiene que imponer una determinada religión? Eso debe ser un acto íntimo de cada persona, y no una actividad supeditada a oscuros intereses. Las sinagogas eran centro de conspiración, lugares donde se maquinaban contubernios para derrocar nuestra democracia. Como estará conmigo, eso no podíamos consentirlo. Alemania tiene que buscar su sitio en el mundo y ser un imperio libre, libre del judaísmo y de otras doctrinas opresoras.

Gustav entendió que era inútil hablar con aquella persona. Su enfermiza cerrazón, su fanatismo envuelto en unas formas impecables lo llevaban a justificar cualquier faceta que tuviera que ver con su Tercer Reich y la asesina doctrina que practicaba. Si Hitler asegurara en un discurso en el Reichstag que la tierra es cúbica, que el sol sale por el norte o que el agua se congela a cuarenta grados centígrados, miles, millones de alemanes le estarían agradecidos por haberles hecho ver la realidad, esa realidad que solamente se observa a través de la distorsionada visión que genera el fanatismo.

—Y ahora, si no le importa, querría descansar. Cada vez que respiro me aprietan las costillas. Gracias por su visita.

Carmiña regresó de la cocina cuando Karl se estaba levantando de su silla.

—Yo me voy ya, Gustav. Mañana vendré después de la comida. Acuérdate de que don Santiago dijo que vendría a última hora de la tarde. Descansa.

—Nos vamos. Me uno a los deseos de nuestra amiga común. Cuídese —deseó la visita, ya en español.

Salieron juntos y caminaron hacia el pueblo, donde cada cual se separaría: él al pazo, ella a su casa a seguir con la tarea pendiente.

—Es una pena cómo los periódicos occidentales han contaminado a la población de sus países, hasta de los estados neutrales, como es Suecia. Este hombre, que parece educado y culto, tiene hacia nosotros una idea equivocada. Desconoce nuestra esencia y nuestros principios, que no son otros que la lucha contra la tiranía y la opresión bolchevique. Inglaterra, los Estados Unidos de América e incluso países neutrales con larga tradición cultural permanecen dormidos ante el avance del comunismo.

—Karl, a mí no me gusta hablar de política.

32

El sabotaje a las instalaciones mineras de Arnega había incrementado las ganas del cabo Castro de culminar la acción que le ordenaron, y que llevaba tiempo planeando en connivencia con dos capataces de su máxima confianza y de un guardia llegado expresamente desde Madrid para materializar el trabajo.

Se reunió con ellos en su despacho del cuartelillo y pidió que cerraran la puerta.

—Paxarolo, será mañana.

—Sí, mi cabo, lo que usted ordene.

—Gómez te llevará a diez que ya tenemos elegidos. Los sacará del barracón junto al resto de los presos. Vosotros dos los llevaréis al fondo y los pondréis a trabajar próximos entre sí. —Basculaba la vista entre los dos capataces—. A tu señal, Paxarolo, salís los dos capataces, con disimulo, y encendéis la mecha que provocará el derrumbe.

La mañana se había levantado brumosa y triste sin que la lluvia, que empezó al oscurecer el día anterior, hubiera dado tregua.

La humedad se adhería a los huesos de los reclusos que habían pasado una noche más en unos barracones sin calefacción, con goteras y junto a toda clase de parásitos que poblaban las insalubres instalaciones, y que habían encontrado cobijo en los dobladillos de los pantalones y en las camisas, y en las mantas y almohadas que hacía meses no veían ni el agua ni menos el jabón.

—A ver, los que voy a ir diciendo, que se pongan aquí, en fila, que van a ir a *Fervenza dourada*.

El guardia civil que había hablado la noche anterior con el cabo fue reuniendo a un grupo. La relación terminaba con el madrileño José Castrillo. El resto de los presos siguieron a varios miembros del somatén y a otro guardia, que los condujeron hacia las nuevas minas.

Los reos seleccionados se miraron, expectantes, dado que aquello era nuevo y, como tal, no sonaba bien. Todo lo que se apartara de la rutina siempre daba mal fario. En concreto, la presencia de un guardia desconocido añadía un elemento más de inquietud a la habitual.

—¡Vamos!

En fila de a uno, con Paxarolo en primer lugar y el guardia cerrando el grupo, caminaron veinte minutos hasta llegar a la entrada al recinto cercado de la bocamina que daba acceso a un pasillo largo y curvo en donde, por lo menos de momento, todavía no habían conseguido extraer una cantidad significativa de mineral para el esfuerzo y tiempo dedicados. Diez o veinte kilos, nada más. Una nimiedad. Se fueron introduciendo en la galería y comenzaron con los picos a golpear las rocas bajo las pautas habituales.

José Castrillo miraba a sus compañeros y a los capataces con la escasa luminosidad que le permitían las lámparas, y quería ver algo distinto, una razón de aquella selección primera, ya que con anterioridad nunca había llegado un guardia desconocido con una lista para nombrar a los miembros que tenían que dirigirse a una determinada mina. Al poco, el de Carabanchel reparó en algo que lo sorprendió al principio, que lo incomodó después y que lo aterró por último: en ese momento se encontraban en el interior aquellos que más se habían significado por conspirar dentro del grupo de presos,

entre ellos los tres miembros del Partido. El resto de los prisioneros que estarían en otras minas eran pasivos, personas de poca palabra, pero sus otros nueve compañeros y él, no. Eran los que levantaban la voz, quienes prodigaban los contactos con los mineros libres y quienes tenían planes diversos, desde el sabotaje a la fuga. Siguió con el pico pero extremó la atención.

Paxarolo y el otro capataz, de forma velada, se dirigieron hacia la entrada, lugar donde el guardia civil llegado desde Madrid vigilaba la bocamina. Al llegar junto a él, le hicieron una seña y se apartaron. El vigilante cargó su naranjero y se dirigió hacia el interior, despacio. Conforme tenía a tiro a cada uno de los presos, apretaba el gatillo hasta que el reo caía hacia atrás por el impulso de los proyectiles. Alguno reaccionó lanzando el pico, pero errando el golpe. El guardia siguió con la estudiada maniobra. Avanzaba entre el tableteo de su arma y los chillidos de los mineros presos que, sabiéndose encerrados en una ratonera, postergaban su muerte dirigiéndose hacia el final de la mina. El último en ser asesinado fue José Castrillo, cuyo cuerpo se desplomó envuelto en sangre y tripas, y tras soltar unos alaridos aterradores.

En el silencioso camino de regreso, el ejecutor movía con su bota la cabeza de los cuerpos inertes para comprobar el resultado de su certero trabajo. No había que dar ni un tiro de gracia, aunque no les hubiera concedido esa clemencia. Al llegar de nuevo a la puerta, indicó sin palabras que ahora era el turno de los dos capataces. Paxarolo y su colega dejaron la mecha fuera, junto a la bocamina, y corrieron hacia el interior con la dinamita en la mano, la cual fueron distribuyendo a su paso.

—Llegad bien al final y esperad ahí, que voy a asegurarme de que no vaya a hablar ninguno.

Los ingenuos soplones eran ignorantes de que les quedaban segundos de vida. El guardia sacó su mechero de yesca y encendió la mecha, que era de la mejor calidad. La pólvora corrió como una liebre desbocada, y los capataces solo tuvieron tiempo de santiguarse cuando comprendieron que ellos también habían sido engañados, como piezas imprescindibles para consumar un asesinato colectivo.

El sonido de la deflagración se confundió con los habituales que se escuchaban de continuo, una más, otra de las muchas que se podían oír cada día.

El guardia que se había llevado a los diez reclusos regresó corriendo y compungido al pueblo, para alertar a quien lo pudiera escuchar. Entró en el cuartelillo y allí dio novedades a su superior.

—Mi cabo, se ha producido una explosión fortuita. —El hombre jadeaba por el esfuerzo de la carrera—. Ha sido en la mina.

—¿Hay que lamentar desgracias personales? —preguntó, cínico, a la vez que se ajustaba el tricornio para salir.

—No lo sé, mi cabo, pero me temo lo peor. Dentro estaban diez presos y dos capataces, uno de ellos experto en explosivos. Algo ha debido salir mal.

A la hora se concentraron varias personas en la bocamina, el cabo y tres guardias, entre ellos el que había estado en el exterior y al que casi pilla la explosión, según contó.

—Aquí poco podemos hacer por la vida de estos infelices. Lo siento por ellos. Una cosa es que fueran prisioneros y otra es que deberíamos haber evitado esto. Ha debido de ser un error de los capataces, que no han calculado correctamente la carga, o que quizá encendieron la mecha demasiado pronto. Una desgracia. —Se santiguó con afectación.

—¿Se va a excavar para sacar los cuerpos? —se interesó una mujer del pueblo.

—Lo veremos, lo veremos. No sé. Tal y como está todo… Vamos con el tiempo muy justo y nada podemos hacer por ellos excepto rezar. Hablaré con el padre Brégimo para que oficie una eucaristía por la salvación de sus almas.

Colocó sus manos a la espalda y regresó al cuartelillo mientras negaba con la cabeza. De camino, se acercó al guardia ejecutor y lo agarró por los hombros acercándolo hacia sí.

—Te ha salvado Dios —pronunció, en un tono lo suficientemente alto como para que fuera escuchado por alguno de los presentes—. Has vuelto a nacer.

33

A la misa de funeral por los doce fallecidos del «accidente» en *Fervenza dourada* no asistió ni Pallarés ni sus hombres por expresa indicación del cabo Castro. Tampoco se permitió a los presos salir de su recinto, que se vio reforzado con efectivos llegados desde Verín, Monforte de Lemos y desde la propia capital. Se quería evitar cualquier conato de revuelta. El mayor accidente ocurrido en las minas gallegas en toda su historia solo fue recogido por *La Voz de Galicia* en una escueta nota en la que se daba cuenta de una explosión que originó «desperfectos materiales y algún daño personal», aseguraba el rotativo, a la vez que omitía que en el suceso habían muerto diez picadores y dos técnicos.

Entre los asistentes a la eucaristía estaban las dos mujeres de los capataces sepultados bajo toneladas de piedra, cuarzo y algo de wolframio. Ambas viudas, y sus cuatro hijos que ninguno llegaba a los diez años, se ubicaron en la primera fila y no pararon de gimotear a lo largo de toda la misa, en especial cuando el padre Brégimo habló en el sermón de las virtudes de los capataces y de cómo estos habían entregado su vida en aras de una meta superior. Para los presos republicanos no hubo ni una sola palabra de recuerdo. Sus familias vivían a más de trescientos kilómetros de las lindes gallegas y se enterarían mediante un telegrama que se les enviaría en su momento. De forma precautoria, el párroco escondía bajo la casulla una Star calibre 7,65 que guardaba bajo llave en un lugar de la sacristía, y que solía llevar oculta bajo la sotana también cuando salía a la calle. La hostilidad anticlerical que gravitó durante la Segunda República seguía teniendo simpatizantes, e intuía que los enemigos de la Iglesia y del clero se mantenían en una proximidad incómoda.

Al finalizar la misa, todos los asistentes pasaron por delante de las enlutadas y de sus hijos para darles el pésame a ellas y un beso a los pequeños, que todavía no eran conscientes de que sus padres habían iniciado el viaje del que nadie regresa, por mucho que don Brégimo se empeñara en asegurar que sí, que se volverían a

encontrar todos otra vez, alegres y felices, cuando sonaran unas trompetas en lugares que los niños no eran capaces de imaginar.

En la calle, y acompañada de su madre y de Rosalía, Carmiña se cruzó con Monchiña, que llevaba a su bebé en un carrito. Aunque no cruzaba palabra con ella, le gustaba acercarse y contemplar al niño, que ya había cumplido el año. Con el dedo índice le acariciaba la mejilla y el pequeño soltaba unas risas, ajeno a todo y con el deseo de que le hicieran más carantoñas. Monchiña entendía la situación y facilitaba ese contacto. El crío carecía de padre que lo hubiera reconocido. La identidad del progenitor la sabía la madre y la presuponía toda Arnega, incluida Carmiña.

Avelina tiró del brazo de su hija, con suavidad, en un mensaje inequívoco. Las tres iniciaron el camino de regreso a la casa. Desde allí, la mayor se marcharía al pazo ya que el alemán le había dicho el día anterior que tenía que preparar unas cartas para poner en Correos con prontitud.

Las dos viudas pidieron al alcalde que se hicieran los trabajos pertinentes para extraer los cuerpos de sus maridos del lugar donde habían perecido, pero este se remitió a las órdenes oficiales que indicaban con rotundidad que no se desviaran medios humanos y materiales del principal objetivo de la explotación, que no era otro que extraer el máximo de wolframio para comerciar con él y continuar con los ingresos que se obtenían tanto procedentes de los alemanes como de los aliados. Se comprometió con ellas a presionar al gobernador civil de la provincia en la medida de sus posibilidades, aunque les recordó que sus influencias eran muy reducidas. «El padre Brégimo ya se ha encargado de sus almas, que es lo más importante para un buen cristiano», recordó.

—¿Qué pudo pasar? —quiso saber Carmiña, después de saludar a Karl—. Tenías que haber visto a las viudas, estaban destrozadas.

—Lo supongo. Nunca entendí la existencia de ese túnel. Ahí no había wolframio, y eso lo debía saber mi antecesor.

—Me han dicho que los diez presos que han muerto eran muy peligrosos. Se decía que durante la guerra fueron comisarios políticos y que estuvieron implicados en multitud de asesinatos de nacionales. Parece ser que los condenaron a muerte pero que les conmutaron la pena por la de reclusión por treinta años.

—No lo sé —fue la escueta respuesta del ingeniero, que obvió tener que dar explicaciones técnicas que justificaran algo que carecía de argumentos.

Al terminar la escritura de las cartas quedó con el alemán en que regresaría antes de comer, y le pidió permiso para acercarse a ver al escritor sueco después de los franqueos.

—El pobre está solo y no tiene a nadie que le prepare la comida. Me ha dado dinero para que le compre algo.

—Por supuesto.

Sobre la una y media del mediodía Carmiña entraba en la casa de Gustav. El sueco se alegró de verla y reconoció las deferencias que mostraba hacia su persona.

—No sabes cómo te agradezco lo que haces por mí. Mañana saldré e iré a comer al bar de Anxo, aunque antes me pasaré por el cuartel de la Guardia Civil para presentar una denuncia por agresión. La costilla me duele cada vez menos, pero esto no puede quedar así. También intentaré que me pongan una conferencia con la embajada de Suecia en Madrid.

La gallega no sabía ni qué responder ni qué esperaba Gustav de ella. Se limitó a asentir.

—¿Sabes si en Arnega hay un taller donde me puedan arreglar las ruedas? Me temo que tendrán que poner nuevas. Las he visto y no se van a poder reparar.

—Sí, el de Choqueiro. Está detrás de un lugar de muy mala fama aquí que está regentado por una que llaman la Calatrava.

—He oído hablar de ese lugar. Es una pena que tenga que haber sitios así. Es que he de iniciar un viaje y necesito mi coche.

—No estás para conducir. No ves bien. Es peligroso.

—Pero tengo que emprender ese viaje. He de enviar un informe a mi periódico.

—Y, ¿por qué no vas en taxi?

El sueco valoró la proposición.

—Supongo que también habrá taxi en Arnega.

—En Arnega hay taxi y hay de todo. Antes no había de casi nada, pero desde que apareció el wolfram, esto está muy surtido.

34

Las cuatro mujeres trabajaban en el salón en silencio ya que la tarde se mostraba fría y desapacible como para salir al exterior. En alguna ocasión Rosalía propuso que compraran una radio con la que amenizar las labores que confeccionaban, pero Xiana había manifestado su negativa porque aquello era un dispendio, y que mejor trabajar en silencio para que cada una pensara en lo que quisiera con tranquilidad, sosiego y concentración.

—La radio de Franco no se puede escuchar. Solo cuenta memeces —argumentó, y nadie quiso contradecirla.

Estaban terminando una nueva remesa de pañuelitos, que era el producto con mayor demanda, y la mediana no perdió ocasión para indagar en la vida de su hermana mayor.

—Oye, últimamente estás que no paras con los extranjeros.

—No sé por qué lo dices —quiso concretar Carmiña, con cuidado de no equivocarse en la colocación de los alfileres.

—Porque entre el alemán y el sueco, a este paso se te van a acabar olvidando el castellano y el gallego.

—¡No digas tonterías, Xiana! Los dos hablan español, y muy bien —terció la pequeña, que acababa de regresar del servicio porque el creciente tamaño del bebé la tenía tomada con su vejiga —. Yo al alemán solo lo he visto pero no he hablado con él, pero el señor Gustavo parece que haya nacido en Gijón.

—Gustav —recordó Carmiña.

—Bueno, mujer, qué más da Gustav que Gustavo. Gustavo es la versión gallega de Gustav. A saber cómo diría un sueco Xiana o

Rosalía.

La conversación se vio interrumpida por la llamada de alguien a la puerta. Como si estuvieran coreografiadas, detuvieron las labores y Xiana autorizó la entrada al desconocido, aunque imaginaban, temían, conocer la identidad de quien quería acceder a su casa.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida —respondieron tanto Carmiña como Rosalía.

El párroco se santiguó y lanzó una mirada panorámica a las cuatro mujeres. Ninguna se levantó a besarle la mano y él no quiso forzar la situación.

—Así, así, así me gusta veros, tan cristianas y tan trabajadoras.

—¿Qué, padre, a qué viene, a absolvernos de nuestros pecados?

—Juliana, ¡cómo eres! Yo solo absuelvo de sus pecados a quien confiesa tenerlos. ¿Tú tienes alguno?

—No lo sé, tengo que comprarme el manual de pecados, así sabré qué es pecado y qué no es pecado. —Carmiña le dio un pequeño golpe con el pie.

—Juliana, en este bendito pueblo no he visto a nadie tan irreverente como tú.

—Lo que yo no he visto es a nadie que ande tan mal de memoria como para no acordarse de mi nombre.

Don Brégimo no quiso continuar con el ácido intercambio de palabras con Xiana y dirigió su atención hacia la embarazada.

—Y tú, Rosalía, ¿qué tal te encuentras? A ese niño hay que bautizarlo en cuanto nazca, que Satanás merodea por nuestros contornos, siempre alerta, para atraer nuestras almas hacia el infierno.

Dado que ninguna le respondió, ni siquiera la interpelada, el religioso se dirigió hacia quien sabía que no le daría una mala contestación.

—Avelina, el próximo jueves han quedado varias mujeres del pueblo para limpiar a fondo el altar y las dos imágenes, tanto la de san Pedro como la de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. ¿Por qué no vas con ellas y las ayudas? Dios te ha dado fortaleza y serás

un gran apoyo para la colectividad. Hay que ser generosos y ayudar a los demás en lo que los demás no pueden hacer por sí mismos.

Avelina asintió. Se levantó y salió al exterior.

—Oye, Juliana, o como te quieras llamar, me han dicho que todas estas maravillas que preparáis las vendes tú en Orense en la tienda de un señor. ¿Es eso verdad?

—¿Es pecado, padre?

—¡No, por Dios! Nuestro Señor Jesucristo no nos impide el honesto comercio con el trabajo de nuestras manos. Pero me han dicho que es viudo y que pasas la noche en la capital.

Detuvo la labor y lo miró con profundidad.

—Paso la noche allí porque no tengo combinación para ir y volver en el día. Además, don Senén es muy exigente. Al principio me devolvía alguno porque tenían fallos. Ahora ya nos fijamos más y no cometemos errores, pero él mira los trabajos uno por uno. Y es lógico, son artículos muy caros que deben de ir perfectos porque tiene la mejor clientela de toda Galicia. De ahí la importancia de que estemos concentradas y que nadie nos interrumpa.

El sacerdote no se dio por aludido.

—Pues si salieras en el primer autobús de la mañana, podrías regresar a tu casa en el último, para dormir con tu familia. Eso de que una mujer soltera duerma por esos andurriales, a saber en qué camas extrañas, no es ni saludable ni cristiano. Es peligroso. Ya he nombrado antes a Satanás.

—Veo que también me tendré que comprar el manual sobre qué es saludable y cristiano y lo que no lo es. Sobre todo, que me diga dónde está ese tal señor Satanás, para no pasar por allí.

Avelina regresó del exterior con cuatro huevos envueltos en un papel de periódico. Se los entregó a don Brégimo.

—Gracias, hija mía. ¡Que Dios te lo pague!

Iba a marcharse cuando Xiana se levantó de su sillón.

—Padre, devuélvame esos huevos. Aquí estamos cuatro mujeres que tenemos que tejer mucho para ganarnos el pan nuestro de cada día, y sin ayudas. A lo mejor a usted se le multiplican los panes y los peces porque su jefe es muy listo y muy hábil, pero a nosotras no. A nosotras, si acaso, nos multiplican los gastos y nos

dividen los ingresos. Ya ve que las matemáticas no son iguales para todo el mundo.

El cura devolvió el paquete a Avelina de forma despectiva, como si le quemara. Con el picaporte de la puerta en la mano, se volvió y sentenció.

—Hay personas que en vida se ganan el cielo. Otras, el infierno.

Las bendijo y se perdió camino de la iglesia.

Hasta que Luisiño no se hizo notar con un llanto ahogado, las palabras desaparecieron del salón. Cada cual se quedó pensando en la escena vivida. Carmiña había cumplido hacía unos meses los veinticinco años y se imaginó, allí sentada, en el año 1969, con cincuenta años y con el rostro marcado por la tristeza y la apatía, con el carácter agrio e irritable, con presbicia incipiente, sin ilusión por pellizcarse los mofletes, sin alguna pieza dental y con las caderas más anchas. Y también se vio en el año 1994 con setenta y cinco años, encorvada, con unas manos temblonas, una mirada vacía, la piel cruzada de arrugas, el pelo nevado, los pechos desplomados y sin saber lo que es segregar una sola gota de leche, la boca sin ser capaz de recordar una sonrisa, el himen como el de una bebé, el útero intacto sin haber dejado de menstruar ni un solo mes, y la vida perdida sin remedio, sin una segunda oportunidad, sin haber viajado nada más que a Orense capital y sin saber lo que es el mar. Y, lo peor: sola.

—¿Por qué lloras? —preguntó Rosalía, mientras le tomaba la mano y la acariciaba—. No sé qué razones tienes para llorar pero, piensa en mí. Si tú lloras gotas, yo debería llorar ríos. Y aquí estoy. Igual un día nos marchamos tú y yo a San Andrés de Teixido, que sé que hay parroquias con curas decentes que organizan romerías. Y pedimos al santo que nos dé una vida un poquiño más feliz. ¡Ay!

El bebé acababa de pegar una patada inesperada.

35

No era la primera vez que Johannes Bernhardt y Hans Schneider mantenían un encuentro en Madrid. El lugar elegido siempre era el mismo, la embajada alemana en la capital de España, ubicada en el número 4 del paseo de la Castellana, entre las calles Hermosilla y Ayala y a escasos pasos de la plaza de Colón.

El gerente de Sofindus ocupaba un despacho en la primera planta, con unos ventanales por donde se colaba el pujante sol vespertino madrileño. El recibimiento fue seco, menos cordial que en otras ocasiones. El industrial quería conocer la situación de las minas y las reservas con que contaban.

—Cada vez tenemos más problemas para transportar el mineral a nuestro país. Atravesar Francia es hoy algo muy peligroso. La Resistencia cada vez es más fuerte, está mejor organizada y es más numerosa. Sus acciones, en muchas ocasiones certeras para nuestra desgracia, están envalentonando a gente que antes permanecía callada, y no paran de ganar, no ya simpatizantes, sino cómplices activos, gente que se juega la vida todos los días. Me informan de que los fusilamientos a terroristas se incrementan pero, por cada uno que ejecutamos, aparecen cien. Además, tienen más dinero, dinero que se traduce en armas y explosivos. Los atentados a las vías ferroviarias son continuos, y esto me temo que va a peor.

Ante la extrañeza de la visita, Johannes bajó el tono de voz.

—Esto es absoluto secreto, pero me consta que en Berlín temen que los aliados hayan ultimado un desembarco en el Atlántico a realizar en las próximas fechas.

—Un desembarco, ¿dónde? ¿Aquí, en España? —quiso concretar Bernhardt.

—No, no tendría ningún sentido meterse por la península. Si eso pasara, el Führer se vería obligado a apoyar a Franco y trasladaríamos la guerra a España, algo que no guardaría lógica para ellos, al margen de que tenemos los Pirineos de por medio. No, estamos hablando de un desembarco en Holanda, Bélgica, Alemania o Francia.

—Pero eso es imposible.

—Claro que es imposible. Hay demasiado mar de por medio, un océano traidor que imposibilita un desembarco eficaz y con

posibilidades de éxito. Además, tenemos toda la costa llena de defensas y numerosas divisiones listas para entrar en combate si eso ocurriera, sea cual fuere el lugar que eligieran. Sería su suicidio y una humillación verse arrojados al mar, pero un estratega ha de contemplar todos los escenarios.

La visión castrense de Hans Schneider denotaba la inquietud del alto mando nazi ante la eventualidad de la apertura de un segundo frente, que complementaría al oriental ya iniciado por el Ejército Rojo.

—Y eso, ¿qué tiene que ver con nosotros?

—Mucho. Si hoy es difícil que podamos confiar en el transporte terrestre para llevar los minerales, menos esperanzas tendremos en unos meses, me temo. Ya sabemos que las rutas marítimas por superficie están controladas por los británicos.

—Pero en avión… —el industrial tanteó la alternativa.

—En avión poco podemos hacer. Hemos conseguido camuflar hasta tres toneladas por viaje en algún Junker 90 que ha partido desde Barcelona, pero tenemos a los chivatos de los aliados alertando a las autoridades españolas, cada vez más distanciadas de nosotros. Llegar con camiones hasta Barcelona para cargar una cantidad tan escasa es como pretender parar un tiro con la mano. En cuanto los cazas aliados se enteraran de que en esos aviones civiles va wolframio, los derribarían a placer, como haríamos cualquiera. El otro día mantuve una reunión con Carceller, el ministro de Industria, y le hablé muy claro, pero la amenaza de los americanos con el petróleo nos está condicionando. Sé, aunque no se lo reconocí, que ellos necesitan de unos abastecimientos que nosotros no podemos darles. Mira cómo está Madrid y cómo se mueven los coches. Da más luz una linterna que cien farolas de la calle. Y la industria, la poca que tienen, está a punto de quedar paralizada.

—Entonces…

—Entonces, te diré. De momento, vamos a sacar por Behobia todo lo que podamos de los almacenes de Irún, de Rentería y de Campanas, en Navarra, que es donde más reservas hay porque es el más discreto y más alejado de la frontera. Trataremos de sortear las

inspecciones del COMEIM. Luego vamos a ir concentrando el mineral que extraigamos en el depósito que tenemos en el noroeste. Es nuestra última esperanza.

—¿Para sacarlo desde Galicia? —dedujo Bernhardt.

—Exacto, para sacarlo desde Galicia.

36

El establecimiento de coloniales de Benitiña era una pequeña tienda que hasta 1942 ocupaba tan solo a la dueña. Pero, a partir de la explotación de unas piedras antes despreciadas, la verinesa tuvo que contratar a dos personas: a un sobrino papón y a la hija de Chanciño, «el raspa», el pescadero más famoso del interior de Galicia, por lo menos así se autodenominaba él.

Migueliño, que era así como se llamaba el hijo de la hermana de Benitiña, era un muchacho regordete, con cara de inocente sobre la que resaltaban unas gafas de fuerte graduación y algo gago, lo que provocaba las befas de los muchachos de su edad y de las clientas de la tienda. Dado lo lento que ejecutaba los mandados de su jefa, las arnegas le proferían burlas y chanzas con doblez que el pobre chaval no terminaba de comprender. En ocasiones le preguntaban si tenía novia, cuándo se casaría y si sabía de dónde venían los niños. Él se reía y soltaba lo primero que le venía a la cabeza, con lógica o, casi siempre, sin ella. Su tía consentía la situación y jamás medió por él ni recriminó las mordaces actitudes de las parroquianas.

La parte destinada al público era tan pequeña que las mujeres de Arnega tenían que guardar cola en la calle porque dentro solo entraban dos o tres clientas, y estrechas. Entre las que esperaban en el exterior estaba Carmiña, que había ido a realizar una buena compra tanto para su casa como para las comidas que preparaba a Karl y a Gustav.

La generalidad de las mujeres que aguardaban en animada y chismosa charla vestía de oscuro, en tonalidades marrones, grises o negras, y todas llevaban un pañuelo en la cabeza anudado por

debajo del mentón. Las mangas largas cubrían los brazos y las faldas llegaban hasta los tobillos, aunque no así los delantales, que eran algo más cortos. El termómetro no permitía que desaparecieran las medias.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó la viuda de un marinero cuyo barco zozobró frente al *roncudo* de Corme.

—Bien, vamos, como siempre. Ahí la tenemos, haciendo las labores, como la primera. Es la que más rápido trabaja. Y disfrutando de su nieto.

—El Luisiño está muy rico. Tiene pinta de golfillo.

—Mira, a quien a lo suyo se parece, honra merece. Lo digo por lo de golfillo —otra quiso hacerse la graciosa.

—Calla, bruta, que es un crío. Tiempo tendrá de hacer de todo en la vida —la increpó una de las mujeres que ocupaba los primeros puestos en la fila.

—¿Para cuándo está previsto que la Rosalía tenga novedades?

—Don Casiano dice que para antes del verano. No sé. Está la pobre ya con una barriga que no se tiene. El pequeño no la deja dormir.

—¡Si los hombres tuvieran que parir, no habría niños! —soltó una mujer que estaba con un pequeño de unos tres o cuatro años.

—¡Toda la razón! Son unos bestias para unas cosas pero unos cobardicas para otras —aseguró la esposa de un minero zamorano que había llegado a la aldea hacía un par de años.

—¿Me dejáis pasar? Vengo con prisa.

Todas las mujeres se echaron a un lado para que las adelantara uno de los seres más despreciables que vivían en Arnega, por soberbia y prepotente, una cojitranca que daba pasos de extensión alterna que ella no podía evitar, y que intuía supondrían motivo de hilaridad entre las presentes. Eso sí, cuando se hubiera marchado, porque ninguna había nacido con valor para decir algo que ella pudiera escuchar.

—Parece que hoy no va a llover —opinó doña Pura, la mujer del cabo Castro. No hubo respuesta a sus palabras. Alguna se fijó en el cielo, otra mostró cara insustancial, la mayoría apartó la mirada—. Mejor, así se trabajará mejor en las minas.

Al comprobar qué ilustre cliente acababa de llegar, Benitiña le preguntó qué deseaba, ya que sabía que una regla no escrita dictaba que había mujeres que ostentaban prioridad. Como le pasaba a gran parte de los habitantes de Arnega, la comerciante no tragaba ni a la Guardia Civil ni menos a su máxima autoridad. Y eso incluía a su esposa. Pero, aunque no le gustaba su presencia, era una buena clienta porque compraba género que no estaba al alcance de las otras paisanas. Por lo que se veía, el sueldo de cabo era susceptible de estirarse.

Una de las mujeres que estaba ya en la tienda a punto de ser atendida, y que se vio obligada a relegar su puesto a la recién llegada, era la Cheliño, la muchacha que se había estrenado en el oficio más antiguo del mundo con un cerdo que luego le contaron que era el cabo del cuartelillo. Doña Pura miró a la Cheliño y levantó el mentón. Supuso dónde trabajaba aquella chica que antes no había visto, y también debió sospechar más cosas. Sabía cómo era la vida en un pueblo y cómo las noticias, tanto las fantasiosas como las verdaderas, recorren cada portal. Cheliño no solo sufría el desprecio de la esposa del cabo, sino el del resto de las mujeres de Arnega. Aunque callaran, todas eran conocedoras del dinero que se gastaban sus maridos en el bar de la Calatrava y en otros similares, tanto en el pueblo como en otros próximos con suripantas de calañas parecidas. Y todo era por la culpa de mujeres como esa criatura, de caras inocentes y cuerpos perversos, personas que no solo les robaban a los maridos sino también parte de los jornales, y no pequeña. De ahí que hubieran establecido algo parecido a una conjura colectiva, un acuerdo no orquestado por nadie pero que las llevaba a no hablar con ninguna de las pupilas de la maña o de los otros dos bares de alterne de Arnega.

—Bueno, adiós. Os veré a la mayoría en la misa del domingo. Que tengáis muy buen día. —La mujer del cabo recibió alguna palabra de despedida, forzada, en bajito, de compromiso.

Su marcha provocó un cruce de murmullos entre las clientas que aguardaban turno, incluso alguna sonrisa malintencionada al verla marchar, tan digna, tan estirada de rodillas hacia arriba, tan soberana, tan coja, tan cornuda.

Despacio, y empujando un cochecito de niño, Carmiña vio a alguien cuya presencia nunca le pasaba desapercibida. El azar hizo que se pusieran próximas, separadas tan solo por otra mujer y por el carrito en el que el pequeño dormía plácido, ajeno a la tirantez de su madre con la mayor de las Barreiro.

—Hola, Monchiña, ¿qué tal va tu rapaz? —Una vecina se asomó para contemplar la tranquilidad en la que vivía el pequeño.

—Muy bien. Don Casiano me dice que se está criando fuerte.

—Lo va a necesitar, el pobre.

—¿Por qué pobre? —Monchiña quiso saber la razón por la que había utilizado ese calificativo para referirse a su hijo, aunque se lo imaginaba.

—Porque si ya es difícil criar a un hijo entre dos, fíjate tú, tan sola…

—No estoy sola, estoy con él.

—Bueno, hija, bueno. Era un decir.

—Pues di menos.

Carmiña, que había sido muda testigo de la conversación, aprovechó para asomarse a mirar al niño.

—¿Quieres que te retire la sabanita, para que lo puedas ver mejor? —ofreció Monchiña.

Negó con la cabeza y no tuvo fuerzas ni para darle las gracias. Se giró y esperó a que le llegara el turno.

La situación se tensó más todavía con la llegada del padre Brégimo.

—Buenos días, hijas mías. ¿Qué, cumpliendo con vuestros deberes de cuidar el hogar mientras vuestros maridos trabajan?

El párroco fue recorriendo la fila con la mano levantada para que todas las mujeres besaran su mano. Para sorpresa del religioso, Carmiña no quiso posar sus labios en el babeado dorso del religioso.

—Veo que Juliana os está malmetiendo al demonio en esa casa.

—No se llama Juliana. Nuestro padre quiso que se llamara de una determinada manera y todos tenemos que respetar su deseo.

—Bueno, bueno, ya hablaremos. —Con una sonrisa forzada e intentando que no se notara el ridículo en que lo había dejado la hija

mayor de Avelina, continuó con el resto de mujeres.

A llegar a Monchiña se acercó al cochecito y bendijo al bebé.

—No te preocupes, hija. Que Dios no te va a abandonar. Que lo haya hecho el padre de esta hermosa criatura no quiere decir que Él vaya a consentir que te conviertas en una descarriada moral. Ten fe, Monchiña, ten fe. Cuando necesites consuelo espiritual, ya sabes dónde me tienes. Mis puertas siempre están abiertas para ti.

La madre solo fue capaz de asentir. Aunque el párroco le había retirado la palabra, cambiaba de actitud cuando se encontraba más gente a su alrededor que le pudiera escuchar.

El colectivo agradeció cuando el cura prosiguió calle abajo. Las miradas que se cruzaron las mujeres en la fila de la tienda de coloniales estaban llenas de complicidades. Todas lo conocían, tanto a él como a sus intenciones.

Un largo cuarto de hora después Carmiña accedía al mostrador. Después de leer la abultada nota donde había escrito todo lo que deseaba comprar, Benitiña soltó lo que muchas pensaban sin atreverse a decir.

—*Carallo*, desde que cocinas también para el alemán y para el sueco, la lista se ha alargado. Y eso que no cocinas para gente de León, que ya me enteré de que rechazaste el ofrecimiento que te hicieron el otro día, en el Torcal.

La aludida levantó el mentón, en silencio.

—Supongo que, entre compra de uno y de otro, algo se quedarán las Barreiro. —La mujer mostraba un rostro mordaz.

—¿Sabes lo que te digo? Que a más que compre, mejor para ti. ¿No te parece? Te recuerdo que somos cuatro mujeres honradas.

—Bueno, bueno, mujer, no te enfades, que se te va a arrugar la cara y los novios escasean.

—¡O se van a marchar! —soltó otra, dando pie a una algarada.

—Eso, que de Vigo, Coruña o Ferrol salen muchos barcos, y algunos a destinos muy lejanos.

La carcajada fue colectiva. La aludida aguantó a que la atendieran y después, con dos bolsas bien pesadas, inició el camino

de regreso. Cada vez le gustaba menos relacionarse con sus convecinas. Llenaban sus charlas con palabras vacías, aburridas, repetitivas cuando no hirientes o calumniadoras. No respetaban a sus congéneres y se mofaban de las desgracias físicas o intelectuales de los presentes y ausentes como si ellas fueran seres dotados de un halo divino de inteligencia sobrenatural. Ninguna había explorado otras latitudes ni tenía inquietud de ello, ni vibrarían ante un verso de Rosalía o unas notas de Beethoven, en el hipotético caso de que supieran quién era ese señor. ¿Alguna intentaría aprender un idioma?

Al llegar a su casa dejó las bolsas en la cocina y abrazó a su madre, que alimentaba la lumbre con leña para ir preparando la cena. Partió un trozo de chocolate y se lo acercó a la boca. La mujer sonrió.

37

La premeditada explosión en *Fervenza dourada*, y la subsiguiente tragedia que se había generado en Arnega, no habían aportado tranquilidad ni en el cuartelillo ni en la Jefatura de Falange. Siguiendo un plan establecido con anterioridad a las deflagraciones, a las tres de la madrugada se preparó un comando formado por tres números de la benemérita más el cabo Castro y cinco hombres de confianza de Álvaro Pallarés, todos ellos con un arma al cinto y dispuestos para efectuar unas detenciones que pillaran a los elegidos durmiendo y confiados.

—Que no haya dudas. Se trata de gente muy peligrosa porque nuestros informantes nos dicen que las armas se mueven con alegría. Tened en cuenta que vamos a ir a albergues donde vive gente que es libre, que entran y salen cuando quieren, esto no es como visitar los dos barracones de los presos, que allí todos los días mando que hagan registros cuando están en las minas, y encontramos de todo, aunque siempre armas blancas, pero estos pueden esconder desde pistolas a subfusiles, incluso granadas. En cuanto nos vean aparecer, se lo van a oler y, si están armados, se

van a defender. Entraremos con las nuestras cargadas. A la mínima sospecha, nos liamos a balazos y que les den por culo. Y no digamos si alguien nos dispara o si yo doy la orden. ¿Estamos? Vamos a repasar la misión de cada uno.

Sobre su mesa desplegó un plano en donde figuraban las seis naves en las que pernoctaban los mineros llegados desde distintos puntos del país, y señaló el que sería objeto de la acción a realizar, primera desde que él había llegado a Arnega. Recordó quiénes se quedarían fuera, cubriendo la retaguardia, quién en la puerta y qué personas lo acompañarían al interior.

—Los nombres de los cinco sujetos que vamos a detener los chillaré yo, nada más entrar y en cuanto Álvaro, que es el más alto, encienda la luz general del barracón. —El aludido asintió, satisfecho —. Lo primero que haremos será sacarlos de la cama a hostias, tirarlos al suelo y cachearlos, siempre vigilantes a la reacción de los otros mineros. No creo que ninguno tenga huevos de enfrentarse a nosotros, en el fondo estos comunistas son unos cobardes hijos de puta que se quedarán metiditos en sus camas como mujerzuelas cagadas en las bragas. Después les colocamos las esposas con las manos a la espalda y los traemos aquí, descalzos, para evitar que se pongan a correr. Dejamos cuatro arriba y bajamos al tal Cristóbal Díaz al sótano, que a ese le tengo yo especiales ganas. ¿Alguna duda? No quiero que a nadie le tiemble el pulso. Sobre todo a vosotros. —Dirigió la mirada a los falangistas—. A estos míos no les quedan más cojones que obedecer, pero vosotros sois civiles, no tenéis por qué apoyarnos en esta acción de índole militar.

—Mi cabo, estamos aquí a sus órdenes —recordó Pallarés.

Todos se miraron y asintieron. Estaban preparados para materializar una hazaña que figuraría en sus hojas de servicio y que les permitiría ascender tanto en sus carreras militares como en su vida civil. El leonés había arengado a los suyos para recordarles que Falange posee una memoria prodigiosa, y que la España que se estaba construyendo necesitaba a los mejores. Y los mejores eran ellos, algo que se sabría hasta en Madrid. Levantó el brazo y gritó, en el volumen comedido que requería una acción prudente como aquella:

—¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Todos los presentes, incluso los guardias civiles, levantaron el brazo y secundaron las consignas proferidas por Pallarés.

La noche los acompañaba porque el cielo se había nublado y una ligera llovizna barría cualquier mirada indiscreta. A paso vivo salieron del cuartelillo y cubrieron los cuatrocientos metros que los separaban de los albergues de los mineros. Se dirigieron raudos al número 5 y cada uno tomó la posición prefijada.

Castro, con otros dos guardias y con Pallarés y un falangista ayudante, tomó aire y susurró:

—Vamos allá.

Pegó un empujón a la puerta y accedió al interior, precedido por su pistola. Pallarés encendió la luz y fue el momento en el que empezaron a asomarse cabezas asustadas de debajo de las mantas.

—¡Atención, redada de la Guardia Civil! ¡Todo Dios en pie! ¡Vamos!

Con una mezcla de desconcierto, pereza y sueño, todos los ocupantes de las camas y literas fueron saliendo de sus lechos a la vez que se miraban interrogantes.

—¡Vamos o me lío a tiros!

Buscó con la mirada a sus objetivos pero no los vio. Cruzó con Pallarés un gesto de preocupación.

Con la gente en pie alineada en dos filas, una a cada lado del pasillo, chilló, aunque con pocas esperanzas.

—¡A ver! ¿Dónde está Cristóbal Díaz?

Silencio. Los ojos de Castro y Pallarés mostraban cada vez mayor nerviosismo.

—¿Dónde coño está el hijo de la gran puta de Cristóbal Díaz? —Ante el silencio recibido, coreó el nombre de las otras cuatro personas que buscaban—. Que salgan Federico Ruiz, los hermanos Ángel y Jesús Rioja, y Luis Quintana.

El silencio le resultó al cabo más atronador que una tormenta retumbante a campo abierto. Paseó por entremedias de los mineros y no halló a quienes buscaba.

—Vamos, todos fuera. Se va a efectuar un registro.

—Mi cabo —saltó uno, un hombre muy moreno que no pasaría del metro sesenta, con el pelo revuelto y el terror todavía marcado en el rostro.

Castro se volvió y lo interrogó con los ojos. No estaba en el guion que aquel «minero» le hablara en público.

—Mi cabo, los cinco que dice usted se han marchado, después de cenar.

—¿Cómo que se han marchado después de cenar?

—Sí, vi cómo metieron algo de ropa en un hatillo y se marcharon juntos, sería sobre las once o las doce de la noche.

Como si lo estuvieran estrangulando, la cabeza de Castro enrojeció y su respiración comenzó a agitarse. Pallarés cerró los ojos y le hubiera encantado que la tierra se abriera y que su cuerpo cayera hasta su mismo centro.

A pasos largos, el cabo se dirigió hacia el que había hablado, lo agarró por las solapas de la camisa con la que dormía y comenzó a darle empujones y patadas. El infeliz cayó al suelo bajo una miríada de golpes.

—Eres un gilipollas, Atanasio. ¿Para qué coño te puse aquí? ¡Imbécil! Te voy a formar un consejo de guerra que te vas a cagar, hijo de la gran puta.

Castro había perdido el control de sí mismo y se ensañaba con su hombre camuflado. El otro, desde el suelo, procuraba cubrirse como podía, ante la mirada, indiferente y hasta satisfecha, del resto de los mineros. Sospechaban que ese que tanto hablaba con todos, que se metía en las conversaciones sin pedir permiso y cuyo pasado era tan difuso como sus relaciones familiares era un chota al servicio, o bien de la Guardia Civil, o bien de la Falange.

—Mi cabo, es que me amenazaron. Me dijeron que como diera la voz de alarma, me matarían, que vendrían y me matarían. Se conoce que me tenían descubierto.

—Gilipollas, la guerra no ha terminado. ¿Todavía no te has enterado?

Pallarés se acercó al guardia y lo cogió por el brazo.

—Vamos a dejarlo. Hay que poner en conocimiento de las autoridades lo sucedido.

Todo el despliegue humano se retiró de la zona y regresó al cuartelillo. Las luces se volvieron a apagar, pero la tranquilidad no llegó al interior del barracón. Un grupo de sombras cercó al chivato, que seguía en el suelo. Los anónimos golpes comenzaron a sucederse contra el cuerpo de Atanasio, que al principio se quejó con lamentos ahogados y peticiones de clemencia que no encontraron eco. Después volvió el silencio.

A la mañana siguiente, Solleiros, el enterrador de Arnega, se cruzó con la fila de mineros que iban al trabajo. Guiaba su carro tirado por dos bueyes camino del barracón número 5, donde le habían anunciado que tenía que recoger el cuerpo de alguien que había fallecido de muerte súbita, la noche anterior, entre el inconsolable dolor de sus compañeros que tanto lo querían y estimaban su compañerismo, aunque nada pudieron hacer por salvar su vida. A instancias del cabo Castro, se le daría tierra en el cementerio de la aldea porque, según constaba, carecía de familia próxima y no pareció oportuno molestar a parientes lejanos.

38

Los dedos de Karl hacían sonar el piano con una musicalidad mayor de la que mostró la primera vez que lo escuchó. Al haber podido afinar dos nuevas octavas, la gallega apreció unos matices distintos, aunque también la tranquilidad de la tarde ayudaba a percibir mejor la calidad de la ejecución. La melodía que sonaba era *La Campanella*, de Liszt, una pieza que le confesó el anfitrión llevaba interpretando desde que era niño.

—Fue de las primeras composiciones que me enseñaron a tocar. Me recuerda a mi infancia, cuando la vida en mi país era distinta. Espero que esta guerra termine pronto y que podamos a regresar a aquellos días que me gustaría poder dar a mis hijos en algún momento.

—Trabajas para ello.

—Sí, trabajo para que todo termine, aunque no sé cuándo finalizará esta pesadilla. ¿Qué te parece si nos tomamos una copa de

Marie Brizard? Hace unos días viajé a Vigo y compré una botella, y no me gusta beber solo, aunque lo he hecho en alguna desafortunada ocasión.

—No sé, debería marcharme a mi casa.

—¿Te regaña tu madre, o te importa que en el pueblo se diga que has comido y cenado con un oficial alemán? —preguntó, con una expresión combinada entre el sano interés y el disimulado reproche.

—No, mi madre no me regaña. ¡Pobre! Es el ser más bueno del mundo.

—No la conozco, ¿cómo es?

—Triste, seria. La vida le ha dado demasiadas bofetadas como para que se le pueda escapar una mueca de sonrisa.

—Me hablaste de tu padre, de cuando la guerra.

—Sí, de mi padre ya te dije. Lo que no te conté fue de mi hermano.

El alemán se dirigió hacia una alacena donde guardaba unas botellas. Sirvió en dos copas con reborde dorado.

—Cosme murió de meningitis, con cuatro años. Era el último. Me acuerdo como si fuera ayer, pero no te quiero amargar.

—Por favor, no tengo otro plan.

Ella no sabía lo que era una confesión porque nunca se había arrodillado en una iglesia para contar sus intimidades a un cura, pero aquello la llenaba de paz, tranquilidad y sosiego como para abrirse ante ese hombre de mirada cálida que se interesaba por ella como ningún otro lo había hecho con anterioridad.

Con detalle, y mientras él mantenía una postura algo inclinada hacia ella en señal de escucha atenta, le contó cómo fue la detección de la enfermedad, lo que sufrieron cuando se enteraron de que el niño había iniciado un camino sin retorno y que el final estaría cerca. Su madre y su padre lloraron de impotencia, de rabia, quizá también porque nunca dejaron de pensar que si hubieran tenido dinero habrían acudido a mejores médicos, darle cosas que lo pudieran sanar, otros tratamientos.

—Karl, la muerte de un hijo es algo antinatural, va en contra del ciclo de la vida, no se puede superar. Son los hijos quienes

entierran a los padres, no al revés.

Al contrario de lo que podía haber supuesto, Carmiña no soltó ni una lágrima al recordar el peor día de su vida.

—¿Está aquí, en el cementerio de Arnega? —preguntó, al poco.

—Sí. No tiene lápida porque no tenemos dinero para ello, pero descansa bajo una montañita de tierra donde no le faltan flores frescas. Las hermanas y su madre nos encargamos de ello. Esta tierra da muchas, lo sabes tú bien, que te paseas por ella a conciencia.

Ambos bebieron un trago. A Carmiña le gustaba el sabor del anís.

—He visto que algunas veces, cuando no tienes trabajo, te entretienes en ver un atlas. ¿Por qué?

—Porque es una manera de viajar. Miro un continente, o un país, y luego busco su nombre en el diccionario. Algo así también hacía en la escuela. Así, sé que hay una ciudad que se llama Montevideo, por ejemplo, que está en un país llamado Uruguay, en América del Sur. Después me entero de cuál es su extensión, de cuánta gente vive, de qué viven…

—Te gusta viajar.

—No lo sé. Lo supongo. Nunca he ido a ningún sitio.

—Me imagino que por Galicia sí te habrás movido, que conocerás Orense, Santiago de Compostela, Vigo…

—No, Karl. Solo conozco la capital. Por no conocer, ni conozco el mar.

—¡Caray! Y, ¿cómo es eso?

La mujer se encogió de hombros en un ademán que nació con ella.

—Pues es así. Solo lo escucho en esa caracola que hay ahí —señaló una que descansaba en el primer anaquel de la librería—. Dicen que si pones el oído lo que se oye se parece al mar. A veces me paso un rato, como una tonta, con la oreja pegada a ella.

Miró el reloj colocado encima de la chimenea y se asustó de la hora. —Es tarde, me tengo que marchar.

Ambos se pusieron en pie y ella, apresurada y como si tuviera una prisa repentina, le deseó buenas noches y salió del pazo.

La noche presentaba una temperatura magnífica. Llevaba dos días sin llover y la claridad del cielo era absoluta, con un sinfín de estrellas y una luna en cuarto menguante que brindaba una luminosidad nítida y limpia. Apretó el paso.

Nada más entrar en el salón se encontró a Xiana, sentada en el sillón, con las manos sobre su regazo y la mirada clavada en la suya. Se asustó.

—¿De dónde vienes?

—¿Por qué me lo preguntas? —No le había gustado el recibimiento.

—¿Vienes de casa del sueco o de la casa del alemán?

—Vengo de casa de Karl.

—¡Ah, Karl! Lo tratas con mucha familiaridad, Karl.

La hermana mediana se levantó y comenzó a caminar con pasos extraños, caricaturizando a Carmiña, a la vez que la rodeaba como si fuera una farola.

—Nada de mi jefe, nada del alemán, nada del amigo de los asesinos de nuestro padre. No, lo llamas Karl. Oye, y al oído y en horizontal, ¿cómo lo llamas, *riquiño*, *amorciño*, *tesouro*?

—No te consiento que me faltes al respeto.

—¡Oh, la señora no quiere que le falten al respeto! ¿Sabes que eres la comidilla de toda Arnega? No ha pasado desapercibido que les prepares las comidas y las cenas a esos dos extranjeros que parece que han traído la peste desde que han venido. ¿Sabes que hay doce almas que están bajo tierra por culpa de tu Karl?

—¡Eso no es cierto! Ese túnel se diseñó antes de que él llegara. Desde que está aquí, no ha habido ningún accidente.

—¿Cómo que no? ¿Y las explosiones que nos dejaron a oscuras varios días?

—Todo el mundo dice que aquello fue cosa de los *fuxidos*.

—*Fuxidos, fuxidos*… ¡Sabrás tú lo que son los *fuxidos*! Oye, y aparte de prepararles la comida y la cena, ¿también les preparas la cama?

Carmiña no pudo más. Levantó el brazo para cruzarle una bofetada pero Xiana resultó más rápida que ella y sujetó su antebrazo cuando estaba empezando a tomar impulso. Su mano

izquierda sí fue capaz de alcanzar el rostro de su hermana mayor. Con rabia y no poca fuerza, lanzó a la mediana hacia el sillón y esta cayó sobre él como si fuera un peso muerto. El moño saltó por los aires y el pelo ocultó parte de su cara.

—¡Basta! —De su habitación apareció Rosalía, preguntándoles si se habían vuelto locas. Con gran esfuerzo, a pesar de su estado, consiguió separarlas—. ¿No os da vergüenza? ¿No os da vergüenza que tenga que ser yo, la pequeña, la que tenga que mediar entre mis hermanas mayores?

Las miradas de odio y las respiraciones agitadas acapararon el protagonismo.

—Me voy a la cama. Espero que tengas cuidado y no traigas la deshonra a esta casa. Que el perejil está muy caro.

Carmiña y Rosalía la vieron marchar a su habitación con paso tranquilo.

—¿Estás bien?

La mayor asintió a la vez que daba a su hermana un beso en la mejilla.

—¿Y mamá, y Manolo, y el niño?

—Caray, ¡qué de preguntas! Mamá en su habitación, y no creo que esté dormida. Luisiño en la camita y él sí te puedo asegurar que ronca. Se despierta solo cuando tiene hambre, ni siquiera con una pelea entre sus tías. Y Manolo no está. No me preguntes. Estará por ahí, en la Calatrava, en Anxo o en cualquier otro lugar. He conseguido que me dé a mí el sobre con el jornal y que yo lo administre.

Carmiña la acompañó a su habitación y se asomó a la cuna. El pequeño Luis descansaba con placidez, daba envidia. Su madre regresó a su cama.

—Le acabo de dar una toma. Con suerte, hasta las cinco o las seis de la mañana no se despierta pidiendo guerra. Antes que él, llegará el padre. Igual también viene pidiendo guerra, ya sabes, otra clase de guerra, aunque lleva unas semanas que parece que le gusto menos. Será por el embarazo, pero de un tiempo a esta parte lo noto raro, más callado. A veces, me mira y se pone a llorar, en otras ocasiones me acaricia la cara y me da un beso en la frente, ahora

parece que la boca no le atrae tanto, no sé por qué. Acurruca al niño y le come a achuchones, acaricia su pelito, no sé, hace cosas que antes no hacía. Algo me dice que es ahora cuando más me quiere. Será la responsabilidad por la inminente nueva paternidad.

Dubitativa, la hermana mayor pidió algo que la sorprendió.

—¿Me puedo tumbar contigo? Es que quiero que Xiana se duerma. El destino hace que tengamos que dormir en la misma habitación.

—El destino no, hermana. La pobreza. Si tuviéramos dinero no viviríamos en esta casa, que es nuestra casa, pero estamos muchos aquí. A ver si algún día nos podemos marchar el Manolo y yo con los niños. Sueño con ver a mi Manolo bien vestido. ¿Te imaginas la traza que tendría? Estará guapísimo, un traje a medida, recién planchado, una corbata bonita, un alfiler con una perla, y unos zapatos brillantes, más abrillantados que el sol. Y, por supuesto, un buen sello de oro en un dedo, un sello que ponga la *M* y la *B*, de Manuel Bodelón, entrelazadas, como en los escudos de los marqueses o condes.

Una vez las dos en la cama, la hermana tocó la barriga de la embarazada. Notó el movimiento del bebé.

—No me digas que va a ser futbolista porque eso me lo dice todo el mundo.

—Caminante, será caminante, y llegará muy lejos, ya lo verás. Tiene a una madre muy lista.

—Tiene a una madre que es una desgraciada.

—No digas eso.

Se quedaron las dos en silencio hasta que Carmiña lo rompió.

—Oye, ¿cómo es eso?

—Como es… ¿qué?

—Vamos, por favor, no me pongas en un aprieto. Que cómo es eso de meterse en una cama con un hombre.

—Pero tú y aquel… —Eludió recordar un nombre que a su hermana no le gustaba escuchar—. Nunca… ¿Nunca?

—Pues no, eso, no. Otras cosas, sí; pero no llegamos hasta ahí, ya me entiendes. Él sí quería, pero yo no. Oye, ¿duele?

—Pues según, hija. Después de la primera vez, que a mí me dolió un montón, la cosa ya es distinta. Si llega él y así, sin preparación, se ocupa, pues sí que duele. Pero si se muestra delicado, te da besitos, te acaricia, se toma su tiempo, no, no duele nada, al contrario.

Durante unos minutos la hermana pequeña reveló los sentimientos que le provocaba Manolo, de novios, cuando era un hombre tierno y tenía interés por ella, o por lo menos eso le parecía.

—Ahora está distinto, ya te he dicho que lleva tiempo sin tocarme, anda muy murrio. Eso sí, te puedo asegurar algo, querida hermana. Cuando lo tengo dentro de mí y sé que es mío y solo mío, me siento la mujer más importante sobre la tierra.

39

Las palabras del cabo eran tajantes.

—No sé de qué me está hablando usted.

Tal y como anticipó tanto a Carmiña como al veterinario, que lo había visitado todos los días para continuar con las curas de sus heridas, Gustav se presentó en el cuartel de la Guardia Civil de Arnega para interponer la correspondiente denuncia por las agresiones sufridas en su vivienda.

—Sí, cabo. Fue la noche en que la luz volvió al pueblo. Llegaron varios y comenzaron a pegarme sin que yo pudiera defenderme, sin explicaciones.

—Pues yo a usted no lo veo delgado. Se lo ve con un buen cuerpo. ¿Por qué no se defendió?

—Imposible enfrentarme a un grupo de salvajes que atacan a la vez, y a oscuras.

—Pero, ¿no me acaba de decir que lo atacaron cuando volvió la luz?

—Fue el día en el que se recobró el fluido eléctrico, vamos, la noche, pero el ataque se realizó cuando todavía seguíamos a oscuras.

—Mire usted, este pueblo es muy tranquilo. Hay un destacamento de presos que redime parte de su condena mediante el trabajo en las minas, como me consta que usted sabe, pero nunca se registran altercados como el que cuenta. ¿Ha tenido problemas con el juego? Aquí hay incautos que han contraído deudas por culpa de las malditas chapas y que luego no han podido pagar y, claro, hay quien no sabe esperar a recobrar lo que es suyo. También hay que entenderlo. Todo el mundo quiere recuperar su dinero.

—¿De qué me está hablando?

—Le estoy hablando de que no sé qué podemos hacer por usted. Que en este pueblo no pasa nada y que ya estoy yo aquí para que no pase nada.

—Pero yo quiero poner una denuncia.

—Pues póngala. —El cabo se levantó en un claro mensaje de que no estaba dispuesto a permanecer más tiempo con él—. Vaya a la entrada y allí el escribiente le toma nota de lo que diga. Le daremos el curso habitual. Y ahora le agradeceré que abandone mi despacho, que tengo asuntos que atender.

Media hora después, el sueco abandonaba el cuartelillo con la certeza de que su denuncia acabaría en una papelera, aunque era su única opción.

Pero la inquietud primordial que invadía su estado de ánimo era la imposibilidad de establecer el contacto que le habían indicado en Madrid, el cual se complicaba al extremo al carecer de locomoción propia. Preguntó por un taller y le indicaron dónde se encontraba el único existente en Arnega.

Ya desde la calle vio en el interior un Fiat 500 con el capó levantado y el 11 Ligero del alcalde al que un chavalillo adolescente le estaba cambiando un neumático.

—Oye, ¿tú eres Choqueiro?

—Choqueiro soy yo. —Por el fondo del taller apareció un hombre con un mono azul con manchas de aceite y con una boina negra calada hasta las orejas. De sus labios colgaba un mondadientes y en su mano derecha sujetaba un pitillo. La otra la tenía metida en el bolsillo—. ¿Qué quiere?

—Tengo un Chrysler Airflow al que le han rajado las ruedas. ¿Cómo podría conseguir otras nuevas?

—¿Rajado las ruedas? ¿Usted es el sueco? —el periodista confirmó su identidad—. Pues va a ser muy difícil. Yo creo que no hay en toda Galicia un coche como el suyo. Vamos, seguro. Los recambios tendrán que venir desde Bilbao o desde Madrid.

—Y, ¿cuánto tiempo pueden tardar?

—¡Puf! ¡A saber! Varias semanas. Por lo menos el mes.

—¿Y no se pueden adaptar otro tipo de neumáticos? Seguro que no tienen un diámetro exclusivo.

—Imposible. En ese modelo solo hay que montar los que manda el fabricante. Le desaconsejo que ponga otras ruedas porque no podrá andar ni cien metros.

No podía asumir lo que le decían.

—Necesito mi coche. Tengo que contactar con mi editorial.

—Amigo, no haber traído una máquina así de rara a esta tierra. Aquí somos trabajadores, no señoritos. Ya ve lo que tengo aquí, cosas sencillas.

Una vez en la calle, desesperanzado, se dirigió a un bar que había pegado a la botica. Al entrar planeó un silencio entre los cinco o seis parroquianos, que abortaron sus conversaciones al ver entrar al forastero.

Sorprendido, se acercó a la barra y pidió un vino. Su intención era preguntar al tabernero o a alguno de los que allí perdían el tiempo si conocían a alguien que lo pudiera llevar al lugar de contacto.

—Lo siento, amigo. No tenemos vino.

Gustav miró extrañado al sujeto que le había negado la evidencia. Todos sus clientes estaban delante de un vaso. Así se lo hizo saber.

—Este vino no se lo puedo vender porque puede estar picado, y a lo mejor a usted le sienta mal. No quiero cargar con esa responsabilidad.

—Y, ¿esta gente?

—Ellos tienen el estómago acostumbrado. Son de aquí.

Sin entender la respuesta, y quizá atribuyendo la falta de comprensión a algún giro idiomático desconocido para él, cambió la petición por algún refresco o copa de licor.

—Tampoco, amigo, tampoco se lo puedo servir. Es lo que hay. Pruebe en otro establecimiento. O, mejor, en otro pueblo.

Sabiéndose objeto de las miradas desdeñadoras de los clientes, y después de comprobar que las estanterías estaban llenas de botellas, abandonó el bar y se dirigió al establecimiento en el que solía comer antes de ser agredido. El día anterior pidió a Carmiña que no fuera a su casa, que ya bastante había hecho por él y que era hora de regresar a la rutina establecida, incluida la manutención. Mamerto le comunicó que no le podía servir comida, que todo estaba ocupado, que buscara en otro sitio.

En la tienda de comestibles de Benitiña tampoco pudo realizar compras. Le dijeron que todo el género que veía ya estaba reservado para las clientas habituales y que no quedaba nada para él. Al marcharse, todas las mujeres se apartaron. Solo un perro se acercó a olisquearlo.

Regresó a su casa y comió un chorizo que quedaba de una compra que le había hecho Carmiña hacía unos días, y unas rebanadas de pan duro. Pasó la tarde sentado en el banco de piedra construido junto a la puerta, mirando la amplia vista que tenía delante e intentado calibrar cuáles serían sus próximos pasos. Intuía que tampoco le dejarían llamar por teléfono y hasta dudaba de poder adquirir un billete para el autobús que comunicaba Arnega con la capital. Como siempre le sucedía cuando se encontraba con algún tipo de problema, volvió a pensar en Britta y escuchó su voz pidiéndole tranquilidad, raciocinio, rogándole que trabajara todas las hipótesis, por disparatadas que estas fueran. Se volvía a abrazar a ella, como cuando estaban por la noche, con la luz de la mesilla apagada, y recibía una nueva sesión de recuerdos que tanto bien le reportaba. Primero fue su novia, luego su mujer; después, su amiga.

Cansado de voltear ideas en su cabeza, como si hubiera metido su cerebro en una de las lavadoras del mineral que había visto en el edificio central de la explotación, al caer la tarde tomó la decisión de visitar uno de los pocos lugares del pueblo que le quedaban por

conocer. Había entrado en la iglesia, en el cuartelillo, en la peluquería, en la herrería, se había presentado al panadero y a don Jovino Coucé, el maestro; a Leoncio, el cartero, al enterrador, conocía los barracones donde encerraban a los prisioneros, la tienda de Benitiña y la botica regentada por don Merexildo Ares. Le faltaban pocos sitios por visitar, y eligió uno del que todo el mundo hablaba: maravillas los hombres y pestes las mujeres.

Nada más verlo entrar, la Calatrava se dirigió solícita hacia él y lo llamó para que se situara en la zona de la barra donde ella se encontraba.

—Vaya, vaya, ¡quién nos visita!

Gustav se aproximó mientras los clientes del local lo miraban extrañados. El Seijas se había tomado un descanso y se encontraba de charla con un par de mineros. No se le escapó quién hablaba con su mujer.

—¿Sabe usted quién soy yo?

—¡Cómo no voy a saberlo! Usted es el *O alleo*.

El sueco se acodó en la barra y pidió que repitiera lo que acababa de decir.

—Sí, el *O alleo*.

—Perdone, desconozco esa palabra.

—Claro, ahora te lo explico, pero las cosas no son gratis. ¿Qué te pongo, *riquiño*?

—¿Usted no tiene perjuicios en servirme algo? Va a ser la primera que me atienda en el día. Todo el mundo se aparta de mí.

—Tú tienes dinero y puedes pagar lo que te voy a servir. Ya verás cómo te gusta. Ten en cuenta que mis botellas no están aguadas, que más de una lista se aprovecha de la poca oscuridad de estos lugares para sacar de una botella original, tres. Y no, a lo que preguntabas ya te digo que no, que aquí no hacemos asco al dinero de nadie. Además, si quieres, te vendo un bocadillo, que por ahí hay algo de pan.

Ella se apoyó en la barra y se situó cerca de él. Con su dedo índice le dio un pequeño golpe cariñoso en la nariz.

—A ver, ¿qué hace un sueco aquí?

—¿Por qué me llaman eso que has dicho?

—Es una palabra gallega y quiere decir extraño, personas que nadie sabe por qué están en un lugar, y también aquí se entiende como alguien negativo, que trae mala suerte a la gente, a las casas, a los pueblos. Desde que tú estás en Arnega, se sacan menos piedras negras, han muerto unos pobres trabajadores, se han producido explosiones que nos han dejado a oscuras, la otra noche apareció muerto un minero de los libres y nadie sabe qué le ocurrió, aunque Solleiros contó que su cara estaba desfigurada de tantos golpes que había recibido. Parece que una nube negra se nos ha puesto encima, más de las que ya tenemos de habitual.

La mujer sirvió dos copas.

—¿Vas a beber conmigo?

—No, yo no bebo nunca con los clientes. Es para ti, que seguro querrás repetir. Tienes pinta de manejar dinero. A ver, ¿qué hace un sueco en Orense?

—Soy escritor e investigador local. Me gusta conocer las costumbres de España y escribo libros sobre eso. Me he traído unos cuantos.

—¿En español o en gallego?

—En sueco.

—¿En sueco? ¿Y para qué has traído esos libros si nadie los va a leer? ¡Qué cosas más raras hacéis los artistas!

El acordeón de Seijas había vuelto a sonar. Interpretaba *El Choclo*.

—Toca muy bien el acordeonista —aseguró, después de escuchar unas estrofas—. Un empleado tuyo, supongo.

—No, cariño. Es mi marido. Tiene unas manos prodigiosas. Bueno, y ¿a qué has venido a mi casa? Te veo muy solo y tengo justo lo que necesitas para no estar tan solo. Espera.

—¡No, espera tú!

—¡Calla!

La Calatrava se desplazó dentro de la zona en la que se movía, detrás de la barra, y fue hacia una muchacha que charlaba con dos

hombres en la penumbra general del establecimiento. Volvió con ella tomada del brazo.

—Mira, se llama Covadonga y es de Gijón. Un amor de cría. Si la ves andando, con ese cimbreo que gasta cuando mueve el culito, que es capaz de levantársela a un *espichao*, no te puedes imaginar lo que supone tenerla en horizontal. Tiene veinte años, aunque hemos dicho a los guardias que ya no cumple los veinticinco. ¿A que es una monada? Tiene un pelo precioso, pero para trabajar les digo que se recojan la melena, que así todo es más cómodo. ¿Qué te parece? —La Calatrava acarició la mejilla con su mano y agarró suave la barbilla. Al sueco le pareció una boca muy atrayente.

—No, gracias. Es una chica linda, pero no quiero nada de eso.

—¿Ves esa cortina? Esa cortina obra milagros. Te vas con ella y vuelves hecho un gallardo, más seguro de ti mismo. No seas tonto. Ocúpate y se te cambiará la cara.

Negó, esta vez sin palabras.

—Anda, Cova, vuelve con esos. —La Calatrava contaba con suficiente experiencia como para saber cuándo un cliente se mantenía enrocado—. Son dos muertos de hambre pero por lo menos que consuman algo, que aquí hay gente que es muy roña.

La jefa lo miró de nuevo y esbozó una sonrisa.

—A ver si, en vez de chicas, lo que estás buscando es otro tipo de personas… Mira que soy experta en mirar hacia otro sitio.

La insinuación le hizo reír.

—No, eso no, te lo aseguro. —Gustav había entendido el ademán marcado por la dueña cuando señaló con la cabeza hacia un lugar donde un jovencito tentaba a una copa, uno que tenía casi más cara de susto que él—. Tengo un problema.

—Con una tercera bebida se soluciona, seguro. ¿Qué vas a querer esta vez?

—Me han rajado las ruedas del coche, las cuatro. Y solo tengo una, la de repuesto. Necesito mínimo otras tres, y no sé dónde las puedo conseguir —contó, después de paladear un sorbo de la segunda copa. La tercera todavía no la había probado.

—Aquí hay un taller, el de uno que llaman Choqueiro. Mi marido lleva alguna vez el coche a que lo vea cuando suena algún ruido, y a

que le eche aceite y no sé qué otras cosas. Yo de eso no entiendo.

—¿Ustedes tienen coche?

—Bueno, coche, sí. Lo que está más difícil es conseguir gasolina.

—¿Y su esposo me llevaría a un sitio que tengo que ir? —El sueco había encontrado en el bar de la Calatrava una posible solución a su zozobra.

—Mi marido no es un taxista. Si quiere uno, puede hablar con Castor. A ese le pones dinero en la mano y te lleva a la luna.

—Si vive aquí, en Arnega, supongo que me dará la misma respuesta que todo el mundo.

En ese instante entró un grupo de cuatro clientes y la Calatrava tomó su decisión.

—Voy a ver qué quieren esos, que desde hace unos días esto está más aburrido. Me he enterado de que se ha dejado de jugar a las chapas, y eso está fatal, porque los que hacían de mano, cuando ganaban, venían aquí muy generosos. El día que se acaben las piedras, no sé qué será de nosotros.

A las tres de la madrugada Gustav se hallaba en su cama, con la luz de la mesilla encendida y una foto en la mano. ¿Cuántas veces habría acariciado aquella instantánea de una mujer y un niño, riendo, despreocupados, viviendo esa felicidad que pasa delante de la vida con la misma rapidez que un viento de dicha que sabes que no podrás retener? Britta y Peter tuvieron la muerte más horrorosa que puede esperar el ser humano. Un accidente propio de una vida entre islas, como es la de Estocolmo, donde los transbordadores son los medios habituales para desplazarse de un lado a otro. Unas piezas que se soltaron de los grifos de fondo provocaron que una fulminante vía de agua se llevara a pique los veinte metros de eslora, seis de manga y cuarenta porvenires, cuyos corazones tardaron unos minutos en dejar de latir a causa de las gélidas aguas de los inviernos nórdicos; quizá su único consuelo. Él había oído decir que a una pareja de enamorados solo la separaría la muerte, pero no era su caso. El que su mujer hubiera fallecido no significaba

que él no siguiera con ella, no en cuerpo, pero sí en alma y en pensamiento. Tuvo la suerte de vivir a su lado los mejores años de su vida y así seguiría, rememorando esos recuerdos que él procuraba, y conseguía, mantener frescos sin que hubieran sido cubiertos por el polvo del olvido. Nunca se separaba de las ocho fotos que tenía de ella, y no había jornada en la que no hablara con Britta, le pidiera consejo e intercambiara pareceres. Como su mejor amiga, la escuchaba y recibía las respuestas en forma de inspiración, una especie de luz que lo guiaba siempre con buen juicio por el camino correcto.

Días después, y como buen marino, su padre le explicó el principio de Arquímedes, pero él no lo entendió o no lo quiso entender. Los dos amores de su vida lo habían dejado solo, y él sabía que se quedaría así para el resto de su vida. Pronto algunos amigos le recordaron que era joven, que con treinta años podría conocer…, que había chicas que…, que…, que nada. De eso habían pasado diez años y el brillo de los ojos de Britta permanecía inigualable, y la alegría de Peter jamás la volvería a encontrar en otra criatura.

La sesión de recuerdos diaria se vio interrumpida por el sonido de unos nudillos tocando en la puerta, con modestia, sin parangón con lo que pasó aquella noche. Se puso un batín y preguntó antes de abrir.

—Seijas.

En ese primer momento no recordaba quién se llamaba así, hasta que el lejano recuerdo de unas notas de acordeón le refrescó la memoria. Abrió y franqueó el paso a la inesperada visita. Los dos se miraron con fijeza. El sueco interrogante, el músico dubitativo.

—Me ha dicho la Calatrava que quiere marcharse a un sitio y que no tiene cómo. Ya he visto la bestialidad que le han hecho a su coche. Han metido una buena navaja a los Firestone. Hay gente que no tiene sensibilidad.

—Quiero ir a un lugar que estará a unos treinta o cuarenta kilómetros, y no tiene comunicación, ni desde aquí ni desde la capital. Por eso necesito un coche particular.

Seijas lo observaba extrañado, mientras calibraba la personalidad real de aquella fachada morena y asustada, alejada de la idea que él tenía de lo que era una persona de raza nórdica.

—Y, ¿qué quiere hacer allí?

—Ver a un amigo.

—Usted, ¿qué es, de los unos, o de los otros?

—Soy de Suecia, y Suecia es un país neutral.

—El país será neutral, pero los suecos no serán neutrales, no pueden serlo. España también es neutral y aquí cada uno ha tomado una opción. Nadie es indiferente, aunque los unos hablen mucho y los otros callen. A mí no me engaña. Tendrá simpatías hacia alguien.

—Soy neutral.

Seijas hizo como que no lo escuchó y avanzó por el salón a la vez que miraba en derredor, curioso.

—Bonita casa se ha buscado. Eso es que ha venido con dinero y, que yo sepa, muy poca gente vive de la literatura. ¿Quién lo pegó? —preguntó, con brusquedad.

—No lo sé. Querían que me fuera de España, algo que no he hecho. Soy súbdito de un país neutral en otro neutral. No voy a aceptar chantajes de unos matones.

—Veo que tiene huevos. Me gusta la gente así. —Se acercó y le dio un pequeño puñetazo en un hombro—. ¿Cómo eran los que lo pegaron? Que qué pinta tenían y cómo vestían. ¿Como señoritos de ciudad o como gente del campo?

—Eran cuatro o cinco. El que mandaba tenía el pelo brillante, pegado a la cabeza. Seguro que usaba algún producto, brillantina o algo así. Vestía una camisa azul oscura y usaba una fusta.

El marido de la Calatrava sonrió. Era la descripción que necesitaba para conocer la tendencia política de los autores del cobarde ataque.

—No se hable más. Si le pegó gente así, usted es de los míos. Yo lo llevo en mi coche, gratis. Eso sí, la gasolina me la paga, que sé dónde encontrarla.

Se dieron un apretón de manos.

—Mañana estoy aquí a las diez. Espero que podamos regresar al atardecer, que la Calatrava es una mujer fiera.

—Perfecto.

Iba a salir por la puerta cuando el sueco lo detuvo con una pregunta inesperada.

—¿Tiene pasaporte?

—Sí, claro —la respuesta fue automática—. Estamos más cerca de Portugal que de Ponferrada o de Vigo, y no digamos ya de Santiago. Además, nadie tiene cojones para denegarme un pasaporte. En donde trabajamos mi mujer y yo sabemos muchas cosas. Ya sabe usted.

—Lo espero a las diez, Seijas.

40

A la hora acordada, el acordeonista llegó en su coche a la puerta de la vivienda de Gustav. El sueco llevaba una pequeña bolsa donde había metido algo que pesaba, por lo que pudo suponer el conductor al ver la fuerza que tenía que hacer para portarlo.

—Luego echamos cuentas. Me han vendido dos bidones de diez litros cada uno. Espero que con eso tengamos. ¿Hacia dónde vamos?

—Hay que llegar a Verín y desde allí tiramos hacia el sur, a la frontera.

—¡Ah, muy bien! Conozco de sobra esa carretera, he ido muchas veces.

Seijas ocultó la razón de ese conocimiento. Durante el año anterior, él, junto a otros lugareños, realizaba continuas escaramuzas llevando mineral desde las minas españolas a Portugal, dado que en el país luso el precio del wolframio era libre en contraposición con el de España, que estaba tasado por el ministerio de Carceller. Recorrer esos kilómetros con la mercancía escamoteada era ya de por sí una labor altamente rentable que redondeaba, más todavía, las ganancias que se habrían obtenido en origen vendiéndolo a una sociedad estatal española.

Atravesaron Verín y trece kilómetros después llegaron a la frontera, donde les dieron el alto y les solicitaron la documentación.

—Me tienen que explicar por qué entran ustedes dos juntos a Portugal, si no tienen nada que ver entre sí.

—Yo soy un escritor sueco y nos hemos hecho amigos. Vine a España sin coche y él se ha ofrecido a llevarme a Portugal. Supongo que no estamos cometiendo ilegalidades.

El guardia mandó registrar el maletero, el asiento trasero y la bolsa que llevaba el extranjero.

—Son libros. Se los llevo a un amigo portugués.

—¿Otro amigo? Caray, qué de amigos tiene usted en esta parte del mundo para vivir en un lugar tan alejado.

Les sellaron los pasaportes y se los devolvieron.

—Tú —el guardia señaló a Seijas—, tienes el pasaporte lleno de sellos del año pasado. ¿Qué ha pasado este año, que has tenido menos amigos? —Era evidente que la pregunta llevaba doblez.

—Ya ve, señor guardia, ya ve.

Arrancaron de nuevo y, diez kilómetros después, atravesaban el puente romano que los conducía a la localidad de Chaves, ubicada en el Alto Támega. A indicación del sueco, el coche se detuvo en una plaza céntrica.

—Mira, allí tienes un bar. Tómate algo y espérame. Luego pago yo. No tengo escudos pero con seguridad aceptarán pesetas.

—Ya le confirmo yo que aceptan pesetas en toda esta parte de Portugal. Eso sí, hacen lo que les da la gana con los cambios. ¿Tardará mucho?

—No más de dos horas. Después, comemos y regresamos a Arnega.

—Pues para comer aquí, prefiero que usted me invite en Verín. No hay mejor pulpo en toda Galicia que el de Verín. Una amiga mía es pulpera y tiene el caldero de cobre más reluciente de España. Parece un sol pero, ojo, a la Calatrava ni media, que es muy celosa y ya le he dicho que es amiga, solo amiga, no piense usted mal. —Gustav le garantizó que guardaría el secreto.

Ya en soledad, caminó hasta la plaza del Ayuntamiento gracias a las acertadas indicaciones que le dio un anciano. A veinte pasos de

la iglesia de Santa María la Mayor se encontraba el restaurante Bacalhau verde, que a esa hora estaba cerrado. Hizo sonar el timbre y le abrió una joven que lo miró extrañada.

—*Tem bacalhau dos Açores*? (¿Tienen bacalao de las Azores?)

—Espere —contestó, aunque tardó unos segundos en reaccionar ante la inusual pregunta.

Al cabo de dos minutos le pidió que entrara en el local. La sala respiraba limpieza, con todas las mesas montadas con manteles de tela blanca y dispuestas con sus servicios de platos, cubiertos y copas. Una mujer de unos cincuenta años salió de la cocina, secándose las manos en el delantal.

—*Eu tenho bacalhau da Terra Nova* (Tengo bacalao de Terranova)

—*Então eu quero isso de Cabo Verde* (Pues entonces lo quiero de Cabo Verde).

La extraña le dio la mano.

—Usted debe de ser el sueco, venga, sentémonos pero mejor vamos a continuar en inglés, dado que no creo que usted sepa mucho portugués. Es un idioma que aprendí de pequeña porque ya sabe que los portugueses y los ingleses somos muy amigos desde hace siglos.

—Lo sé, lo sé.

Ocuparon una de las mesas del salón y le ofrecieron un café que a Gustav le supo a gloria. Hacía tiempo que no degustaba una delicia así.

De la bolsa llevada desde España sacó varios libros y los abrió por unas determinadas páginas, donde había escrito unas anotaciones a lápiz que solo él sería capaz de encontrar. Pidió a su interlocutora que tomara nota de lo que iba a decir.

Llevarían hora y media cuando terminó la exposición. Después de ese tiempo, la portuguesa, que dijo llamarse Évora, ya era conocedora del número de bocaminas que habían abierto en Arnega, de la longitud aproximada de cada una, de sus coordenadas según unas referencias que él se procuró, de cuántas lavadoras había, tanto las cartageneras como las de cruceta o las de palanquín, de la potencia del grupo electrógeno y de la capacidad de su depósito, del

tamaño de la subestación eléctrica y de los accesos al pueblo, así como de los accidentes geográficos que salvaba la carretera, como era por ejemplo las dos veces que tenía que cruzar el cauce del Trocal, el afluente del Sil que bañaba al pueblo.

—Esto que me ha dado usted esta noche estará en Lisboa y mañana lo tendrán en Londres. No sé cómo serán las carreteras de Suecia, pero las que tenemos en Portugal son muy malas. A eso tenemos que sumar los problemas que nos generan los de la Policía Internacional de Defensa del Estado, la PIDE, la policía secreta salazarista, pero nos apañamos bien. A mí no me han dado indicaciones para usted. En esos casos lo que hay que hacer es continuar con la misma labor e informar de aquellos cambios sustanciales que pasen en nuestra posición.

Camino de la puerta, Gustav le preguntó si iban muchos españoles por su restaurante.

—¿Que si vienen muchos? Todos los días, o casi todos los días. Y si no españoles, son alemanes, ingleses, norteamericanos y hasta italianos. Lo llaman frontera pero debería llamarse carretera, porque el flujo de coches es continuo.

Se despidieron con un apretón de manos y el sueco quedó en regresar en un plazo corto.

Évora habló con su marido y le indicó que debía emprender de inmediato viaje a la capital. Desde allí, la información metida en un sobre volaría hasta Londres, momento en el que alguien la llevaría a los dominios de Norman Brown o de cualquier otro miembro del MI6 británico.

Ni el chofer que llevó el sobre desde el aeropuerto londinense a la mesa de los servicios de inteligencia, ni el piloto del avión que despegó desde Lisboa, ni el marido de Évora, ni Évora ni Gustav Sørensen podían haber imaginado que aquella información tan secreta acabaría en la carpeta de papeles sin interés o, incluso, quemada en una chimenea.

A las siete y diez de la tarde la iglesia de San Pedro solo estaba ocupada por media docena de mujeres que rezaban en soledad, o que hacían tiempo a que llegaran las ocho para escuchar la misa vespertina que oficiaba el padre Brégimo.

Carmiña entró en el templo, mojó la punta de sus dedos en agua bendita y se santiguó, como mandan los cánones. Miró en qué confesionario podía encontrarse el cura y se sentó en uno de los bancos próximos a él. Una feligresa se encontraba arrodillada y la cortina del confesor echada. Esperó a que le llegara su turno.

Aprovechó el momento para recrearse en el labrado retablo barroco, callado protagonista de la vida del pueblo y también de la suya. A sus pies fue bautizada y, también, tomó la primera comunión. Desde entonces, todos los domingos acompañaba a su madre y a Rosalía a las eucaristías, incluidos los años de la República. Eutelo, su padre, nunca pisó la iglesia, pero no objetó a que su esposa e hijas recibieran las sagradas formas. Respetaba las ideas de los demás como quería que respetaran las suyas. Tampoco lo oyó blasfemar o manifestar hostilidad hacia la institución o sus miembros, ni siquiera hacia don Brégimo, persona que mostró durante aquellos años previos a la guerra una actitud esquiva, discreta y, sobre todo, callada.

Las discusiones últimas con Xiana habían soliviantado el tranquilo ambiente de la vivienda de las Barreiro, y se sentía culpable por ello porque pensaba que debería contemporizar más con su hermana, que todas ya sabían qué carácter gastaba y cómo afrontaba la vida, con qué hostilidad y fiereza, incluso. En la misa del próximo domingo pediría que Dios le diera algo más de paciencia para sobrevivir con aquella situación la cual, para su desgracia, desconocía cuándo y cómo terminaría.

También recapacitó en los pensamientos que le nublaban la mente respecto a Karl Müller, un hombre casado, educado, atento, cortés… pero, sobre todo, casado. Esa era la cuestión, que Karl estaba casado y que la doctrina de Dios impedía que una mujer íntegra se entrometiera en la vida de una pareja. Si Karl estuviera soltero, quizá actuaría de otra manera, quizá. Pero la realidad, la descarnada verdad era que su jefe tenía mujer e hijos y que en una

fecha que no se aventuraba lejana se marcharía del pueblo para no regresar jamás, terminara la guerra como y cuando terminara.

La mujer que estaba confesándose se santiguó y se dirigió hacia uno de los bancos, con las manos entrecruzadas, la mirada baja y dispuesta a rezar las penitencias que le habría impuesto el padre Brégimo para expiar los pecados expuestos. Era su turno.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida —se oyó desde el otro lado de la pequeña celosía de madera que separaba al feligrés de su confesor —. Catuxa, te tengo dicho que no vengas a la iglesia, que mejor vayas a la puerta que sabes a las diez en punto de la noche, llama con los nudillos, que estaré atento. Me has dejado la ropa de maravilla. Nadie lava mis cosas como tú. Eres maravillosa y única. Dios te está bendiciendo.

—Padre, no soy Catuxa, soy Carmiña.

—¡Carmiña! —exclamó, sin elevar la voz pero sí dando una entonación distinta a la palabra—. Alabado sea el Señor. Cuánto me alegro de verte en el templo fuera de las misas. —El párroco habría deseado que la tierra lo engullera a la velocidad de la luz. Se recompuso—. ¿Has venido sola o con tu madre?

—He venido sola.

—Pues tienes que decir a tu madre que venga a verme, que tenemos que hablar. Es una mujer maravillosa, una buena cristiana que lucha porque sus hijas sean dignas del Señor. Contigo y con Rosalía lo está consiguiendo, basta veros. Tu hermana pequeña es una mujer abnegada, entregada a su hijo y al honrado sustento de su hogar, aunque el marido ya sabemos cómo es. Y tú también. Seguro que pronto encontrarás un hombre que te respete y con quien puedas formar un hogar cristiano aceptando todos los hijos que Dios tenga a bien enviaros. Bueno, dime, hija, ¿qué pecados son los que te afligen?

—Es que no sé si lo que le tengo que decir es largo o corto.

—¿Tienes dudas? Es normal, hija, todos tenemos dudas. Pero has de ser fuerte. Supongo que te desconsuela tu situación personal. Eres una mujer guapa que gusta a cualquier hombre, y el alemán y el sueco no son excepciones. Pero tienes que pensar que el uno está

casado, y el otro no es de nuestra cultura ni de nuestra religión. Yo no sé qué valores tienen los suecos y cuáles son sus creencias, pero tú has de buscar un marido español, con quien compartir una historia sagrada que nos une desde generaciones. Sé que eres un alma pura. Seguro que con aquel novio no hiciste nada que te deshonrara. La mayor virtud de una mujer es su pureza y guardar la integridad de su cuerpo para cuando Dios santifique la unión con un hombre bajo el indisoluble sacramento del matrimonio. Ten fe, fe y paciencia, y no te dejes engañar por vacíos cantos de sirena que solo quieren embaucarte, humillarte y degradarte como mujer y como ser humano. Si quieres, puedes venir un día por la sacristía y hablamos de todo esto, con más tranquilidad y los dos más cómodos, que yo estoy sentado pero tú te presentas ante mí de rodillas. Se lo tengo dicho a tu madre, pero se me resiste.

—Mire, padre. Pensándolo mejor, creo que lo que tengo que decirle es muy breve.

—A ver, hija, dime lo que sea pero no tengas prisa, que hasta las ocho menos cinco tengo tiempo y un pastor siempre ha de estar disponible para su rebaño. De todas maneras, si puedes esta noche, también podría recibirte después de la misa. ¿Qué te parece?

—Escuche, padre. Escuche con atención lo que voy a decirle: si vuelve a venir a nuestra casa, o se acerca a mí, a mi madre o a mis hermanas, le corto los cojones; como hay Dios.

Se incorporó y susurró en un tono bajo pero audible para el confesor.

—Ahora sí me voy en paz.

Salió de la iglesia con la firme convicción de que jamás volvería a pisarla mientras Brégimo Dopico fuera su cura párroco, aunque la historia de las relaciones íntimas entre el sacerdocio y las mujeres era tan antigua como la propia religión. A veces recordaba lo que en su día la impresionó saber que el padre de Rosalía de Castro había sido un sacerdote.

El valor mostrado al verbalizar la inquina que profesaba hacia el cura le generó una paz inusitada. Las dudas y los miedos habían

quedado superados, y ello le provocó que creyera que caminaba a tres metros sobre el suelo, con una confianza nueva y con la ligereza propia de quien se ha quitado una tonelada de introspecciones que le amargaban sus días hasta impedirla dormir y mostrarse en paz consigo misma. A sus veinticinco años, había dado un paso más en el desarrollo de su propia madurez. No volvería a cruzarse con la mirada lasciva del párroco, que se aprovechaba de la superioridad moral que otorgaba la sotana para injerirse en la vida de los habitantes de Arnega, y siempre con el chantaje de que desautorizarlo significaba enfrentarse al Todopoderoso, además de al propio Estado.

Regresaba con ganas ciegas de abrazar a su madre, aunque silenciara para siempre lo que había pasado en el confesionario. Caminaba deprisa, porque el cielo en cualquier momento iba a descargar agua violenta y ruidosa, cuando se cruzó con Monchiña. Con una mano empujaba el cochecito del bebé y con la otra llevaba una bolsa de arpillera con algo de compra.

—¡Carmiña!

La llamada se detuvo. Se volvió con una cara nueva hacia ella.

—Carmiña, por favor, ven. —La mujer intentó avanzar con la dificultad propia de quien tiene las dos manos ocupadas—. Ven, por favor te lo pido —repitió, ya en tono de súplica.

Al llegar ante la mayor de las Barreiro, que había frenado sus rápidos avances, Monchiña dejó la bolsa en el suelo y quiso tomar la mano de la que fuera su amiga. Consiguió su objetivo ante la pasividad de su interlocutora.

—Carmiña, esto no puede ser. No podemos consentir lo que nos está pasando. Tenemos la misma edad, hemos ido juntas al colegio, hemos compartido pupitre, juegos, no podemos ignorarnos. Yo sé por qué no quieres hablar conmigo, y te entiendo, claro que te entiendo. —Con la cabeza señaló al cochecito—. Quizá, si estuviéramos la una en el lugar de la otra, yo también pensaría y haría lo mismo que tú, pero esto no puede continuar. Te he visto salir de la iglesia y me ha extrañado que acudieras a estas horas de la tarde. Yo no soporto al padre Brégimo. Como te puedes imaginar, a mí no me habla, solo algo en público, me considera una pecadora

por haber tenido un hijo fuera del matrimonio, y seguro que habría visto con buenos ojos que abortara, aunque él miraría para otro lado; pero no, este niño tiene derecho a la vida. Y también tengo derecho a que no me ignores. Quizá, tú no seas la única víctima.

Hacía mucho tiempo que Carmiña no escuchaba a Monchiña, la traviesa Monchiña que un día cometió la inconsciencia de someterse a un sinvergüenza que desconocía los conceptos del amor, lealtad, fidelidad, compromiso…

La Barreiro se acercó y le dio un beso. Miró al cochecito. El niño dormía.

—¿Cómo se llama?

—Gaudencio. Dirás que soy una tonta. Seguro. Pero es su hijo y el hijo de una tonta. Ya sé que con su padre nunca podré contar, que ha huido como un cobarde, pero este de aquí me acompañará toda la vida. Miro su cara y se me pasan todos los males, esos sentimientos de desilusión, de tristeza, del desprecio que sentí desaparecen con la primera risilla. En cuanto crezca nos marcharemos de Arnega, yo aquí no puedo estar más tiempo, no puedo soportar tantos comentarios a mi paso, tanta mirada de reprobación, tanto desprecio. ¿Te lo imaginas al pobre en el colegio? No, nos iremos de aquí e iniciaremos una nueva vida en Coruña, en Santiago o en cualquier otra ciudad. Siempre habrá trabajos decentes para una mujer que sabe cocinar, planchar, barrer y fregar arrodillada lo que sea, desde escaleras hasta váteres, lo que sea. No me planteo establecernos en Madrid o en Barcelona porque Galicia es mi tierra, nuestra tierra, y aquí debemos estar; pero no en esta aldea maldita.

Las dos mujeres se abrazaron como cuando eran unas adolescentes gracias a la paradoja que suponía que, aquel que las apartó, las había vuelto a unir.

42

La tensión en el encuentro había alcanzado una cota incómoda, sobre todo en el ánimo del ministro de Industria.

—Camilo, necesito que me eches una mano.

—Demetrio, sabes que cuentas conmigo, pero lo que no puedo hacer es contravenir las órdenes superiores. Ni quiero ni debo. Mi lealtad al Caudillo siempre estará por encima de cualquier interés porque todos han de estar al servicio de España, aunque haya cosas que no entienda. Él tiene una visión superior, él está en lo más alto de la montaña, en la cúspide, y desde allí contempla un panorama que nosotros no alcanzamos a vislumbrar.

—Por lo menos dime que tú no estás de acuerdo.

—Tampoco me he de pronunciar en esos términos. Tú, y no solo tú sino también el ministro Pérez González, me habéis trasladado las nuevas órdenes, y estas son muy claras: la limitación de las exportaciones de wolframio a Alemania son ya un hecho.

El gobierno de Franco había cerrado un acuerdo con los aliados mediante el cual continuarían los abastecimientos de petróleo desde ultramar, así como de otros bienes imprescindibles para la España de esos días, a cambio, no solo de limitar los envíos de mineral, sino también de erradicar el contrabando, algo que no terminaba de asumir el ministro de Industria.

—Tengo que mandar clausurar todos los depósitos de mineral tanto de Guipúzcoa como de Navarra —le anunció el director general de la Guardia Civil—. Los ingleses y los norteamericanos recorren las proximidades de las fronteras así como muchas minas controlando lo que se vende y almacena, para que los cupos se cumplan. A ese negocio le queda poco.

—El maldito Gómez-Jordana se ha salido con la suya.

—No es que se haya salido con la suya, Demetrio. El hombre no ha parado de hacer equilibrios para contentar a unos y a otros porque ese es nuestro destino actual, la neutralidad. Hay unos suministros que necesitamos de forma imperiosa y también hay unas deudas económicas y de gratitud que tenemos que satisfacer. Una vez más, mi grado de admiración hacia Su Excelencia sube un nuevo peldaño. Pensaba que para mí él se encontraba en el más alto; pues no. Siempre se supera.

—Y esos cierres, ¿tienen que ser inminentes?

—Tienen que ser muy pronto. La orden que he recibido es concreta.

El ministro Carceller suplicó con la mirada algo que Camilo Alonso Vega captó de inmediato.

—Te vuelvo a decir que los cierres serán muy pronto. Eso sí, comenzaremos con los de Huesca, Navarra y Vascongadas —especificó el militar—. Luego seguiremos hacia el oeste. Si te das prisa…

43

Don Casiano notó que a Manuel Bodelón le temblaban las manos cuando se subía los pantalones y se intentaba cerrar los botones de la bragueta, aunque era incapaz de acertar. Los ojos los tenía nublados, pues las lágrimas le impedían una correcta visión, y los dedos trémulos no atinaban con los ojales. Después se ajustó el cinturón y se desplomó sobre una silla, sin poderlo remediar. El doctor seguía impresionado con el tamaño y aspecto purulento del chancro sifilítico en la cara interna del prepucio que presentaba el bobalicón del paciente.

—Eres un mangarrán —aseguró, después de exhalar una bocanada de humo del puro que sostenía entre sus dedos—. Os lo digo siempre. Hay un artilugio que se llama condón, pero no lo usáis. No sé si es porque sois tan cicateros que os queréis ahorrar su precio o porque el vicio os puede más, pero hace falta ser insensato para meterla sin protección en el coño de una prostituta. Has contraído uno de los males de las mujeres. Ellas solo traen problemas, no esperes nada bueno viniendo de su parte, excepto de tu madre. A ver, ¿cuánto hace que no tienes relaciones con tu esposa?

El paciente negó con la cabeza. Era incapaz de sostener la punzante mirada del médico. En un gesto propio de un cobarde, se tapó la cara con las dos manos.

—¿Lloras? ¿Ahora? ¿De qué te sirve llorar ahora? Eso hay que pensarlo antes, ya no tiene remedio. Hablan de un medicamento que

se llama penicilina, pero es muy caro y, lo peor, muy difícil de conseguir. Yo no tengo ni idea de dónde puede haber eso aquí, en Galicia. Luego están los remedios de siempre, pero no curan todos los casos, y lo tuyo parece grave. El Ladillol se va a quedar corto, seguro. ¿Has visto cómo la tienes? ¿Por qué coño has tardado tanto en venir a verme? ¿Es que ahora resulta que te da vergüenza?

El marido de Rosalía levantó la cabeza. Desde los primeros cursos en la Universidad de Santiago de Compostela, don Casiano había aprendido que lo peor de la medicina era enfrentarse al momento en el que hay que comunicar a un paciente una noticia terrible, sea la inminente muerte de un familiar, sea que el remedio a su dolencia pasa por una intervención traumática, como es la pérdida de un miembro o, como era el caso, informar del padecimiento de algo que puede tener un final mortal y no lejano.

—Vamos, dime, ¿cuándo fue la última vez que tuviste relaciones con tu mujer?

Entre gimoteos y encogimientos de hombro, Manolo abrió la boca para decir algo que lo deshonraba más todavía, si ello era posible.

—Hace tiempo —acertó a balbucir—. Como está preñada…

—¡Qué animal eres, Manolo! ¡Qué animal! Como tu mujer no puede satisfacerte, te vas con la primera que pillas. Pues mira, has pillado bien.

El enfermo inició un nuevo llanto. Don Casiano sintió pena por aquel pobre infeliz que se había desgraciado a cambio de unos pocos minutos de placer. Dio un par de caladas porque él también necesitaba tranquilizarse.

—Tengo que explorarla.

Aquella afirmación le sonó a Manolo como si un cartucho de dinamita hubiera explotado dentro de su oído.

—¿A quién? —Era una pregunta retórica, pues sabía de qué persona estaba hablando.

En esos días, solo había dos hembras en su vida. La una era su esposa, la madre de su hijo y la mujer que le daría su segundo vástago. La otra era una puta sin interés y con el deseo de que se muriera y, a poder ser, retorcida de dolor.

—A Rosalía. La iré a ver a su casa y le diré, con discreción, que la he de explorar para ver cómo lleva el embarazo. Tranquilo que por mí nadie se enterará, pero hay que verificar que no presente edemas, condilomas o roséolas. Ahora porque ya es tarde, pero mañana por la mañana me acerco y le pido que me acompañe. Veremos si hemos tenido suerte y ella está tan limpia como se merece.

—No puede ser, doctor. Rosalía no debe saber nada.

—¡Qué dices, insensato! Hay que cuidarla a ella y a lo que tiene en su interior. ¡Es una vida inocente! Si ella estuviera afectada hay que provocar el parto para salvar a la criatura, y aun así ya se vería. ¿Cómo nos vamos a callar? Tú has sido un irresponsable, pero yo no puedo serlo.

—Pero eso es horrible. No puedo consentir eso.

—Manolo, a lo hecho, pecho. Vamos. Sé un hombre y deja de gimotear. ¡Venga! —exclamó el doctor, a la vez que se empezaba a quitar la bata.

—¿Adónde? ¿No ha dicho que irá mañana?

—A por esa pobre infeliz que te lo ha pegado. Espero que en las últimas semanas no te hayas acostado con varias.

—No, solo fue una vez. Es una que trabaja donde la Calatrava.

—Pues vamos. Hay que apartarla de la gente. No vamos a consentir que vaya propagando la enfermedad por ahí a otros inconscientes como tú. Venga, no hay tiempo que perder.

Seijas tomaba una copa de Terry con dos paisanos. Uno de ellos le hizo una seña al ver quiénes acababan de entrar en su local. Cruzó la mirada con su esposa, que lavaba unos vasos en el fregadero. La llegada del médico no era un buen presagio. Fue la mujer quien salió a su encuentro. Por la expresión del facultativo y los ojos llorosos del marido de Rosalía, no había que ser perspicaz para darse cuenta del motivo de la presencia de aquellas dos personas en su establecimiento.

—Buenas tardes, don Casiano. Diría que estoy encantada de verlo por aquí, pero si viene con el maletín en la mano, cruzo los

dedos.

—Crúzalos, hija, crúzalos porque vamos a necesitar que Dios nos eche una mano y que alguna bruja también, y hasta el Vulkan ese que dicen que pulula por la montaña. En esta ocasión, toda ayuda va a ser poca.

—¿Qué ocurre? —La patrona miró con alternancia a los dos hombres.

—Este, que tiene algo que decir. A ver, Manolo, ¿quién fue?

El enfermo cerró los ojos y su cabeza comenzó a enrojecer. Apretó los puños y las dos personas que estaban con él comprobaron que empezaba a temblar, como si le estuvieran pasando una corriente de alto voltaje. La mecha acababa de llegar a su corazón y este estalló.

—¡¡¡Hija de puta!!!

El diablo se había poseído de su cuerpo y el desgraciado echó a correr. Rodeó la barra, empujó a dos que tomaban algo con una de las pupilas, y enfiló el pasillo donde se encontraban las habitaciones de las chicas. Apartó la cortina con violencia.

—¡¡¡Hija de puta!!!

Llegó a la segunda puerta y la derribó de una patada. La muchacha se encontraba sola, en bragas y sujetador rojos, nada más que tapada con una bata de tul fucsia. Se pintaba las uñas a la luz de una lamparita de mesilla. Se aterró al ver entrar a su cliente, sin tiempo para reaccionar.

—¡¡¡Hija de puta!!!

Manolo saltó sobre ella y la zarandeó una vez, dos… no pudo una tercera. Sintió cómo unos poderosos brazos lo agarraban por detrás y lo lanzaban contra la pared. Seijas lo giró con la potencia de su envergadura y le asestó un certero puñetazo en la nariz que hizo que su cara se tiñera de rojo. A ese primer golpe siguió un segundo directo al ojo derecho, un tercero a la boca y después un cuarto, ya al estómago, que le cortó la respiración durante unos segundos. La descomunal fuerza de aquella maza se asimilaba a la de una prensa hidráulica.

—¡Basta, Seijas, que lo vas a matar! —La Calatrava y otras dos chicas intentaban sujetar al acordeonista, que estaba fuera de sí.

Manolo había caído al suelo y el marido continuaba dándole patadas en los costados. Solo se detuvo cuando entre tres clientes lograron sujetarlo ante el inminente homicidio que el proxeneta iba a cometer. Lo sacaron de nuevo al bar. La chica que había sido zarandeada por Manolo se acercó a ver cómo se encontraba el que fuera su cliente.

—¡Aparta, aparta! —chillaba Bodelón.

Chorreando sangre por la boca, el marido de Rosalía consiguió ponerse en pie y salió de la habitación donde contrajo la enfermedad que daría el peor giro a su vida.

Como si fuera la onda expansiva de una deflagración, Manolo salió al bar y miró a todo el mundo, aunque fue incapaz de distinguir persona alguna. Su mirada era la de un enajenado, nublada ante un escenario que se encontraba fuera de su control. Conseguía mantenerse en pie gracias a apoyarse en la barra. Nadie lo hablaba, todos habían puesto los ojos en su gesto ausente y perdido. Era imposible predecir sus próximos movimientos.

Al igual que había entrado en el cuarto de la meretriz, abandonó el bar de la Calatrava rumbo a nadie sabría dónde.

Don Casiano no recordaba haber vivido otra situación así a lo largo de su ya extensa vida profesional.

—¿Qué pasa, doctor? ¿Es lo que me temo? —preguntó Seijas.

—Si lo que te temes es que esa chica esté enferma, no te sé responder. Mi consejo, como médico, es que hay que separarla de su trabajo como medida precautoria, realizarle unos análisis y verificar si es portadora de alguna enfermedad contagiosa. Debería reconocerla, con luz.

Seijas lo escuchó con atención y, despacio, se dirigió hacia el lugar de trabajo de la muchacha. La encontró sentada en la cama, con los pies en el suelo, los ojos hinchados y rojos, y con un pañuelito en la mano.

—¿Te suena si has estado con ese?

Asintió sin atreverse a mirarlo.

El hombre no pronunció palabra. Se dirigió hacia el armario de la chica, tomó la maleta que descansaba en el altillo y la tiró al suelo

con desprecio. Abrió las puertas de espejo y tomó su ropa como si la abrazara. Se la arrojó con rabia.

—En diez minutos sales por esa puerta y no te quiero volver a ver. Me da igual dónde duermas esta noche hasta que mañana tomes el autobús que te lleve a Orense. A partir de ahí, ¡piérdete! La Calatrava te dará lo que te corresponda por estos días y te hará los descuentos habituales.

Al cabo de dos horas de haber abandonado el bar de alterne más famoso de Arnega, Manolo entraba en su casa sin haberse limpiado la sangre coagulada que todavía salpicaba su cara. Fue directo a su habitación y, sin decir nada a su esposa, sacó de la cuna a Luisiño y lo abrazó con ímpetu renovado, como jamás antes había hecho. El niño, que estaba dormido, del susto comenzó a llorar.

—¡Qué haces, animal! —chilló Rosalía, al verlo con el pequeño. La oscuridad era absoluta y solo se colaba un pequeño haz de luz proveniente del salón, donde tenían por costumbre dejar una lamparita encendida— ¿Por qué lo despiertas?

—Hijo, perdóname, perdóname.

La madre del pequeño se levantó con dificultad y fue al llegar a él cuando percibió su estado, malherido y lloriqueando.

—¡Ay, *filiño*, perdóname!

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué te han pegado?

Con suavidad, Manolo dejó al niño en la cuna y agarró a su mujer por los hombros. La miró con una expresión nueva, sin ser capaz de posar sus ojos en algún punto concreto de su cara.

—Tú también, Rosalía, tú también. Perdóname tú también.

—Pero, ¿de qué te tengo que perdonar? ¿En qué lío te has metido? Vamos ahora mismo a ver a don Casiano, te tiene que curar esas heridas.

La primera negación muda fue de poca intensidad; la segunda, mayor. La tercera era un movimiento de cabeza a un lado y a otro que lo asimilaba a un perro a punto de descoyuntarse. La apartó con algo de violencia y salió por la puerta de la casa. También lo vieron

correr Avelina, Carmiña y Xiana, que se habían levantado al oír el escándalo.

—¿Qué le ha pasado a ese? —preguntó la mediana, desconcertada, sobre el llanto del pequeño, que no se había recuperado de la impresión que le habían dado al despertarlo de su plácido e inocente sueño.

Carmiña y su madre optaron por entrar en la habitación para consolar a Rosalía. Era normal que Manolo volviera tarde y que no se supiera dónde podía haberse metido, o se supiera y no se quisiera saber, pero era la primera vez que lo veían llegar y marcharse de nuevo al instante.

—No te preocupes, vendrá en un rato. —La hermana mayor intentó tranquilizarla—. Se habrá ido a dar un paseo.

—Estaba con toda la cara llena de sangre.

—Igual te confundes. No había luz. Habrá sido una sombra.

Rosalía se miró las manos y se las enseñó a su hermana. Esta las envolvió entre las suyas. Después, las dos se fueron al lavabo.

Avelina preparó una generosa copita de anís y se la llevó a la cama. Carmiña se había tumbado a su lado, para que no se sintiera tan sola. Se la bebió con ganas, aunque no debía por su estado. Era conocedora de ello, pero la necesidad de pasar a la inconsciencia era superior a su sentido de la responsabilidad.

Al lado de su hermana, la pequeña de las Barreiro comenzó a adormilarse, al igual que Luisiño, y la paz regresó al domicilio familiar. Pero no fue por mucho tiempo.

A las cinco de la madrugada Rosalía saltó de la cama como si fuera un muñeco cuyo cuerpo es un resorte y se abre la caja donde alguien lo ha comprimido.

—¡¡¡No!!! ¡¡¡No!!! ¡Hoy es la noche del Vulkan!

Carmiña se levantó también, sobrecogida por el susto.

—Vamos a la calle, hay que buscar a Manolo. ¡Vamos! ¡El Vulkan está al acecho! Nos tenemos que anticipar.

Llamó a su madre y a Xiana, a gritos.

—Mamá, hazte cargo de Luisiño. Y tú, ven con Carmiña y conmigo, hay que encontrar a Manolo, donde sea.

Se volvió hacia la hermana mayor.

—¡Ay, madre del amor hermoso! ¡Ay, mi virgen del Perpetuo Socorro! Sé cómo terminaron su padre y un tío suyo, que un día me lo contó. ¡Ay, por Dios! ¡Hay que encontrarlo antes de que lo haga el Vulkan!

Nada más bajarse de la cama comenzó a gritar desesperada el nombre de su marido. Sus dos hermanas la siguieron, colocando las manos cerca de la boca para amplificar el sonido.

Sin plan, sin estrategia, sin idea de dónde podía encontrarse, se dirigieron hacia la zona de la fuente y continuaron con los gritos. Poco a poco se fueron encendiendo las luces de varias balconadas que hasta ese momento habían estado apagadas.

—¿Qué pasa, Carmiña? —preguntó una mujer que salía a la calle en zapatillas.

—Estamos buscando a Manolo, que no sabemos dónde puede estar.

—Mujer, andará con la papalina tirado por algún lado.

La hermana mayor la tomó por los antebrazos.

—No, ojalá fuera verdad lo que dices. ¡Dios te oiga!

A los quince minutos de haber salido a la calle, no menos de veinte personas vociferaban el nombre del desaparecido sin que nadie tuviera noticias de él.

Don Santiago Prieto también salió de su casa y pidió que lo rodearan.

—Escuchad. A ver, a ver, no podemos ir todos por ahí, chillando como locos. Tenemos que organizarnos. Vosotras tres, por ejemplo, vais a continuar por esa calle hasta la entrada a los barracones de los presos. Vosotros cuatro iréis…

Alguien propuso llamar a los guardias civiles pero el veterinario se mostró reticente con la hipotética ayuda de la gente del cabo Castro.

Demostrando una capacidad planificadora desconocida, distribuyó a los voluntarios en grupos. Treinta personas comenzaban

a buscar al marido de Rosalía por los cuatro puntos cardinales de Arnega.

—Y tú, quédate aquí, ¿dónde vas a ir con esa barriga? Por el amor hermoso, como te caigas, abortas. Carmiña, quédate con ella en ese banco de piedra y bajo esas galerías, que parece que puede llover de un momento a otro. En algún sitio se habrá metido ese hombre.

—Manolo no se ha loqueado, ha sido el Vulkan, seguro —susurraba la pequeña de las Barreiro, en voz queda y a la vez que negaba con la cabeza. Su hermana la tenía sujeta por el hombro y le daba besos cada poco.

A la media hora regresó una silenciosa turbamulta que parecía una siniestra estantigua fantástica, con don Santiago a la cabeza. Venían andando despacio, demasiado despacio porque ya no había prisa, a pesar de la ligera llovizna con la que el cielo demostraba también su sentimiento. Rosalía los vio llegar y se aferró a la mano de su hermana como si fuera el único punto de la tierra capaz de sujetarla. Al llegar y situarse a un metro de ella, al veterinario solo se le ocurrió una cosa, solo una. Una que llevaba sin hacer desde que tomó la primera comunión, en el siglo pasado; pero le salió natural, sin proponérselo: santiguarse.

—¡¡¡No!!! —El alarido de la pequeña de los Barreiro se escuchó en la iglesia y en el cuartel, en los barracones de los penados y en los albergues de los libres. En las casas de Karl y de Gustav. En Orense y en Santiago. En Madrid, en Berlín y en Estocolmo. Y, sobre todo, se escuchó, aunque él no lo oyera, en la habitación donde Luisiño dormía, plácido, ajeno a todo lo que le rodeaba y al incierto futuro que lo esperaba a partir de aquella noche de cielo nublado, de ligera lluvia y de zarpazo animal.

44

Las instrucciones de don Brégimo fueron tajantes: en un camposanto solo tienen cabida aquellas personas que hayan recibido los santos sacramentos previos al fallecimiento, a excepción de

aquellas que hubieran muerto víctimas de un accidente. Lo de Manuel Bodelón no se ajustaba a ninguna de esas dos situaciones.

La determinación del párroco llegó más allá. Incluso se negó a oficiar una misa de funeral, a pesar de que se lo pidió el alcalde, don Casiano y hasta el cabo de la guardia civil.

—No y mil veces no. La Iglesia es tajante en ese asunto. Él tomó su decisión y tendrá que acarrear con ella para toda la eternidad. En el Reino de los Cielos no tiene cabida gente así.

Carmiña se encontraba sentada delante de la máquina de escribir. Tenía que mecanografiar unos informes que su jefe debía enviar a Vigo y que le había facilitado escritos en un cuaderno, pero no tenía fuerzas ni para pulsar una tecla. El alemán llegó por detrás y posó las manos en sus hombros. Ella cruzó los brazos y las envolvió en un gesto que no era nuevo.

—Lo siento mucho. Ha debido ser terrible para tu hermana.

Después de unos instantes de silencio, consiguió hablar, gracias a la paz que le generaba el ingeniero.

—No solo para ella, Karl. Para todas. Hasta Xiana, que es la más despegada, está sin pronunciar palabra. Miro al pequeño Luis y es cuando más me pongo a llorar. Él será la mayor víctima de lo que ha pasado porque crecerá sin padre. A mí me duró hasta los diecisiete años, cuando se lo llevaron a Punta Herminia, junto a otros inocentes. Pero, hasta ese momento, fue un ejemplo para las tres, una persona recta, trabajadora y fiel a sus ideales hasta el final. Jamás se mezcló en el juego y nunca distrajo una peseta fuera de su familia. Iba del trabajo a casa y de casa al trabajo. Manolo no era un mal muchacho. Creo que la boda de Rosalía fue precipitada, pero ya sabemos en qué sociedad vivimos. Si esto hubiera pasado en los tiempos de la República no se tendrían que haber casado, pero en Arnega eso es imposible, y más con el cura que tenemos al frente de la parroquia de San Pedro. Por lo que veíamos, mi hermana lo iba metiendo en vereda. Seguro que el segundo niño habría dado estabilidad al matrimonio. No sé…

»Quien no suelta una lágrima es mi madre. Está visto que todos los hombres que aparecen en su vida no son capaces de llevar una existencia corriente, y todos acaban mal antes de tiempo.

Primero fue su hijo, luego su marido y ahora su yerno. Por mucho que diga el padre Brégimo, Dios se ha olvidado de nuestra aldea, por lo menos de mi familia, que es lo único que me importa. El resto de la gente me trae sin cuidado, sé que no pintarán nada en mi vida, aunque conviva con ellos durante décadas.

»Y luego está lo del cura con los restos de mi cuñado. Se ha negado a que sea enterrado en el cementerio, dice que aquello es un camposanto y, como tal, solo admite a personas que hayan muerto en la paz de Dios. Karl, eso es no tener piedad, ni compasión por un desesperado que tomó la peor decisión que se puede tomar en esta vida. Eso es tratar a las personas como animales. Manolo tendría defectos, como todos, pero era un ser humano que se merecía un descanso digno. Estoy segura de que Dios le habría buscado un sitio con todos los demás fallecidos, sin distinciones. Él es mejor que sus representantes en la tierra.

El berlinés sabía que la atención era la mejor manera de ayudarla, y ese era su afán. La gallega se convirtió desde el primer día en la única persona de toda Arnega con la que mantener una conversación normal, y eso le creó un sentimiento de dependencia con el que no contaba.

—Te voy a pedir una cosa. A ver qué te parece porque eso que tienes que pasar a máquina no van a venir a recogerlo hasta mañana al mediodía. El otro día te dejaste aquí el libro de poemas. ¿Por qué no buscas alguno que sea adecuado para este triste momento y me lo lees? Pero me gustaría que lo recitaras en gallego. Me fascina la musicalidad de ese idioma, o de ese dialecto, no sé lo que es. Tiene fuerza por sí mismo. Es como si hablara el corazón, no la boca.

Después de asentir, se levantó y tomó de la estantería el libro de la escritora gallega que más admiraba, y buscó entre sus páginas. Era conocedora de su obra y no tardó en encontrar algo para la ocasión.

Tomóu un día leve
camiño do areal...
Como naide a esperaba,

ela non tornóu máis.

O cabo dos tres días,
botouna fora o mar,
i alí onde o corvo pousa,
soia enterrada está.

—Nunca había escuchado una música más hermosa que esta. Yo solo sé interpretar una partitura, pero no alcanzo a componer. Lo he intentado sin conseguirlo. No he pasado de escribir más allá de un par de docenas de notas, con mucho esfuerzo y sin que me quedaran bien, lo sé. Si fuera capaz de ello, me encantaría poner música a esos versos. Es algo que me propondré para cuando termine todo.

Para la gallega la lectura había resultado balsámica. Pero no solo la recitación, sino también las palabras de Karl. Tenían un dejo que la fascinaba, con unas pausas al conversar, unas entonaciones que se transformaban en caricia para sus oídos. Ella había escuchado en el pueblo criticar la manera de hablar de los alemanes, pero su idea era contraria, quizá por oposición de sus formas educadas respecto a las toscas de los hombres de Arnega.

Tomó fuerzas y planteó algo que descolocó al germano.

—Ahora soy yo quien te va a pedir algo. ¿Por qué no interpretas una pieza al piano? Me has pedido que leyera, y lo he hecho. Quiero que toques algo para mí. Una música que me transporte a un sitio muy lejano, tan lejano que no sea capaz ni de imaginarme.

Karl se sentó en la banqueta. Carmiña cerró los ojos y se acurrucó en el sillón. Permaneció así mientras interpretaba la sonata 14, una partitura de Beethoven que el alemán se sabía de memoria. Durante el tiempo que permaneció en silencio y solo manteniendo activo un único sentido, se lamentó de ser una mujer débil, sin determinación, sin permitir que sus sentimientos saltaran libres del sillón hacia el piano, y besarlo con la delicadeza de una mujer enamorada a quien le han robado el corazón y la quietud. Su experiencia sentimental era limitada, nada más que algún escarceo

de adolescente y luego el tiempo que estuvo de novia con el hombre que la traicionó, y que huyó del pueblo como una rata que elude sus responsabilidades. El amor debía ser otra cosa, quizá lo que ella sentía en ese momento.

—La música es mi pasión, jamás lo he negado —reconoció, una vez que terminara la ejecución de la pieza—. Muchas tardes, antes de cenar, me siento en ese sofá y me pongo algunos de los discos que encontré en algún armario, aunque yo me he traído este.

Se levantó y le enseñó uno donde se veía a un grupo de jóvenes uniformados que llevaban el brazalete con la esvástica y que desfilaban con marcialidad.

—Aquí viene uno de nuestros himnos, el *Horst Wessel Lied*, mi preferido. Cada vez que suena, los pelos de mi piel se erizan. También me emociona el de *Heiliges Deutschland* y *Erika*. ¿Te gustaría escucharlo o prefieres otro tipo de música? ¿Qué tal Wagner?

La gallega desconocía que ese compositor era uno de los favoritos de Hitler, pero lo que no deseaba en absoluto era escuchar apologías musicales nazis. Eligió al músico. Se sentaron los dos en el sofá y, sin que nadie hubiera tomado la iniciativa, sus manos quedaron unidas mientras sonaban los instrumentos de viento, de cuerda y la potente percusión de que siempre hacía gala el compositor alemán.

—Escucha, eso que suena ahora es la tuba wagneriana, un instrumento que diseñó para *El anillo del nibelungo* —comentó, a la vez que mantenía la concentración con los ojos cerrados y la cabeza acompañando las notas—. ¿La distingues?

El prodigioso momento se vio interrumpido por el sonido de un motor. El alemán abrió los ojos y las dos manos se soltaron.

—¿No me habías dicho que vendrían mañana al mediodía a por los papeles que tengo que pasar a máquina?

—Sí, eso me dijeron. Debe de ser otra persona.

Carmiña escuchó que el alemán hablaba con alguien. A su jefe se le veía muy enfadado.

—No pueden mandar a una persona que no sabe. La luz se va de mi habitación a diario, y no quiero electrocutarme.

—Sí, señor, tiene usted razón. Lo siento muchísimo.

—No lo sienta. ¡Arréglelo! Es la última vez que viene usted por aquí. Llamaré a Orense para que envíen un electricista que sepa de verdad.

—Espero que no, señor. Con su permiso, ¿puedo ir al cuadro donde están los plomos?

—Lo acompaño. Pero ya le adelanto que será la última vez.

Carmiña los vio subir y regresó a su mesa de trabajo. Introdujo un papel nuevo y comenzó a teclear todo lo que le había mandado su jefe. Eran informes de pesos, de porcentajes, de volúmenes… datos y conceptos que ella no entendía. Entre pulsación y pulsación pensaba en el electricista que acababa de llegar al pazo, y que ya había visto por la casa en otras ocasiones, y le sorprendía que no tuviera acento de la tierra sino más bien del interior, vallisoletano o madrileño, habría aventurado.

45

Para los ingleses, el mayo de 1944 era muy distinto al de años anteriores porque la situación en la guerra había dado un giro copernicano en los últimos meses. En el flanco oriental, el Ejército Rojo acababa de entrar en Rumanía y se posicionaba ya en la frontera checoslovaca, a la vez que conseguía recuperar Odesa. Por su parte, los norteamericanos e ingleses continuaban castigando las posiciones germanas en Bélgica, Francia, Italia y en la propia Alemania, mediante el despliegue aéreo de bombarderos que atacaban en raides compuestos por cientos de aparatos que descargaban toneladas de explosivos que arrasaban la geografía, el armamento y la moral del enemigo.

A nadie le pasaba desapercibido que la isla de Gran Bretaña se estuviera llenando de tropa llegada desde el otro lado del Atlántico, sobre todo de los Estados Unidos y de Canadá. Tampoco resultaba indiferente la vasta cantidad de material bélico que era transportado en buques nodriza con la escolta de destructores que dificultaban la acción de los submarinos alemanes, un martirio para los

responsables de los traslados de hombres y pertrechos desde América a los puertos británicos. Su presencia vaticinaba lo que estaba en el ánimo de todo el mundo: la apertura de un segundo frente en Europa occidental a partir de un desembarco en algún lugar de Holanda, Bélgica o Francia. Los pocos espías que los nazis consiguieron introducir en el país informaban a Berlín de la inminencia de la acción militar, aunque faltaban los datos más importantes: la fecha y el lugar de la invasión. Se barajaban varias alternativas, y la que más peso ganaba era que se realizarían una serie de acciones de divertimento para concentrar el mayor potencial en la zona de Calais, que era el lugar donde la lengua de mar que había que salvar era menor. Con el mapa delante se hacía difícil pensar que se pudiera elegir otro emplazamiento, porque la cantidad de agua a cubrir convertía la misión casi en suicida, y los aliados necesitaban mantener intacto su potencial para enfrentarse a las múltiples defensas costeras organizadas por el disciplinado ejército alemán. Lugares como Dieppe, Cherburgo o las costas de Normandía se constituían en bastiones de imposible consideración. Y esos dos datos, la fecha y el lugar, solo los conocía un selecto puñado de personas, con el general Eisenhower, Ike, a la cabeza.

En uno de los sótanos próximos al Támesis, cuatro personas debatían la situación en la península Ibérica. Entre ellos se hallaba Norman Brown, el hombre del MI6 encargado de los efectivos humanos enviados a España. Después de despachar varios nombres, llegó el momento de hablar del periodista sueco Gustav Sørensen.

—La información que nos remitieron desde el norte de Portugal era muy buena, fidedigna respecto a otra recibida desde otras fuentes, lo que demuestra que ese hombre ha cumplido su misión. De sobra —aseguró Norman.

—¿Por qué dice eso de que ha cumplido y no está cumpliendo? —quiso saber uno de su equipo.

—Porque su presencia en España ya no resulta de interés para nosotros y es peligrosa para él. Me consta que el hombre ha padecido incidencias serias, aunque no críticas, que ha sido agredido, incluso, y que carece de relaciones en Arnega. Pueden

descubrir su verdadera función y me parece injusto que tenga que pagar por algo que no es de su incumbencia.

—Eso ya se sabía desde el primer momento.

—Por supuesto, y yo fui quien lo convenció, pero ya no tiene sentido que pase ni un día más en Galicia. Por lo que podemos suponer, en unas semanas se producirá el desembarco, eso nadie lo pone en duda. Gustav fue para un cometido específico, y este ha finalizado.

Ninguno de los presentes podía rebatir las tajantes palabras de Brown. Mostraron su asentimiento y pasaron a analizar la situación del siguiente nombre en la lista.

Al finalizar con la relación, el jefe del MI6, Stewart Menzies, mostró ante todos el problema que más lo inquietaba.

—Nos pasaron una información preocupante en extremo para nuestros intereses armamentísticos. Las trabas que se han ido poniendo a lo largo de estos meses han provocado que los nazis hayan recibido una cantidad de wolframio muy inferior a sus necesidades, lo que les obliga a restringir su utilización, quedando casi en exclusiva para los V-1 y V-2. Pero, según los cálculos de las exportaciones oficiales y aun contando lo que hayan podido conseguir de contrabando, nos falta una cifra relevante de mineral que tienen escondido en algún almacén en Galicia, León o Asturias, aunque me inclino más por la primera opción.

—¿Es mucho? —quiso concretar Norman.

—Demasiado —confirmó Menzies. El desasosiego marcado en su rostro hablaba por sí solo—. Si esas toneladas llegan a Hamburgo, podrían rearmarse e impedir el desembarco. Recordemos que hemos sido capaces de neutralizar la mayoría de los V-1, pero nuestros expertos en artillería y aviación no saben cómo derribar a los V-2 una vez que han sido lanzados. De momento, nos salva que sus giroscopios no están graduados con precisión y no son certeros en los blancos, pero sabemos que eso es cuestión de tiempo, y me temo que de poco tiempo. Con los correspondientes ajustes, los V-2 convertirán el desembarco en un fracaso. Tenemos que actuar de inmediato para localizar ese depósito e impedir el traslado.

El silencio planeó sobre la sala.

—Pongan a todos sus hombres a trabajar para encontrar esos almacenes. Que vigilen todos los puertos. Bajo su cobertura diplomática las autoridades españolas no pondrán trabas, se lo ha asegurado Gómez-Jordana a Hoare, nuestro embajador en Madrid. Señores, estamos hablando de una cantidad entre cuatrocientas y cuatrocientas cincuenta toneladas. ¿Saben ustedes la de metros cuadrados de proyectiles que se pueden blindar con ese ingente material?

Alguno de los presentes pidió repetir la cifra. Al escucharla de nuevo, hubo rostros que palidecieron.

—No quiero llenar las playas de cadáveres cuando llegue el día D —zanjó.

46

Carmiña anunció a Gustav que se marchaba después de terminar de prepararle la comida del día siguiente, ya que en el pueblo se seguían negando a servirle.

—¿Vuelves a tu casa?

—No, voy a acercarme al cementerio. Hoy es el aniversario de la muerte de mi hermano y voy a llevarle unas flores.

—¿Tu hermano está en el que hay al lado de la iglesia?

Carmiña le informó de que era el único que había en Arnega y el sueco le propuso algo que no podía haber imaginado. Accedió sorprendida pero encantada con el detalle.

Salieron los dos en el momento en el que se escuchaba una lejana explosión y los rebuznos de algún burro asustadizo, y bajaron la cuesta hasta llegar a la iglesia de San Pedro, donde en uno de los laterales levantaron un camposanto separado del exterior por una pequeña valla de piedra de un metro de altura. Unas nubes bajas ponían una nota triste en el paisaje, como si el cielo quisiera hermanarse con la gallega y su acompañante.

Accedieron por la única puerta y siguieron hasta el final. Durante el camino al cementerio, la gallega había ido parando para arrancar de los laterales de la senda alguna flor silvestre de las

muchas que brotaban en el campo galaico. Procuró que tuvieran el tallo lo más largo posible y las fue almacenando en la palma de su mano izquierda. En tres o cuatro agachadas consiguió reunir cerca de dos docenas de distintos colores, con predominio del amarillo y del violeta.

—Vamos, es allí.

El lugar donde descansaban los restos de Cosme se delimitaban por unos laterales de ladrillo, y en el centro de ese rectángulo se apreciaba una pequeña montañita de tierra prensada con dos cruces hechas con unos palos sujetos por unos trozos de cuerda, y un pequeño vaso, ancho y corto, que estaba lleno de agua de la lluvia de la noche anterior. Flores antiguas emergían en su superficie, ya marchitas. Carmiña lo tomó y colocó las nuevas que acababa de arrancar.

—Aquí es donde tenemos a nuestro niño, porque en eso se ha quedado Cosme para la eternidad, en un niño que ahora tendría diecisiete años y que sería más alto que nosotras, pero su reloj se detuvo, y se detuvo para siempre. Con tu permiso, me gustaría rezar un padrenuestro.

Gustav se apartó de ella y aprovechó para recorrer con la mirada el cementerio de Arnega a la vez que recordó el día que enterró a su mujer y su hijo. Siempre se arrepintió de no haber exigido que le dejaran ver los cuerpos, pero su grado de desfiguramiento era acentuado, por lo que les dijeron a todos los familiares de las víctimas, y su padre se ofreció para reconocerlos y evitar así a su hijo una visión que jamás olvidaría.

El lugar se veía pequeño, aunque él era incapaz de calcular cuántas tumbas albergaría. Muchas estaban como la del hermano de las Barreiro, y muchas otras también en las que sus familiares habían tenido suficiente dinero como para colocar una lápida de arenisca con los nombres grabados para velar por el descanso perpetuo de sus seres queridos. Lo sorprendió un conjunto de granito con una aparatosa cruz de dos metros de altura y un gran crucifijo de bronce. Supuso que sería de alguien con posibles y pensó en que siempre había oído que la muerte igualaba a los hombres; pero no, no los iguala, hasta para el acomodo del

descanso eterno existen diferencias: unos con opulencia, como vivieron; otros míseros, al igual que fueron sus días.

Al verla santiguarse, se volvió a acercar a ella y le puso el brazo sobre sus hombros.

—¿Cuántos años me dijiste que tenía cuando…?

—Cuatro. Fíjate que ha pasado tiempo y me acuerdo con claridad del día en que vinimos aquí con la cajita. Estábamos los cinco ya que mi padre todavía estaba vivo. Llovía como suele llover por aquí, sin fuerza, sin ganas, como si fuera una evaporación inversa. Vino todo el pueblo y el padre que había entonces, que no es el de ahora, leyó unas palabras preciosas sobre lo frágil que es la vida, algo efímero e impredecible, y de que siempre estamos en manos de la voluntad de Dios. Somos seres vulnerables, Gustav. Parecemos fuertes, pero una enfermedad nos borra de la existencia como el calor de la mañana hace desaparecer la niebla. Desde ese día aprecio lo que tengo, cualquier cosa, por pequeña que sea.

—Difícil ofrecer consuelo por parte de ese párroco.

—Imposible. Nosotros se lo agradecimos porque sabíamos que el hombre lo decía con su mejor intención, pero no existe alivio que elimine la pena de haber perdido un hijo. Desde ese día, mi madre se vistió de luto y aseguró que ese sería su color hasta que se muriera. No me extraña. Pensé que la pena se llevaría a mis padres, sobre todo a mi madre, pero la pobre se ha quedado como ausente del todo. A veces me gustaría saber qué pensamientos recorren su interior. Solo se me ocurre abrazarla y besarla, sin que haya un motivo concreto para ello. Es algo que hago de continuo. Yo soy creyente, y creo que Dios construyó el mundo en el que vivimos, pero no creo ni en el juicio final ni en lo de las trompetas, ni en eso de que nos volveremos a juntar todos algún día… no, eso no va conmigo. Las personas somos como los animales. Yo he visto animales que han muerto en el campo y sé cómo quedan sus cuerpos al cabo de varios días. Nosotros no nos diferenciamos mucho de ellos. No, una vez muertos, todo se acabó. Yo veo a Dios en la naturaleza, ahí está Él. En las copas de los árboles, en la belleza de los terneros cuando echan a andar por primera vez, en los atardeceres, cuando el cielo se inunda de fuego. Yo veo a Dios

cuando me quedo embobada viendo dormir a Luisiño o cuando miro a mi madre. Y, seguro, seguro, que si alguna vez veo el mar sabré que es ahí donde duerme el Señor.

Gustav la soltó y esperó a que fuera ella quien diera por terminada la visita. Al cabo de unos instantes de silencio, Carmiña se santiguó de nuevo, lo miró y esbozó una sonrisa.

—Me has dicho que aquí está tu hermano, pero veo dos cruces.

Ella volvió a mirar hacia la sepultura y ofreció la explicación sin apartar la vista.

—La otra cruz es por mi padre. Su cuerpo no está ahí porque no sabemos dónde está. Ya te conté que se lo llevaron nada más empezar la guerra, en el mismo mes de julio, y al cabo de unos días nos anunciaron que lo habían matado en Coruña, pero no nos dieron sus restos. Estará en alguna de las muchas fosas comunes que dicen que hay por todos los sitios. Pero eso no quiere decir que él no tenga derecho a una cruz. Era muy correcto con todos los creyentes, aunque se vio que ocurrió lo contrario.

En el camino de salida la gallega señaló otros montículos.

—Mira, esos que están ahí nadie sabe quiénes son. —Al ver la cara de extrañeza del sueco, Carmiña explicó la historia de esas acumulaciones de tierra—. En agosto del 36, un día aparecieron junto a la fuente tres hombres con los cuerpos reventados a balazos, se conoce que los debió dejar un camión durante la noche, sin avisar a nadie. Vestían monos azules y nadie los conocía ni tenían objetos personales. Eran cuerpos inidentificables. Habían sido fusilados en algún lugar del bosque, a saber dónde y de qué pueblo serían. Entonces no había Guardia Civil aquí, en Arnega, y siempre venían los de Monforte o los de Castrofonte. Ordenaron que no se los tocara en tres días, para que los viera todo el mundo, pero no se hizo caso. Una vez que se hubieron marchado los guardias, un grupo de mujeres los pusieron encima de un carro y los llevaron al cementerio. Buscaron un hueco libre y cavaron las fosas, esas que ahora ves. Mi madre fue una de las que más trabajó. Le parecía que tenía que hacer con unos extraños lo mismo que esperaba que alguien hubiera hecho con su marido. Esos tres hombres asesinados también tendrían madre, esposa o novia, se habrían ganado el amor

de una mujer y quizá el cariño de unos hijos o hasta el de unos nietos.

Al salir al exterior, ambos miraron el montículo que había a un lado, ya fuera del camposanto. Los dos sabían quién se encontraba debajo. Ellos dos y también Rosalía. Sobre todo, Rosalía.

47

El alemán tenía por costumbre recorrer la falda del pico Faviñago casi todos los días. Se calzaba unas fuertes botas de monte y vestido con ropa de campo salía del pazo para andar por los senderos que conducían a las bocaminas, para hablar con los capataces y conocer el estado de las excavaciones. A veces entraba en alguna, provisto de una buena linterna y de su brújula minera, y comprobaba los avances realizados desde la última visita.

Varió la ruta prevista en un principio para pasar por la entrada a la mina *Fervenza dourada*, donde seguían sepultados los cuerpos de los diez republicanos y los dos capataces muertos tras el derrumbe. Nunca hubo explicación oficial sobre el suceso, y en el pueblo se dispararon las conjeturas, aunque la teoría más extendida era que aquello había estado preparado por alguien que deseaba eliminar a determinados presos. Él también era de la misma opinión, aunque no entendía que nadie hubiera dado la orden de rescatar esos cuerpos y que aquellas familias que desearan pudieran dar tierra a sus seres queridos.

Varias mujeres pusieron unas flores en la entrada, que permanecía franca durante los primeros dos o tres metros, incluso habían colocado una pequeña cruz que el padre Brégimo bendijo en un acto celebrado al día siguiente de tan fatídico suceso.

Continuó hacia una de las minas nuevas que se habían abierto a instancia suya, y tras los cálculos realizados con ayuda de los mapas y de los instrumentos técnicos que siempre lo acompañaban.

La mina *Outeiro roxo* era una en la que trabajaba un grupo de penados junto a otro de mineros libres. En la entrada había un hombre de paisano, armado con un subfusil, y un capataz. Fumaban

un cigarrillo. Después de los fríos saludos recibidos, el ingeniero preguntó por las extracciones de ese día y del día anterior.

—Nada, casi nada.

—No puede ser. ¿Cuánto llevan cavado ya?

—Serán unos veinte o veinticinco metros. ¿Quiere verlo usted?

Apartando una continua cortina de polvo que les impedía la correcta visión, el capataz y Karl avanzaron hasta el lugar donde una docena de hombres se afanaban para arrancar piedra de los laterales. Saltaron por encima de los tablones que servirían para entibar los techos ante el avance de los picadores y enfocaron con sus linternas a las paredes. Tomó unas muestras del suelo y dirigió el haz de luz hacia ellas.

—Es cuarzo. Y si hay cuarzo, tiene que haber wolfram.

—No le digo que no, que el ingeniero es usted, pero aquí llevaremos sacados unos cuatro o cinco kilos.

—¿Hoy?

—¡Qué va! Cuatro o cinco kilos en los últimos días, en más de una semana, y llenos de cuarzo.

El alemán pidió a uno de los mineros que dejara de dar golpes con el pico y apoyó su mano en la pared, como si la estuviera palpando. Levantó la vista y tocó también el techo que se horadaba.

—Gracias. Siga, por favor.

Después dirigió la mirada hacia el capataz y le indicó que salieran fuera.

—Por el tipo de cuarzo, debemos estar cerca de un buen filón, profundo y caudaloso. Volveré por aquí en un par de días o tres y espero que me dé buenas noticas.

Se despidió de los dos con la misma frialdad con que se saludaron a la llegada.

—Yo de ingenierías no sé —aseguró el minero—. Lo que sí sé es que en estas nuevas excavaciones estamos encontrando menos wolfram que en las anteriores.

El hombre vestido de civil lo miró sin saber qué decir. Su misión era que no se escapara ningún preso. El resto le traía sin cuidado.

Antes de regresar a su casa visitó dos minas más con idénticos resultados. Después del almuerzo siguió verificando en los mapas si los cálculos eran correctos o si se estaban produciendo desviaciones sobre el programa marcado.

48

Si a alguna de las Barreiro le hubieran preguntado qué persona aparecería esa tarde por la puerta de su casa, ninguna habría acertado, por muchos nombres que pronunciaran.

—A la paz de Dios.

Los sitios de trabajo de Xiana y de Carmiña solían estar frente a la entrada, por lo que fueron las primeras en recibir un impacto visual inesperado.

—¿Se puede?

—Pasa, Calatrava. Esto sí que es una sorpresa —invitó Carmiña.

La dueña del bar más famoso de Arnega se había vestido de oscuro, con un recatado jersey fino negro y una falda marrón que, aunque no conjuntaba, sí que mostraba sus deseos de trasladar una imagen de respeto dadas las difíciles circunstancias de la familia. Las mujeres suspendieron la labor y se quedaron a la espera.

—Rosalía, aunque ya te lo di en el velorio, vengo a darte otra vez el pésame por el fallecimiento de tu esposo. Dame un beso.

La nombrada se puso en pie y se dejó abrazar por la visita.

—Te traslado también las condolencias del Seijas, que así me lo ha pedido. No entiendo cómo ese malnacido del padre Brégimo no quiso celebrar una misa de difuntos. Ese hombre no tiene ni conciencia, ni humanidad ni misericordia. Ni piedad, incluso. Vale que Manolo no fuera un cristiano ejemplar, pero sí que era un hombre ejemplar, siempre pensando en su hijo, en su mujer y en su pequeño que está a punto de ver la luz. Además, ¿quién es una persona ejemplar? Solo Dios lo sabe. Ya seremos juzgados por Él cuando determine. ¿Qué tal estás?

—Bien, bueno…

—Hija, te pregunto eso y sé que es una tontería. Imagino que estarás destrozada. Te preguntaba por el embarazo. Te veo muy guapa, ya te deben quedar pocas semanas. ¡Ay, pobrecillo que no conocerá a su padre! —A la vez que soltaba esa lamentación, acariciaba la barriga de Rosalía.

No recibió respuesta. Avelina y Xiana reanudaron su labor. A Carmiña y a Rosalía les parecía descortés no hacer el cumplido a quien había llegado para expresar sus condolencias.

—Y eso que estáis haciendo, ¿son los famosos bolillos? He oído hablar de ellos. Oye, son preciosos. —Se acercó al trabajo que realizaba la pequeña—. ¡Qué delicado, por Dios, parece obra de los ángeles! Y esto, ¿se vende bien? Quiero decir, ¿da de comer? Porque supongo, Carmiña, que lo que te pagará el alemán por ser su secretaria no será mucho.

—Solo necesitamos lo imprescindible, nos administramos muy bien. Mi hermana vende todo esto en Orense y no nos podemos quejar. —Xiana ni se dio por aludida y siguió con su tejido.

—Claro, el fallecimiento del pobre Manuel no solo trae desgracia y tristeza a una casa, sino también carencias económicas. ¿Habéis pensado en suplir esa falta de ingresos?

—Dios proveerá, Calatrava. Seguro que el Señor no nos deja abandonadas —repuso Rosalía.

—Sí, claro, claro que sí. Él siempre está con los creyentes, por lo menos eso dice el padre, pero a veces tenemos que hacer algo más que rezar. Yo no me pierdo la misa dominical, ni mis niñas y, sin embargo, cuando vamos a la tienda de Benitiña a por carne o latas, o viene Chanciño con los pescados no podemos pagarlos con plegarias, hay que dar pesetas; es lo que tiene esto de la vida.

Al no recibir respuesta, se acercó más a Rosalía y acarició su pelo y su cara.

—Hay que ver, hija, lo suave que tienes el cutis. Pareces una adolescente.

—Es que casi lo es, Calatrava. Mi hermana tiene veinte años —respondió Xiana, que parecía ajena a la conversación pero no se perdía ni un vocablo.

—Pero hay mujeres que con esa edad, y con un niño y preñadas de otro, ya se han echado a perder, con arrugas y con los dientes marrones. Cuídate, Rosalía, que vales mucho.

—Oye, y a ti, ¿qué tal te va? —inquirió Carmiña.

—Yo, pues muy bien, haciendo una labor social. —Las dos hermanas mayores y la madre la miraron sorprendidas con la afirmación—. Sí, es lo que digo, allí hacemos que los hombres se esparzan, que la vida en las minas es mala, dura, peligrosa y se cobra muy poco. En mi casa beben, echan una partidita, charlan con los amigos, se cuentan chistes guarros y todas esas cosas. Ya sabéis.

—Sí, ya sabemos —corroboró Carmiña, con una pizca de doblez.

—Sí, también. ¿Qué pasa? Es normal. Ellos siempre quieren más que nosotras, lo sabemos las que estamos aquí, que no somos parvas. Por ellos, habría que estar todos los días satisfaciéndolos. Solo piensan en eso, en ocuparse. Pero no puede ser. Entre los embarazos, las malditas reglas que es como si Dios nos hubiera impuesto un castigo a las mujeres, los dolores de cabeza, que si hoy no porque al niño le están saliendo los dientes y no para de llorar, que si nos va a oír tu madre… pues eso, que no podemos atenderlos. Y eso no quiere decir que no nos quieran, claro que nos quieren, pero a su manera.

Volvió a planear un silencio que solo parecía incomodar a la visita, dado que las cuatro mujeres seguían a su faena. El sonido de los bolillos al chocar era la única música de fondo que se oía en el salón. La Calatrava miró de soslayo a Rosalía y acarició de nuevo su pelo.

—Pues tengo una hermana, Tere se llama, también de Zaragoza, que acaba de abrir una casa selecta en La Coruña. Un sitio bien porque allí hay gente muy importante. Como es puerto de mar, abundan los armadores, contratistas, capitanes de barco, notarios, empresarios y hasta señores de púrpura distinguidos que merecen un trato especial y discreto, ya me entendéis. Y sé que está buscando chicas que tendrán todas las atenciones, sobre todo por la

calidad de los clientes, nada de la marinería guarra y maleducada que va al Papagayo.

Dado que nadie la hacía caso, la madama siguió.

—Estas cosas hay que tomarlas como temporales. Si una familia se queda sin una fuente de ingresos, pues se va allí, se reside unos meses y se sale del agujero. Sé que a sus niñas mi hermana les paga la comida y la habitación. También las propinas son para ellas, y hay alguna que se saca un buen pellizco extra gracias a sus mañas, ya sabéis. Muchas veces recogemos a muchachas que no tienen familia o que sus padres las han puesto de patitas en la calle por haberse quedado preñadas. En cuanto terminan la cuarentena, las tenemos allí. El primer día lo pasan mal. El segundo regular. Para el tercero, ya están acostumbradas. En otras ocasiones nos las traen las madres para que las cuidemos, cuando en las casas falta dinero. Que tal y como está todo…

—¿Estás queriendo decir algo, Calatrava? —La hermana mayor estaba a punto de saltar.

—¿Yo? No sé por qué dices eso. Mi obligación es informar a quien pueda interesar conocer oportunidades de ingresos que sería muy difícil conseguir de otra manera. Para eso no hay que saber leer ni escribir y, chicas, una vez que se ha hecho ya con algún espabilado, pues siempre es igual. Solo que el espabilado nos da disgustos, y el buen cliente, dinero, atenciones, regalos y propinas.

Carmiña se puso en pie.

—Calatrava, te tienes que marchar. La conversación nos distrae, y no te puedes imaginar lo difícil que es rehacer un punto mal tejido.

—Bueno, bueno. Nada, Rosalía, solo quería darte el pésame. Ánimo y salud para sacar adelante a tus hijos. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla que no fue correspondido.

Al salir por la puerta Carmiña vio que su hermana estaba llorando. Se sentó a su lado, la agarró por el hombro y la atrajo hacia sí.

—En esta vida hay muchas comadrejas. Unas a cuatro patas y otras a dos, que son las peores. Tú no te preocupes, estás en tu casa y jamás nos faltará lo imprescindible para vivir; siempre juntas.

Igual, algún día, encuentras a alguien que acaricie tu pelo con respeto y mantenga intacta tu dignidad. Ya lo verás.

49

El viudo Senén no veía a Xiana como una mujer, sino como a una diosa pagana que se sometía a él al igual que haría una esclava nacida para dar placer. Con ella no mantenía relaciones, con ella fornicaba de igual manera que si fuera un condenado a muerte y la noche anterior le concediesen una última voluntad. La agarraba por las nalgas y metía su miembro con fuerza como si quisiera mover un muro de hormigón. Otra vez. Otra vez. Y otra vez mientras jugueteaba con los negros pezones puntiagudos de la gallega que se erizaban con las maniobras del comerciante. Xiana había oído o leído en algún lugar que lo mejor para satisfacer a un hombre es chillar con cada embestida, y lo hacía con tonos distintos, nunca uniformes, que se viera que gozaba como la zorra que era para él. Cuando llevaban un rato se lanzaba a por el miembro, con la boca abierta, la lengua dispuesta y la mano preparada para agitarlo de arriba abajo, de abajo arriba, deprisa, deprisa, más deprisa, todavía más deprisa, mucho más deprisa, ¡a toda velocidad!, para que su hombre alcanzara la cima del placer que lo llevara a saltar sobre el colchón como si fuera una pelota de goma descontrolada. Él pedía que parara, que ya era suficiente, que se había quedado vacío; pero ella seguía y seguía, rebañando las últimas gotas hasta el punto de obligar al comerciante a agarrar su cabeza y quitarla como quien aparta a un animal que lo quiere exterminar.

Jadeante, con la visión desenfocada y la respiración fatigosa, el hombre no acertaba más que a balbucir palabras sueltas.

—Me vas a matar.

—Eso es lo que quiero, matarte como se mata a las cucarachas, a polvos. ¿Te imaginas? Tú en la cajita de muerto con esa sonrisa que tanto jodería a todos los que acudieran al sepelio. ¿Cómo ha muerto?, preguntarían. Follando, alguien respondería. ¿No sería maravilloso?

—Me vas a matar.

El comerciante había comprado a un buhonero de confianza unas prendas íntimas que le aseguró que venían del París de antes de la guerra, y que Xiana se ponía cada vez que se veían. La gallega, que siempre llevaba el pelo sujeto en un moño, se lo soltaba cuando estaba en la intimidad con don Senén, algo que excitaba al viudo porque era de los que decía que las mujeres decentes siempre llevaban el pelo recogido y la que tenía a su lado, medio desnuda, no era una mujer digna, era una golfa que lo hacía disfrutar como no había habido antes puta que lo hubiera satisfecho.

A veces recordaba a su mujer fallecida y se lamentó de que Dios hubiera tardado tanto tiempo en llevársela de su lado. Un ser triste, aburrido, meapilas que fue incapaz de darle descendencia. Cuando algún cliente hablaba de ella, él solo se limitaba a repetir eso de ¡pobre!, que era muy joven, que el Señor la tendrá en su seno, que no paraba de rezar por el eterno descanso de su alma. Aquella era una mujer pusilánime que le exigió la utilización de la sábana nupcial y a quien nunca vio desnuda. Una mujer que tuvo una virtud exclusiva, una nada más: dejarle en herencia la tienda que regentaba y que abrió su también fallecido suegro a principios de siglo.

El joven Senén, cuando todavía no era don, era un simple representante de una marca gallega de pañuelos que recorría con su maletín de muestras las tiendas más importantes de las cuatro capitales gallegas más Vigo y Ferrol. Conoció a la que sería su esposa, soltera y con ganas de pretendiente, y desplegó las habilidades dominadas del arte de la labia para ofrecer aquello que más le interesaba vender: su persona. El matrimonio fue desaprobado por don Matías Grandío, que anhelaba para su única hija un novio menos locuaz y con más fortuna, con algún oficio sólido y no tan volátil, quizá un oficial del Ejército, un notario, un juez, pero se mostró impotente ante la fuerza del joven viajante, que manejaba las técnicas de venta como si hubiera sido el mejor alumno de la universidad de Santiago. Cuando don Matías falleció, la corona más grande que acompañaba al féretro era de él. Tenía un tamaño tan desmesurado que no cabía entera en el interior de la

fosa y hubo que trocearla. Su hija lloraba de pena; él también lloraba, pero de alegría.

—Dame algo para beber. Tráeme una copa.

—No, cariño. Te voy a traer un vaso de agua. Espérame, no te vayas a ningún sitio —le pidió, con sorna. Se incorporó y le dio dos besos. Uno en los labios, otro en la punta de aquello que hacía unos minutos había sido el mástil de su autoestima y que ahora se mantenía caído, flácido e indigno. Don Senén sonrió. Se creía poderoso, conquistador, dominante. Se creía todo eso y mucho más. Tenía a la reina de su imaginario burdel en su propia casa, y gratis. ¿Había dicha mayor?

Media hora después, la pareja se encontraba de conversación, con cruces de palabras, risas y besos. Ella solo llevaba puesto un tul rosa que dejaba todo al descubierto. Su pelo moreno caía abandonado por sus hombros. Fumaba un cigarrillo y a veces soltaba el humo a la cara de don Senén.

—Esto no puede continuar así.

—Claro que no puede continuar así. Me cuestas un dineral —aseguró el comerciante—. Te estoy pagando por adelantado un producto que saco con mucha dificultad porque la gente cada vez me compra menos vuestros trabajos.

—Pues vende mejor. Si yo trabajara en esta tienda, sería capaz de venderle a los maridos sus señoras, y a las señoras sus maridos.

—Soy el mejor negociante de Orense y me atrevería a asegurar que uno de los mejores de toda Galicia, pero no puedo ir en contra ni de las modas ni de la falta de dinero de la gente. La guerra europea nos está arruinando, y eso lo notan hasta los potentados, que cada vez andan con los bolsillos más tiesos.

—Pero yo no puedo pasarme todas las mañanas y las tardes metida en el salón de una casa que para mí es un cántaro vacío viendo a mi madre, que es una muerta en vida, a la puta de mi hermana, que se acuesta tanto con un alemán como con un sueco, y a la viuda de Rosalía, una parva que se ha cargado de hijos con tan solo veinte años y que cualquier día me la veo de pupila con la Calatrava. De hecho, la muy puta ya le ha ofrecido colocación. De eso, de puta, y no tardará en aceptar. No saben hacer nada sin mí.

Yo soy la que lleva los cuartos, la que dice lo que hay que comprar, cómo y cuándo. Ya es hora de que alguna alcance la mayoría de edad. En algún momento tendrán que aprender.

—¿Qué es eso de la Calatrava?

—El bar de putas más famoso de Arnega. Lo regenta una maña que está medio loca y que tiene a un chulo, aunque ella dice que es su marido nadie se lo cree, que pega hostias sin piedad a quien se pasa de la raya. Esa es mi vida, Senén. Esa es mi aldea, una mierda.

—Y, ¿qué quieres que haga?

La gallega comenzó a trabajarlo con sus manos.

—No, por favor, no puedo más.

—¿Que mi hombre no puede más? ¡Qué pasa!, ¿que ya no te gusto? ¿Te imaginas poseerme todas las noches aquí, en tu cama, y que siempre esté dispuesta a someterme a lo que te dé la gana? Como a lo del chocolate que me enseñaste el otro día. Cuando te metías un bombón en tu boca y me lo pasabas a la mía con un beso que me vuelve loca. Lo que pasa es que al tercer chocolatito tenemos que dejar la caja en la mesilla, que ya te pones como me gustas a mí. ¿Y lo del champán en mi ombliguito, o en el tuyo? Me vuelve loca achisparme de esa manera. Dime, ¿cuántas veces me has dicho que te encantaría que me apoyara en el mostrador y, de espaldas a ti, me dejara subir las faldas para que hicieras las guarrerías que quisieras conmigo? Pues lo haríamos las noches que te diera la gana; así, al día siguiente, cuando atendieras a la gente, te acordarías de lo que pasó en la misma mesa en la que envolvías las compras de tus clientas. ¿A que sería fantástico? Fíjate, Senén, la de cosas que hemos hecho juntos. ¿Te imaginas todas las que podríamos hacer si compartiéramos nuestras vidas?

La gallega continuó con sus manos envolviendo la parte más creciente del viudo y Senén cerró los ojos no se sabía si de gusto o de cansancio.

—Por cierto, querida pichola, contigo tenía yo que hablar. —Xiana se dirigía al miembro del comerciante como si fuera alguien con identidad propia—. Como me entere que vas a la *cona* de otra, quemo la tienda de tu amo y a ti te separo de él. Te dejo que hagas

lisonjas, que lances piropillos a otras mujeres, que les digas cosiñas que a ellas les gusta porque vivimos de ello, pero punto.

—Por Dios, Xiana, ¿qué estás haciendo? —Don Senén todavía no se había recuperado.

—Nada, hablando con mi amiga. Tú lo llamarás carallo, pero yo prefiero tratarla con más familiaridad. Que en esto las mujeres nos entendemos muy bien entre nosotras.

50

Además de las cafeterías del Palace o del Ritz, y del Embassy, el embajador británico en Madrid era un asiduo del palacio de Santa Cruz. El diplomático conservador destinado en Madrid desde 1940 tenía con Francisco Gómez-Jordana una relación fluida, muy distinta de la que sostuvo con su antecesor, el falangista Serrano Súñer. En ocasiones era el ministro de Franco quien lo llamaba a la sede ministerial y otras, como aquella vez, era el inglés quien solicitaba una reunión. El militar y político le concedía audiencia en cuanto le era posible.

—Estamos preocupados. Las noticias que nos llegan son inquietantes.

—Le agradeceré se explique, embajador.

La reunión se mantenía en el despacho de Gómez-Jordana, junto a un ventanal, ambos sentados sobre un amplio sofá de terciopelo amarillo pálido y delante de una mesita baja que, como único elemento ornamental, solo tenía un conjunto de porcelana que representaba una escena de caza, gran afición del ministro.

—Nuestros hombres nos están hablando de que hay movimientos extraños, no controlados, en torno al wolframio.

—No son esas mis noticias, señor embajador. España es fiel a lo firmado el pasado 1 de mayo: cumpliremos todas sus cláusulas.

—Nos consta que se han cerrado almacenes ocupados por Sofindus en las proximidades de los Pirineos, algo de lo que nos alegramos, pero la zona noroeste de su país está siendo menos… ¿cómo diría yo?, menos transparente.

—Sé que ustedes tienen numerosos agentes repartidos por nuestra geografía, como también les pasa a los alemanes. Es algo que no nos gusta, no lo voy a engañar, pero nosotros somos un país neutral y ustedes son libres de moverse por aquí como si estuvieran en Suiza o en Portugal, por ejemplo, y lo están comprobando. Seguro que esa gente suya reportará a quien corresponda.

—Mire, señor ministro, llevamos ya casi cinco años de guerra y nuestros muertos en combate se cuentan por cientos de miles, solo de nuestro país. Los aliados no vamos a consentir que los nazis reciban wolframio para seguir con sus matanzas.

—Ellos recibirán las veinte toneladas mensuales pactadas con ustedes.

—Esas son las cifras oficiales.

—Esas son las cifras reales. No me acuse de prácticas que no entran en nuestros cánones de honestidad diplomática.

—No podemos aceptar que Hitler reciba un gramo más de esa cantidad establecida.

—Por parte de España, no reciben nada más.

—Un gramo más lo entenderemos como un incumplimiento gravísimo y sin vuelta atrás de lo firmado.

—No hay gramos adicionales, se lo aseguro —se ratificó el militar español, incómodo ante la obstinación de míster Hoare.

El embajador levantó el mentón. Apreciaba a Gómez-Jordana. Eran ya varios años de encuentros frecuentes y la gestión de ambos se había traducido en el hito más importante para Inglaterra respecto a España: que no entrara en combate. De haberlo hecho, las fuerzas aliadas se habrían encontrado con un país de medio millón de kilómetros cuadrados de hostilidad. Eso no había sucedido y era algo que le agradecía, aunque jamás se lo reconociera. Pero la paciencia de Londres y de Washington para con Franco y la Falange, su partido único, ya había sobrepasado todos los límites.

Mostró su faceta más severa e inflexible para lanzar su frase más contundente.

—Yo no puedo impedir que el fascismo se pasee por España como por su casa, como también intentamos hacer nosotros, solo

que los aliados representamos la libertad; pero lo que sí exigimos es que se cumplan los compromisos contraídos.

Gómez-Jordana estaba demasiado baqueteado como para que esas sentencias lo afectaran. Tiró de cachaza y le respondió que podía estar muy tranquilo con todo aquello que llevara la firma de un ministro de Franco.

—Su excelencia preside un gabinete de personas íntegras. Así se lo puede transmitir a su *Premier*. Y ahora, si no le importa, tengo que preparar el próximo Consejo.

51

Karl había regresado de su paseo matinal por las minas. En el mes de mayo el calor provocaba que se pegara su ropa de monte a la piel, lo que le producía una incomodidad adicional porque le hacía sentirse sucio e indecoroso ante cualquier persona que se le acercara.

Lo que parecía una mañana tranquila comenzó a torcerse al llegar al pazo. Allí, aparcado junto al hórreo, se encontraba el Mercedes 770 de Hans Schneider, algo no esperado. No deseaba encontrarse con él porque imaginaba el tema que tratarían. Lo que no podía haber supuesto era que su jefe llegaría acompañado de alguien que le provocó un sobresalto en cuanto lo vio.

—Heil Hitler!

Su saludo fue respondido con apatía por Hans pero no así por Heinrich Weber, que se cuadró chocando los talones como si estuviera delante de su Führer. Al ver que los tres estaban solos, preguntó por Carmiña.

—Hemos mandado a su secretaria a su casa. No creo que tenga usted inconveniente. Suponemos que no sabe alemán, pero aun así no queremos testigos de lo que tenemos que hablar.

Heinrich había sido compañero de facultad de Karl, también miembro del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. Lo conocía a la perfección. Juntos habían sido partícipes de numerosas adhesiones a la causa nazi, desde lanzar libros a la pira que

encendían los miembros de las Tropas de Asalto hasta asistir a las manifestaciones nocturnas por Unter den Linden, antorcha en mano. Como la totalidad de las personas con quienes tuvo relación en aquellos años, su colega ingeniero era un fanático que moriría por su líder y por la Revolución por él promovida.

—Me alegro de verte Heinrich.

—Lo mismo digo —los dos mintieron con naturalidad.

—¿Por dónde estás?, si se puede decir.

—Karl, sabe que esa pregunta es improcedente —recordó Hans —. Los destinos de cada uno durante el transcurso de una guerra son secretos. Aun así, le indicaré que el *Leutnant* Weber ha tenido responsabilidades en Görlitz, en Silesia, y que está muy familiarizado con las prácticas extractivas.

El anfitrión les ofreció sentarse en un sofá para departir de aquello que ellos quisieran, pero la idea de Schneider era distinta, más práctica.

—Estamos muy ocupados, por lo que vamos a entrar en materia ahora mismo. Muéstrenos los mapas con los que trabaja.

Los tres se dirigieron a la mesa de estudio donde se hallaban amontonados varios planos topográficos.

—Karl, cuente a Weber qué ha hecho usted desde que ha sido destinado a Arnega.

El ingeniero sabía que aquella reunión se iba a mantener en algún momento y estaba preparado para ello, aunque no se esperaba que su jefe acudiera con un experto que efectuara una suerte de peritaje, una especie de auditoría técnica sobre las decisiones tomadas en materia minera.

—Heinrich, si lo deseas, siéntate a mi mesa, que así podrás ver mejor lo que te voy a mostrar.

Primero extendió un gran mapa general de Galicia donde se habían marcado las explotaciones más relevantes, entre las que se hallaban la de Casaio, Fontao, Vilanova y, por supuesto, la de Arnega. Contó que en la zona predominaban las áreas de granitoides de dos micas con otras de esquistos, pizarras y cuarcitas.

—Nuestras minas son las más importantes de todas las que he nombrado, como conoce nuestro *Oberstleutnant*.

—Cuéntele a su colega qué se encontró y qué medidas adoptó —exigió Schneider.

—Por supuesto.

A partir de ese momento, comenzó entre los dos ingenieros de minas un contraste de pareceres que lo único que hacía era despistar al jefe de ambos. Él no era un especialista técnico en el asunto pero, a fuerza de haber escuchado a unos y a otros, había aprendido conceptos tales como mena, aluvión, pella o molturar, pero le faltaban los conocimientos universitarios que sí poseían las dos personas que tenía delante.

—Heinrich, lo que no puedes es afrontar una explotación de wolframita como si obtuvieras metales por medio del lavado de depósitos aluviales, como con el oro. Además, ¿qué pretendes, comparar las técnicas extractivas del wolframio con las del carbón? Lo de aquí está muy cerca de la superficie y, con las lluvias, la obtención se complica. Lo otro es picar, profundizar y cargar en las vagonetas. Y todo lo que se saca es puro, no como esto, que está lleno de cuarzo incrustado. Además, ten en cuenta las precarias instalaciones que se montaron en la mina, donde la poca potencia del grupo impide la máxima eficacia del proceso electromagnético.

—Karl, por supuesto, pero antes de ordenar la apertura de minas, con el coste en tiempo que eso conlleva, hay que realizar prospecciones para evaluar las posibilidades reales de encontrarnos con filones suficientes. ¿Por qué la orientación de las nuevas prospecciones es norte cincuenta grados este, como veo en el plano?

—Tomé muestras con los reactivos. Aquí no hay maquinaria para que esas prospecciones sean certeras, por lo que me tengo que conformar con el gravímetro y con el resultado de fragmentos extraídos al azar. Incluso, es posible que tú no sepas que sufrimos un sabotaje que nos tuvo dos semanas sin energía eléctrica en toda la explotación.

—Eso son excusas —sentenció el ingeniero invitado, que no pudo evitar tragar saliva.

—¿Excusas, Heinrich? Tú no estás capacitado para afirmar semejante infamia. Pero, ¿qué es esto? ¿Has venido a supervisar mi

trabajo al frente de la mina de Arnega? Si es así, debería haber venido alguien competente, no un mediocre como tú. A ver, ¿cuál es la fórmula de la wolframita?

—¡No te consiento que hables así!

—¡Basta! —Los dos ingenieros se cuadraron delante de Hans.

El *Oberstleutnant* empezaba a dudar de la ocurrencia que tuvo al ordenar a Weber que fuera con él a Arnega para averiguar qué ocurría en la explotación orensana.

—Karl, la única realidad que hay aquí es que, desde que usted ha llegado a España, las cantidades de wolframio que se están obteniendo son muy inferiores a las que se extraían cuando Ernest Bauer estaba al frente —aseguró un irritado Schneider.

—Con todos mis respetos, ya he explicado las razones por las que las cantidades son menores. No obstante, creo que en breve los mineros encontrarán los filones que buscamos. En absoluto considero que la mina esté agotada.

—Las noticias que nos llegan son preocupantes, y se las digo a los dos porque sé que ustedes son buenos alemanes, lo han demostrado. Nuestras autoridades han cerrado unos acuerdos con los españoles mediante los cuales se nos acotan las cantidades que nos pueden vender, y tampoco podemos recurrir al mercado paralelo. La Guardia Civil tiene órdenes de requisar cualquier cantidad que no lleve su correspondiente guía, aunque tengo entendido que esas actuaciones se están llevando a cabo con cierta lentitud… ya me entienden. ¿Cómo está aquí el almacén de material, el que nos interesa, no el que conocen los aliados?

—Casi siempre está vacío. En cuanto juntamos dos o tres toneladas, a veces menos, viene uno de los camiones Büssing de Sofindus y se las lleva. ¿Adónde me dijo que se llevaba el material?

Hans se extrañó de la pregunta.

—Que yo recuerde, nunca he dicho cuál es el destino del wolframio obtenido.

—Disculpe.

Con la extraña sensación de haber hecho el ridículo, Schneider ordenó a Weber marcharse del pazo y regresar al coche.

Según caminaba hacia el Mercedes 770, el ingeniero que había acompañado a Hans tuvo que oír cómo lo increpaban. Al principio no hizo caso.

—Oye, la fórmula de la wolframita son cuatro átomos de oxígeno combinado con uno de tungsteno y luego uno de… —Weber lo mandó a la mierda sin dejarlo terminar, con un fuerte chillido—. Recuerda la ferberita, hübnerita, hierro, manganeso...

—Karl, no estoy nada satisfecho con su actuación en España y así lo haré saber al órgano correspondiente —amenazó el superior, una vez que el ingeniero regresó a su casa—. Sea diligente en su trabajo y obtenga progresos inmediatos. Sabe que el Tercer Reich no admite fracasos, no le digo más.

Una vez arrancó el chofer, Heinrich Weber se acercó al oído de su jefe y le susurró algo que no quería que escuchara el conductor.

—Además de quemar libros, pintar estrellas de David en comercios y romper lunas, algo que Karl Müller hacía muy bien, también hay que saber desarrollar sobre el terreno unos estudios adquiridos en la universidad, y en eso ha fracasado desde que llegó a España. Le puedo asegurar que los razonamientos que ha esgrimido habrían abochornado a cualquiera de nuestros profesores. Y ya sabemos lo que hay que hacer con los inútiles.

Hans ni lo miró, aunque lo escuchó sin perder atención a sus palabras.

—¿Desde cuándo hace que conoce a Müller?

—No recuerdo exactamente, pero debió de ser en los primeros cursos de la universidad.

—¿Le parece una persona leal a nuestro ideario?

El acompañante mantuvo un breve silencio.

—Todo lo que tiene de mal profesional lo posee de buen alemán. Pocas personas he conocido más convencidas que él de los altos designios de nuestra causa. Eso tengo que reconocerlo.

Continuaron camino hacia Vigo y Hans temía que, al llegar, seguiría con la duda sobre cuál de los dos ingenieros sabía más del asunto y de cuál se podría fiar en mayor grado.

52

Carmiña le comentó a Gustav que al día siguiente Karl se marcharía de viaje desde primera hora y que no tendría que ir al pazo.

—¿Qué te parece si aprovechamos para que me enseñes algo de los contornos, sitios diferentes de los que yo haya visto en mis paseos?

La gallega aceptó la propuesta y se presentó a las diez de la mañana en su vivienda con la intención de llevarlo al *Monte do Silencio*, un paraje situado en el norte del pico Faviñago y de las explotaciones mineras. El forastero apreció la belleza de las montañas, no muy escarpadas pero ricas en vegetación y arboleda, densas, verdes con toda la gama que ofrece la explosiva primavera. Distinguió alguna loma pelada pero en la que dominaban las tonalidades glaucas.

En el sendero emergían ramas de los árboles de los laterales, como pequeños submarinos de madera que salían a su encuentro.

Entraron en un melojar e intentaron acomodarse entre unas piedras, al lado de un riachuelo y junto a una pasarela que lo salvaba, un entorno que al sueco le pareció cautivador. Gustav pidió que le hablara de cómo eran las fiestas en Arnega y Carmiña se explayó en los detalles, lo que le sirvió para adquirir un pasaporte hacia los años anteriores a la guerra, tiempo de felicidad solo empañada por la reciente, en ese momento, ausencia del pequeño Cosme. La sonrisa nostálgica regresó a su cara hasta que escuchó una pregunta que no esperaba.

—¿Por qué trabajas para un nazi?

—Gustav, la política arruinó a mi familia. —La respuesta no pudo ser más tajante—. Ya te conté lo que ocurrió con mi padre, y es un tema que no quiero tocar. Recuerdo que él decía que había dos Galicias, una en el interior, que era más tradicional; y otra la de la costa, más proclive al Frente Popular. Él sí sabía. Desde que nos enteramos de la fatal noticia, no hemos vuelto a hablar de política con nadie, ni siquiera hablamos entre nosotras cuando estamos solas. Y sobre lo de trabajar en el pazo, me surgió porque sé escribir

a máquina y en mi casa necesitamos ese dinero, y ahora más que nunca. Ni mi madre ni mis hermanas tienen otra fuente de ingresos además de las labores. El dinero que Manuel ingresaba servía de poca ayuda, pero era algo. Rosalía sigue saliendo a recuperar lo que puede, pero la cosa cada vez está peor porque los de la cuadrilla del gas atacan sin piedad a quienes les quitan lo que se creen que es suyo. Cuando llegan ellos con sus amenazas y sus agresiones, los guardias no están, por lo que sea, aunque me imagino por qué. Los bolillos aportan, pero muy poco en comparación con el trabajo que llevan. Por lo tanto, lo mío es un dinero al que no podemos renunciar.

—Pero, ¿sabes qué han hecho los nazis desde que llegaron al poder, incluso, mucho antes?

—Supongo que los suecos también habrán cometido maldades, y nosotros, y los portugueses… La historia estará llena de desmanes.

—Nada es comparable al terror que han infundido los alemanes allá por donde han pasado. Aplastaron a los polacos, a los holandeses, belgas, noruegos, franceses… Han matado con saña a mujeres y niños indefensos. Incluso, han expulsado y matado a ciudadanos alemanes solo por ser judíos o gitanos.

Carmiña puso su dedo en los labios del sueco. Era una manera cariñosa de mandarlo callar. No quería escuchar nada más. Ella obtenía unos ingresos escribiendo a máquina datos y textos que le pasaban y así quería seguir. No veía a Karl como el asesino que pintaba Gustav. Le parecía una persona correcta, educada, con cultura, con modales… no. Al igual que todos los españoles no eran iguales, también sucedería con los alemanes.

—Europa vio nacer al monstruo y lo dejó crecer. Incluso, lo alimentó. Cuando se quiso reaccionar, ya fue tarde, sin vuelta atrás. Se necesitarán millones de muertos para acabar con ellos.

La gallega reaccionó, de súbito.

—¿Qué pensáis, matar a todos los alemanes?

—Yo no mato a nadie porque Suecia es neutral, pero esta guerra provocada por Hitler lleva ya demasiados cadáveres, y aquí, en Galicia, se los está ayudando en esa labor asesina. Algún día

todos nos arrepentiremos de lo que hicimos, de lo poco que hicimos y de cómo contemporizamos.

Carmiña amplificó en su cerebro el rumor del agua, no porque fuera más intenso, sino porque deseaba tapar las palabras que escuchaba con el sonido de la naturaleza. Para su fortuna, su compañero de paseo dejó de insistir en el asunto y guardó silencio.

—¿Siempre has escrito libros de contenido social, de costumbres? —intentó cambiar el curso de la conversación.

Dada la coartada que utilizó al llegar a Arnega, Gustav tampoco deseó profundizar en ella, y convirtió la pregunta de Carmiña en una oportunidad.

—Ha sido el centro de mi vida literaria y, desde hace unos años, ya solo me dedico a ello. España gusta en Suecia. —Se inventó la afirmación porque sabía que su oyente carecía de elementos de contraste—. Y la editorial me pide que escriba de otras zonas del país, por eso estoy aquí.

Continuaron hasta llegar a un puente de piedra que salvaba el curso del Trocal. Era una preciosa construcción bien conservada con un gran arco central ojival y otros dos de medio punto. A cada lado del ojo principal el arquitecto diseñó sendos tajamares que salvaron en varias ocasiones la obra de las crecidas del río. Carmiña le contó que era del siglo XVIII. Gustav extrañaba su máquina de fotos porque aquella era una bella perspectiva.

El paseo se prolongó durante dos horas más, momento en el que regresaron al pueblo. La pareja se cruzó con varias mujeres y tanto Carmiña como Gustav las vieron cuchichear.

53

La visita de Hans Schneider y de Heinrich Weber le hacía sospechar a Karl que su estancia en España podía estar llegando a su final. Las exportaciones de mineral habían disminuido con claridad y las extracciones destinadas al mercado paralelo eran perseguidas por parte de la Guardia Civil con un celo hasta entonces desconocido. Personal al servicio de la diplomacia aliada recorría el norte

peninsular para asegurarse de que no se realizaba contrabando ni en Portugal ni en España.

Por más que lo había intentado averiguar, el ingeniero de minas alemán desconocía en qué lugar de Galicia, si es que era en esa región, se escondía la cantidad de wolframio más importante de todas las guardadas con anterioridad. Había hecho sus averiguaciones, incluso preguntando a los conductores de Transportes Marion, pero estos le habían asegurado que ellos solo llegaban hasta un aparcamiento intermedio que se hallaba en la localidad de Oroso, en la carretera que comunicaba Santiago de Compostela con La Coruña, y que allí otro conductor se hacía cargo del camión y de su correspondiente guía.

Necesitaba conocer la ubicación de ese almacén secreto y para ello tenía dos opciones. Una era viajar solo, con la libertad de movimientos y la independencia que siempre conlleva. Pero existía otra alternativa que deseaba con ahínco, hasta con necesidad, una posibilidad que le había rondado por la cabeza en numerosas ocasiones pero que no quería plantear, quizá porque su responsabilidad le dictaba mantener la inocencia de la muchacha al margen de sus intereses personales en la guerra.

—¿Estás seguro de lo que me estás pidiendo?

—Sí, Carmiña, estoy muy seguro. Lo he pensado desde hace varios días.

A la muchacha se le iluminó la cara con la propuesta. No podía ser verdad que esa persona que tocaba el piano como si acariciara con suavidad su piel, ese de modales educados, voz sensual, por lo menos a ella así le parecía, ese que en alguna ocasión tomaba su mano y la miraba directa a los ojos para transmitirle seguridad, le estaba proponiendo algo que jamás aprobaría don Brégimo, por lo que le resultó mucho más sugerente, todavía.

—Pero, somos un hombre y una mujer. —Procuró que su voz no temblara en exceso.

—Sí, de eso ya me di cuenta en cuanto entré en el pazo.

—No, que quiero decir… —Notaba que la temperatura de su cara estaba subiendo grados como si se acercara a una chimenea a

pleno rendimiento—. Quiero decir que tú tienes mujer, y que a lo mejor…

—Nunca lo he negado. Pero no pensemos ahora en nadie más. Tengo que viajar a Santiago de Compostela y a La Coruña, y me gustaría que te vinieras conmigo. He pensado que te gustaría conocer el mar.

El mar, el anhelado mar, ese que había visto en las fotos de los periódicos, siempre en las tonalidades grises que le impedían intuir su esencia y magnitud.

—Pero eso está muy lejos como para ir y venir en el día.

—Sí, me temo que es así, no nos va a dar tiempo a recorrer tantos kilómetros en una misma jornada, incluso ahora, que los días cada vez se van alargando más.

Tanto Karl como Carmiña disfrutaban con el momento y los dos deseaban prolongarlo al máximo. Era un juego de seducción, nuevo para la gallega, que lo vivía como si fuera un regalo de la naturaleza, de alguna de las ánimas caritativas de leyenda que vagan por los montes y que bajan a los pueblos a regalar felicidad a la desgraciada que más lo necesita.

—Y yo, ¿qué digo en mi casa?

—No estás casada, nadie puede obligarte a quedarte en ella. Trabajas como secretaria mía y puedes decir que te necesito porque voy a visitar unas zonas donde la gente sobre todo habla gallego y en español solo palabras sueltas, y que me tienes que ayudar para que me pueda entender con ellos. Ya sabes, por mi trabajo.

—Pero eso, ¿se lo van a creer?

—Por supuesto que no, pero así os engañáis entre vosotras. También me has contado cosas de una de tus hermanas, ¿no es así? Creo que es la mediana la que se marcha a Orense y pasa la noche allí, en una pensión. ¿Alguien ha comprobado que es como ella dice?

Se quedó pensativa y sintió que era incapaz de mirarlo a los ojos. Le hacían balbucir.

—¿Cuándo nos marcharíamos?

—Depende de ti, de lo que tardes en preparar una pequeña maleta para pasar dos o tres noches.

—Y, ¿dónde dormiremos? ¿En un hotel? —preguntó con temor, aunque sabía la respuesta, anhelaba la contestación que más deseaba escuchar.

—Tenemos varias alternativas. O dormir en un hotel o dormir bajo un hórreo, o en el coche… Yo prefiero un hotel y, si es bueno, mejor. Creo que tú también.

—Pero eso no puede ser, no tenemos Libro de Familia.

—Por ese tema no te preocupes. Tengo una credencial que cuando la enseño nadie hace preguntas. Por cierto, ¿te vas a pasar toda la mañana ahí, de pie, con esa cara de susto que tienes ahora? Igual es que no te apetece, o tienes por ahí un novio del que nunca me habías hablado.

Negó y afirmó, y volvió a negar. Su estado de nervios era tal que su cuerpo respondía sin adecuarse a las órdenes de su cerebro, quizá porque este había perdido su capacidad de razonamiento.

—En media hora estoy aquí.

Una hora después, el Mercedes 540 K abandonaba Arnega bajo un cielo limpio de nubes y con un sol primaveral que alegraba la atmósfera y los ánimos. El trayecto hasta Orense capital se le asimiló a un seductor deslizamiento sobre una alfombra de seda. Jamás antes había montado en un coche tan lujoso como aquel, y viajar en ese asiento de cuero tan mullido y confortable, que se ajustaba a su espalda como la horma de un zapato caro a un delicado pie, era una sensación que no sería capaz de expresar, aunque se leyera toda la obra de los escritores del Siglo de Oro. Le pareció que de paisano estaba guapísimo, con un jersey claro de cuello alto y unos pantalones crema. Los zapatos eran de cordones, marrones. El pelo se le había revuelto y por la parte delantera se levantaba un gracioso tupé. Ella llevaba un vestido estampado violeta que usó para la boda de su hermana y que no había encontrado hasta ese momento otra ocasión de lucirlo. Comprobó que le quedaba algo más justo.

Durante esa primera etapa las palabras escasearon en el interior del vehículo. El alemán viajaba muy atento a la conducción,

porque esta se convertía en una experiencia inquietante al verse obligado a adelantar a numerosos carros tirados por bestias que transitaban por los laterales de la carretera. También había mujeres que llevaban sobre su cabeza unos enormes cestos, con unos andares erráticos e imprevisibles. A todo ello se sumaban bicicletas, carromatos y hasta algún camión que circulaba fatigado y achacoso, como si fuera un anciano.

En ocasiones se miraban y sonreían, poco más. Carmiña admiraba el paisaje y se sentía importante, superior, otra persona distinta a la que llevaba la ropa a lavar al Trocal. Le hubiera gustado restregarse los ojos para despertar del sueño en el que se encontraba inmersa, aunque, si era verdad que era una fantasía, no deseaba llegar al final.

Al salir de Orense el Mercedes se detuvo en un control de una pareja de guardias que, tal y como vaticinó el alemán, en cuanto vieron su pasaporte y el salvoconducto lleno de sellos de distintos tamaños y colores de tinta, se cuadraron a la vez que ignoraron la presencia de la acompañante.

Al llegar a Lalín estacionaron el vehículo en la plaza, junto al ayuntamiento, y el ingeniero preguntó a un paisano por una tienda de confección, bolsos y artículos de viaje.

—Cerramos en quince minutos —recordó el empleado, nada más entrar.

—¿Puede llamar a su jefe?

Al momento apareció por la trastienda una mujer vestida de negro con gesto grave. El alemán le pidió que retrasasen unos minutos el cierre del mediodía porque necesitaba realizar unas compras para la señorita. Con disimulo, mostró la billetera. La mujer, con la misma discreción, dio orden a su empleado de que pusiera el cartel de *Cerrado* y que bajara las cortinillas.

—Todavía no es la hora —advirtió.

—No seas tonto, Sueiro, que no te enteras. Parece que la señorita, o señora, necesita efectuar unas compras. Habrá que facilitarle la elección. ¿No te parece?

—En efecto. Mañana estamos citados con el Excelentísimo Alcalde de Santiago de Compostela y a mi secretaria no le ha dado

tiempo a preparar la maleta que le habría gustado. Es más, también necesitaremos una nueva para guardar todo lo que se compre aquí, en su tienda.

A las cinco de la tarde se tomaban un plato de pulpo con cachelos que les sirvieron en un bar próximo, donde tuvo que persuadir al dueño de que les prepararan la especialidad de la casa fuera del horario habitual de la cocina. «Le sabré recompensar», le aseguró. Además del pulpo, también se tomaron unos pimientos que alguno picaba a rabiar, y un trozo de empanada de atún.

—Todo está muy bueno pero la empanada la hace mejor mi madre.

—Habrá que probarla.

—Habrá —aventuró Carmiña, con un ligero enrojecimiento de los mofletes provocado por el ribeiro—. ¿Cómo te voy a agradecer todo lo que haces para que sea tan feliz? Nadie se ha preocupado tanto por mí como tú.

El alemán la tomó de la mano. Mostró su expresión más trascendental.

—Vivimos un momento terrible. Aquí, en España, no se es consciente de lo que se está sufriendo en toda Europa. Ya sé que aquí también hubo una guerra, pero no llegó, por fortuna para vosotros, a las dimensiones de la que hay ahora, donde los muertos se cuentan por millones. En este momento, estamos vivos. Mañana no sé qué será de nosotros o, mejor dicho, qué será de mí. Nadie lo sabe.

La gallega escrutaba la cara del alemán e intentaba comprenderlo, entender lo que pasaba a su alrededor, pero era incapaz de dominar su nivel de raciocinio, cada vez más achicado por la presión ambiental a la que era sometido.

—Carmiña, me tienes que creer si te digo que me enamoré de ti en cuanto te vi, que no tengo a nadie más que tú en mi pensamiento desde que me levanto hasta que me acuesto, que no soporto verte todos los días tan cerca sin poder abrazarte, sin mirar tus manos y desear juntarlas con las mías y que me abraces fuerte, como jamás lo ha hecho nadie.

Miró en derredor y comprobó que solo quedaba en el bar un parroquiano tomando una copa de anís, o de orujo, y el dueño que limpiaba vasos. Cada cual estaba a lo suyo, sin prestarles atención.

—Lo siento, pero no puedo resistirme más tiempo.

El beso fue breve pero tan intenso que en aquel contacto se fusionaron los deseos mutuos de poseerse. Al separarse, ambos se quedaron mirando hasta que sus bocas comenzaron a alargarse. Las sonrisas sinceras empequeñecieron sus ojos. Si la felicidad tuviera la forma de una escalera de cien peldaños, Carmiña se encontraba en el noventa y nueve.

No quedaban muchos kilómetros para Santiago y sabía que allí se tendría que enfrentar al momento culminante de su vida. Todas las preguntas que se había formulado durante el viaje, tales como el miedo al dolor físico, a la inseguridad por no cumplir las expectativas de su pareja, a las consecuencias de su más absoluta inexperiencia en una situación tan delicada o al temor de que ella no le gustara a él quedaron enterradas por una idea tan simple y sencilla como demoledora: estaban juntos, y en su compañía no había nada que temer. No iba a estar con un hombre, iba a estar con Karl, matiz crítico. Se entregaría y dejaría que la naturaleza se expresara, como lleva haciendo desde el principio de los tiempos.

La fachada de la catedral de Santiago es de estilo barroco gallego y lleva dos siglos presidiendo la plaza más importante de uno de los epicentros del cristianismo, destino de peregrinos desde hace más de mil años. A pocos pasos de allí, el Compostela se convertía en el establecimiento hotelero más emblemático de la ciudad.

En una de las habitaciones que da a la fachada principal, y envuelta en unas suaves sábanas de hilo de una cama con dosel de madera, Carmiña Barreiro alcanzó el escalón número cien.

54

Se despertó de madrugada sin saber dónde se encontraba. Tardó unos instantes en situarse, en notar el mullido colchón de lana bajo

su cuerpo, en la lisura de la sábana sobre su piel desnuda, en volver a darse cuenta de que se hallaba bajo un techo de madera sujeto por montantes, como si fuera alguna diosa de la antigüedad. Karl dormía a su lado, ofreciéndole su espalda, no como un muro para saltar, sino como un imán con una capacidad de atracción sobrenatural. Carmiña no podía haber imaginado nunca que esa parte del cuerpo de un hombre resultara tan atrayente.

Se sentía dichosa y también enfadada, no con nadie, sino consigo misma. Se lamentaba de haber esperado tanto tiempo para sentirse una mujer completa. A sus veinticinco años no había experimentado unas sensaciones que estaban ahí, puestas por la naturaleza para su persona, su placer y todo aquello que era reprendido por la Iglesia, una institución que ahora carecía de sentido y sabía ya, desde ese día y hasta que se muriera, que había perdido el tiempo, ya que lo más hermoso que existía en el mundo era abandonarse ante un ser querido y dejar que fuera la piel quien dictara sus actuaciones.

No lo quiso despertar, ni tocarlo. Solo deseaba observar su delicado pelo, algo revuelto, y deleitarse en el olor de su cuerpo y la fortaleza de sus hombros y de su cuello. Se acurrucó de nuevo con la almohada y cerró los ojos; no para soñar, que eso ya lo hacía con ellos abiertos, sino para pensar en las maravillas que le tenía deparada la vida y que a sus días todavía le quedaban enmienda, que el tiempo pasado era largo, pero más extenso era aún todo lo que le quedaba por disfrutar.

Y también se vio sorprendida por la ausencia de pudor que sintió en el momento en el que se mostró desnuda ante él. Su mirada era franca, limpia, de enamorado; unos ojos que no herían, que acariciaban, que susurraban palabras sin emitirlas. Era la primera vez que un hombre la miraba los pechos, y eso le hizo sentir bien, una persona más íntegra, más segura de sí misma.

Quizá por los cambios de postura o porque la notara despierta, la realidad fue que su amante se desemperezó. La comunicación se cimentó en besos y caricias, sin palabras. El alemán comenzó a palpar cada pliegue de su cuerpo con sus labios. Lo único que Carmiña llevaba puesto era su medalla.

Aquella segunda vez fue más deleitosa que la primera porque resultó más lenta, más disfrutada. Ya no se adentraban en lugares desconocidos. Ya era que el cuerpo del otro lo habían convertido en prolongaciones del propio. La gallega se agitó sin emitir sonidos, nada más que unos leves suspiros que revelaban su nivel de concentración. Boca con boca, manos a espaldas cambiadas, movimientos rítmicos, sosegados, eternos. La capacidad de aguante del alemán prolongó los versos no como si fueran solo dos frases que riman, sino como si se tratara de una ingente colección de sonetos cervantinos.

Karl pidió a la recepción que les subieran un buen desayuno. Las dos veces que hicieron el amor les habían abierto el apetito y la gallega comía las tostadas y la bollería con verdaderas ganas. A ambos el café les resultó exquisito. Ella todavía llevaba puesto el camisón comprado el día anterior en Lalín, una prenda que la fascinó en cuanto la vio y que le pareció algo confeccionado para otro tipo de mujeres, más opulentas y con mejor posición social, quizá esposas de gente importante, no como para una vulgar aldeana. El alemán se había puesto el albornoz del hotel sobre su cuerpo y la miraba esbozando más sonrisas que palabras.

—Cuando terminemos vamos a pasear por esta ciudad. Yo vine una vez, hará un mes, y me fascinó. Cualquier persona con un mínimo de cultura ha oído hablar de este lugar, que traspasa las fronteras de la religión para adentrarse en las del arte. No me dio tiempo a ver la catedral y merece la pena una visita. ¿Quieres también que vayamos a alguna librería?

Carmiña se limpió los labios y respondió que le parecía bien, pero que antes de las letras B y C, en el diccionario estaba la A.

—Y eso, ¿qué quiere decir? —La mueca de dicha no se había marchado de la boca del teutón.

—Puede ser la A de alemán, la A del albaricoque de esta mermelada, la A de la almohada donde he soñado esta noche; pero yo hablo de otra A.

Apartó la bandeja. Buscó acomodo en los muslos de Karl. Lo besó como le apetecía, como suponía se hacía en las películas, envolviendo con su brazo el cuello de su amante y sujetando su cara con la mano libre. Con pasión y sin tiempo. Se separó de él unos instantes.

—La A es la letra del amor. Vamos a la cama, que la catedral y los libros pueden esperar.

—¿Otra vez? —preguntó él, sin poder ocultar su felicidad.

—Sí, otra vez. Ahora eres mío y pienso estrujarte al máximo. Y esta noche, en Coruña, más. Prepárate. Esta es mi luna de miel.

Era inimaginable para Karl que Carmiña no hubiera mantenido relaciones íntimas con otro hombre, dada la edad con que contaba, algo que había quedado patente en las sábanas, aunque lo que más lo sorprendió, a la vez que lo agradó, fueron sus ganas desatadas de repetir.

A pesar de que la mejor hora para acceder a la catedral por las puertas que dan a la plaza de España es la tarde, cuando el sol desciende e ilumina el Pórtico de la Gloria con unas tonalidades ocres, la pareja se adentró en el interior del templo por la mañana, tomados de la mano, con el cuello girado para admirar la profundidad de la bóveda de medio cañón, símbolo de la arquitectura románica imperante cuando se planificó. Carmiña no podía haber imaginado encontrarse dentro de algo tan solemne construido por la sabia mano del hombre en su ofrenda al Altísimo, no a la Iglesia, sino a Dios, que no era lo mismo.

Karl era un hombre culto y demostró que sus conocimientos no se limitaban a la minería y a la música, sino que alcanzaban otras áreas del saber, como eran las del arte y la arquitectura. Señaló la riqueza de las columnas interiores, de los arcos de medio punto, del altar barroco y de los dos órganos. Confesó que no se querría morir sin hacer sonar un instrumento así.

Salieron por la puerta de las Platerías y tomaron la rúa do Franco, donde entraron en una librería que provocó el desmayo figurado de la gallega. Aquello también era otro templo, más

mundano, más humanista, más próximo. Era el lugar donde la cultura se almacenaba en anaqueles repletos de volúmenes que causaron su admiración. Por ella, se habría llevado la tienda entera. Pensó también en Xiana y que, gracias a su hermana, su casa de Arnega poseía una de las mejores bibliotecas del pueblo.

—Puedes llevarte los libros que quieras.

Carmiña no se lo comió a besos porque estaban en un lugar público, y lo último que deseaba era meterse y meterlo en problemas, pero le habría gustado llevárselo a un aparte y darle las gracias como se merecía. Él tenía el suficiente mundo como para saber que para su amante la cultura era algo afrodisíaco, ya se lo había demostrado. Y llevarla a una librería resultaría más atrayente para ella que a una tienda de cosméticos.

Media hora después salió con ocho libros, entre ellos uno de Góngora, otro de Baltasar Gracián y dos de Pérez Galdós, su autor favorito. Karl aprovechó para comprar un ejemplar de la historia de la música gallega, que llevaba en su interior incluso alguna partitura.

Para comer el alemán propuso entrar en un restaurante donde les sirvieron un filete de vaca gallega que se salía del plato, acompañado de un ribeiro servido en unas tazas blancas que se bebía con dificultad pero que provocaba miradas cómplices entre la pareja.

Tomaron el coche y salieron de Santiago rumbo norte. A ella le dijo que hacia La Coruña, aunque su destino previo era el pequeño pueblo de Oroso, al que llegaron después de cubrir los veinticinco kilómetros que distaba. Nada más salir de la ciudad, Karl notó algo nuevo. La cabeza de Carmiña se acababa de posar sobre su hombro derecho, una sensación sencilla y muy placentera.

Estacionaron en la plaza y le propuso que comenzara con la lectura de uno de los libros en la terraza de un bar mientras él buscaba a un amigo al que quería saludar. Aprovechando la excusa, Karl se adentró por las estrechas calles de Oroso y preguntó a varias personas que encontró a su paso si les sonaba algún sitio donde aparcaran camiones con matrícula de Salamanca, algo inusual en ese pueblo. El tercer paisano al que indagó le contó que sí, que cerca de un lugar donde había dos hórreos y una explanada llegaban

con frecuencia camiones con matrícula *SA*, que permanecían unas horas y que luego seguían dirección La Coruña. Le pidió que lo acompañara y tomó buena nota visual del escenario.

Al regresar junto a Carmiña lo hizo con la tranquilidad de que el viaje había merecido la pena y que había conseguido el objetivo marcado, aunque no entraba en sus planes, no ya los encuentros íntimos con la gallega, sino la intensidad de los mismos y la dependencia creada hacia una mujer de la que estaba enamorado. Sí, por qué no reconocerlo. El amor surge en los lugares más insospechados y en su viaje a España no contemplaba esa posibilidad, pero pasó, y sucedió con la huracanada fuerza que otorga la sinrazón.

Más que la vista del océano, lo que sorprendía a Karl era la autenticidad en la expresión impasible de su amante al encontrarse frente a aquella masa azul que mostraba vida propia, que se movía furiosa y que se estrellaba contra las rocas como si quisiera destrozarlas, pulverizarlas en cada embestida. La agarró por el hombro y acarició su cara.

—¿Te lo imaginabas así?

Negó con la cabeza.

—Esto es algo que no se puede imaginar —acertó a decir, embelesada.

El asombro que manifestaba ante el espectáculo natural que se presentaba delante de sus ojos era indescriptible. El movimiento de las aguas le producía una extraña sensación de hipnosis, de paz y serenidad, como si alguien la meciera. Miraba los penachos rebeldes que se formaban en lo más alto de cada ola y cómo la acción del viento los despeinaba haciéndolos jirones. Tuvo un efímero recuerdo al vaivén de las copas de los árboles cuando son acunadas por la brisa.

Al igual que cualquier persona adulta que asiste por primera vez a esa visión, Carmiña también se preguntó qué habría detrás de la remota línea del horizonte. Miró a Karl y sonrió a la vez que vencía su cabeza hacia el hombro de su amado. Apoyada en él escuchó

todas las notas de la melodía más hermosa que alguien hubiera compuesto jamás, aquella interpretada tan solo por el viento convertido en un instrumento musical y el agua salada en frenética actividad.

La pareja se encontraba al lado de la torre de Hércules, el símbolo de la ciudad de La Coruña desde el siglo II, fecha en la que los romanos construyeron esa señal marítima para guiar a las embarcaciones que osaban adentrarse en el mar. La activación de los sentidos era absoluta, y los dos se veían inmersos en una miscelánea de emociones que les duró el tiempo impreciso en que estuvieron de pie, junto al coche, nada más llegar a lo más alto de los acantilados. Si la primera visión del mar es algo que marca a toda persona, si además ocurre en un lugar tan salvaje, tan fiero, tan intenso como aquel, queda grabado en la identidad como el recuerdo del primer beso. Carmiña recordó que una vez leyó datos biográficos de Rosalía de Castro, en donde se decía que ella no aconsejaba acercarse a la inmensa masa azul con el corazón triste porque los deseos de arrojarse a él se acrecentaban. Sintió pena por ella porque el efecto en su ánimo era el contrario. Esa imagen lo que le provocaba era el incremento de las ganas de vivir hasta alcanzar la máxima cota de toda su existencia.

La noche en el hotel Atlantic se vivió al mismo nivel de intensidad que la acontecida en el de Santiago, el día anterior. La mutua desinhibición era absoluta, aunque lo que planeaba en el ambiente, y hasta se metió con ellos en la cama, era la posibilidad de que aquella podía ser la última vez que durmieran juntos. Después de poseerse con pasión, ambos cayeron bajo las despedazadoras garras de la melancolía, sumiéndose en un silencio que ninguno deseaba romper.

—¿Qué vamos a hacer? —fue la primera pregunta que se escuchó tras unos minutos de meditación individual.

—No lo sé, Carmiña, no lo sé. Tengo treinta y cinco años y me he sentido renacer a la vida como si acabara de salir del vientre de mi madre. No sé qué vamos a hacer. Me temo que mi estancia en Arnega y en España no va a durar mucho más tiempo.

—Y te volverás a Berlín… —se atrevió a colegir.

No hubo respuesta. Los dos sabían la contestación y la esperanza de que hubiera nuevos encuentros era una quimera que se levantaba ante ellos con la misma incertidumbre que generaba no saber qué había detrás de la línea del horizonte que formaba el océano con el cielo.

Regresaron al pazo por una ruta diferente, a través de Lugo capital, donde fueron interceptados por sendos controles de la Guardia Civil, tanto al entrar en la ciudad como al salir, y llegaron a Arnega a media tarde.

—Te dejo en tu casa, para que no tengas que cargar con las maletas, que pesan demasiado, por los libros.

Carmiña se sentía observada por todos aquellos que se apartaban para que pasara el Mercedes. Si los rumores en el pueblo se colaban en todas las conversaciones, verlos partir hacía dos días y llegar con equipaje suponía la constatación de un hecho indudable: la mayor de las Barreiro era la concubina del nazi, además de ser también la del sueco.

—Adiós. —Se despidió Karl, después de ayudarla a descargar el equipaje—. Mañana te espero, como todos los días.

No hubo beso ni abrazo. Solo una mirada cómplice. La gallega levantó la mano como si estuviera en un andén y echara a andar el tren que se llevara al centro de su existencia a una guerra lejana de incierto porvenir.

Miró la puerta de su vivienda, agarró la maleta vieja que llevó y la nueva que compró en Lalín, y encaminó sus pasos hacia adentro, con entereza, sin titubear, al igual que si subiera por su propio pie y de forma voluntaria a un patíbulo para que le aplicasen la pena capital y no quisiera que nadie la viera temblar.

55

Después del viaje a Chaves, Gustav no esperaba que quien dijo llamarse Évora apareciera por su casa y, además, acompañada.

La mujer no le presentó al hombre que había llegado con ella, y lo dejó en el exterior, con la consigna de que hiciera el trabajo lo antes posible y que el coche quedara otra vez en pleno funcionamiento.

—Hemos venido con cuatro neumáticos nuevos para sustituir a los que te rajaron. Me ha dicho que en una hora estará todo dispuesto. Por si acaso, trajimos un gato hidráulico, por si no tenías o te lo hubieran quitado. También metimos un bidón de gasolina y herramientas diversas. Este mecánico me asegura que con él todos los coches arrancan y funcionan. Ponte con el equipaje.

El sueco no comprendía. Pidió explicaciones a la vez que le ofrecía asiento. La portuguesa se acercó a él después de lanzar una visual completa al salón, quizá para comprobar que nadie los pudiera escuchar. Le preguntó si estaba solo.

—He recibido noticias de Londres a través de Lisboa. —Hablaba en inglés y en un hilo de voz—. Tu misión en Galicia ha finalizado. Llegaste con un objetivo y este se ha cumplido. Regresas a Madrid, y regresas de forma inmediata. Nosotros te escoltaremos hasta Verín, donde nos separaremos. Dormirás en ruta y mañana tienes habitación reservada en el Palace de Madrid, que creo que ya lo conoces. Allí te darán nuevas instrucciones.

—Pero eso… ¿quién lo ha dicho? ¿Cómo puede ser tan rápido?

—Estas cosas son así, amigo. Ya te dijeron que yo era tu contacto y no esperes que vaya a venir por aquí el *Premier* para darte las instrucciones en persona. Se espera que pronto haya novedades en la guerra, novedades muy sustanciales, y no quieren que haya gente donde ya no pueda aportar. En las principales explotaciones de wolframio de España y de Portugal la actividad se está reduciendo y, si todo va bien, en pocos meses, o incluso semanas, todo esto quedará convertido en nada.

—Pero tendría que despedirme de gente aquí, de Arnega.

—Las instrucciones que me han dado no contemplan esa posibilidad. Además, ¿qué quieres, pasar otra noche aquí y que te vuelvan a rajar las ruedas? ¿Sabes el trabajo que le ha costado a la organización conseguir cuatro neumáticos nuevos para este puñetero coche?

Se levantó y salió al exterior. El mecánico tenía levantado el lateral derecho y le aseguró que habían tenido suerte porque, cuando realizaron el acto vandálico, el coche estaba estacionado sobre una superficie horizontal. Ya había cambiado un neumático y estaba enfrascado con la reposición del segundo.

—Poco más de media hora —auguró, en portugués—. Luego habrá que ver que arranque bien.

—Te voy a ayudar a preparar el equipaje. —Évora no lo planteó como una posibilidad sino como hecho cierto.

El sueco fue a su habitación y metió alguna ropa en una maleta, a revoltijo. La mujer le propuso abandonar aquellas prendas dado que, suponía, no las necesitaría en su nuevo destino. Después introdujo en otra sus cuatro libros de señuelo y optó por abandonar los restantes.

—Antes de marcharme tengo que escribir una nota.

—Voy llevando las maletas al coche, que espero que este hombre cumpla su palabra y sea capaz de hacerlo arrancar y que funcione, que las inactividades sientan fatal a las máquinas.

Gustav se sentó a su escritorio, tomó papel y pluma y comenzó a escribir a Carmiña. Ella acudiría en unas horas a preparar la comida y la vería allí. También tomó un sobre e introdujo en él un billete que sabría que le vendría bien; a ella y a su familia.

El Airflow rugió como una fiera cuando la sacan de la jaula. El hombre miró satisfecho a Évora, que le guiñó un ojo en señal de aprobación.

Los dos coches abandonaron Arnega yendo el de los portugueses en primer lugar. Cuando la gallega acudiera a la casa, se sorprendería al ver la puerta de entrada entornada y un silencio por respuesta. Allí habría un sobre con su nombre bajo un pisapapeles y dentro un folio escrito con letra primorosa.

Querida Carmiña. Mi editor me requiere en Estocolmo porque van a llevar una de mis novelas al cine y tengo que asesorar al director y a la productora. Quieren que revise el guion cinematográfico y que seleccione junto a ellos a los actores. Sabes cómo están las comunicaciones en Europa y

tardaré unos días en llegar a mi ciudad. Te agradezco lo que has hecho por mí. Guardaré siempre, tanto de Arnega como de ti, un recuerdo maravilloso.

Un saludo, Gustav

Eso es lo que ella leería, aunque el periodista y escritor habría deseado que el sentido de la carta fuera distinto. Si tuviera algo más de valor, habría escrito otro texto.

Querida Carmiña. Me tengo que marchar de Galicia porque así me lo piden mis superiores. No sé dónde iré. Si puedo, algún día te lo contaré. No puedo tener ni una sola palabra buena de Arnega, me ha parecido un pueblo despreciable, una sociedad cerrada y maldita, llena de supersticiones, inculta, temerosa de Dios y del siniestro padre Brégimo, de la Guardia Civil y sus cacicadas, y hundida en su propio destino. De Galicia me llevo tu recuerdo, nada más. Eres una mujer maravillosa que mereces que la vida te dé lo mejor porque así eres tú, alguien capaz de entregarse a los demás sin pedir nada para ti. Eres muy joven y tendrás que buscar esa senda que te lleve a la felicidad, con alguien o tú sola. Si te lo propones, seguro que lo conseguirás.

Sé que no habrá un solo día de mi vida en que no me acuerde de ti, de tu voz, de tu mirada y de la tranquilidad que me ofrecías con cada ademán, con tus palabras y con tus silencios. Eres una de las mejores personas que he conocido, honesta y con el alma limpia. Sigue así.

Hasta siempre, Gustav

56

Hacía unos días que habían regresado del viaje y la relación entre los dos amantes se incrementaba a cada jornada que pasaba. Carmiña llegaba por las mañanas y lo primero que hacía el alemán era llevarla en brazos a la cama donde se tomaban su buen desayuno corporal acompañado del mayor surtido de besos que

ambos podían haber imaginado, como si estuvieran en el mejor restaurante del mundo y les ofrecieran una carta extensa y variada. Después, comían algo, a veces en la cama, y repetían la sesión una o dos veces, las que se terciaran. Procuraban cuidar que el sentido del oído fuera el único activo, por si llegaba alguien al pazo, alguna visita no deseada, pero los otros cuatro los dejaban abandonados a su propia apetencia. Era como subirse a un caballo desbocado que brinca por los campos y que salta zanjas y vallas, sin control, en busca de su propia libertad y de su razón de ser.

—Cada vez tengo menos trabajo para darte. No sé si has oído que han trasladado a treinta prisioneros a otros lugares, dado que la producción extractiva ha tenido que disminuir por unos acuerdos entre nuestros gobiernos. No lo entiendo porque yo no soy político, soy ingeniero de minas, y no tengo por qué exteriorizar las dudas que me generan esos tratados.

—No te preocupes. Me pongo con los periódicos, que hace días que no los ordeno.

El alemán dudaba sobre si sería conveniente preguntar por la marcha de su amigo el sueco, ese a quien todos los días preparaba la comida. Se armó de valor.

—Se fue sin avisar. Me dejó una pequeña nota y un sobre con algo de dinero para mi casa, pero no sé nada más. Lo que lamento es que todo fuera tan rápido y que no nos hayamos podido despedir. Era una persona muy educada a la que le gustaba mucho mi país, y Galicia en concreto.

—No te lo quise decir antes, pero ese hombre era un espía.

—¿Un espía? Eso es imposible —se contestó, rotunda—. Era sueco, y Suecia es un país neutral.

—¿Y? En primer lugar, ¿por qué sabes tú que era sueco?, ¿porque te enseñó un pasaporte? Es algo muy fácil de falsificar. ¿Te habló en sueco? Y, aunque hubiera sido así, ¿qué demostraría? Nada. ¿No llegaste a pensar nunca en su verdadera labor? ¿Qué hacía en España?

—Él es escritor. De hecho, se ha tenido que marchar a Estocolmo porque van a hacer una película de uno de sus libros.

Karl mostró una sonrisa cínica.

—¡Esa sí que es una buena coartada! Escritor… ¿Te parece normal que atraviese varios países en guerra para conocer cómo son las fiestas en una aldea perdida del interior de la península Ibérica? ¿Quién le pagaba la estancia, y ese coche tan caro, y el viaje, y la manutención?

Se acercó por detrás y le agarró por los hombros. Como hacía de continuo, ella puso las palmas de sus manos sobre las suyas y las masajeó. Se dieron un beso.

—Gustav se marchó. Espero que le vaya bien. Dudo que lo volvamos a ver por aquí. El que también se va a marchar voy a ser yo. Tengo que hacer unas compras en Orense. Comeré allí. Estaré de vuelta a media tarde. ¿Nos vemos mañana?

En la puerta de la entrada se volvieron a abrazar, con la pasión acostumbrada y las ganas que ambos no podían ocultar.

Carmiña vio marchar al Mercedes y volvió al salón. Sin él, aquella estancia tan espaciosa se convertía en un lugar inhóspito, desagradable, frío y vulgar. Karl lo llenaba con su presencia, con su música, hasta con sus silencios. Se acercó al piano y tecleó unas notas, al tuntún. Resonaban en su recuerdo sus palabras, en las que aseguraba que la actividad extractiva estaba disminuyendo, que se habían trasladado a varios presos y que el número de mineros libres también estaba siendo menor. Temía que su marcha fuera cuestión de pocas semanas. «Y luego, ¿qué?», se preguntó. Además de ser su amante, Karl, como pensaba también de Gustav, eran personas con vidas anchas, con las que se podía hablar de temas inimaginables para cualquiera de sus vecinos, que se mostraban como seres mecánicos sin ambiciones, sin miras, sin proyectos. El previsible y próximo vacío, que ya había empezado con la marcha del sueco, no lo podría rellenar en Arnega con nada ni con nadie.

Sabía en qué plúteo del aparador el alemán guardó la foto de su familia. La colocó con cuidado encima del piano y recordó el primer día de trabajo con Karl. El que entonces tuviera mujer y tres hijos era un dato ligero. El que hoy tuviera mujer y tres hijos era un puñal que le quitaba la vida. Volvió a mirar la cara sonriente de la esposa y la vio guapa, con estilo, con un aura de la que ella carecía, una rival demasiado fuerte como para que su marido tomara una

decisión drástica. Imaginaba que si una mujer y una posición social eran anclajes poderosos para un hombre, el tener tres hijos en común suponía un refuerzo que convertía ese lazo matrimonial en un vínculo indestructible.

Volvió a guardar la foto en el cajón del mueble y se sentó a su escritorio. Tomó varios periódicos, unas tijeras y, sin poderlo remediar, comenzó a llorar, y lo hizo como cuando se enteró de la muerte de su hermanito. Y lloró como cuando les comunicaron que su padre ya no volvería. Y lloró como aquella tarde, en la que el que creía que era el amor de su vida, le anunció que al día siguiente se marcharía a La Coruña a tomar un barco a América.

Esa era su vida. La vida de las lágrimas en los ojos y del pañuelo húmedo en la mano.

57

La ciudad de Vigo era el principal puerto de mar de Galicia y, por lo tanto, el lugar de cita de numerosos agentes de los servicios de inteligencia contendientes en la eterna guerra mundial. Ya fuera en los salones del hotel Continental o en el café El Derby, ubicado en la plazuela de Urzaiz, los enemigos se citaban con sus contactos cuando se quería que el contrario se enterara de esos encuentros, táctica utilizada por ambos bandos en numerosas ocasiones. Cuando las reuniones requerían secretismo, estas se producían en pisos francos, de los que cada organización poseía varios.

Bajo la tapadera de la actividad diplomática, un número variable de agentes británicos se movían por doquier para supervisar que los acuerdos establecidos con el Estado español el 1 de mayo se cumplían, y solo se embarcaban rumbo a Alemania las cantidades máximas autorizadas.

—Ya han sido cerrados los almacenes de Guipúzcoa y de Navarra, y nos consta que ni por Behobia, ni por Irún ni por Canfranc salen trenes o camiones —aseguró Axel Clark, uno de los agentes del MI6 destacados en la ciudad viguesa.

—Nuestras informaciones son de que hay una cantidad muy importante pendiente de enviar, y todo apunta a que ese lote se encuentra escondido en algún lugar de Galicia —intervino Norman Brown—. Lo que desconocemos es cómo y por dónde saldrá, pero es imposible pensar que vayan a renunciar a él. Suponemos que no lo harán por tierra ni tampoco por aire. Si esa cantidad llega a Hamburgo, a Kiel o a Bremerhaven, en menos de dos meses estará forrando las V-1 y, lo peor, las V-2. Eso significará decenas de miles de muertos y el alargamiento de esta maldita guerra —sentenció.

Volvieron a extender el mapa sobre la mesa y comenzaron a repasar la situación en cada mina, las que ya se habían cerrado, las que habían disminuido su actividad, que eran la mayoría, y el lugar donde encerraban los malditos camiones salmantinos de Transportes Marion, el tentáculo logístico de Sofindus y de Bernhardt para mover aquel metal tan pesado y tan dañino que hubieran querido que Dios jamás hubiera creado.

—Las minas están muertas. Vigilad esos camiones —insistió Norman—. Ellos nos llevarán al wolframio que estamos buscando.

58

La muerte de Manolo, y cómo sucedieron los hechos, había metido en la vivienda de las Barreiro una nube espesa de tristeza que impedía el diálogo entre ellas. Si lo habitual era que las palabras fueran escasas y que solo la locuacidad de la pequeña y las punzadas de la mediana alteraran el silencio habitual, a partir de su defunción las conversaciones se habían reducido a vocablos sueltos y a comentarios cortos y esporádicos. Xiana seguía administrando las finanzas de la familia y les comentó, en una excepción a su comportamiento habitual, que el futuro se complicaría porque don Senén le había adelantado que no podía seguir con el actual ritmo de encargos.

—Dice que las ventas de nuestras cosas están bajando, que interesan a menos personas. Por lo pronto, ya he anunciado a las Carrasco y a las Borrén que solo me voy a llevar unos pañuelos y

unos cuellos, nada más. Porque, claro, si escasea el trabajo y no hay para todas, nosotras seremos las últimas en quedarnos sin él.

Su comentario mereció el silencio de las hermanas. Rosalía hizo un gesto de dolor y se echó la mano al vientre, aunque no gimió. Don Casiano le había anunciado que estaba fuera de cuentas y que el parto se podía producir en cualquier momento. Luisiño se entretenía con un coche de madera que arrastraba por el salón, de un lado a otro. Como si la criatura fuera un perrillo que barrunta la adversidad, solo se limitaba a emitir soniquetes ininteligibles a la vez que hacía correr el pequeño vehículo por el suelo, emulando con la boca el sonido del motor. En ocasiones dirigía la vista a su madre, que era incapaz de devolver la mueca de cariño que le demandaba.

—Y, ¿cuándo te anunció don Senén eso? —preguntó Carmiña, sin dejar de mirar la labor que se traía entre manos, un precioso velo.

—El último día que estuve viéndolo —respondió, sin mirarla.

—Vaya, qué pena que no lo convencieras para que nos compre más.

Xiana detuvo el movimiento de manos. Sujetó los últimos hilos con sus correspondientes alfileres que tomó del acerico. Miró a su hermana con unos ojos interrogantes. No le había gustado el comentario.

—Bastante hice con conseguir que nos siga comprando la producción a nosotras. Lo que no puede es comprársela a otra gente. De todas maneras, si no estás conforme, ¿por qué no vas tú a Orense y lo convences de lo contrario?

Aquella era la primera charla que se traían las Barreiro en varias jornadas. Avelina deseaba abstraerse de la situación pero no lo conseguía, lo mismo que la hermana pequeña.

—¿Ir yo a Orense? ¡Válgame Dios! No creo que a don Senén le guste verme a mí. Él ya ha elegido a la Barreiro que quiere ver.

—¿Qué estás queriendo decir, hermanita? —Xiana acababa de ponerse en pie, en actitud retadora.

—Estoy queriendo decir que no vayas a creerte que me chupo el dedo, que sé muy bien por qué no vas a Orense en el primer autobús de la mañana y vuelves en el último.

La rojez de los rostros comenzó a hacerse patente. Era manifiesto que sus hermanas y su madre, supuso, sabían la verdadera razón de sus viajes a la capital.

—Hermana, te voy a ser muy clara, voy a ser muy clara con vosotras también. —Miraba con alternancia a las otras dos mujeres de la habitación. Luisiño había dejado de jugar y miraba expectante a su tía. Algo nuevo pasaba, aunque él era incapaz de entenderlo—. Mi vida es eso, mi vida. Este pueblo se va a morir en muy poco tiempo. Supongo que no seréis ajenas a que el wolfram, o se está acabando, o cada vez interesa menos, pero la realidad es que se están sacando menos piedras negras que hace unas semanas y que ya ha cerrado uno de los bares esos a los que iba Manolo.

—A Manolo ni lo nombres —demandó la pequeña, a la vez que se santiguaba.

—Yo no voy a quedarme aquí a ver cómo nos morimos de hambre. Yo no voy a ser como tú. —Con el mentón señaló retadora a su hermana mayor.

Sin dar más explicaciones, se dirigió hacia la habitación que compartían y regresó al salón, cinco minutos después, con una gran caja cuyo contenido todas conocían.

—¿Qué haces con eso? ¡Trae!

—¿Qué te crees tú, que vas a gustar a un hombre decente, que se va a fijar en ti un hombre que se vista por los pies? Solo sirves para ser la querida de extranjeros que te usan como a una puta, y encima les sales gratis. Naciste desgraciada y morirás desgraciada.

Xiana abrió la caja y, desde su altura, dejó que aquellas telas níveas cayeran al suelo.

Carmiña saltó sobre su hermana como una leona ante la única presa que queda sobre la tierra. Le tiró del moño con tanta fuerza que la agredida soltó un bramido que provocó el llanto de Luisiño. Intentó clavar las uñas en su cara pero consiguieron retener la mano de la agresora. Rosalía hizo por levantarse pero no lo consiguió a la primera, algo que sí pudo hacer Avelina, que veía de nuevo a sus hijas enzarzadas en una pelea que se clavaba en su corazón como una daga afilada.

—Esta eres tú, Carmiña, la nada, la nada más absoluta, por mucho que te acuestes con el alemán y con el sueco. ¡A saber la de veces que habrás abortado! ¡Vete a las esquinas del Papagayo o a Ferrol, que también tiene puerto de mar! Ya tienes experiencia.

—Tú eres la barragana de un viudo que solo te interesa por su dinero.

La mediana era sujetada por la madre y la mayor por la pequeña.

—Mamá, mañana tomo el primer autobús a Orense, me voy a vivir allí. Esta noche dormiré en casa de alguna vecina. —La besó en la sien. La matriarca intentó retenerla con sus débiles brazos pero no lo consiguió porque el visceral odio de su hija la dotaba de una fuerza adicional.

Sobre el suelo del salón quedaba el ajuar de boda de Carmiña, un vestido de novia con puños bordados, una espalda con pedrería cosida que tenía como destino ataviar a una joven llena de proyectos a la que el embarazo de otra mujer apartó de su vida. Al principio supuso que de forma provisional, aunque ya estaba convencida de que sería para siempre.

Con las lágrimas retenidas, y manteniendo la compostura como podía, se agachó y fue tomando aquellas prendas que tanto trabajó durante varios años: el vestido de novia, unas toallas con las dos iniciales bordadas, la *C* y la *G*, un juego de cama y una sabanita de bebé, «para cuando llegara el momento», había escuchado que le dijo aquel a quien tanto quiso. Con torpeza, Rosalía ayudó a doblar las ilusiones pretéritas de su hermana mayor. Avelina se levantó y abrazó a sus dos hijas.

59

El número de la guardia civil Nemesio Martínez había cumplido treinta y un años justo el día en que lo destinaron a Arnega, lugar al que llegó con su mujer y su pequeño de cuatro años. El trabajo era sencillo puesto que consistía en labores de vigilancia de un colectivo que no era de los más conflictivos, y que se habían acogido a un

régimen de reducción de penas por medio del trabajo. El cabo Albino Castro era un superior con el que tenía dificultades de trato, con prontos no siempre predecibles; una persona que dictaba órdenes incómodas que había que acatar, aunque no estuviera de acuerdo, pero nada distinto respecto a lo encontrado en destinos anteriores. Uno de sus servicios habituales era realizar labores de centinela de los dos edificios donde pernoctaban los penados, aunque ahora ya solo hubiera reos en uno de ellos dadas las bajas últimas, unas por muerte y otras por traslado. Esa vigilancia también incluía custodiar el pequeño almacén donde se guardaba el mineral paralelo extraído hasta su posterior envío a otros destinos. Dado el secretismo que rodeaba a esa mercancía, y para evitar miradas indiscretas o deseos de apoderarse del codiciado metal, se solía encontrar vacío, pues cada dos o tres días llegaba una furgoneta para llevárselo a un paradero desconocido, vehículo que cada vez iba menos cargado.

Para la vigilancia de presos durante la noche, y dada la escasez de medios humanos, cada guardia se veía obligado a realizar turnos de cuatro horas. El primero empezaba a las once y finalizaba a las tres de la madrugada. Y el segundo iba desde las tres hasta las siete, momento en el que se despertaba a los presos para que se asearan, el que pudiera y quisiera, y se les diera algo de desayunar antes de salir hacia las bocaminas no más tarde de las siete y media, ya vigilados por otros compañeros, por miembros del somatén o de Falange, siempre al mando delegado por Pallarés.

A las cuatro y media de la madrugada Nemesio miraba las estrellas y se sentía empequeñecido e inferior ante su inmenso poder. De pequeño le habían contado que alguna ya se había apagado, pero que estaba tan lejos que su luz tardaría millones de años en dejar de iluminar. Pasó noches enteras admirando la bóveda celeste en el pueblo burgalés donde nació, a la vez que se sentía seducido por los guiños que le enviaban, como si fueran chicas que lo quisieran, jóvenes que se hubieran enamorado de él y en su mano estuviera elegir con cuál quedarse. «¡Qué grande es el Señor y cuánto su infinito poder!», pensaba.

Quizá fue lo último que llegó a su mente. Una mano le sujetó la boca con firmeza mientras notó que algo frío entraba en su cuello.

Quiso moverse pero no pudo. Sí fue consciente de que sus ojos se cerraban y que su cuerpo perdía tensión. Nada más.

—¡Vamos! —La voz de Cristóbal Díaz era determinante. La orden no la chillaba, la silabeaba.

El grupo de cuatro guerrilleros llevaba observando al vigilante desde el cambio de turno, cuya hora tenían controlada. Esperaron a que se moviera, a que reconociera que la situación era la habitual y a que terminara el paseo para liarse un cigarrillo con su paquete de picadura. Ese momento de relax era el oportuno para asestar el ataque. El resto, como siempre, valor, decisión, sincronización y un cuchillo de monte con una hoja de veinte centímetros, mínimo. Preferible que fuera de doble filo. Habían comprobado que a esas horas centrales de la madrugada jamás aparecían por las puertas de las alambradas que custodiaban a los prisioneros ni falangistas ni miembros del somatén. Reducir al centinela era hacerse con el control de los barracones, por lo menos durante las dos horas siguientes.

Ángel Rioja, uno de los acólitos de Cristóbal, buscó las llaves del candado que cerraba la verja de entrada y las encontró sujetas al cinturón del cadáver. Movió su cuerpo con el pie y las retiró con la mano. Se fijó en que el despojo tenía los ojos abiertos, con las pupilas ausentes de vida enfocadas al inabarcable universo.

—Te jodes, no haberte hecho guardia —profirió al difunto, también a voz en cuello. No quiso cerrarle los párpados.

Abrieron la cerradura y cruzaron la zona intermedia a toda velocidad a la vez que miraban hacia todas las direcciones. Tres de ellos llevaban pistola mientras que el almeriense blandía un Sten que le había entregado el Partido. Al llegar a la puerta la abrieron y se identificaron.

—Compañeros, somos camaradas que hemos venido a ayudaros a escapar —la voz de Cristóbal sonaba firme—. Sois libres de elegir si os quedáis o si os venís con nosotros. Venir es peligroso, pero es la libertad. Si os quedáis aquí, puede que acabéis asesinados por Franco y su Régimen, o podridos durante treinta años en una cárcel en cualquier parte del país. Vosotros decidís, pero tenéis que decidir ya.

—Yo me voy con vosotros —aseguró una voz anónima.

—Y yo.

—Y yo también.

Uno de los presos no era tal, sino un chivato a las órdenes de los carceleros, dado que el segundo topo había sido trasladado a otra explotación hacía unos días. Pensó en dar la voz de alarma pero, si lo hacía, su vida terminaría en diez segundos, quizá menos. Tenía madera de traidor, pero no de héroe suicida. Se mantuvo expectante hasta que vio que el barracón se llenaba de brazos levantados que anunciaban con claridad sus intenciones.

—¡Contad conmigo! —exclamó también el camuflado.

—Joder, es que a mí me cayeron diez años y ya llevo cinco. Tengo mujer y un hijo que no conozco —dudaba otro.

—Camarada, en la vida hay que tomar decisiones difíciles, y sé que esta es una de ellas. Si te quieres quedar, allá tú, aunque te adelanto que te van a interrogar hasta sacarte las tripas.

En dos minutos escasos, la totalidad de presos se habían adherido al plan de fuga.

—Saldremos todos juntos y, una hora después, nos dispersaremos en grupos de dos. Será en un sitio donde tenemos algo de comida y ropa para quien la necesite. A partir de ese momento, nadie seguirá a nadie y tendremos que valernos por nosotros mismos, no quiero grupos. Os adelanto que la vida de *fuxidos* en el monte es dura, pero es vida, es libertad, y por los lobos no os preocupéis, no atacan a los hombres, son listos. Compañeros, sin el coraje que da la mala leche, no habría fugas. ¡Vamos! — Levantó el puño, aunque sabía que nadie lo iba a ver.

Al salir, y antes de adentrarse en el bosque, el chivato entendió que era su momento y se separó del grupo para salir raudo hacia el pueblo.

Cristóbal comprendió la función de aquel sujeto y corrió tras él. El Partido ya les había puesto sobre aviso de que en todos los destacamentos de presos siempre existían soplones al servicio de la autoridad.

Entre ambos hombres en carrera había una diferencia fundamental. El uno tenía las piernas entumecidas por acabar de

salir de una cama mientras que el otro llevaba varias horas despierto, caliente y en plena forma. Antes de que pudiera chillar, Díaz se abalanzó sobre él y hundió su cuchillo en el lateral del cuello a la vez que clavaba su cabeza contra la tierra. Sacó el arma y la volvió a clavar, más honda todavía. Repitió la maniobra dos veces más. El malogrado cuerpo pegó unos estertores hasta que se quedó inmóvil.

La paz de Arnega solo se vio alterada por los ladridos de unos perros que barruntaban la tragedia que se cernía sobre el colectivo prófugo.

60

Por la orientación geográfica de Galicia, cuando el guardia que tenía que sustituir a su compañero salía de su vivienda, la claridad aún era escasa y el frío húmedo seguía envolviendo la noche con un halo brumoso y callado, tan solo roto por el sonido lejano de alguna lechuza que todavía seguía despierta. Los olores de la tierra se mezclaban con el procedente del rocío de la vegetación.

La imagen rezumaba belleza hasta que hubo algo que la truncó. La visión en la distancia del cuerpo inerte de un paisano tirado en el suelo y con los brazos extendidos fue el anticipo de la tragedia. Corrió hacia él a la vez que hacía sonar su silbato con la mayor fuerza que albergaban sus pulmones. Levantó la vista y comprobó que las puertas de las vallas del recinto donde se confinaba a los presos estaban abiertas, y también las de los barracones. Puso su fusil en posición de disparo y avanzó con cautela. El corazón le dio un vuelco cuando se encontró tirado a un compañero, con los ojos abiertos, carente de vida. Cargó el Mauser y disparó al cielo.

No habían pasado todavía cinco minutos cuando llegaron dos compañeros y al cuarto de hora arribó también el cabo Castro.

—Mi cabo, están muertos Martínez y ese preso. Les han clavado un cuchillo. Habrá sido un ajuste de cuentas entre

comunistas y anarquistas. —La única persona que conocía la identidad del confidente era Castro.

Con los subfusiles cargados entraron en el barracón y se encontraron con la nada más absoluta. Los presos habían desaparecido. Todos. Miraron debajo de las camas, en las letrinas y en el espacio que quedaba entre el suelo de los albergues y la tierra. Inspeccionaron el otro barracón, en el que en su día también se confinaban a otros presos. El resultado fue el mismo.

—Voy al cuartel a llamar a Orense. Vosotros tres marchaos con el coche de servicio hacia Castro Candelas. Si veis a alguno de estos no preguntéis, disparad.

Con paso brioso, la máxima autoridad de Arnega se dirigió hacia su despacho. Una parte de la población se había acercado al lugar de los hechos y tuvo que apartarlos cuando preguntaban por lo sucedido. Una mujer, menor de treinta años, quiso detener su rápido avance.

—Mi cabo, mi cabo, ¿es verdad lo que me han dicho? —Su expresión sobrecogió a Albino. La miró unos instantes y la apartó también de su paso, como si fuera una perra sarnosa que estorba.

Según continuaba andando, escuchó los chillidos que la desesperada mujer pronunciaba con repetición de un nombre, mientras subía la pendiente que separaba el pueblo de los lugares de confinamiento.

—¡Nemesio! ¡Nemesio! —Una voz quebrada, un clamor plañidero, un corretear torpe, unos instantes de angustia hasta encontrarse con la realidad de unos ojos que jamás volverían a pestañear.

A las once de la mañana se mantenía un encuentro en el despacho del cabo. Este se encontraba en posición de firmes. Su silla la ocupaba el comandante de Orense y a la misma también habían acudido los tenientes de los puestos de Verín y de Monforte, así como los sargentos de Ginzo de Limia y de La Gudiña. A la reunión asistían dos miembros del somatén y Álvaro Pallarés, que llevaba su camisa azul mahón recién planchada.

—Eres un inútil, Castro. Has consentido que se escapen casi setenta presos cuando estamos a punto de desmontar la explotación de Arnega.

—Mi comandante, tenga en cuenta lo cortos que siempre hemos estado de efectivos.

—¡Cállate, imbécil! ¿Qué voy a contar en Madrid cuando me pregunten? ¿Que se ha fugado un puñado de rojos muertos de hambre que estaban al cuidado de un guardia dormido?

—Ya sabe, mi comandante, que aquí siempre hemos hecho todo lo que se nos ha pedido. —Aquella era una clara alusión a lo sucedido en la mina *Fervenza dourada*.

—Teniente, llévese a este hombre, que no quiero volver a verlo. —El comandante, instigador de la maniobra asesina, no quería saber nada de lo que decía el ejecutor de aquella orden—. Que haga la maleta ahora mismo y que se presente por sus medios en la comandancia de León, que en Galicia no quiero que se quede ni un minuto más. Allí ya le darán un nuevo destino a la espera de juicio.

Después posó sus ojos sobre los de Castro.

—Esta negligencia te va a costar muy cara. Por mis cojones que te vas a acordar de Arnega mientras vivas y de cómo se meó en tu cara un grupo de delincuentes. ¡Vamos, largo!

El cabo se cuadró ante su superior y salió de su despacho bajo la mirada reprobadora del resto de los asistentes.

—Eres la vergüenza del Cuerpo y de España —profirió Álvaro Pallarés cuando el defenestrado pasó por su vera, mostrándole un gesto arrogante y la superioridad por bandera.

Una vez que se marchó el que fuera responsable del cuartelillo, el comandante volvió a tomar la palabra.

—Por lo que hemos averiguado, y de un rápido vistazo, la evasión debió ser después del cambio de turno de las tres de la madrugada y antes de las seis, pues el cuerpo del pobre guardia estaba frío a las siete de la mañana. La autopsia precisará más. Por lo tanto, el protocolo de evasión con el cierre de la frontera se montó dos horas después de la fuga, como pronto. Dado que han tenido ayuda exterior, de eso no nos cabe duda alguna, esa gente puede estar ahora muy lejos de aquí. Pero también se han podido

quedar por el monte. Uno o dos pueden escapar en la caja de un camión o escondidos en una furgoneta hacia Portugal, pero son demasiados para que el grueso de los evadidos no siga en España.

—Mi comandante, nosotros ya hemos montado todos los controles de carretera según nos ordenaron —apuntó el teniente de Monforte.

—Lo mismo nosotros desde Verín —ratificó el de la localidad.

—Vamos a dedicarle a esto la máxima prioridad. No tiene nada que ver que mañana solo digamos a Madrid que se han escapado unos prisioneros, a que digamos que hemos abatido a la mitad en menos de un día, porque no quiero capturas, quiero cadáveres. A la mínima sospecha se dispara a matar, aunque levanten los brazos en señal de rendición o mariconadas así.

Todos asintieron.

—Y vosotros igual. —Miró con desplante a Pallarés—. Que se tiene que ver que los falangistas servís para algo más que para cantar el *Cara al sol*. Recluta a toda tu gente y a los somatenes que puedas. ¡Vamos, hostias!

Varios vecinos de Arnega vieron meter un par de maletas en el taxi de Castor, en el que viajarían Albino Castro, su esposa y sus tres hijos. Nadie lo miró con pena sino con indiferencia, aunque la marcha del cabo pronosticaba la tragedia para el pueblo. Sin mano de obra prisionera, con varias minas cerradas y con una cantidad de mineros libres inferior a la registrada hacía unas semanas, la viabilidad de la pequeña población quedaba en entredicho.

61

A la una de la madrugada de la noche siguiente al asesinato del guardia Nemesio Martínez, una fila de camiones Opel Blitz, todos ellos con matrícula de Salamanca, salían de la localidad coruñesa de Mera. En esa discreta población era donde los alemanes habían habilitado un almacén para depositar el wolframio que obtenían procedente del contrabando del mineral, y que habían podido

trasladar hasta allí por medio de guías falsificadas para engañar a las autoridades de tránsito que las solicitaran. Dada su alta densidad, el lugar de escondite era un local pequeño ubicado detrás de un taller de coches, a modo de tapadera. El jefe del operativo era Hans Schneider, que viajaba en su Mercedes – Benz 770.

La caravana llegó a la población de Cariño, al norte de la provincia de La Coruña, donde dos submarinos del tipo XIV, conocidos como *Milchkuh* (vacas lecheras), se encontraban abarloados en su pequeño puerto. Estos sumergibles, de los que la Kriegsmarine poseía diez unidades, fueron construidos en los astilleros Deutsche-Werke de Kiel para proveer en alta mar de combustible o torpedos a otros submarinos. En la base del III Reich de la localidad francesa de Lorient se realizó la correspondiente transformación interior, para estibar las cuatrocientas treinta toneladas que con tanto celo se habían escondido en el depósito camuflado de Mera. Después de una travesía de mil millas náuticas, los submarinos atracarían en la base de Bremerhaven. Desde allí las transportarían hacia Peenemünde, donde se incorporarían a las aleaciones que utilizaban para fabricar los V-1 y, sobre todo, los V-2, y protegerlos del rozamiento con la atmósfera que provocaba su alta velocidad. Las esperanzas nazis se depositaban en esa partida y el propio Führer en persona se mostraba altamente interesado por el operativo. Para eliminar carga superflua se había reducido el combustible hasta el mínimo necesario y ajustado la tripulación. El valor de un kilo de hombre era incomparable con el de un kilo de wolframio.

Cariño dormía, excepto los miembros de los sumergibles, que esperaban la llegada de los camiones a la hora convenida. Con puntualidad hicieron su entrada en el puerto y de su interior saltaron varios hombres con carretillas. Apagaron los motores y las luces, dado que la noche se mostraba estrellada y con suficiente claridad para moverse por el dique.

—*Beeildich*! (¡Deprisa!) —chillaba uno.

Hans se reunió con los capitanes de los dos sumergibles.

—¿Aquí está todo? —preguntó uno de ellos, un Fregattenkapitän de la Kriegsmarine.

—Sí, os lleváis la última esperanza de nuestro ejército.

Los tres hombres se subieron las solapas de los abrigos y chaquetones. Asistieron a la maniobra con un cigarrillo en la mano. Todos los soldados se esforzaban por trasegar las cajas con los cincuenta kilos que contenía cada una a la mayor velocidad que podían.

Sin que estuvieran previstos, unos ruidos de motores lejanos fueron haciéndose cada vez más presentes. El trío se volvió hacia el pueblo para comprobar que varias luces anticipaban la llegada de cuatro turismos y un quinto, que era una furgoneta de la Guardia Civil.

—*Scheiße!* (¡Mierda!) —exclamó Hans, a la vez que se echaba la mano a la cartuchera. Uno de los capitanes lo detuvo y le lanzó una mirada recriminatoria.

Los vehículos se iban alineando a medida que llegaban al muelle. Mantuvieron encendidos los motores y los faros. Del primer coche se apearon dos hombres con gabardina y sombrero y dos mandos de la Guardia Civil, un comandante y un teniente. Los guardias que habían viajado en la furgoneta se situaron en línea guardando una distancia de tres o cuatro metros entre cada uno. Todos llevaban subfusiles. Cesó el movimiento de carretillas y la expectación general se convirtió en una niebla densa que alcanzó cada rincón del pequeño puerto pesquero.

—¿Quién está al mando de este operativo? —quiso saber el comandante. Hans se adelantó.

—¿Qué querer usted? Estamos habilitados para realizar embarques por medio de guías autorizadas por el Consejo Regulador Minerales de Interés Militar.

—De momento, que suspendan la estiba hasta que comprobemos la documentación. ¿Cuánta cantidad llevan?

—No sabría decir, mi comandante.

—¿Seguro que no sabe ni lo que lleva ni cuánta cantidad pensaban introducir en esos submarinos? —Axel Clark, el inglés que recorría las minas gallegas inspeccionado cantidades y guías, no se creía la respuesta. Lo acompañaba un oficial del OSS norteamericano.

—Supongo que ustedes serán los capitanes de esos sumergibles. —Las palabras del mando de la Guardia Civil eran determinantes—. Desde ahora mismo les deniego la orden de zarpar hasta que no verifiquemos su interior. Conocen la legislación y no hace falta recordarles que ahora están en territorio de un país neutral, y las leyes internacionales nos amparan para registrar cualquier vehículo de tierra, de mar o de aire que se encuentre bajo nuestra soberanía, aunque tenga bandera de otro país.

Al escenario llegaron otras dos furgonetas con más guardias civiles. Los dos hombres de paisano se miraron satisfechos. Hans tiró al suelo la colilla y la aplastó con furia.

62

Dos días después de registrarse la evasión de los prisioneros republicanos, Carmiña caminó hacia el pazo dispuesta a mantener una nueva sesión de cama antes de situarse delante de una máquina de escribir para no pulsar tecla alguna, ya que la inactividad había alcanzado su cota más alta.

El día anterior no acudió porque Karl le comunicó que debía marcharse a Orense, que saldría a primera hora de la mañana y que regresaría al anochecer. Esa mañana llevaba un vestido primaveral estampado en colores con florecitas pequeñas y cuello con puntillas que le compró su amante en Lalín. El alemán insistió en que se comprara varios conjuntos de ropa interior, «pero no me los enseñes en la mano, que esas cosas se tienen que ver puestas». No había día, no había hora o instante en que la gallega no reviviera el mejor fin de semana de su vida, cuajado de cariño, de amor, de una pasión que ella jamás imaginó que experimentaría en su persona, ya que todo lo vivió en tiempo presente, sin que fuera la confidencia de una hermana o de una amiga. Ella fue la protagonista. Y tampoco olvidaría esos dos días de visión del mar embravecido, con aquellas olas que le querían hablar y pedir que se adentrara en su fuerza.

Karl era lo mejor que le había pasado en toda su existencia.

Al llegar a la vivienda del alemán se sorprendió al no ver el Mercedes aparcado en la puerta, algo que no cuadraba con lo que le refirió de que llegaría a última hora del día anterior. También se sorprendió con que la puerta estuviera entreabierta. Accedió al interior y, como le pasara cuando Gustav abandonó Arnega, la vivienda se encontraba vacía. La situación le resultó familiar, para su desgracia. Pronunció en alto el nombre del ocupante y recibió el silencio por respuesta. Caminó hacia la alcoba y vio la cama deshecha, por lo que dedujo que había pasado la noche allí. Se acercó a las escaleras y chilló su nombre. También fue a la cocina y al baño. Regresó al dormitorio y abrió la hoja de uno de los armarios roperos. El corazón le dio un vuelco al comprobar que el interior estaba vacío, al igual que los cajones de la cómoda. También echó de menos las dos maletas que el alemán llevó cuando se instaló en el pazo. Empezó a notar que su corazón bombeaba con mayor brío. Acomodó las palmas de sus manos cerca de su boca, a modo de megáfono, y voceó en varias direcciones, con la máxima potencia que le permitían sus pulmones.

Al volver al salón miró en el piano y, como si hubiera escuchado una campanita en su interior, corrió hacia el cajón del aparador donde se encontraba la foto de su familia. Tampoco estaba. Sin proponérselo, la vista la llevó hacia la máquina de escribir. Allí, y pillado por las teclas, había un pequeño sobre con su nombre, nada más que su nombre, sin apellidos.

—¡No, por favor!

No se sentó en la silla, sino que sus rodillas cedieron y se desplomó sobre ella. Se sintió meiga y comenzó a leer una carta que todavía no tenía entre sus manos, que no había sido capaz de tocar. Conocía el contenido, desde el encabezamiento hasta la firma. Tendría unas palabras u otras. Sería más extensa o más corta. Pero el mensaje no admitiría dudas: Karl se había marchado de Arnega para siempre.

Con dedos trémulos, y después de santiguarse, se armó de valor y la separó de las teclas de la Adler. El grosor del sobre anticipó el escaso contenido de la nota. Escrita con pluma

estilográfica en trazos torpes, leyó lo escrito con los párpados entrecerrados.

Querida Carmiña. De madrugada me llamaron para decirme que había caído una bomba en mi casa de Berlín. Se ha confirmado que mi mujer y mis dos hijas han fallecido en el ataque. Mi hijo pequeño está herido pero sobrevivirá. Tengo que regresar de inmediato. Perdona que no te espere. Jamás me olvidaré de ti.

Tuyo siempre, Karl

No podía ser, otra despedida igual, mediante unas frías y breves palabras, aunque no era lo mismo no volver a saber nada de Gustav que de Karl. El primero había sido una persona entrañable con quien estuvo con comodidad, que la trató de forma exquisita, alguien culto y de buena conversación. De Karl se encontraba enamorada, aun sabiendo que estaba casado y que era un hombre diez años mayor. El alemán había sido un amante vigoroso que le enseñó el arte del amor en su más extenso sentido, que la hacía palpitar solo con mirarla, con rozar su mano, con besar sus labios con una ternura desconocida.

«La mujer de Karl muerta —se lamentaba a la vez que apretaba la carta contra su pecho y se iniciaba una procesión de lágrimas tranquilas—, ¡y sus dos hijas!». Pensó en el pequeño y lo recordaba sonriente en la foto, un ser que ahora se encontraba huérfano de madre y sin hermanas para el resto de su vida. «¡Maldita guerra, maldita guerra, malditas guerras, solo traen desgracias a la gente buena!». Se volvió a acordar de su padre. «¿A quién benefician las guerras? ¡A nadie!».

Todavía con las mejillas humedecidas, se levantó hacia el piano, tocó unas teclas y anheló ser capaz de hacerlo sonar como lo hacía Karl, con esa suavidad y sonoridad. «¿Qué se encontrará cuando llegue a Berlín?». Gracias a la imaginación que había desarrollado por medio de la lectura, veía con claridad el encuentro entre padre e hijo y cómo ambos se fundirían entre lágrimas en el momento en que se pudieran abrazar. En la nota le decía que estaba

herido pero, ¿cuál sería el alcance de esa herida en el cuerpo de alguien tan pequeño? ¿Afectaría a algún órgano vital que le impidiera llevar una vida normal? ¿Se habría quedado cojo? ¿Habría perdido un brazo?

Necesitaba seguir con Karl y no tuvo otra ocurrencia que regresar al dormitorio y meterse en la cama que había sido testigo de unas mañanas inolvidables. Las sábanas seguían oliendo a él. Se abrazó a la almohada y la besó como si estuviera con su amor. Lloró, lloró por ella y por su futuro.

De súbito, se incorporó y se quedó pensando en algo en lo que no había reparado. Si ahora estaba viudo y ella era una mujer soltera… «¡No, por Dios, Carmiña, qué ocurrencias!». Su personalidad se desdobló y una parte de su ser le daba una esperanza mientras otra le acusaba de plantear razonamientos impropios para la ocasión. «¡Vergüenza te tendría que dar!», le recriminaba su vertiente cabal.

Se dirigió al espejo del armario y se quedó delante de él. Miraba al reflejo con arrogancia. Se arregló el pelo con las manos e hizo por alisárselo con rudeza. Se humedeció los labios y torció unos grados su cara. Se llevó las manos al primer botón del vestido y lo quitó. Después el segundo y así continuó hasta el final. Se lo abrió y se vio en ropa interior, en un conjunto de braga y sujetador que se había comprado para él, para que la poseyera como jamás un hombre la tomaría. «¿Qué te espera en Arnega? La guerra no será eterna. Terminará en algún momento». La nota finalizaba con un *Tuyo siempre, Karl* que no había olvidado.

En el silencio del pazo escuchó un motor en el exterior. Atropellada, se abotonó el vestido a la vez que percibía que un vehículo se acercaba a la casa.

—¡Karl, Karl!

Corrió hacia el salón.

—¡Karl, Karl!

La puerta se abrió y entró Hans Schneider, el ingeniero de minas Heinrich Weber y otros dos hombres que nunca antes había visto, ambos vestían trajes de chaqueta y cubrían sus cabezas con sombreros de calidad. Se aterró cuando los vio con la pistola en alto.

—¿Dónde está? —exigió saber el jefe de Karl, en español.

Al ver que la mujer se había paralizado, la apartó de un empujón e impartió a sus hombres unas órdenes, en alemán. Como sabuesos adiestrados, uno de ellos subió las escaleras y el otro se marchó hacia la zona de la cocina y el baño. Weber entró en el dormitorio. Al salir, miró a su jefe y negó con la cabeza. Este se volvió con furia hacia Carmiña. La agarró de las muñecas y la atrajo hacia sí.

—¿Dónde tú escondido a Müller? —Al no obtener respuesta, le dio un revés que la tiró al sofá. Se lanzó de nuevo hacia ella y le volvió a arrear una bofetada que le dejó los dedos marcados. La gallega comenzó a llorar—. Vamos, puta, ¿dónde está?

Ella negaba y negaba. Hans estaba fuera de sí y le volvió a pegar esta vez un puñetazo que le partió la ceja. Fue a su mesa de trabajo y tomó con violencia la máquina de escribir y la lanzó hacia la pared. Se volvió. Parecía una bomba a punto de estallar.

Dado que no obtenía repuesta, sacó la pistola de su cartuchera y la clavó en su cabeza.

—¡Arrodíllate! —Los nervios la tenían paralizada—. ¡Que te arrodilles!

Un hilo de sangre caía por la cara de Carmiña. Tenía las mejillas empapadas de lágrimas y el pelo revuelto. Hizo caso e hincó las dos rodillas sobre una de las alfombras. Los dos hombres que habían registrado el pazo regresaban al salón. Miraron al jefe y dijeron algo que ella no entendió, aunque lo supuso.

—Veo que esconder muy bien a Müller. Tú lo has querido. Contaré tres. Si no dices dónde está, mataré. No olvidar que en la España de Franco nosotros mandamos.

Cargó la pistola y apuntó.

—Uno…

—*Herr* Schneider. —El jefe volvió la vista hacia Heinrich Weber. Había encontrado la nota escrita por Karl. Se la enseñó y algo hablaron. Hans se guardó el sobre con la carta en el bolsillo interior de su chaqueta. Miró a los otros dos hombres y les ordenó algo.

Los cuatro abandonaron el pazo, atropellados. Arrancaron el vehículo y se marcharon del lugar con las mismas prisas con las que

llegaron.

Carmiña se tiró sobre la alfombra y rompió a llorar a la vez que se santiguaba. Faltaban bastantes meses para que volviera a sonreír.

63

El 9 de mayo de 1945, el mariscal de campo Wilhelm Keitel firmaba en Berlín la ratificación de la capitulación incondicional de Alemania; y el 14 de agosto el presidente estadounidense Harry Truman anunciaba la sumisión absoluta de Japón. En dos tiempos, la que sería conocida como Segunda Guerra Mundial, había finalizado. Atrás quedaba un reguero de millones de muertos y un sinfín de heridos, físicos y psíquicos, que tendrían que aprender a vivir y convivir entre ruinas, carencias y tristezas.

Ambos hitos pillaron a Gustav Sørensen en un pequeño pueblo valenciano llamado El Palmar.

Un año antes, y siguiendo las órdenes de Évora, abandonó Galicia y llegó a Madrid después de pernoctar en Medina del Campo. Tal y como le habían indicado, se alojó en el Palace y se mantuvo en el establecimiento hotelero sin que nadie se acordara de él, o eso fue lo que le pareció. En la recepción ya le habían confirmado que tenía pagada la estancia y que podía contar con el personal del establecimiento para lo que precisara. Cansado de esperar unas instrucciones que no llegaban, se dirigió a la embajada sueca en la capital y allí le pidieron que permaneciera en el mismo sitio hasta recibir nuevas órdenes. Aprovechó esos días para conocer la ciudad, visitar sus museos, comer y cenar en tabernas del centro y visitar su famoso Rastro, un lugar que lo sorprendió por lo surtido de los artículos que vendían y por la manera de fijar el precio, una especie de negociación entre comerciante y comprador a la que él no estaba acostumbrado.

Una mañana, a la hora del desayuno, apareció Winston, el inglés que ya conoció en su primer viaje a Madrid. Le habló de que el reciente desembarco aliado en las playas de Normandía imposibilitaba a los nazis el transporte del wolframio, por lo que su

misión, no solo en Galicia sino también en España, había terminado. Le contó además que habían telefoneado al director de su periódico y que este le aseguró que su puesto seguiría disponible para cuando regresara. Por último, le cifró el depósito que habían realizado en una cuenta a su nombre en el Banco Español de Crédito en pago por los servicios prestados.

—Lleva usted quince días en Madrid. Me imagino que en este tiempo habrá pensado en su futuro.

—Me ha dado tiempo a pensar en casi todo, desde mis años de infancia a los días pasados en Arnega. Desde el momento en el que me pegaron aquellos cobardes a los ratos en soledad en mis paseos por las calles de Madrid, que sigue a media luz. Y también he pensado, como dice, en mi futuro.

—Supongo que imaginará que los traslados en la Europa actual son peligrosos, incluso entre países neutrales como son el suyo y el que estamos ahora. El desembarco ha sido un éxito, pero un triunfo relativo. El ejército alemán está plantando cara y cada kilómetro que se avanza cuesta muchas bajas. No hay fecha para concretar la llegada de los aliados a París. Si desea que lo llevemos a Estocolmo, lo haremos, pero no le oculto el riesgo que ello supone y la duda sobre la estimación del tiempo necesario.

—No, Winston, no voy a hacer eso. No deseo, por lo menos por ahora, regresar a Estocolmo. ¿Qué me espera allí? Mi familia ya no existe, solo en mis recuerdos y esos van conmigo a donde quiera que yo vaya. He vivido demasiados acontecimientos en estos últimos meses como para regresar a cubrir informaciones locales y esperar, a veces hasta con ansiedad, a entrevistar a los galardonados con los premios Nobel como mi hito profesional más importante del año. La distancia me ha hecho ver que ese no puede ser mi trabajo hasta el día en que me jubile, que la vida ofrece otros atractivos como para ceñirme a esa labor. Resultó útil y gratificador durante un tiempo, pero ese tiempo ya ha terminado. Por lo tanto, he pensado que voy a escribir mis propios libros.

El inglés exteriorizó un ligero desconcierto. No entendía de qué le hablaba y supuso que sería algún problema de falta de expresión idiomática del sueco.

—El depósito del que me ha hablado lo veo suficiente como para vivir en España durante una buena temporada. Salvo que uno tenga vicios caros, como es el alcohol de importación o el juego que ya sabemos que es ilegal, la vida en este país no es cara, de modo que he decidido convertir en reales unos libros que jamás existieron. Voy a hacer que existan, que cuenten historias interesantes, no una mera fachada sin edificio detrás. Mi coartada para residir en Arnega fue fingir una personalidad como investigador antropológico, un indagador de costumbres sociales, de historia local, de las expresiones particulares. Uno de mis falsos libros se llamaba *Atardeceres en La Albufera*. Pues eso quiero, Winston, escribir esos libros, algo que antes no hice, vivir esos atardeceres, o lo que sea, pero todo en España. Será una experiencia inigualable.

La vivienda donde residía en Valencia era un pequeño cubículo rectangular con techo de caña a dos aguas que recibía el nombre de barraca, y cuya función primitiva era la de alojar a los pescadores de la Albufera. La familia de los Claramunt había construido una segunda para un hijo que emigró a Barcelona por lo que la tenían libre. Se la arrendaron a un precio asequible. Compartía con el matrimonio y los dos hijos adolescentes una parte de su tiempo, en especial los de las comidas. Se aficionó a la paella de pollo, conejo y verduras de los domingos y a las *clóchinas* y al *all i pebre* en temporada. Compró varios libros de Vicente Blasco Ibáñez, observó embobado unos atardeceres rojizos sobre las siempre plácidas aguas de la Albufera con el recuerdo de Britta y de Peter a su lado, y aprendió vocablos de la tierra como *dinar*, *sopar*, *iaio*, *és molt bonic* o *prou*, que era lo que siempre decía cuando no quería que le sirvieran más en su plato, porque eso de comer todos de la cacerola o de la paellera cada uno con su cubierto fue una costumbre que nunca compartió. Aunque no era creyente, los domingos iba a misa y muchas tardes escuchaba a Tonet, el patriarca, hablar sobre su peculiar visión de la vida. Por las noches sintonizaba una potente radio que se compró que emitía con un sonido metálico que hasta le pareció entrañable.

Pero no hubo un solo día en que no recordara Arnega y a Carmiña, aquella muchacha con la que hablaba con la misma comodidad que tendría con alguien que fuera su amiga desde la niñez, o la hermana que la vida no le regaló. Recordaba ese pueblo hermético, con un futuro condicionado por el wolframio, wolfram como decían ellos, habitado por seres miserables pero enclavado en unos parajes tan disímiles a los que vivía a orillas de la Albufera que parecía que se trataba de dos países distintos, con unas diferencias espaciales que no existían en Suecia, a pesar de poseer una extensión similar a la de España.

Durante el año largo que llevaba residiendo en Valencia había tomado suficientes notas como para poder escribir ese libro inesperado, ese ensayo que nunca previó desarrollar. «¿Qué habrá sido de Carmiña y de su familia?», se preguntó un día, sin que hubiera un estímulo concreto que le trajera ese recuerdo a su actualidad.

Se despidió de Tonet, de su esposa y de sus dos hijos, y en su coche que de habitual no utilizaba, se prestó a iniciar un viaje muy largo que lo llevaría al otro extremo de España.

64

Gustav pernoctó en un hotel de Ponferrada, próximo a la estación de ferrocarril. En los últimos dos días había atravesado una España libre de nazis, y eso le generó una sensación extraña. Antes no los veía, pero conocía de su existencia. Ahora tenía la certeza de que no se encontraría con ellos en ningún lugar, que el país amigo de Franco no había desaparecido, pero sí que se había transformado en un estado distinto, y lo sería para siempre, por lo menos en muchas décadas. En Valencia se encontraba suscrito al periódico *Las Provincias* y sintonizaba las emisiones en onda corta de la BBC en una Telefunken que adquirió en la calle de las Barcas de la capital. Había conocido noticias que le helaron la sangre a pesar de encontrarse a orillas de un mar cálido, como el descubrimiento aliado de campos de exterminio donde el nazismo había asesinado a

millones de seres humanos. Reprochaba a Carmiña la emoción que experimentaba hacia un sujeto colaborador e instigador de aquel genocidio. Sabía que el amor era un sentimiento incontrolado, pero que también debía conocer unos límites.

Después de atravesar el puente sobre el Trocal, arribó a la población y se inquietó con lo que vio o, mejor, con lo que no vio. La vida se había evaporado de Arnega. Estacionó junto a la fuente, en la misma plaza de José Antonio, y solo vio abierta la pequeña tienda de comestibles donde, tiempo atrás, no le quisieron vender productos. Nadie hacía cola para entrar. Se dirigió hacia ella pero no llegó a acceder al interior. Permaneció detenido en el umbral hasta que la avinagrada mujer que atendía el establecimiento reparó en su presencia. Las estanterías presentaban más huecos que latas, y un par de chorizos resecos se asimilaban a dos estalactitas huérfanas y escuálidas. Fue reconocido al instante.

—Pase, pase, por favor. ¿Qué le pongo?

—¿Se acuerda de mí?

—Por supuesto, usted es el sueco. Pase, por favor. ¿Qué le pongo?

—Ahora me dice eso de «pase por favor». ¿Ya he dejado de ser *O alleo*?

La mujer se sonrojó a la vez que bajaba la vista.

—Si usted me compra algo, será el primero del día. Y, a lo peor, el último —reconoció la gallega.

Sintió lástima de la asténica y compró un par de latas de bonito que no necesitaba, pero lo tomó como una obra de caridad. Él no estaba para eso, pero aquella mujer, con los huesos más marcados que cuando la conoció, le infundió un sentimiento de pena que quiso paliar, por lo menos por el lado moral.

Dejó las conservas en el coche y se encaminó a la que fue su vivienda. Le impactó encontrarse delante de la puerta, esa que tantas veces atravesaba cuando regresaba de sus paseos por el monte para anotar cuántas bocaminas estaban horadadas y cuántas activas. A veces se preguntaba si toda aquella información habría servido para algo, pero sabía que esa cuestión jamás tendría

respuesta. Él lo hizo con convencimiento y volvería a aceptar una misión así.

Llamó al timbre y comprobó que no funcionaba. Tampoco atendió nadie al golpe de nudillos. Optó por dirigirse a la casa de Carmiña, con la duda de qué se encontraría y qué le diría cuando se hallara frente a frente con la que fue una peculiar amiga.

El aspecto exterior, con una hiedra que avanzaba ya por delante de las ventanas cerradas, anticipaba lo que iba a encontrarse en su interior, siempre que pudiera acceder a él. Aquello estaba vacío, y debía llevar abandonado mucho tiempo, casi desde su marcha. En un primer momento sintió una cierta sensación de desconcierto al no saber qué pudo pasar ni con ella ni con su pequeña familia. Arnega había cambiado porque lo habían hecho sus habitantes, ya que el paso del tiempo se mostró cruel con ellos en un lapso escaso. Gustav se sintió vacío ante la ausencia de Carmiña, de su sonrisa y de sus amables palabras que constituían la única alegría a la que se agarraba en aquellos parajes apartados que nunca se le iban del recuerdo.

Pesaroso y cabizbajo regresó a la plaza y se sentó en un banco de piedra que utilizaba a veces para ver pasar la vida del pueblo, debajo de un precioso edificio con una larga galería blanca y acristalada. A lo lejos advirtió la macabra figura de una sotana que caminaba veloz, como si en Arnega hubiera prisas. Distinguió con precisión al padre Brégimo. Este lo miró pero, o no lo reconoció, o no lo quiso reconocer. El religioso mantenía una actitud arrogante y superior ante los demás, y su orgullo lo llevó a ignorar al sueco, algo que este agradeció porque no deseaba en modo alguno cruzar palabras con un ser tan despreciable como aquel.

Quien sí que seguro identificó su personalidad fue alguien que caminaba apoyado en un bastón, un hombre a quien los apaleamientos psicológicos recibidos no habían mermado su dignidad pero sí su físico, enteco y frágil. Una persona a la que el sueco era incapaz de calcular sus años pero sí que aseguraría que, los que tuviera, los llevaba con pena y pesadumbre. Se cruzaron la mirada y el paisano lo saludó desde lejos. Varió el rumbo para dirigirse junto al recién llegado. Este se levantó a saludarlo. Iba a

darle la mano pero el veterinario, que seguía llevando con orgullo su pajarita, lo abrazó.

—Mire usted, señor Gustav. Si me hubieran dicho que iba a volver a verlo en Arnega habría asegurado que antes vería a Jesucristo que a usted —reconoció, con una voz nada plantada y poco briosa.

Tomó asiento junto a él y le preguntó por la razón de su inesperada visita.

—La curiosidad, don Santiago, la curiosidad de los periodistas y escritores.

—Vaya, veo que se acuerda de mi nombre. Yo recuerdo que usted se llamaba Gustav, aunque no retuve el apellido. Y dígame, ¿qué hace por aquí? ¿Qué se le ha perdido en esta aldea alejada de la mano de Dios, por mucho que el padre Brégimo se empeñe en asegurar que el Señor viene por aquí todos los domingos, por lo menos?

—Después de marcharme de Arnega viajé a Valencia, y allí estuve trabajando en un libro a la vez que seguía con interés los acontecimientos de la guerra.

—¡Ay la guerra! ¡Las malditas guerras! ¡Cuándo aprenderá el ser humano!

Comentó que veía el pueblo muy cambiado.

—¿Cambiado? No, cuando usted lo vio cambiado fue cuando vivió aquel tiempo del año pasado. No llame a esto pueblo porque nunca lo ha sido, aunque tengamos *concello*. Esto era un conjunto de casas que el wolframio convirtió en una locura, y sabíamos que cuando acabara la guerra, fuera cuando fuese, todo regresaría a su ser, a constituirnos de nuevo en un pueblo corriente, un nombre más en un plano que resulta indiferente a cualquiera, un conjunto pequeño de almas perdidas que no importa a nadie, ni a nosotros mismos. —El hombre se quedó ensimismado con su breve disertación—. A primeros de junio del año pasado el wolfram dejó de interesar a todo el mundo. Fue como si se hubieran olvidado de él. Fíjese, antes de las piedras negras, había gente que trabajaba ocho horas por dos pesetas, y con el wolfram se podían sacar en dos horas, con suerte, hasta sesenta kilos, pagados a ciento veinticinco

pesetas cada kilo. ¿Qué le parece? Pues que acabado aquello, acabado todo. Alguno lo llamaba *la baba del lobo*, bueno, ya sabe usted lo supersticiosos que somos los gallegos. Seguro que oyó hablar de Vulkan.

El sueco se interesó por la gente que lo habitaba después de la desbandada.

—Los mismos que antes de que empezara la locura del wolfram. Han cerrado todo aquello que era nuevo. El cuartelillo que levantaron lo han derribado. Cegaron las bocaminas, por cierto, sin haber rescatado los cuerpos de aquellos doce infelices, que todavía siguen allí bajo toneladas de piedra, y también demolieron los barracones que construyeron para los mineros libres y para los presos que, no sé si usted sabrá, se fugaron en masa.

—¿Los presos que trabajaban en las minas?

—Los mismos. A partir de los dos o tres días de la evasión fueron apareciendo cadáveres por todo el monte. Cuando la gente buena los quiso buscar en la montaña para enterrarlos había alguno ya descompuesto, con los rostros desfigurados por el festín que se habían pegado los animales carroñeros. Fue una matanza igual a la de *Fervenza dourada*. Entre los guardias, los del somatén y los falangistas se cargaron a la mayoría. No sé si solo pudieron escapar dos o tres. Eso se dijo.

También contó que habían desaparecido todos los bares nuevos y los lupanares, incluido el de la famosa Calatrava.

—No sé qué tendría ese lugar, pero por ella o por sus chicas debió pasar toda la minería gallega —sonrió con la afirmación—. Algunos decían que estaba más surtido de chavalillas que el mismísimo Dólar de Ponferrada.

—Veo que usted se ha quedado.

—Yo estaba de antes, hijo. Tampoco tengo muchos otros sitios donde poner estos huesos cada vez más cansados que ese Dios que dicen que existe me dio. Yo daba clase en la universidad de Santiago y sufrí un expediente de depuración al finalizar la guerra. Aquí vivo como puedo. En el campo siempre hay animales. Necesito poco para sobrevivir.

—¿Y Carmiña Barreiro? —Ya había escuchado demasiados datos que carecían de interés. Se armó de valor.

—¿Las Barreiro? No sé nada de ellas. Sé que la del medio, Xiana, fue la primera que se marchó de su casa, y que después, al nacer el segundo hijo de Rosalía, se marcharon las tres mujeres y los dos niños, pero no sé dónde pueden estar. Debió ser después del desembarco de Normandía, algo que fue muy comentado en el pueblo. Yo también he preguntado pero nadie da razón de su paradero.

—¿Y el parto, cómo fue?

—Nació un niño sano y fuerte, como Luisiño. —Se emocionó al recordarlo—. La atendió don Casiano en un nacimiento maravilloso. Yo andaba por allí, me lo pidió la propia Carmiña. La criatura pegaba unos berridos que parecía un tenor. Ahora mismo no recuerdo qué nombre le pusieron.

Los dos se quedaron en silencio. Gustav sentía hacia el veterinario un recuerdo de gratitud que lo llevó, sin que ninguno de los dos lo esperara, a agarrarlo por el hombro y atraerlo hacia sí.

—Don Santiago, nunca he olvidado Arnega y nunca lo he olvidado a usted. Sin sus cuidados no sé qué hubiera sido de mí.

Ambos vieron pasar a un vaquero que caminaba con dos terneros y a una mujer que entraba en la tienda de Benitiña.

—Si tiene interés en encontrar a las Barreiro, es posible que alguien pueda saber su paradero.

Castora regresaba de lavar con un cesto colmado de ropa. El *O alleo* había sido alguien tan conocido que todas las almas de Arnega se acordaban de él. Además, su envergadura y su peculiar forma de vestir destacaban entre la uniformidad de los hombres de la aldea. Se sorprendió al verlo pero no detuvo su marcha.

—¿Usted por aquí? Aquí ya no hay nada que pueda interesar a un sueco.

—Allí donde haya personas, siempre habrá puntos de interés para un escritor.

—¡Caray! Habla usted el español mejor que nosotros. ¿Qué hace por mi casa, me buscaba?

—Para ser exactos, no a usted, sino a otras personas.

La mujer dejó el cesto en el suelo. Se limpió el sudor con la manga de la blusa oscura que llevaba mientras resoplaba por el esfuerzo.

—Querría ver a las Barreiro.

—¿A quién, a Avelina y a sus hijas? —Castora se santiguó.

—¿Les ha pasado algo malo? —Se inquietó con la reacción.

—No, que yo sepa, no. Viven las cuatro y los dos niños. Por cierto, son preciosos. Tuvieron un padre indigno que tomó la vía más fácil, la de los cobardes que no saben afrontar su destino. No, no sé nada de ellas, solo lo que se oye, que no son cosas buenas. —Al ver que la visita fruncía el entrecejo, la mujer continuó—. Sí, sé dónde está una, la mediana. En los tiempos de gloria, yo hacía encajes de bolillos que me enseñó mi abuela, que Dios tenga en su gloria. Mis labores las vendía Xiana en Orense, junto con las que hacía otra del pueblo y las de su familia. La tal Xiana es una lista que se ha quedado a vivir en la capital. Parece ser que don Senén, el dueño, la tiene contratada.

—Y, ¿cómo se llama esa tienda y dónde está?

—La calle no lo sé, está en una céntrica. Orense no es Madrid, y supongo que se encontrará con facilidad. Se llama, o eso siempre nos dijo, Heredera de Matías Grandío.

65

A las cinco y cuarto de la tarde la dependienta de la tienda de paños, objetos para la casa, artículos de viaje y complementos más selecta de la ciudad de Orense, acababa de abrir su puerta para recibir a lo más granado de la sociedad local que quisiera asistir a algún estreno, fiesta o, tan solo, poder presumir ante sus amistades de su situación económica. O de la de su marido.

Un hombre moreno se acercó por el lateral de la calle Calvo Sotelo y dedicó unos minutos a escudriñar el escaparate. En el abigarrado muestrario se veían vajillas, cuberterías, collares, anillos,

monedas antiguas, mantelerías, candelabros, bandejas, salvamanteles y muestras de trabajos realizados por la paciencia y maestría de las encajeras. Desde el exterior comprobó que una mujer hablaba con la dependienta cuya cara le resultó familiar. Sin esperar a que saliera la posible compradora, entró en el interior.

—Doña Enriqueta, es nuestra mejor cristalería, mire, mire usted el brillo que tiene esta copa, compruebe su peso y los reflejos a la luz. Cualquier bebida tomada aquí dentro sabe a gloria bendita. Además, es el único lote que nos queda. Son piezas únicas. No me diga que en la vivienda del notario más importante de la provincia sirven vino en lo primero que encuentran. —Sin darse cuenta, sus ojos se posaron en el recién llegado.

—¿Le ocurre algo? —A la clienta le había sorprendido el cambio de actitud de la dependienta ante la llegada de un desconocido, que vestía de una manera diferente a la habitual en la capital orensana.

—No se preocupen por mí. Busco algo para un regalo pero no tengo prisa. Sigan ustedes aunque, si la señora no se lleva esa cristalería, creo me la llevaré yo. La estoy viendo desde aquí y me he enamorado de ella. No querría regresar mañana y que la hubiera vendido. La señorita tiene razón, desde aquí ya se aprecia la calidad de ese material. Apostaría a que es de bohemia.

—Cierto, caballero —rubricó Xiana, que acababa de encontrar un aliado inesperado en la venta—, de la misma Checoslovaquia. Don Senén tiene la exclusiva de las importaciones de ese país para España. Ya sabe que mi jefe es alguien muy relacionado con embajadas extranjeras. Porque en el comercio hay que ser discreta, y yo lo soy, que si tuviera una boca ancha podría contarle las personalidades que cruzan esa puerta.

—¿No se lo decía yo? Por eso he venido a esta tienda. Me han hablado en León de que no hay un establecimiento mejor en doscientos kilómetros a la redonda. Y, por lo que veo, no se han equivocado. Bueno, espero a que terminen, que no tengo prisa.

La clienta se mostró dubitativa, pero tardó poco en reaccionar.

—Lo siento, señor, tendrá que conformarse con otra cosa de esta tienda, que está muy bien surtida, como ve. Este juego de doce copas me lo llevaré yo.

Abonó la cuenta y Xiana se comprometió a que al día siguiente, a media mañana, el chico llevaría el paquete a su domicilio.

—Ya le diré yo que va con algo extremadamente frágil. Adiós, doña Enriqueta, adiós y hasta cuando quiera, y dé muchos recuerdos a su marido y a sus hijos. El otro día vi a la mayor. Está monísima, ya es toda una señorita. Es clavadita a usted.

—Pues yo a quien vi por la calle, junto al mercado, fue a vuestra criada, bueno, a la criada de don Senén, quiero decir. La chica va hecha un pincel, con su vestido de raso negro, su delantal recién lavado y planchado y una cofia que le queda muy elegante, nada de trapillo. Se nota que don Senén tiene gusto a la hora de elegir personal, y de que vistan como Dios manda. Un servicio uniformado es signo de distinción en una casa.

Después de haber acompañado a la mujer del notario a la puerta de la tienda y despedirla diciéndole lo que ella más deseaba escuchar, se volvió hacia Gustav con un gesto inamistoso.

—¿Qué quieres?

—Vaya manera más hostil de recibirme.

—Si no vienes a hacer compras, como supongo, agradeceré que te vayas.

Gustav miró en derredor y levantó la vista hacia las estanterías superiores. La tienda rezumaba brillos, lujo y dinero.

—Así que don Senén tiene exclusivas de importaciones nada menos que de Checoslovaquia, un país en el que acaba de terminar una guerra, que está asolado y que ahora mismo no tiene ni gobernantes, ni leyes, ni fábricas... —Su sonrisa irónica contrastó con el rostro serio de la Barreiro—. ¿Es aquí donde vendíais los trabajos de bolillos? He visto algo en el escaparate, por cierto, precioso.

Xiana seguía sin abrir la boca.

—Me alegro de que te vaya muy bien. Basta ver cómo vas vestida, peinada y pintada, con mucho acierto, con la habilidad que da el dinero. Hasta tienes una criada uniformada, por lo que he oído. Supongo que en la casa le exigirás que atienda a don Senén con guantes blancos, ¿no? —El sueco se fijó en la ostentosa medalla de

oro que colgaba de su cuello por fuera del vestido. Ella se dio cuenta de dónde posaba sus ojos.

—Me la han regalado. Es la Virgen Santa María la Madre, la patrona de la ciudad. ¿A que es bonita?

Gustav solo se limitó a asentir.

—Te la han regalado…

—Así es. Yo estoy empleada aquí. Don Senén está muy contento. Dice que, desde que llegué yo y quitó a la vieja que tenía como dependienta y que además estaba enferma y faltaba muchas veces, las ventas han aumentado mucho, y más que aumentarán cuando la situación se estabilice en Europa después de tanta guerra. ¿A qué has venido?

—Quiero saber de Carmiña. Estuve en Arnega y allí no saben de ella.

—¿De Carmiña? Yo tampoco sé; solo un poco. Se marcharon del pueblo las tres con los niños de Rosalía, después del parto de Manolito.

—¿Manolito? ¿Como su padre?

—Sí, es parva hasta para eso.

—¿Ocurre algo? —Por la puerta de la trastienda apareció un hombre que evidenciaba aires de propiedad.

—Nada, don Senén. Bueno, sí —rectificó al momento—. Es un señor extranjero, muy culto, que me ha ayudado a vender una cristalería de bohemia a doña Enriqueta; ya sabe, la mujer de don Emilio Ibarlucea.

—¡Ah! Muchas gracias, caballero. Doña Adela se ha llevado uno de los tesoros de nuestra tienda, pero tenemos más. Seguro que Xiana le muestra alguno de su interés.

—No me cabe duda —corroboró las palabras del dueño con una mirada profunda a la dependienta.

—Me meto dentro, que estoy preparando unos pedidos que nos han cursado desde la Jefatura de Falange para los actos del aniversario del fusilamiento de Primo de Rivera, ya sabe, que serán en noviembre. Aunque todavía quedan dos meses, hay que ser previsor. Ese es uno de los éxitos en los negocios. Por cierto, Xiana,

luego voy a salir un momento, que tengo que comprar una caja de bombones para un regalo, ya sabes, un compromiso.

—Muy bien, don Senén, pierda cuidado.

Después de la sentencia, el hombre volvió a la oficina mientras la pareja se mantenía en silencio. Al ver la situación, Gustav comprendió. Y Xiana sabía que Gustav había comprendido.

—Así que este es el famoso don Senén —confirmó, con un moderado volumen de voz.

—Vamos, al grano. Recibí de las tres una carta por Semana Santa. Por lo tanto, no sé de ellas desde entonces. Antes me habían mandado una postal en la que me anunciaron que acababan de llegar a Vigo y que vivían en una determinada dirección que ahora busco y te daré.

—¿Sabes si se encontraban bien?

—Bueno, no sé —respondió, escéptica.

—Y ¿sabes a qué se dedican?

—He oído cosas, pero tampoco debe una hacer caso a todo lo que se dice. Parece ser que mi madre solo cuida niños; y mis hermanas… mis hermanas trabajan de noche y duermen por las mañanas. Supongo que entiendes. Vamos, que no sé si eso es verdad. Es lo que me contaron. —Se miró las uñas. Le costaba trabajo hablar—. Como has visto, yo tengo una posición aquí, en la capital y no debo… ya sabes.

—Sí, que no quieres mezclarte con algo que pueda estropear esto que tú llamas «posición», ¿no? —Xiana afirmó sin palabras.

La mujer buscó en un cajón un trozo de papel, un lápiz y una agenda. Apuntó un nombre y unas señas.

—Si las ves, le das a mi madre un beso de mi parte y le dices que la quiero.

—¿Y a tus hermanas?

—A mis hermanas… ¡Hola, don Dimas! —Acababa de entrar en la tienda un señor con sombrero, algo encorvado y con una barba entrecana y mirada distraída—. ¡Qué alegría verlo por aquí! Espere un momento. Bueno, caballero, si no quiere más, no se olvide del recado que le he dicho.

Acompañó a Gustav a la puerta y allí, en bajo y sin que lo oyera el nuevo cliente, le susurró.

—A mis hermanas también les dices que las quiero. —El tiempo y la distancia habían limado el áspero recuerdo que guardaba de su familia. Xiana vivía una nueva existencia—. Y a todos los niños.

Iba a salir cuando remató las palabras dichas.

—A todos, ya verás por qué te lo digo. A todos, todos.

El sueco guardó en su cartera la dirección de las Barreiro en Vigo y se dirigió al coche. Si salía enseguida, llegaría para cenar en la ciudad portuaria.

66

Gracias a la recomendación que le facilitó el empleado de una gasolinera en la que se detuvo para repostar su Airflow, Gustav pernoctó en el hotel Moderno, junto a la Puerta del Sol, que le habían asegurado que era de lo mejor de Vigo, y eso le pareció en cuanto se metió en su mullida cama, cansado del viaje y de la preocupación con que Xiana lo dejó con su vago comentario sobre el trabajo que desarrollaban sus hermanas. No se le iba de la cabeza aquella coletilla de la mediana. Aquello era de una gravedad extrema, una delicada insinuación sobre alguien a quien consideraba su amiga.

En el hotel le indicaron dónde podría encontrar la calle que traía anotada en un papel, que se ubicaba en Lavadores, un barrio que hasta hacía unos años había sido un municipio independiente.

Estacionó en las proximidades y, nada más aparcar, aquello se empezó a llenar de niños que se maravillaban ante un vehículo nuevo en la barriada, brillante a pesar del polvo del camino, espacioso y original.

—¿Cuánto vale este coche? —preguntó un mocosete que no tendría ni cinco años.

—No lo sé. Me lo ha dejado mi jefe —contestó el forastero.

Sonrió a los chavalillos, metió la mano en un bolsillo de los pantalones y del tacón sacó unas monedas que les entregó. Todos

saltaron de felicidad al sentirse ricos, por lo menos lo suficiente como para ir a comprarse unos caramelos.

El portal estaba abierto e inició la ascensión al primer piso, con cierto temor. Llamó a la puerta y abrió un señor de unos sesenta años, con la cara cuajada de arrugas y expresión interrogativa.

—¿Vive aquí Carmiña Barreiro?

—*Non, é a outra porta* —soltó el zafio vecino, mientras señalaba la otra puerta del descansillo.

Después de agradecer la indicación con una sonrisa, se volvió y pulsó el timbre. Ahora ya no cabría posibilidad de error.

Los cuatro ojos se quedaron en *shock*, inmóviles, como sus cuerpos, incapaces de reaccionar. Hacía más de un año que no se veían y en sus retinas persistía el recuerdo de unas estampas antiguas. Carmiña se mostraba con más peso. La bata debía ser de un par de tallas más grande, y la cara se había redondeado. Llevaba un pañuelo en la cabeza y un niño pequeño en los brazos, un bebé.

—Gustav… —La gallega esbozó una sonrisa, una tímida mueca. Se volvió hacia el interior de la vivienda y anunció la visita—. Mamá, Rosalía, ha venido Gustav, el sueco de Arnega. —Se volvió de nuevo hacia el recién llegado y lo invitó a pasar. Hizo por darle un beso pero la criatura se interponía entre los dos. Aun así, consiguieron acercar sus caras.

Al momento aparecieron en el salón Avelina, que estaba igual, por ella el año no había transcurrido, y Rosalía. La pequeña llegaba muy sonriente, más lucida, más delgadilla, más alegre, más guapa.

—¡Gustavo!

Le dio también dos besos, con calor, ya que mantenía un magnífico recuerdo del estrambótico sueco al que atendió durante unas semanas.

Pero quien lo abrazó con mayor sinceridad fue Avelina. La mujer se emocionó porque el forastero le trajo el fugaz recuerdo de Arnega y todo lo que significaba para ella. Se conmovió al punto de acariciar su cara. Carmiña le había hablado en extensión de su madre, y de la humanidad que se escondía detrás de un luto permanente. Gustav se sintió cómodo con aquella muestra de cariño franco.

—Pasa, por favor, siéntate —le ofrecieron.

El pequeño Luisiño irrumpió en el saloncito en pijama, con aspecto pitañoso y con una vela colgando de la nariz. Él sí había sufrido cambios, y el año largo transcurrido lo había transformado. Su semblante era de timidez ya que él no sabía quién era ese señor desconocido que entraba en una casa a la que nunca accedían varones.

Las dos hermanas comenzaron a lanzar preguntas atropelladas que aturullaron al visitante: ¿Por qué se marchó tan deprisa de Arnega, sin despedirse de nadie? ¿Dónde había estado en todo este tiempo? ¿Si se había casado? ¿Por qué había regresado? ¿Qué tal había ido la película que iban a hacer de uno de sus libros? ¿Quién de Arnega le había facilitado su dirección?

Procuró complacer con respuestas escuetas y lo que se encontró fue con una nueva cascada de preguntas: ¿Por qué en Valencia? ¿Por qué no te has casado si eres tan guapo? —Esa fue una pregunta de Rosalía—. ¿Cómo se encontraba Xiana? También quisieron saber si su hermana ya se había casado con el viudo don Senén.

—Te quedas a comer. Comeremos pronto, que mi hermana y yo tenemos turno de tarde y entramos a las tres. —La pequeña no lo preguntó, lo dio por hecho—. Mi madre ha cocinado un caldo que está exquisito, es de aquí, con habas, patatas, berzas y algo de ternera, bueno, y alguna cosiña más que pilla por la cocina. En Valencia solo saben comer paella. ¡Dónde va a parar la comida gallega a la valenciana! —aseguró, aunque jamás había salido de su región ni conocía otras gastronomías.

Luisiño se encontraba agarrado a las faldas de su madre y miraba a la visita con recelo. Tenía metido el dedo pulgar de la mano derecha en la boca. Gustav hizo una pausa en las respuestas al interrogatorio y miró al niño que sostenía Carmiña.

—Oye, Rosalía, ¿qué tal fue el parto? —se interesó, con la vista puesta en el bebe, que le pareció muy pequeño para tener más del año, que es el tiempo que calculó tendría el hijo póstumo de Manolo.

Un llanto de niño, que procedía del interior de la vivienda, se coló en la conversación. Extrañado, miró a las dos hermanas y a la

criatura rubita y con poco pelo que Carmiña sostenía en sus brazos. Con complicidad y como si lo tuvieran hablado, ambas sonrieron. Las dos hermanas adivinaron los pensamientos de la visita.

—Ese que llora es Manolillo, que pide comida —aclaró Rosalía.

—¿Manolillo? Entonces… este niño… —La perplejidad del sueco era hasta cómica, al igual que si un actor mediocre estuviera sobreactuando. Carmiña tomó aire.

—Gustav, el que ha empezado a llorar es el hermano de Luisiño. Este niño no es mi sobrino. Te presento a mi hijo Carlos.

67

El solícito camarero se prestó a situarlos en la mejor mesa del restaurante del recién inaugurado edificio del Real Club Náutico de Vigo. Las vistas sobre el puerto eran magníficas y, antes de sentarse, Gustav se entretuvo contemplando las pequeñas poblaciones de Moaña y de Cangas a través de los grandes ventanales.

Carmiña se encontraba abrumada porque volvía a la mesa de un sitio lujoso. No lo hacía desde que estuvo con Karl en Santiago y en La Coruña, y recordó cómo quedó deslumbrada por la pompa de los cubiertos, platos y copas, la fascinación que sintió y hasta el temor que la invadió al pensar que podría ser juzgada por los otros comensales a los que consideraba más habituados a moverse por lugares que no eran los suyos.

Dado que al día siguiente del primer encuentro era domingo, el sueco propuso a su amiga llevarla a comer donde quisiera. Ella confesó que no conocía restaurantes en la ciudad, por lo que el periodista se dejó aconsejar por el recepcionista del hotel.

A la una del mediodía Gustav detuvo su coche en la puerta del edificio y, similar a lo sucedido el día anterior, la calle se llenó no solo de niños sino de todo tipo de público para admirar una máquina andante como aquella. Lo había mandado lavar en el garaje del hotel y relucía como si acabara de salir de la cadena de montaje. Carmiña llevaba un precioso vestido blanco de verano y cubría sus hombros con un suéter malva. El sueco confirmaba, al verla desde

algo de distancia mientras caminaba hacia él, que su cuerpo había ganado volumen y su pecho talla. Llevaba el pelo suelto peinado por su hermana con cierta gracia y sonreía con su expresión habitual de cuando rebosaba felicidad.

Se dieron un par de besos, un abrazo intenso y repartieron elogios francos mutuos. El concepto que cada uno guardaba del otro era elevado, y la visita de Gustav había traído a la gallega una nueva ilusión a su vida, aunque sería efímera, como un ave migratoria.

Pidieron para comer una mariscada compuesta de lo que les recomendó el encargado. La botella de albariño fue servida bien fría.

—Probaré por primera vez el marisco en España, y también ese vino que usted nos ha recomendado —confesó el comensal a la persona que los atendía con diligencia acaramelada.

—Perdone la pregunta, por su acento veo que no es español. ¿Es alemán?

—No, soy sueco. Soy demasiado moreno para ser alemán.

—No se crea, a veces venían alemanes con distintos colores de pelo. El mismo Hitler era moreno. Pero solía ser gente pálida, eso sí, todos muy elegantes, ya vinieran de uniforme o con traje. ¡Ay, los alemanes! ¡Qué grandes caballeros eran!

—Y también grandes consumidores, ¿no? —supuso.

—Los mejores —reconoció el camarero—. El mejor marisco siempre era para ellos, y también las mejores botellas, y las más caras —lo comentó en tono de confidencia—. El jefe siempre tenía en frío una buena dotación de botellas de la viuda de Clicquot, que era su bebida predilecta. Se las servíamos a pares, bueno, ¡qué digo a pares!, a veces traíamos media docena, o más. No se puede imaginar cómo los echamos de menos.

—Me parece que me tienes que contar muchas cosas —opinó el visitante, una vez que se marchó el empleado.

—Creo que no solo yo, ¿no te parece?

Gustav fue quien inició los relatos. Detalló la verdadera razón de su presencia en España, la misión que le encomendaron, cómo la cumplió, en qué país tenía que reportar sus actividades, aunque no entrara en el detalle ni de los nombres, ni del pueblo ni de la mujer con la que contactó, y la razón de su rápida marcha de la aldea.

—A nosotras nos extrañaba tu presencia en Arnega. Tu actividad podía guardar algo de lógica, pero era raro que alguien de un país tan lejano y tan poco vinculado con España nos visitara justo en esos días tan especiales. Ten en cuenta que mi aldea ahora está desierta, pero es que siempre ha tenido muy poca población. Solo cuando descubrieron el famoso negocio de las piedras negras es cuando pareció emerger de la tierra.

—Corríamos ese riesgo, de ahí la tapadera de los libros con mi nombre en la cubierta, en el lomo y en la primera página.

—Así que eras un espía… vaya, vaya. Como los de las películas.

Carmiña recordó que aquello mismo fue lo que Karl insinuó un día, en referencia a la extraña actividad desarrollada por el extranjero en Galicia, pero lo silenció. No creía que fuese adecuado contar que había estado de chismes con otra persona a cuenta suya.

—Solo fui una persona que se limitó a mirar, apuntar y contar. Nada más. Yo no controlaba qué se hacía después con esos informes, quien los leía y qué consecuencias acarreaban.

Llegó el momento de Carmiña. Lo que comían era entretenido y permitía la charla, la degustación del vino y las miradas de complicidad que se cruzaban entre los dos.

—Nuestra familia se ha ido desintegrando con el tiempo. Ya sabes de mi padre, de mi hermano y de mi cuñado. Esas heridas no cicatrizarán ni en una eternidad. Viviremos con ellas hasta el día en que nos muramos. A esas tres, permanentes, se unió la de Xiana. Ella siempre fue alguien como ajena a nosotras incluso en vestimenta, costumbres y personas con las que se relacionaba. Sería su personalidad innata, algunos libros que leyera o gente con quien hablara. Siempre fue la que más mandaba en nuestras vidas, parecía el padre entre nosotras, pero no un padre cariñoso como en realidad era el nuestro, sino alguien distante, frío, ajeno a la familia, soberbio. Por medio de una cotilla del pueblo me enteré de que no solo acudía a Orense a vender nuestros trabajos de bolillos a la tienda de un viudo sino que pasaba toda la noche allí, en la tienda o en su casa, por lo que no era difícil deducir que se entendían. El marido de esa vecina es viajante, conoce la pensión donde mi hermana decía que se quedaba pero allí nunca pernoctó. Se lo

confirmó la patrona, que también era otra chismosa. Yo me lo callé para no disgustar a mi madre. Ella puede hacer lo que quiera con su vida, pero en Arnega eso sería un escándalo. Una tarde discutimos y tomó la decisión de marcharse. Creo que se ha quedado a trabajar en la tienda y don Senén está encantado. Tiene amante y dependienta por el mismo precio. ¿Qué tal está?

—Parece que muy bien. Mejor vestida que en Arnega, muy arreglada, muy… muy señora. Se ha echado encima cinco años, si no más. Iba elegante, con clase, con ostentación. Me facilitó vuestras señas y me dio muchos besos para toda la familia. Me dijo que también a los niños, en general, sin especificar. Yo creí que tenía que dar besos a dos niños y resulta que son tres.

Carmiña sonrió medrosa, como si la hubieran pillado en una trastada infantil.

—Ahora te cuento.

Y le contó. Le habló de su relación con Karl, de cómo se sintieron atraídos el uno por el otro, o por lo menos eso creyó siempre, que aquel sentimiento era mutuo, de las mañanas que pasaban juntos, de lo feliz e importante que se sintió en sus brazos.

—Jamás había experimentado esas sensaciones. No me arrepiento de nada de lo que he hecho. Fue una relación de amor, amor hasta explotar. Y de ahí vino Carlos. Lo he puesto así porque es el nombre español más parecido al de su padre.

—A pesar de ser un nazi.

—A pesar de ser lo que tú digas. Ya lo sé. Cuando ha terminado la guerra se han sabido cosas terribles de lo que hicieron pero el amor es ciego, Gustav; el amor es ignorante y el amor no se rige por la lógica. Lo dice Rosalía en muchos de sus versos y otros autores antes que ella, y otros lo seguirán diciendo tiempo después. Shakespeare en *El mercader de Venecia* nos recuerda que «el amor es ciego y los amantes no pueden ver».

—Veo que sigues con la lectura.

—Me moriré rodeada de libros. El dinero no nos da para excesos, por ello lo que hago es que los pido prestados a vecinas y a compañeras de la fábrica. Los devuelvo enseguida y sin estropear.

Siguió contando que ante el nulo futuro que las deparaba en la aldea tomaron la decisión de venir a Vigo, a la aventura. Tuvieron suerte porque las contrataron en Bouzas, en la factoría de Alfageme, y allí trabajan Rosalía y ella mientras su madre cuida de los pequeños.

—Ayer nos pillaste a las dos en casa pero eso no es lo normal. Nos alternamos en turnos para que siempre haya una en casa para darles pecho. Los tres se están criando de los mismos comederos. —Se miró hacia su cuerpo, a la vez que mostraba una mueca de complicidad—. A veces complementamos con leche condensada, que la toman también con apetito. Carlos no para de ganar peso y cada día se ríe más con lo que le digo.

De postre les prepararon unas filloas que el sueco tampoco había probado. Culminaron el pequeño banquete con sendas copas de orujo.

—Y al alemán, ¿qué le sucedió?

—Lo de Karl fue terrible. Un día fui al pazo y, como me pasó contigo, me encontré con una carta muy breve en la que me decía que en un bombardeo en Berlín habían muerto su mujer y sus dos hijas, que eran las dos mayores, y que el pequeño estaba herido, aunque no sabía el alcance. Se marchó de madrugada casi con lo puesto.

A Gustav aquello le sonó extraño. Siguió escuchándola con renovado interés.

—Lo aterrador fue lo que pasó al rato de llegar yo al pazo. Vino un coche con su jefe, un tal Hans, y con otras tres personas. Llegaron como buscándolo. Registraron toda la casa y me preguntaron que dónde lo escondía. —El sueco frunció el ceño—. Fue terrible, terrible. —Se tapó parte de la cara con las dos manos y comenzó a llorar por el recuerdo.

Gustav la tomó de la mano e intentó tranquilizarla.

Salieron a la calle. El cielo se mostraba con unas nubes claras que no anunciaban lluvia y la temperatura era agradable, de paseo, actividad que comenzaron a realizar sin haberla acordado.

—No te he dicho que la pequeña se nos ha enamorado —Carmiña volvía a sonreír con la simpática narración—. De un

pescador, uno de Nigrán cuyo barco tiene la base aquí, en Vigo. Es un soltero algo mayor que ella y que acepta a Rosalía tal y como es, con toda la prole que tiene detrás. Cuando queda con él, la muy boba se nos arregla, se pintarrajea la cara, se da colorete, sombra de ojos, vamos, nunca la vi así con el pobre Manolo, que Dios tenga en su gloria. —Aprovechó para santiguarse—. Por mucho que dijera el padre Brégimo, mi cuñado no fue un mal hombre, una cabeza hueca, nada más que eso. Mi hermana está ilusionada con su pescador, basta ver la cara que pone cuando baja a su encuentro. Supongo que lo que querrá ese chico es tener a una mujer que cocine, que cuide los niños que tendrán y que, cuando vuelva del mes de ausencia, se meta bajo unas sábanas limpias y junto al cuerpo de una mujer sana que lo quiera. Algunas tardes de domingo vamos al cine los tres, mi hermana y yo con el marinerito. Nuestra madre se queda a ejercer de abuela en solitario pero se apaña de maravilla con toda la chiquillería. Solemos ir al Cinema Vigo o al Tamberlick. Eso sí, ellos ven poco la película. Creo que no se enterarían si fuéramos a ver una del oeste o una americana de amor.

—¿Y tú?

—Y yo, ¿qué?

—¿No tienes novio?

Lo miró y sonrió con una expresión amarga.

—No, Gustav. Ese capítulo lo tengo cerrado en mi vida. Ya tengo a Carlos para depositar en él todo el amor por un hombre que puede encerrar esta mujer que tienes delante.

68

Continuaron con el paseo hasta que encontraron un banco donde tomaron asiento. Hablaron de lo buena que había estado la comida y lo adormilado que puede dejar el orujo sumado al albariño, aunque no fue el caso por lo ameno de la conversación mantenida.

—¿Has sabido algo de él?

—¿De Karl? Imposible. A saber dónde estará ahora, cómo habrá quedado su casa, qué será de su hijo y del resto de su familia.

Me contó que tenía otros hermanos y que también vivían sus padres. Me costó darle a Leoncio, el cartero de Arnega, mi nueva dirección en Vigo, porque ya me pasé demasiado tiempo a la espera de una carta desde Brasil que nunca llegó, y no me apetecía volver a pregonar mi vulnerabilidad; pero al final se la facilité, aunque la probabilidad de que se dirigiera a mí no es ni alta ni baja, es inexistente.

—Y no has recibido nada —extrajo el sueco en conclusión. Ella negó.

—¿No pensaste que te podía haber enviado una carta? Que tú le escribieras a Berlín era impensable, pero que él se buscara las mañas para hacerte llegar su situación, sí que era más posible.

—Por favor, hay que ser realista. ¿Cómo me iba a buscar?

—Yo te he buscado.

—Cierto, pero tus circunstancias son distintas. —Gustav asintió dándole la razón.

—Él no sabe…

—No, ni se lo imagina. —Su amiga había entendido a la perfección el sentido de la frase, aunque no la dijera completa—. La primera falta la tuve después de su marcha. De él no tengo más recuerdo que nuestro hijo, lo mejor que me podía haber dejado. Por no tener, no tengo ni la nota de despedida; se la llevaron aquellos que te conté. Nunca nos hicimos una foto, nunca me escribió una carta. Nada —negó, entristecida.

—Y, ¿qué vas a hacer?

—Salir adelante con Carlos gracias a mi madre y a mi hermana. Que se críe sano y feliz con sus primos, que serán como sus hermanos, y soportar que la gente me pregunte por el padre y que tenga que responder que no lo tiene, porque ni voy a decir que está de viaje ni mentir con algún cuento trágico de que murió en el mar o que se le cayó encima el techo de una mina. Pensarán que soy una cualquiera, pues que lo piensen. Sentiré rechazo, nos mirarán por la calle, en el colegio tendré que dar alguna explicación y ya veremos a ver cómo recibe la primera comunión. Te lo digo porque me costó trabajo que lo bautizaran. Hubo hasta dos párrocos que no quisieron, menos mal que el de la iglesia de San Miguel me dijo que

él no podía negar el sacramento a una vida inocente. En la fábrica no me han puesto pegas, hay gente con buen corazón. Habrá que rodearse de ellos. Carlos lleva mis apellidos, Barreiro Requixo, y procuraré darle los estudios que yo no tuve. Para ello trabajaré donde sea porque quiero que él se prepare y que no esté a expensas de las desgracias que le acecharán. Debe ser el dueño de su destino. Esos son mis planes. No sé si te parecen muchos o pocos.

—Eres una mujer admirable.

—Tampoco me queda otra alternativa.

—Y, ¿no has pensado en buscarlo?

Negó con la cabeza.

—No. Creo que pasarme tanto tiempo esperando una carta que nunca llegó, como te acabo de decir, me ha marcado de por vida, con esas visitas a la cartería para regresar siempre, siempre, todos los días, con las manos vacías, bueno, muchas veces con un pañuelo mojado. Bastantes problemas tiene que tener ya el pobre como para recordarme y escribirme. Creo que su amor fue sincero, no puedo pensar otra cosa, pero eso ha pasado, Gustav. Fue como esas nubes enormes que aparecen por las Cíes, que descargan todos los litros que Dios nos envía, y después se deshacen y marchan escuálidas hacia Redondela.

—Yo no te estoy hablando de esperar su carta, sino de buscarlo tú, en persona.

—¿Yo? ¿Dónde quieres que lo busque?

—Si vivía en Berlín, supongo que habrá que buscarlo allí. Ya no hay guerra. Europa está en paz.

Se volvió hacia él como si le hubiera hablado en una lengua nueva o en unos vocablos ininteligibles.

—¿Lo dices en serio? ¿Qué te piensas, que ir a Berlín es como ir a Santiago?

—No digo que sea fácil, pero, ¿qué hacemos entonces, nada?

Después de mirarlo como si no hubiera visto ese rostro en su vida, se levantó del banco y se apoyó en una balaustrada metálica que daba a un jardín previo a la orilla de la ría. Una pequeña barca regresaba a algún puerto del interior con un séquito de gaviotas a su

alrededor que graznaban en busca de comida. Se ajustó el suéter a los hombros.

—Carmiña, tienes que pensarlo unos minutos. —A pesar de los tres o cuatro metros que les separaban, la gallega lo oía con nitidez —. Tienes un hijo de un hombre que no sabe que ha dejado descendencia en España. Ese hombre, ahora, es un viudo, un viudo que se estará acordando de ti, seguro. Tú has sido lo único bueno que ha pasado por su vida en los últimos tiempos, tienes que ser consciente de que lo que te digo es verdad.

Gustav se levantó y se acercó a ella. Se quedó a un metro, mirando en su misma dirección.

—¿Te vas a conformar con lo que te ha marcado el destino, o vas a luchar contra él? Hace un momento me hablabas de tu hijo y de que querías que fuera capaz de dirigir su vida, que nadie lo hiciera en su nombre. Ese hijo necesita a un padre. Su tía y su abuela te apoyarán, pero tu hijo necesita a un padre, como tú tuviste al tuyo que sigue en tu recuerdo, o yo tuve al mío. Has mostrado arrojo al abandonar aquella aldea de miseria para buscar una vida mejor. Sigue en esa misma dirección.

—No sabes lo que estás diciendo. Yo también he pensado en eso, y es imposible —hablaba con la vista fija en la otra orilla de la ría—. Para empezar, no sé si está muerto. Se marchó de España en mayo, hará dieciséis meses, es decir, un año antes de que finalizara la guerra en Europa. Pudo haber fallecido en el camino de regreso. Prefiero vivir con la esperanza de que esté vivo a constatar su defunción. Si nunca hay una buena manera de morir, fíjate lo que puede ser dentro de una guerra. Y, si consiguió llegar a la capital, ¿cómo sería su vida durante todo un año en una ciudad que quedó destruida? He visto fotos en los periódicos y no hay un edificio en pie. Tus amigos aliados dejaron caer miles de toneladas de bombas. La arrasaron. —Eso de «amigos» fue algo que al sueco no le gustó, pero guardó silencio.

Prosiguieron con el paseo y ambos se tomaron una tregua. Les vino bien, en especial a Carmiña.

—Gustav, eso es imposible —resolvió, después de un tiempo de silencio.

El sueco sonrió.

—Si se tienen ganas, lo imposible puede volverse posible; lo torcido, se puede enderezar; incluso lo roto se puede pegar. Concretemos, ¿cuál es el problema? ¿Es que ya no lo quieres?

La gallega se detuvo y explotó en un llanto espontáneo. Sacó un pañuelito de su bolso y enjugó las lágrimas.

—No me digas eso, por favor —pidió, entre sollozos.

Su amigo preguntaba si lo quería. No había una vez que no mirara a Carlos que no viera en sus ojos los penetrantes de Karl. Un bebé con su mismo pelo, incluso con su misma nariz y barbilla, o por lo menos a ella se lo parecía. Preguntaba si lo quería, si hasta se había comprado un libro de la historia de Alemania para sentirse más cerca de él, uno que encontró en español. Había escrutado la geografía del país y se conocía las regiones, las ciudades y los ríos, las montañas. Tenía pensado comprarse una gramática alemana para intentar aprender algo de su idioma, del idioma de él. Si pagaría el jornal de varias semanas por escuchar a alguien interpretar aquellas partituras que con tanta sensibilidad sabía tocar para ella. Preguntaba si lo quería.

—No ha habido un solo minuto en que lo haya dejado de querer.

—Entonces, vamos a buscar una cafetería a ver si nos dan un café, aunque sea un caldo oscuro con un lejano aroma tropical.

Una vez acomodados a una pequeña mesa redonda, el sueco lanzó una pregunta crucial.

—Carmiña, si me dices que lo sigues queriendo, repito, ¿cuál es el problema?

—Todos, Gustav, todos. En primer lugar, no sé si se puede viajar a Berlín, así como así. Después, ese viaje tiene que costar un dineral, y nosotras somos unas trabajadoras que vivimos con lo justo, al día. En ocasiones tenemos que pedir que nos fíen en alguna tienda y aceptamos la ropa que nos dan las vecinas y las compañeras de Alfageme, sobre todo para los niños. No te digo más que Carlos todavía no ha estrenado nada, todo ha sido prestado. Y

lo mismo pasa con mis sobrinos, los pobres. Ninguno de los tres tiene juguetes. Tenías que haber visto los Reyes de Luisiño de este año. Un camión, solo un camioncillo de hojalata, y el pobre puso una carita que era para comérselo. En mi casa hay dos jornales muy bajos y muchas bocas que alimentar. Después, no sé dónde lo podría encontrar. Berlín tiene que ser una ciudad enorme, ¿cuántos Karl puede haber en ella? Además, yo no puedo dejar a mi madre y a Rosalía con todos los niños. Tienes que entenderlo.

—¿Nada más?

—¿Te parece poco?

El camarero les acababa de servir unos cafés que agradaron a la pareja porque desprendían ese ligero aroma tropical que deseaba el sueco.

—Vayamos por partes. A Berlín se podrá viajar, será difícil, pero Europa está en paz, ya te lo he dicho. No habrá muchos vuelos, pero hay que reconstruir un país y me consta que los aliados van a trabajar para ayudarlos. ¿Será caro? No lo sé, habría que verlo. De todas maneras yo te puedo dar dinero. Por mi ayuda en lo de Arnega me ingresaron una cantidad en el banco. Donde he vivido en Valencia apenas he gastado. Aproveché para impartir alguna clase de gramática a unos *chiquetos* de la zona cuyos padres eran analfabetos y a un adolescente llamado Ramón le di clases de inglés. A cambio de eso no me pagaron un céntimo, pero de lo que ellos tenían me invitaban a comer y a cenar muchos días. Fue una gente maravillosa, muy hospitalarios. Los huertanos y pescadores son gentes sencillas pero acogedoras, me hicieron sentir como en mi casa. Todos me hacían pasar a la suya y compartían conmigo lo poco que tenían. Déjame que te ayude.

Carmiña comenzó a temblar.

—Berlín es una ciudad muy grande, sí; y ahora está medio destruida, también, pero Karl tendrá un apellido que seguro conocerás.

—Müller.

—Bueno, ya tenemos un nombre y un apellido: Karl Müller. Y tenemos unos estudios, porque me dijiste que era ingeniero de minas, ¿no? —asintió.

—¿Años?

—Una vez me dijo que nació en 1908. Tendrá treinta y seis o treinta y siete.

—Perfecto. Entonces, ¿cuántos Karl Müller de 1908 habrán estudiado Minas en Alemania?

—Me contó que había estudiado en Berlín.

—¡Perfecto! Una acotación más. A esas súmale que estaba casado y que tenía tres hijos, dos chicas y un chico. También habrá registros civiles, supongo que no todo se habrá perdido. Se podría localizar a compañeros de promoción. Ellos sabrán dónde vivían. No será fácil, pero la vida no es sencilla. Te lo digo por experiencia. —Se hizo un silencio solo roto por las miradas cómplices que se cruzaron.

Apuró el café y con la mano temblona dejó la tacita en el plato. Negó. Se mantuvo impasible. Volvió a negar.

—No, esto no puede ser. No puedo dejar a mi madre y a Rosalía con Carlos y yo marcharme. No puedo ser tan egoísta.

Le preguntó la hora y pidió regresar. Esgrimió que tenía que lavar y planchar, y que su pequeño querría cenar.

Se despidieron en la puerta.

—¿Dónde vas a ir cuando dejes Galicia?

—Ya que no quieres que vayamos a Berlín —sonrió a la vez que marcó un gesto de resignación—, iré a Santander. Quiero establecerme en Santoña para conocer a los pescadores de un puerto más pequeño que este de Vigo, y cómo son sus familias, cómo crían las mujeres a los hijos con sus maridos todo el día fuera de su casa, qué esperan de la vida, cómo organizan su existencia. Sé que disfrutaré mucho.

Gustav durmió poco durante la noche. No paró de recordar la larga conversación con su amiga y lamentó su pusilanimidad, el que las palabras de deseo de mejora para su hijo se quedaran estancadas ante la inercia pasiva de su realidad. Debería hacer frente a su destino, y pensar más en sí misma y en su pequeño. Tenía una oportunidad de restaurar, no una vida, sino tres, cuatro incluso, porque ahora en Berlín había un niño sin madre y sin

hermanos. Formarían un nuevo hogar, dispar, de composición inusual, pero lleno de amor, que siempre es el ingrediente más importante, el imprescindible. El sueco asimilaba el amor en la familia como el arroz en la paella: sin lo uno, no existía lo otro.

Había pagado la cuenta del hotel y se encontraba en la cafetería tomando algo caliente antes de guardar todo en el coche y emprender ruta a Santander. Esperaba llegar a Santoña por la noche, si no se presentaban incidencias. Desde allí, escribiría a Estocolmo para contar sus planes próximos.

—Disculpe, señor. Hay una joven que está en la recepción y quiere hablar con usted. —El camarero que lo había interrumpido se encontraba violento—. Le he dicho que usted estaba ocupado pero dice que no se irá hasta que no lo vea, que tiene algo importante que decirle.

Se levantó dejando a medias el desayuno y fue directo hasta el vestíbulo. Sabía quién lo llamaba. No podía ser otra persona.

Acertó. De pie, con el mismo conjunto del día anterior, como si hubiera dormido vestida, Carmiña se acercó trémula y con los ojos enrojecidos y llorosos. Corrió a abrazarlo y siguió gimoteando. Él la envolvió y le pidió tranquilidad.

—¿Qué pasa, pequeña? ¿Qué me tienes que contar? ¿Hay algo malo?

Una vez que consiguió sosegarse, comenzó a hablar con cierta dificultad porque la emoción le ahogaba la capacidad de comunicar.

—Nos vamos a Berlín, cuando quieras. No he dormido ni un minuto en toda la noche, pero creo que la senda que me marca Dios es reunirme, no solo con el padre de mi hijo, sino con el ser que amo. Vivo pensando en él a todas horas y hasta he escrito lo que recuerdo de conversaciones, de miradas que nos cruzamos, hasta intimidades. ¿Sabes por qué?, porque no quiero que se me olviden, que el tiempo para esas cosas es un mal amigo. Tengo que llenar el vacío en el que vivo, y lo he de llenar con él, no con otra persona. Mi madre, mi hermana, mis sobrinos y sobre todo mi hijo ocupan unos lugares principales en mi corazón, pero el de Karl no lo ocupa nadie. Tú me lo has dicho, debo buscar mi destino por mí misma y jamás se me olvidará lo que estás haciendo por mí.

La pareja permanecía en el centro del vestíbulo. No había empleado que estuviera en la zona o cliente que pasara por ahí que no los viera y se extrañara de la situación novedosa.

—Eso sí, la cantidad que nos gastemos la tomaré como préstamo. No sé cuándo te lo podré devolver, pero como me llamo Carmiña Barreiro Requixo que te reintegraré hasta el último céntimo. Ya sé que para ti en ese viaje seré una carga. Lo que no quiero es que, además, te cueste dinero.

69

Las palabras del comisario eran determinantes.

—Veo muy difícil que usted obtenga un pasaporte. No entendemos por qué un español tiene que marcharse fuera de su país sin una razón concreta, y usted no la tiene. Por lo menos, todavía no me lo ha dicho.

Carmiña y Gustav se hallaban en un despacho de la Jefatura de Policía de Vigo. El sueco informó a su amiga de los pasos que llevarían para intentar llegar a Berlín, y todo pasaba por la obtención del pasaporte de cara a salir de España y, vía Madrid, poner rumbo a Londres, desde donde procurarían buscar vuelo a la capital alemana.

La noche del domingo hubo conciliábulo en la casa de las Barreiro. La hermana mayor contó a su madre y a Rosalía lo que hicieron durante el día, dónde habían comido y lo que habló con Gustav en la sobremesa y por la tarde. Y lo que planteó. «Chica, no seas tonta. Madre y yo nos encargaremos de todos estos, no te preocupes. Tomarán más leche condensada pero, cuando regreses, te encontrarás a tu Carletes hecho un toro. Lo que te propone el señor Gustavo tiene lógica. Karl es un hombre libre, y un hombre solo en la vida con un hijo pequeño a su cargo. Búscalo, coño, ve a por él. Además, no vas a ir sola, vas a ir con ese amigo tuyo que a todas nos ha parecido muy buena persona, basta verlo; tiene cara guapetona pero no tiene cara de golfante».

El lunes se hizo una fotografía para el pasaporte y compró algo de ropa con dinero que Gustav le prestó.

—Tenemos que mirar su ficha policial, pero si ya me está anticipando que su padre se opuso a nuestro Glorioso Movimiento Nacional y tampoco me puede aportar acreditación eclesiástica de ser una buena cristiana… no nos lo pone fácil. Compréndalo. Lo que no entiendo es por qué no puede solicitar al párroco de Arnega, o a alguno de Vigo, un certificado de ese tipo. Eso ayudaría porque nuestro Régimen cuida a aquellas ovejas descarriadas que han decidido regresar al redil.

—No puede ser, señor comisario.

El policía miró a los dos con alternancia y supuso la relación que había entre ellos.

—Claro, comprendo. ¿Sabe lo que pasa, señor sueco? Que en España solo entendemos las relaciones entre un hombre y una mujer cuando han sido santificadas con anticipación por la Santa Madre Iglesia. Desconocemos sus costumbres, pero tampoco tenemos mucho interés por conocerlas. Bueno, ningún interés —matizó el zafio policía.

Salieron a la calle de nuevo con la sensación de no saber qué hacer, aunque esa duda se mantuvo poco tiempo. Después de tomarse un refresco durante el cual Carmiña felicitó a su amigo por no haber respondido al comisario lo que se merecía, Gustav tuvo una idea.

—Vamos, ya sabemos dónde nos pueden facilitar tu salida de España.

Para su fortuna y por su importancia comercial, la ciudad de Vigo contaba con numerosos consulados. Uno de ellos era el de Suecia. Los atendió un hombre de unos cincuenta años, con buena planta, rubio y con un bigote grueso que habló a Gustav en su idioma. El escritor explicó la situación y le pidió ayuda para que Carmiña obtuviera su pasaporte.

—No es algo que esté en nuestra mano. —Para mejor comprensión de todos los presentes, el empleado pasó a explicarse en español—. Todos estos de aquí son unos provincianos, y va a ser difícil que podamos influirlos en algo así. Dado que vuestra intención es volar hasta Berlín y que eso lo tendréis que hacer vía Londres, lo más práctico es que os vayáis a Madrid y lo gestionéis en la capital.

Esto es un consulado, no una embajada, y no poseemos la misma fuerza diplomática.

La despedida fue muy numerosa. Además de su madre, de su hermana y de los tres niños, junto al coche se había reunido la mayoría del vecindario. En cuanto el vehículo arrancara Carmiña no solo sería criticada con escarnio, sino que su reputación resultaría despellejada por las mismas personas que le daban un abrazo y le deseaban suerte. La verdadera razón de la marcha nada más que la conocían las Barreiro. Al resto habían dicho que sufría una dolencia y que ese amigo escritor sueco la llevaría a Madrid a un buen médico para que la curara, un profesional que no existía en Galicia. «¿Será ese el padre del niño?», era la pregunta unánime de la vecindad.

Como era de esperar, la personita de quien más trabajo le costó despedirse fue de Carlos. Con sus siete meses el bebé mostró unas sonrisas a su madre cuando esta le hizo unas carantoñas. Ese gesto de felicidad le hubiera gustado que se le incrustara en su cerebro para que la acompañara durante los difíciles días y noches que le quedaban por delante. Lo tomó en sus brazos y lo colmó de besos.

Antes de subirse al coche y santiguarse, y con el sueco ya en su interior, a punto de hacer rugir el motor del Chrysler Airflow, abrazó con todas las fuerzas que pudo a Rosalía y a su madre.

—Mamá, cuídate. Eres el centro de nuestra vida. Siempre lo has sido y lo serás. Rosalía y los niños te necesitan hoy más que nunca. Son carne de tu carne, los tres. Son hijos del amor. Tienes que ser para ellos abuela y abuelo. Y ahora también, hasta tía. Sin ti, nosotras no somos nada. Volveré pronto, ya lo verás. —La mujer consiguió tragarse las lágrimas. Se limitó a santiguarse.

Nada más salir de Vigo se toparon con un control de la Guardia Civil. Gustav les contó que Carmiña era su asistente y que viajaban a Madrid en misión diplomática. El guardia no se quedó convencido con la explicación, pero les permitió continuar la ruta al comprobar que el documento que le acababan de mostrar estaba en regla. Esas

dos personas no habían cometido ilegalidad alguna y no quería meterse en líos con un súbdito extranjero.

—Una de las razones que más me ha hecho aventurarme en esta locura es por el niño de Karl, cuyo nombre no recuerdo. Me lo dijo, pero no debí prestar mucha atención —confesó, después del control y cuando el viaje había alcanzado la velocidad de crucero—. El pobrecito se ha quedado sin madre y sin hermanas, aunque espero que su padre se haya podido reunir con él.

—Lo que son las ironías de la vida. Esa criatura se ha quedado sin dos hermanas pero tiene un hermano cuya existencia desconoce.

Continuaron con comentarios triviales. Para amenizar la ruta, el sueco contó anécdotas y curiosidades de su año en Valencia. Habló de que la Albufera era de agua dulce, al contrario de lo que se puede pensar por su cercanía al mar, y de una cosa que se llamaba *Las Fallas*.

—Lo que empezó como la quema de unos muebles viejos se ha convertido en todo un arte. Es una pena que construyan figuras preciosas y con mucho detalle, de todos los tamaños, para luego quemarlas. Lo hacen la noche de San José y yo vi a gente llorar cuando ardían. Me pareció impresionante y algo único. Además, hay música por todas las calles. Fui con la familia de Tonet a la capital y aquello está lleno de bandas que tocan por todos los sitios. Que yo sepa, no hay nada igual en todo el mundo. España es un gran país porque es el país de la alegría. La gente carece de bienes básicos, pero es feliz, ríen, se abrazan y se besan, bailan, comen y beben en familia y con amigos. Tendrán tristezas, pero las disimulan.

Comieron en un restaurante cerca de un surtidor donde se estacionaban varios camiones, y continuaron viaje hasta Tordesillas, lugar en el que Gustav propuso pasar la noche. La cabeza de Carmiña se había mostrado inquieta con la idea de la pernocta. Daba por seguro que su amigo respetaría su intimidad a la hora de pedir habitaciones, pero era algo que no deseaba tratar con anterioridad, ni para afirmar ni para presuponer.

—Necesitamos dos habitaciones individuales —solicitó en la recepción del pequeño establecimiento hotelero. Carmiña suspiró.

—¿Individuales? Bien. En ese caso no hace falta que me faciliten el libro de familia, aunque les recomiendo que sean formales durante la noche, y no anden de correrías por el pasillo. Esta es una casa decente y un cuñado de mi marido es guardia. ¿Me entienden?

Tras coronar el Alto del León, entraron en Madrid antes del mediodía. Carmiña sintió emoción en la bajada al pensar que en breve estaría en la capital de su país, un lugar del que conocía muchos edificios y monumentos por los libros de historia que había leído. «Madrid, el Madrid del Palacio Real, el Madrid donde se proclamó la Segunda República, el Madrid de la Guerra Civil, el Madrid del atentado a Alfonso XIII en el día de su boda, el Madrid en el que empezó la Guerra de la Independencia, el Madrid centro geográfico de España».

Gustav tomó pronto la Castellana, y después de atravesar Colón y Cibeles, llegó a la glorieta de Cánovas del Castillo, donde el Palace Hotel lo esperaba de nuevo.

70

Le parecía un sueño pero sabía que no lo era, nada más lejos. La habitación del Palace se le asimilaba a Carmiña a la de una majestuosa mansión donde va a aparecer en cualquier momento un príncipe dispuesto a cortejarla y a declararle su amor eterno, a la vez que la colma de bienes terrenales y de felicidad incuantificable. Quedó asombrada por la belleza y elegancia de la decoración así como por el lujo clásico que irradiaba cada detalle. Era el paradigma de la suntuosidad. No quiso resistirse a su apetencia y se acercó a los cortinajes para palpar la suavidad de la tela y las primorosas borlas de las abrazaderas. Se sintió pequeña en aquel lugar y no pudo evitar pensar en su madre, su hermana, sobrinos y, sobre todo, en el pequeño Carlos y en que para ellos sería imposible disfrutar de un lujo como ese.

El motor de su ánimo era la expectativa creada por Gustav. Ella podía ser un barril de pólvora, pero este se muestra inofensivo si no aparece una cerilla que lo haga estallar; y eso era el sueco para ella, un dinamizador de sus esperanzas que, hasta que él llegó de nuevo a su vida, se habían mostrado aletargadas, inertes y, por qué no decirlo, cobardes. Por esa razón ya le merecía todo su respeto y agradecimiento. No solo se estaba tomando molestias, sino que había organizado sus días presentes en función de su necesidad, un propósito creado por su arrollador empuje.

Habían quedado a las nueve en la cafetería del exclusivo hotel para degustar un desayuno que a la gallega le pareció un banquete cinematográfico donde había de todo, incluso viandas desconocidas por las que no quiso preguntar para no evidenciar su incultura gastronómica.

—Vamos a ir a la embajada británica. Es donde trabaja la gente que te conté que me envió a tu aldea. Ellos nos tienen que ayudar.

Tomados del brazo, dejaron la plaza de Cánovas del Castillo y caminaron por la acera de la izquierda hasta llegar a Colón, después de atravesar la de La Cibeles. Carmiña se maravilló ante la majestuosidad de los palacios que se asomaban a la gran avenida, como el del marqués de Alcañices, el de Buenavista o el del marqués de Salamanca. Al llegar a la plaza que honraba al descubridor de América, doblaron a la izquierda, por el palacio de Medinaceli, para alcanzar el número 16 de la calle Fernando el Santo.

Durante el recorrido la gallega disfrutó observando el tráfico rodado, los autobuses llenos de pasajeros, la cantidad de gente que transitaba por las aceras, los carros tirados por burros, sin parangón ni al panorama urbano de Orense ni siquiera al de Vigo. Las mujeres y los hombres vestían distintos, con mayor elegancia, aunque se los veía caminar más deprisa y separados los unos de los otros, sin que se registraran saludos entre ellos.

—Aquí nadie se conoce. En Arnega iba por la calle saludando a unos y a otros. En Madrid soy una desconocida, y tengo que reconocer que eso me gusta. Allí sería imposible que te llevara del brazo, por ejemplo, y que no me asesinaran con los ojos a cada paso que diera.

—A lo mejor serían asesinatos por envidia.

—A lo mejor.

En el vestíbulo de la embajada fueron recibidos por un bedel que los acomodó en un sofá hasta el momento en el que los pudieran atender. Tomó nota de sus nombres.

No transcurrieron ni diez minutos cuando se presentó un caballero a quien Gustav conocía de tiempos pasados.

—Mi querido amigo, ¡qué alegría volver a verlo!

El que dijo llamarse Winston mostraba un semblante distinto al del último encuentro, en junio del año anterior. El final de la guerra le había conferido una tranquilidad que se manifestaba en una expresión relajada, con un gesto sereno y una sonrisa ligera que reflejaba su calma interior. En su mano derecha abrazaba la cazoleta de una pipa humeante.

Se dieron un abrazo e intercambiaron unas palabras de saludo cortés. El británico preguntó al sueco dónde había estado todo este tiempo y este habló de Valencia, de su libro y de lo vinculado que se sentía a España y al carácter de los españoles. Por su parte, el anfitrión detalló todo lo que tuvieron que sufrir todavía los aliados desde el desembarco hasta la caída de Berlín, y del reguero de muertes en que quedó convertida una Europa que ahora tocaba reconstruir.

La visita presentó a su acompañante por el nombre y primer apellido.

—Vamos a mi despacho. En este país en el que nos encontramos ahora mismo, Inglaterra, no tenemos buen café, pero sí excelente té. Sería para mí un honor que aceptaran tomar una taza conmigo. —El acento español del inglés era aceptable y la gallega se sintió menos recelosa de lo que estaba antes de entrar.

Después de comentar alguna banalidad, la reunión se encaminó hacia el verdadero objeto de la misma.

—Necesitamos un pasaporte para Carmiña.

—¿Un pasaporte? Creo que se han equivocado de lugar —recordó, irónico—. Eso se consigue en el principal edificio de la

Puerta del Sol. Allí es donde está la Dirección General de Seguridad —informó, después de apagar la pipa.

—Lo sé, Winston. La cuestión es que no se lo van a dar porque su padre fue un republicano asesinado por los golpistas durante los primeros días de la guerra, y ella no tiene ningún documento eclesiástico que hable de lo que aquí denominan «buena conducta».

—Quizá en su legación puedan ayudarlo. Desde luego, nosotros, no. Espere, que voy a apuntarles las señas de la embajada sueca en la ciudad.

—Gracias, ese dato ya lo tengo, pero necesito algo más. Eso lo puedo hacer yo, y sé que ellos pueden extenderme un documento del tipo «invitación» que serviría para ir a la comisaría y gestionar el pasaporte, pero yo para ellos no soy nadie, no existo. Soy solo un súbdito sueco más y, con esa escasa credencial, no creo que me hagan mucho caso, y menos facilitarme ese documento. Sin embargo, para Su Graciosa Majestad sí soy alguien.

—Entiendo. —El anfitrión se echó hacia atrás en su sillón y degustó un trago del té que todavía seguía humeante. Después, asintió varias veces—. Y, ¿para qué quiere esta joven salir de España?

—Quiere ir a Berlín, y yo la voy a acompañar.

El diplomático dio un respingo, como si estuviera escuchando a una orquesta compenetrada interpretar una armoniosa melodía y, de súbito, un trompetista diera una desagradable nota fuera de tono.

—¿Ir a Berlín? —Con la mirada pidió más explicaciones.

Gustav le habló de Karl Müller, de su cometido en Arnega y del deseo imperioso de Carmiña por encontrarlo. El inglés asimiló el argumento y volvió a asentir. Se imaginaba cuál era la verdadera razón de ese interés, pero la silenció.

—Así que quiere buscar a un tal Karl Müller. ¿Sabe usted, joven, cómo está ahora Berlín? —El diplomático miraba solo a Carmiña—. No queda piedra sobre piedra. Aquello no es la antesala del infierno, es la misma casa de Lucifer. Pretender encontrar ahora a alguien allí es una misión imposible. Lo más normal es que esté recluido en un campo de prisioneros, a la espera de algún tipo de juicio.

—¿Juicio? —se extrañó la mujer.

—Claro, juicio de los comités aliados de desnazificación, para calibrar hasta dónde se implicaron en la atrocidad que fue el nazismo. Por las noticias que me van llegando, ahora resulta que nadie era nazi, que todos odiaban a Hitler, que a las manifestaciones en favor del Führer solo asistían los que han muerto, que las lunas de los establecimientos de los judíos se rompieron solas y que las emisiones de la BBC eran oídas en todos los hogares de Alemania. Pasa como en España, que nadie era germanófilo y todos estaban con nosotros, desde el Ejército a la Falange pasando por la totalidad del gabinete ministerial, Caudillo incluido. Se ha producido una mutación. Sorprendente. De verdad, joven, viajar ahora a Alemania es para pensárselo.

—Ya lo tengo pensado, señor Winston. Además, no estoy sola. Mi amigo vendrá conmigo —repuso, orgullosa, mientras llenaba sus pulmones.

—Ahora no le caerán proyectiles desde el aire, pero las ruinas de Berlín están llenas de artefactos que no han explosionado. Es uno de los sitios más peligrosos del planeta, lleno de gente hambrienta que mata por un trozo de pan. Los escasos edificios que quedan en pie sufren derrumbes diarios, y las ratas y las enfermedades no distinguen ni a nativos ni a visitantes.

—Señor Winston, tampoco tenemos intención de remover escombros. Buscaremos a quien pueda darnos razón de él. Nos costará, pero lo conseguiremos —intervino Gustav, para apoyar las palabras de su amiga.

Después de asentir de nuevo, puso las dos palmas de las manos en su mesa a la vez que se ponía en pie, dando así por finalizada la reunión.

—Olof Petersson es amigo mío y a veces quedamos en Embassy para almorzar. Lo llamaré a lo largo de esta mañana y le pediré que prepare un documento que puedan llevar ustedes a Sol. Seguro que él conoce a Lisardo Álvarez Pérez, que es el comisario general de la Dirección General de Seguridad. A ver si lo puede telefonear. Señor Sørensen, ya sabe que este país siempre estará en deuda con una persona como usted que demostró valor cuando se le

requirió. Créame que envidio su arrojo. ¿Por qué no vienen mañana a esta misma hora? Es posible que tenga alguna novedad. Ojalá.

El inglés bajó al vestíbulo, se despidió de la pareja y se quedó pensativo durante unos instantes. «Esta pobre mujer quiere encontrar a Karl Müller. ¡Quién lo iba a decir!». Karl Müller, uno de los nombres que tantas veces apareció en los documentos que se manejaron durante los últimos años de la guerra. Karl Müller, el ingeniero de minas que… En un primer momento valoró haberles contado algo sobre lo mucho que sabía del alemán, pero prefirió silenciarlo. De regreso a su despacho, llamó a su secretario para que retirara el servicio del té.

—Jones, una pregunta. ¿Es mejor decir todo lo que uno sabe sobre otra persona, o es mejor callarse?

El asistente no supo qué responder, y así se lo manifestó.

—Nada, Jones, nada. Son cosas mías.

Sin más comentarios, Winston subió a su despacho y pidió hablar con Londres, con Norman Brown, el hombre del MI6 al que reportaba, para contarle las novedades acontecidas en Madrid, y el imprevisto deseo del sueco y de la que fuera secretaria del ingeniero alemán.

71

La pareja salía satisfecha del edificio de la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol. Gracias a la gestión efectuada por la embajada sueca en Madrid, la policía había expedido el pasaporte a María del Carmen Barreiro Requixo. La solicitud venía instada por una carta firmada por el propio embajador, y nadie se planteó contrariar una petición así dado que la solicitante carecía de antecedentes penales.

Pero la obtención del preciado documento no era el único motivo de júbilo. Winston les había facilitado también dos pasajes para el vuelo de British Airways que despegaría desde Barajas en dos días, dado que todavía no existía línea regular entre las capitales española y alemana.

Aprovecharon al máximo el escaso tiempo que pasaron en Madrid. Carmiña había leído sobre los museos de la ciudad y pidió visitar el del Prado, que le pareció inmenso, aunque a las dos horas de estancia entre sus salas empezó a sentirse saturada ante tanta maravilla y algo triste al comprobar su escasa cultura para comprender lo que los artistas habían reflejado en los lienzos. Visitaron tabernas donde degustaron platos desconocidos para ambos, y se achisparon gozosos con vinos servidos en frascas de cristal de base cuadrada.

Lo primero que le sorprendió de Londres fue el sentido de la circulación del tráfico rodado. Una vez llegados al centro a punto estuvo de atropellarla un autobús por mirar hacia el lugar equivocado. Lo que sí le resultó familiar fue el clima húmedo, neblinoso y desapacible, que los acompañó cuando acudieron a ver al contacto que Winston les había facilitado para que les procurara el pasaje a Berlín.

—Tienen ustedes suerte —comentó el mustio funcionario británico que los atendió—. Ha habido dos anulaciones y mañana a las nueve horas despega un avión rumbo a Tempelhof. Eso sí, lo que no sé es dónde se podrán alojar allí. Aquello es un caos de principio a fin.

—Lo que queremos es llegar a la ciudad lo antes posible. —La gallega no quiso que a nadie se le olvidara la razón de su presencia en Inglaterra.

El avión partió puntual del aeropuerto londinense de Croydon, y a las nueve y diez las ruedas perdían contacto con la pista de despegue. Carmiña prefirió llevar los ojos cerrados la mayor parte del vuelo ya que no soportaba tanta tensión que llevaba acumulada en su cuerpo; demasiadas emociones concentradas en un tiempo muy escaso.

Entre recuerdos y alguna cabezada que dio, notó que la mano de Gustav envolvía la suya para advertirla de algo que le iba a interesar.

—Ya estamos llegando.

La aeronave había perdido altura y la ciudad de Berlín se abría a sus pies con precisión. No podía ser verdad lo que le decían sus ojos. Al aterrizar y despegar de Londres observó bastantes edificios derruidos, pero lo que ahora veía era tan solo alguna construcción completa. El resto eran fachadas huecas, arrasadas, como si un monstruo hubiera engullido los interiores. Miró a Gustav e hizo por apartarse para que él también pudiera ver lo mismo que ella. Se miraron pero no pronunciaron palabras, ni de exclamación ni de sorpresa. Se habían quedado mudos e inexpresivos.

Con suavidad el piloto tomó tierra en Tempelhof y en instantes el aparato iniciaba el calmoso camino hacia la terminal, donde se apreciaba una torre de control que se mantenía en servicio, de forma sorprendente. Después de abrir la puerta y situar la escalerilla, el pasaje fue abandonando el avión con lentitud, como si a todos les costara algo de trabajo poner los pies en una ciudad que había sido el gran objetivo aliado durante casi seis años.

—¿Ustedes deben ser la señora Barreiro y el señor Sørensen, no es así? —preguntó un joven soldado, en inglés—. Mi nombre es Blake Walker, y me han ordenado que los lleve al interior de la ciudad. Si me acompañan, tengo un coche para llevarlos al lugar que me han indicado. ¿Vamos?

El aeropuerto registraba un intenso movimiento castrense dado que el mismo aeródromo daba servicio tanto a la escasa aviación civil como a la numerosa militar. Mientras caminaban, comprobó que la mayoría de los soldados llevaban distintivos norteamericanos, alguno inglés y muy pocos franceses. No vio ninguna hoz y martillo. Por medio de Gustav, se lo preguntó a la persona que había acudido a recibirlos.

—Puede decir a su amiga que en los sectores aliados tenemos dos aeropuertos. Este, que está en la zona norteamericana, y el de Tegel, que se encuentra en la británica.

La respuesta llevó a otra cuestión.

—¿Qué es eso de los sectores? —fue la pregunta que formuló Gustav, después de abandonar la terminal y de camino al aparcamiento.

—En la conferencia de Yalta, en febrero de este año, entre Stalin, Roosevelt y Churchill se dividieron Alemania. Fue como si se hubieran repartido la piel del oso antes de cazarlo. De esa manera, lo que harían sería devolver Danzig y la Alta Silesia a Polonia, el Tirol del Sur a Italia, los Sudetes a Checoslovaquia… Todo según las fronteras europeas de 1937. Fruto de esos acuerdos se estableció que la ciudad de Berlín quedara dividida en cuatro sectores. ¡Ahí tenemos el coche!

Mientras Gustav traducía una parte de lo que había contado el soldado norteamericano, ya que no fue capaz de retener tanto detalle, accedieron al interior del Chevrolet y el sueco pidió a su amiga que se sentara donde el copiloto. Carmiña apartó una *Star and Stripes* manoseada que llevaba el soldado en el asiento.

Si la visión de Berlín desde el aire era pavorosa, no lo era menos desde la superficie. En la mayoría de los edificios que todavía seguían en pie solo se conservaba parte de su fachada, con las ventanas sin cristales ni cercos, como cuencas de ojos cuyos globos oculares han sido arrancados con violencia. Las aceras eran montañas de escombros donde revolvía algún niño, y las gentes se veían obligadas a sortear cascotes tanto para caminar por la calle como para intentar acceder a cualquier construcción.

El conductor señaló a una mujer que pretendía entrar en un edificio, saltando entre restos polvorientos de muros y vigas retorcidas. La transeúnte tendría treinta o treinta y cinco años, y vestía una falda amplia y larga, a la altura de los tobillos, y un pañuelo en la cabeza. Arrastraba a un niño rubito de su mano derecha.

Los ojos de Carmiña se habían convertido en dos cámaras fotográficas que intentaban captar toda presencia masculina que vistiera de paisano, algo que constituía una excepción porque la gran mayoría de personas que caminaban por la calzada o por los trozos de acera que fueran practicables eran mujeres, niños o soldados aliados. Los únicos hombres que no eran militares eran personas mayores que vestían ropas raídas, ya andrajosas, y que deambulaban con las manos entrelazadas a la espalda, algo

encorvados y con paso lento. Eran ancianos, aunque tuvieran cincuenta años.

El silencio de la ciudad era fantasmagórico, como si sus habitantes pasearan por sus calles o habitaran en sus viviendas convertidos en espectros, en criaturas evanescentes que mantienen todavía su alma arraigada al lugar donde residieron en un tiempo lejano y feliz. El tráfico era muy escaso y solo se escuchaba el ruido aislado del motor de algún vehículo con el que se cruzaban, militar en su mayoría. En ocasiones vieron alguna furgoneta que repartía unos pequeños paquetes a una fila que tendría no menos de treinta o cuarenta personas. Pensó que sería ayuda humanitaria.

Continuaron por una avenida que presentaba el mismo aspecto que cualquier vía con la que se cruzaban hasta que llegaron al destino final, tal y como anunció el conductor.

—Ya hemos llegado. Aquí me han dicho que los deje. Bienvenidos a Potsdamer Platz. En su día creo que el mariscal Goering tuvo aquí su cuartel general. A saber qué ruina de todas estas albergó a ese sátrapa y a sus amigos asesinos. Estamos en nuestra zona, la controlada por el ejército norteamericano. Aunque Berlín tiene cuatro áreas, como les he dicho, en la práctica son dos. La Este es para los soviéticos y las otras tres, situadas en el lado Oeste de la ciudad, son las de los aliados: Francia al norte, Inglaterra en el centro y nosotros con todo el sur.

Tomaron su equipaje y caminaron hacia unas carpas color caqui que el ejército había instalado para dar servicio a parte de las tropas establecidas en la capital.

—Me despido aquí. Se tienen que presentar al teniente de guardia, él les dirá dónde se acomodan.

Gustav caminó un metro delante de Carmiña y de esa manera se acercaron hacia donde había un soldado mascando un chicle, de pie junto a un mástil que enarbolaba la bandera de las barras y estrellas. Les indicó hacia dónde debían dirigirse.

—Sí, pasen. Me informaron esta mañana de su visita. La petición ha venido por parte de nuestros amigos británicos, pero parece que ellos no tenían sitio adecuado donde alojarlos, sobre

todo a la señorita. No se preocupen. El tiempo que estén en Berlín estarán cómodos aquí. Espero.

El oficial que los recibió se encontraba sentado a una mesa llena de papeles distribuidos en torres desiguales en altura, descolocadas y con formatos diferentes.

—Bueno, díganme, ¿para qué han venido a este infierno, qué se les ha perdido en esta jaula de locos?

—Hemos venido a buscar a un alemán que estuvo en España.

—¡Madre mía! ¿Saben lo que están diciendo? Creo que no. Creo que no son capaces de entender las dimensiones de lo que hay aquí, en Alemania. ¿Dónde estuvieron ustedes estos años? Por lo que veo en sus pasaportes, la joven es española y usted es sueco. Tengo que suponer que no pisaron ningún país donde hubo tiros. Esto fue una locura. Yo llevo dos años sin regresar a mi casa, sin ver a mi familia, sin besar a mis hijos. Me preguntan por un alemán. ¿Qué tiene de especial ese alemán para que hayan venido aquí? ¿Por qué es tan importante?

Después de hacer la traducción, Carmiña se removió en el asiento. No sabía qué responder porque lo que desearía sería hablar claro al militar tan desagradable que tenía delante. Gustav comprendió lo que pensaba su amiga y habló por ella.

—La señorita necesita encontrarlo por un asunto personal.

—¡Caray con el asunto personal! Pues muy importante debe de ser ese asunto personal como para haber hecho este viaje. Supongo que tendrán información de él, datos como nombre, cargo, destinos… incluso es posible que conserven alguna foto.

—Claro que tenemos cosas. —Gustav ni siquiera miró a Carmiña. Habló como si le hubieran preguntado a él.

—Para ayudarlos en esa búsqueda, les recomiendo que hablen con alguien del Consejo de Control Aliado, a más estrellas que tenga, será mejor. La petición de apoyo que nos han cursado viene de arriba. Alguno de ustedes dos, o los dos, tienen amigos influyentes en Londres, o en la embajada del Reino Unido en Madrid. —Realizó la acotación con los ojos puestos en la asustada mujer que tenía sentada delante—. Bien. Voy a hacer esa gestión y a ver si mañana puedo decirles algo. La señorita puede dormir en la carpa

de las enfermeras. Hay norteamericanas, francesas y alguna inglesa. Ya saben que los aliados hacemos frente común. Usted podrá dormir donde la tropa. También tenemos una carpa donde se sirve comida. No abusen porque los víveres no son fáciles de traer a Alemania y hay demasiadas bocas que alimentar. Aquí hay alemanes que se autolesionan para ser llevados a un hospital y poder comer allí. La desesperación de la gente es absoluta, llegan a eso. Pero, por mí, habría muchos menos, pero yo no soy político, soy militar. Ya se imaginan lo que haría con los *boches*, no dejaría ni uno. Haría como hicieron ellos en las cámaras de gas. Aplicaría una paz cartaginesa, ya me entienden. Por cierto, no tenemos mucha agua. Tengo que comunicarles que no podrán ducharse en el tiempo que permanezcan con nosotros. Si acaso, algún aseo de emergencia. Lo siento —pronunció las últimas palabras mientras miraba a la gallega.

Nada más abandonar el despacho provisional del teniente, y de escuchar la traducción sesgada y sintética que Gustav realizó, omitiendo las referencias a las cámaras de gas, Carmiña se echó sobre el cuerpo de su amigo y quiso llorar, pero procuró controlarse ante la colección de ojos que observaban a una pareja tan poco habitual en el lugar. En el entorno ni había mujeres ni hombres vestidos de paisano, por lo que todos curioseaban a los recién llegados ya que eran la única novedad en varios días.

—Vamos a dejar las maletas y nos vemos aquí en media hora. ¿Te parece?

72

Accedieron al lugar donde les habían dicho que podrían encontrar algo de comida y les sirvieron un par de platos con una sopa por donde asomaba alguna verdura y un pequeño trozo de carne. De segundo se tomaron un perrito caliente junto a un vaso de agua.

—Veremos qué nos dice ese militar del Consejo de Control Aliado.

—¿Qué es eso?

—Es un organismo que han creado los cuatro vencedores para gestionar este desastre que será la posguerra.

—Va a ser muy difícil que demos con él. —La primera impresión recibida traía un mal presagio. Carmiña era consciente de ello.

—Eso ya lo sabíamos —recordó Gustav—. Pero hemos venido aquí para buscarlo, y empezaremos esta misma tarde.

Salieron a la calle y optaron por caminar hacia el oeste, dado que les habían advertido de la proximidad con la zona oriental, algo que debían evitar siempre que fuera posible.

Vieron a una mujer que caminaba con una bolsa en una mano y un niño en la otra. También llevaba la cabeza tapada con un pañuelo. Se dirigieron hacia ella ante su recelo.

—Perdón, ¿habla mi idioma?

—*Nein!* —respondió, a la vez que aceleraba el paso.

Gustav volvió a formular la misma pregunta, esta vez en español, francés y sueco. No hubo contestación porque la mujer correteó para alejarse de aquellos dos extraños.

Repitieron la misma operación con un señor barbudo que tendría más de setenta años y que los miró como si se encontrara ante dos árboles. El hombre ni siquiera contestó y continuó su camino, no sin antes marcar el ademán de fumar, parecía que pedía tabaco. Ambos negaron con la mano. Carmiña y el sueco se miraron desconcertados.

Continuaron con su paseo exploratorio y vieron a varias personas que se desplazaban a pie arrastrando un carro con pertenencias. También se fijaron en un tranvía abarrotado de viajeros, y en varios coches carbonizados por las llamas pasadas que seguían sobre la calzada a la espera de que finalizaran otras prioridades para que alguien se ocupara de ellos.

Dos horas después regresaban decaídos a la zona militar, después de haber dado negativas a varios transeúntes que se les acercaban a pedirles tabaco, sobre todo niños. Solo habían hablado con un joven que caminaba apoyado en dos muletas que le llegaban a las axilas, y al que le faltaba la pierna derecha desde la ingle. El chico sabía francés. Los ojos de Carmiña se iluminaron a la espera de la traducción de su amigo.

—¿Dicen que se llamaba Karl Müller? En Alemania puede haber decenas de miles de hombres que se llamen así. Es un nombre y apellido muy común. ¿Qué más saben de él? ¿Saben dónde sirvió, dónde fue hecho prisionero?

—Es un militar que estuvo en España y que era ingeniero de minas. También sabemos su edad y que tenía mujer y tres hijos, dos chicas y el pequeño. Menos el último, todos murieron en un bombardeo aquí, en Berlín —detalló Gustav.

—No conozco a nadie así. Yo serví en Italia y allí perdí mi pierna, en Montecassino. Luego me trajeron a Berlín y aquí… Bueno, que no sé nada.

Abandonó la conversación y a la pareja y continuó su camino. El muchacho, el exsoldado, deseaba llorar y no quería que nadie lo viera.

—Vamos a tumbarnos un rato. Estamos cansados, llevamos un día muy intenso. Además de pedirnos tabaco, la gente no nos ha ayudado. No podía imaginar que en Berlín tanta gente fumara. A mí no me apetece cenar, pero si quieres te acompaño.

—A mí tampoco, Gustav. Tienes razón. Hoy ha sido un día de muchas emociones. Estamos en Berlín. Llevo más de un año queriendo venir a esta ciudad y no me encuentro bien. Intentaré descansar. Esta noche, con los nervios del vuelo, apenas he dormido.

Al entrar en su carpa se encontró con un grupo numeroso de mujeres, una docena, vestidas de enfermeras y con las tocas todavía sobre las cabezas. Acababan de llegar del hospital donde atendían a los pacientes. Como si se hubieran puesto de acuerdo, todas volvieron la cabeza hacia la recién llegada. Se sintió cohibida. Se presentó, aunque supuso que no la entenderían.

—Hola, buenas tardes. Me llamo Carmiña y soy española.

Las chicas sonrieron en un gesto de cortesía, excepto una, que la miró sorprendida y se dirigió hacia ella, veloz.

—¿Española, de qué parte eres? —quiso que concretara, en portugués.

Carmiña sonrió dado que la entendió a la perfección.

—*Eu son galega* —contestó.

La enfermera la abrazó, sonriente. A partir de ese momento, comenzaron con una animada charla, la una hablaba en portugués, la otra lo hacía en gallego. La comunicación no fue perfecta pero sí suficiente. La que hacía de anfitriona pidió que se sentaran a charlar un rato. Le contó que había llegado a Berlín porque trabajaba para la Cruz Roja Internacional, en colaboración con el ejército británico. Rita, que era como se llamaba, era una mujer del centro del país, de un pueblo llamado Aveiro, al sur de Oporto. Podría tener entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años. De apariencia sencilla, llevaba una media melena descuidada, sin maquillaje, y con una cara de cansada que ensombrecía la base de sus ojos, pero su sonrisa era franca y abierta, amistosa.

—Ya sabes que desde siempre los portugueses y los ingleses nos hemos llevado muy bien. Nosotros siempre hemos colaborado con ellos en todo lo que nos han pedido y ellos han colaborado con nosotros en lo que les hemos pedido… en algunas ocasiones. Bueno cuéntame, ¿qué haces en Berlín? ¿Qué hace una gallega en Berlín?

Carmiña detalló el propósito del viaje y en la compañía de quien había llegado.

—No, no es mi novio, es un amigo, una especie de aventurero que fue periodista y ahora es escritor. Seguro que de este viaje acabará sacando un libro.

—Pero eso que buscas es muy difícil. En Berlín no hay exmilitares, no sé si lo sabías. —La gallega negó a la vez que se encogía de hombros—. Además, los pocos que han conseguido volver son tratados con desdén por los mismos alemanes. La población civil los acusa veladamente de haberlos llevado a esta situación de ruina, miseria y muerte. La inmensa mayoría de los militares están esparcidos en campos de prisioneros, y hay muchos, yo no sé cuántos ni dónde están.

—¿Y quién podrá saber eso?

—Ni idea, pequeña, aunque los del Consejo de Control Aliado te podrán orientar.

—Tenemos previsto verlos, no sé si mañana —se esperanzó.

La portuguesa miró a Carmiña y le sonrió.

—Eres muy linda y se te ve buena persona. Supongo que ese alemán será alguien especial para ti. También supongo que lo conocerías con motivo del wolframio. Nosotros, en Portugal, también vendimos muchas piedras negras a esa gentuza, porque, para mí, todos ellos son gentuza. No salvaría ni uno, siento decirte eso.

—No todos eran iguales.

—Unos por acción, la mayoría; y otros por omisión. Pero sí, para mí todos son iguales. No sé si sabes lo que eran los campos de concentración para meter allí a judíos y opositores. —Carmiña se mantuvo estática. Algo había oído pero no sabía cuánto de verdad habría en las informaciones escuchadas—. Yo los conozco bien, y eso que ahora los *boches* no son ni la sombra de lo que fueron. Todas nosotras venimos de atender alemanes, dado que hubo pocas bajas aliadas en la toma de Berlín, que fue una ciudad tomada por los rusos. Ellos sí que tuvieron bajas, pero los tratan en los hospitales de la zona oriental. Por lo tanto, en estos sectores, atendemos a nazis que la mayoría están en estado terminal. Pero cuando estaban en su apogeo, su conducta era muy distinta a la actual. Ven.

La llevó hacia otra parte de la sala, más alejada de las otras compañeras.

—Yo llevo en esto desde principios de año, siempre en la retaguardia, cuidando a quien puedo, y eso incluye también cerrar los ojos de pacientes de todas las nacionalidades en la flor de la vida. Unos mueren por edemas de hambre, otros por tuberculosis, infecciones de todo tipo, desangrados. En abril entramos en Bergen–Belsen. Eso era un campo de concentración nazi situado entre Hamburgo y Hannover. —La gallega asintió porque había estudiado bien la geografía alemana y conocía la ubicación de esas dos importantes ciudades—. Llegamos con el oficial británico Derrick Sington, y lo que encontramos era inimaginable. ¿Te haces idea de lo que es una montaña de cadáveres de adultos que no pasarían de los treinta o cuarenta kilos? Eran huesos recubiertos de piel. Habían muerto de inanición, epidemias de tifus, por torturas de los guardias… Los ingleses tomaron la decisión de quemar los despojos y las instalaciones para evitar la propagación de enfermedades. —

Mientras escuchaba a Rita, pensó si Karl podría haber tenido algo que ver en todo aquello, aunque fuera de forma indirecta por el mero hecho de ser un Nacional Socialista—. Nunca se sabrá cuánta gente pudo morir allí, a cuánta gente mataron los nazis. ¿Quién podía suponer que tramarían lo que llamaron *Solución Final*? Eso no cabe en la mente de un humano, es propio de monstruos. ¿Matar, exterminar, aniquilar razas enteras?

Carmiña se había quedado blanca, y Rita lo notó.

—Solo Dios da la vida y solo Dios puede quitarla —apuntó la gallega.

—Pues parece que ese Dios estuvo ausente de Europa durante esos años, estaría ocupado con otras cosas. Bueno, no nos pongamos trascendentales, que todo eso ya acabó. Es posible que no todos los alemanes fueran nazis. —Se arrepentía de haber detallado la crudeza de lo que vieron sus ojos y que jamás olvidarían —. A ver si te pueden dar alguna indicación de dónde está ese Karl. Si me dices que era ingeniero de minas, seguro que no tuvo nada que ver con esas monstruosidades. Todos tenemos algo que callar. Por nuestra parte, por la de los aliados, bien se quiere silenciar el deshonroso comportamiento de los militares senegaleses franceses cuando liberaron Stuttgart. Aquello fue también en abril de este año. Seguro que en… —comenzó a contar con los dedos y a silabear números—, seguro que en febrero próximo nacerán muchos mulatos en esa ciudad. Ya sabes —sentenció, mientras negaba con la cabeza —. Ya digo, todos tenemos que callar.

El silencio planeó durante unos instantes.

—Bueno, vamos a dormir, que mañana nos espera otro día intenso, aunque aquí todos son iguales.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Berlín?

—No lo sé, pequeña, no lo sé. Cuando me digan.

—¿Te espera alguien en Aveiro?

Rita negó.

La noche les había sentado bien. El silencio era absoluto y, después de los últimos movimientos de los compañeros de carpa, ambos se dejaron acunar por un sueño que los restableció. A ese descanso se unía que la mañana había amanecido con una atmósfera clara donde reinaba el cielo limpio y con la ausencia absoluta de sonidos, ni humanos, ni de animales ni de máquinas.

Desayunaron un vaso de un líquido con un lejano sabor a café, y un pequeño bollo de pan con algo de margarina: un privilegio para cualquier berlinés. No se habían levantado de la mesa cuando llegó el teniente que los recibió el día anterior. Se lo veía sonriente.

—Ustedes tienen suerte. Me ha comunicado uno de sus ayudantes que mañana a las doce en punto los recibirá un coronel británico del Consejo de Control Aliado, a ver si les puede facilitar información sobre ese alemán que buscan. Han tenido suerte, suerte o influencias, porque no es habitual que un alto mando militar reciba visitas de civiles. Aprovechen la jornada para pasear por Berlín. Algún día podrán contar a sus nietos que estuvieron viviendo en el infierno y que no se encontraron con Satanás. Bueno, igual verán a muchos Satanases, según la de alemanes que encuentren a su paso.

La cara de Carmiña se iluminó al escuchar la traducción parcial del sueco, una vez que se marchó el teniente.

—Es posible que ese hombre tenga acceso a listas con nombres de presos, o de soldados alemanes que no estén presos… ¡a saber! Vamos, que es posible que él pueda guiarnos hasta Karl. ¿No?

—Claro, ¿por qué no?

Gustav analizaba la situación desde un prisma distinto al de su amiga, más objetivo, sin dejarse cegar por la pasión, por la necesidad natural y humana de agarrarse a cualquier pista; porque ese había sido el objeto del viaje a Berlín, buscar y encontrar un imposible. Jamás se habrían perdonado no intentar localizar a una persona que estaba viva, que tenía que estar viva. El lugar era la gran duda.

El sueco preguntó a un sargento si les podían facilitar un coche para moverse por la ciudad. Este comenzó a reírse, algo que no

gustó a la pareja. Les informó que podría buscarles un vehículo, pero sin gasolina.

—Hoy en Berlín se cotiza más un litro de gasolina que un litro de *whisky*. Si se quieren mover, pueden utilizar el metro, que algún convoy se mueve de vez en cuando y, si no quieren andar, es posible que les dejen esas dos cosas que tienen ahí —sugirió, mientras señalaba algo que provocó que la española y el sueco elevaran las cejas.

Una vez que se quedaron solos, Carmiña se acercó a su amigo, con la misma cara de perplejidad que se le había quedado tras la proposición del militar.

—Gustav, yo no sé usar eso.

—¿Nunca has montado en bicicleta? —preguntó, mientras sonreía—. Es muy sencillo. El único problema que veo es que las dos son de hombre. ¿Por qué no buscas unos pantalones?

—¿Cómo que de hombre? ¿Es que hay bicicletas de hombre y bicicletas de mujer?

Después de que una enfermera de Illinois le dejara unos pantalones caqui, que a la gallega le quedaban anchos, y unas zapatillas planas un número mayor, Carmiña montó sobre el sillín y dio las primeras pedaladas ayudada por Gustav. Jamás había practicado un deporte, pero comprobó que poseía cierta maña para manejarse sobre las dos ruedas y, al cabo de media hora, ya sabía moverse con cierta soltura por las instalaciones. Aquello era una novedad que hizo que todos los que se encontraban por la zona prestaran atención a las evoluciones de la española. Carmiña dejó de pedalear y frenó con suavidad a la vez que ponía el pie izquierdo en el suelo. Sonrió. Como si fuera una artista, vio que muchos soldados le dedicaban un fuerte aplauso. Las tropas destinadas en Berlín necesitaban la más mínima excusa para sonreír, y aquella lo era.

—¿Nos animamos a ir por aquella avenida? —propuso el sueco, a lo que su amiga respondió con otra sonrisa. La razonable expectativa que se les abría de que en el encuentro del día siguiente pudieran recibir alguna pista sobre Karl había cambiado su semblante. No se sentía feliz, pero sí esperanzada.

Fijaron rumbo norte. En primer lugar circulaba la gallega y Gustav tras ella. Les habían indicado dónde estaba el parque Tiergarten, en las proximidades de la puerta de Brandemburgo. En los veinte minutos que estuvieron pedaleando observaron la fisonomía de esa zona de la ciudad, que ofrecía la misma aterradora estampa de edificios derruidos, hasta el punto de no ser capaces de encontrar ni una sola casa que mantuviera una mínima identidad de lo que fue antes de la infernal violencia que sufrió desde el año 1940, cuando en ese mes de agosto los aviones de la RAF dejaron caer ya los primeros artefactos sobre la capital del Reich, socavando la moral de la población civil al constatar la vulnerabilidad del corazón del imperio de los *1.000 años*.

El parque ofrecía un aspecto desolador. La mayor parte de los árboles habían sido cortados y ahora era una llanura medio verde, medio terrosa, sobre la que se levantaba algún tronco similar a la columna de un edificio que alguien se hubiera llevado.

Un par de chavalillos se acercaron a pedirles tabaco.

—*Nein, nein* —chilló Gustav, para espantarlos.

Una mujer de unos treinta años, que lucía una llamativa cabellera larga, se acercó a la bicicleta del sueco y algo le dijo que él no entendió.

—No hablo su idioma.

—*Sex?* —al escuchar la proposición, el hombre negó—. *Sex? Nur eine Packung Tabak* (solo un paquete de tabaco)

—*No. She is my girlfriend* (No. Ella es mi novia) —aclaró, a la vez que señalaba a Carmiña.

La extraña la miró y escupió al suelo.

—*Verpiss dich!* (vete a la mierda)

Antes de que se marchara, Gustav señaló a una enorme mole derruida situada justo enfrente de donde ellos se encontraban.

—*What's that?* (qué es aquello)

Sin volver la cabeza aclaró la duda al forastero.

—Reichstag.

Como decía aquella joven, lo que tenían delante era el edificio del parlamento alemán, que fue quemado por los propios nazis para acusar a los comunistas de haberlo hecho y crear el caos, allá por

1933, datos que aprendió el sueco en su país, cuando la posibilidad de viajar a Berlín era algo inimaginable en su mente. La visión era sobrecogedora. Pensó que sería uno de los edificios más majestuosos de la capital, con sus dos alas más altas a los lados, su cúpula central y su entrada principal bajo un frontón de estilo clásico.

La reflexión del momento fue interrumpida por una pequeña comitiva de coches y camiones que apareció por su izquierda, y que atravesó la puerta de Brandemburgo a toda velocidad. Ambos apreciaron las banderas soviéticas que llevaban los turismos en las aletas delanteras.

—Aquel es el acceso al sector soviético —explicó Gustav.

—¿Se podrá entrar?

—Mejor vamos a darnos la vuelta. Allí no se nos ha perdido nada.

Iniciaron el camino de regreso con tan mala suerte que, por pretender esquivar a dos niños que correteaban por la calzada, los pies de Carmiña trastabillaron y se enredaron con los pedales. El golpe fue más aparatoso que doloroso. Los dos mocosos se dirigieron rápido hacia donde estaba caída la mujer pero no para auxiliarla. La intervención del sueco evitó el robo de la bicicleta. Antes de marcharse, les pidieron *chocolat*.

—¿Te has hecho daño?

—No, solo unos rasguños en la mano.

Se sacudió el polvo de los pantalones y pidió regresar para lavarse las pequeñas heridas.

La tarde la pasaron cada uno en su barracón, tumbados en la cama y haciendo tiempo para que llegara lo antes posible la entrevista con el militar que podría arrojar luz sobre el paradero de Karl Müller. No guardaba lógica seguir los dos solos por una ciudad vacía y llena de incomodidades y de peligros, como habían comprobado.

Cenaban un plato de alubias cocidas con tomate y una loncha de panceta ahumada, uno enfrente del otro, cuando apareció Rita junto a cuatro compañeras, todas con vestidos oscuros y muy

pintadas, no parecían las mismas personas que cuando las vio por primera vez.

—Nos vamos, ¡venga! —Las palabras, como siempre pronunciadas en portugués, no admitían dudas. No eran de proposición, sino de orden.

—¿Cómo que nos vamos?

—Sí, que nos vamos nosotras cinco a una sala de baile, hay muchas en Berlín. Aquí no hay comida pero sí alcohol y música. Nos han invitado unos soldados norteamericanos. Venga, levantaos y venid con nosotras. A ti, si quieres, te dejo algún vestido que tengo, que me parece que somos de la misma talla, o parecida. Seguro que tu amigo tan guapo tiene para él en su maleta algo más presentable —supuso, mientras la miraba y le guiñaba un ojo.

Carmiña y Gustav se interrogaron con los ojos. El sueco necesitó algo de traducción, pues la portuguesa había hablado deprisa. No sabían qué responder. No habían ido a Berlín a bailar pero aquella no era una mala idea. Al día siguiente sería su gran momento. Era posible que fuera la última noche de incertidumbres.

Fue la gallega quien tomó la delantera. Apoyó las dos manos en la mesa y tomó impulso.

—Vamos a por ese vestido.

74

El lugar al que se dirigía el grupo era una sala de baile ubicada en los bajos de un edificio próximo que no había sufrido excesivos daños, por lo que todavía permanecía algún piso con ventanas, aunque sin cristales. Las escaleras que conducían al interior estaban limpias de cascotes y la música se escuchaba con nitidez desde la calle. Las enfermeras iban cogidas del brazo, de risa continua y con el ánimo enardecido. Rita caminaba con Carmiña, que llevaba un vestido ceñido rojo con lunares blancos y con un escote similar a los que gastaban las pupilas de la Calatrava. Cuando lo vio colgado de la percha no supo qué pensar, pero su duda se disipó en tan solo unos segundos. Ella nunca se había puesto algo así, tan ceñido, tan

enguantado, tan atrevido en definitiva, pero al mirarse en el espejo sintió un extraño efecto de liberación que la alejó más aún del lugar donde había nacido y criado; algo parecido a una independencia y autoafirmación desafiante que le produjo hasta una cierta percepción de superioridad, por lo menos, preeminencia respecto a la antigua Carmiña que conoció. También se dejó maquillar por su nueva amiga, que cubrió los labios de la gallega de un fuerte rojo carmesí. Unas gotas de un perfume que Rita guardaba para las grandes ocasiones rubricaban la imagen de la otra mujer que se había metido en su cuerpo.

—¿No tendré frío?

—No creo, pero aunque lo tengas. A veces las mujeres algo nos tenemos que sacrificar para que los chicos se fijen en nosotras. Y porque supongo que estás medio comprometida con ese Karl que, de no ser así, esta noche se rendirían a tus pies todos los oficiales aliados que viven en Berlín. —La española ingirió una nueva cucharada del tarro de la felicidad que acababa de abrir—. Solo faltaría añadir unas medias de cristal, pero esas están imposibles, ya ves que ninguna llevamos, ni de cristal ni de las normales. Las que trajimos ya se nos han roto, y conseguir unas nuevas cuestan demasiados cigarrillos.

Ya de camino pudo comprobar que las palabras premonitorias de su nueva amiga se convertían en realidad. La totalidad de militares que se cruzaban con ella volvían la cabeza, incluso alguno decía algo que la española no entendía, pero suponía el significado. Era la primera vez que experimentaba algo así y no le disgustó, al contrario, le pareció divertido porque se sentía segura del brazo de la portuguesa. Era un juego no practicado con anterioridad y que le resultó atrayente. Cruzó con Rita alguna mirada de complicidad y ambas rieron al unísono.

El local se encontraba abarrotado y el humo de los cigarrillos y de los puros había creado una neblina cenicienta que creaba un ambiente desconocido para la gallega. Una enfermera canadiense agarró a Gustav y le pidió que bailara con ella al son de la música que en ese momento tocaba una orquesta compuesta por seis maestros: *In the mood*, una melodía prohibida durante el nazismo.

El sueco se excusó de bailar aduciendo su desconocimiento, pero la mujer insistió y él no fue capaz de mantener su escasa determinación. Uno de los soldados que iba con ellas, y que no había dejado de mirar a Carmiña en ningún momento, se acercó a la novedad y, cerca del oído, le propuso animar la noche.

—Vamos, esta canción me encanta. —La española se sorprendió al escuchar el idioma que habían utilizado con ella—. Sí, no me mires así, que soy de Florida, y allí se habla español. Tenemos Cuba y la República Dominicana al lado. ¡Vamos!

Todo el grupo evolucionaba por la pista con más entusiasmo que pericia, pero aquello no era una escuela de baile, sino un grupo de personas que deseaban olvidar la realidad de sus días escondidos en un sótano, bajo los efluvios del alcohol y con la complicidad de la noche. Al finalizar, toda la sala aplaudió a la orquesta, que pasó a interpretar una melodía tranquila. Los ojos del soldado hablaron por su boca. Sus brazos rodearon la cintura de Carmiña y ella se dejó hacer. Gustav se marchó con el grupo a tomar asiento y a pedir unas consumiciones. La pista se relajó.

—Esta canción me encanta, aunque es muy triste. Se llama *I´ll never smile again*, y habla de alguien que, como dice el título, nunca volverá a sonreír —tradujo el soldado—. Tommy Dorsey la canta mejor que este hombre, pero no lo hace mal.

Carmiña no bailaba con un chico desde que salía con Gaudencio, antes de que se marchara, de que huyera, de Arnega. El soldado apretaba su cuerpo contra el suyo pero no le importó, necesitaba ese contacto físico porque eran fuerzas lo que precisaba, energía para aguantar la vida que llevaba desde que Karl apareció en su existencia. Ella, que no conocía nada más que su aldea, y que llevaba una vida anodina y lineal, carente de novedades o de experiencias turbadoras, había visitado en muy poco tiempo Santiago de Compostela, La Coruña, Vigo, Madrid, Londres y ahora Berlín. Y, lo más importante, había experimentado el amor con unas relaciones completas que la dejaron tan satisfecha como derrengada. Excesivas emociones para un cuerpo y una mente asentados en el mundo aislado en el que nació y se crió. Había pasado de ver el Trocal a encontrarse con el Támesis, de acudir a la

plaza de José Antonio de su pueblo a pasear por la Castellana, de rezar en la parroquia de San Pedro de Arnega a orar en la catedral de Santiago. De dormir con su hermana en una habitación estrecha y en una cama de ochenta centímetros, a gozar con un hombre amado en un inmenso lecho de madera con dosel. Y todo en poco más de un año.

Y ahora se veía dentro de un vestido provocador siendo abrazada por un extraño que la envolvía con sus fuertes brazos. Empezó a pensar que en su vida había dos Carmiñas, la de antes y la del día en el que apareció Karl en su vida, con aquellos taladrantes ojos azules, su refulgente pelo rubio y su sonrisa canalla.

Notó un beso del soldado en su cuello y aquello fue el detonante. Se separó de él los suficientes centímetros como para que el norteamericano captara el mensaje.

—¿Volvemos con el grupo? —Aquello tampoco fue una pregunta, sino una indicación tajante envuelta en unas palabras educadas.

—Claro, lo que tú quieras —respondió el militar, a la vez que sacaba una cajetilla de Chesterfield del bolsillo interior de la chaqueta.

Se sentaron junto al resto de los amigos y probó una bebida incolora que le dio una de las enfermeras. Le pareció áspera. Dos parejas se besaban sin pudor, otra hablaba muy próxima mientras que Rita, que dominaba el inglés, y Gustav compartían confidencias, mostrando los dos un marcado interés por lo que decía el otro.

—Me llamo Anthony Romero, y llevo en Europa desde junio del año pasado.

—¿Eres de los que entró por Normandía?

El soldado pidió cambiar de conversación.

—¿No te importa? Prefiero hablar de otras cosas contigo, ya bastante me acuerdo de aquello a todas horas. A ver, ¿qué hace una belleza como tú en esta ciudad de locos?

Carmiña no quiso desvelar la verdadera razón de su estancia en Berlín y se limitó a decir que había acudido acompañando a Gustav, que era periodista.

—Pero, ¿eres su novia? Porque, por lo que se ve, está muy animado con la enfermera portuguesa.

—No, no somos novios. Somos colaboradores y amigos. Yo creo en la amistad entre hombre y mujer —Anthony mostró un rostro escéptico.

—Espero regresar a mi casa de Tampa antes de terminar el año. Estoy harto de estar rodeado de esta gente. Creo que jamás volveré a tomar una salchicha en mi vida, incluso ni a beber cerveza europea. Nada que me recuerde a los alemanes. Son los peores animales que han poblado la tierra. No me extraña que nos tengan prohibido el matrimonio con ellas. —Carmiña enarcó las cejas—. Sí, es una disposición. Ten en cuenta que este país está lleno de viudas. Viudas de maridos y viudas de novios. Los hombres han desaparecido, como podrás ver. No aquí, en esta sala, donde tienen prohibida la entrada, además del toque de queda para la población civil alemana, sino en cualquier lado. Están recluidos en campos de prisioneros y ya veremos a ver qué pasa con ellos. Han causado demasiado daño como para dejar que se reorganicen. Fueron los responsables de la guerra del 14 y también de esta. Todas las alemanas nos ven como su única salvación ante la realidad de haberse quedado con su país destruido por su culpa, por su apoyo al nazismo, aunque ahora digan que eran obligados a todo. Mentira, absoluta mentira. Todos los alemanes eran unos nazis; por lo tanto, unos asesinos.

Los ojos de Anthony traslucían odio en cada una de sus palabras.

—Las alemanas están solas y harían lo que fuera por engancharse a alguno de nosotros, y huir de esta tierra que solo les ha traído perdición y muerte. Se han quedado sin familia, sin casas, sin bienes, no tienen nada. Pero no vamos a caer en la trampa. Por mí, no valen ni para acostarse con ellas. Están todas enfermas. Los rusos las han violado las veces que han querido antes de que llegáramos nosotros. En nuestras zonas, en las aliadas, se las respeta, pero en el área oriental debe de ser terrible. Los comunistas y el mundo occidental nos hemos unido contra un enemigo común, pero nuestra visión de la sociedad y de la vida es radicalmente

distinta, incluso de qué hacer con Alemania. La idea de mi país es ayudarlos en la reconstrucción, pero los rusos claman venganza, venganza y expolio. Se quieren cobrar su botín de guerra tanto en bienes materiales como en carne de mujer y en carne de niña. De lo que pillen.

Carmiña se empezaba a sentir incómoda con la conversación. El soldado no lo notó y siguió hablando.

—¿Sabes lo que los nazis han robado a los judíos? Ha sido un expolio. Se quedaron con todo de ellos, con sus pisos, sus ropas, sus coches, sus alhajas, sus dientes de oro…

—¡Por favor!

—Sí, perdona. Es que no puedo evitarlo.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos a bailar? Es *Little Brown Jug*. Me apetece bailarla. ¿Te puedo quitar a tu acompañante? —preguntó Rita, que se la veía algo achispada.

Sin que Anthony pudiera opinar, la portuguesa saltó por encima de una silla y enganchó el brazo del soldado. Este miró a Carmiña disculpándose con los ojos. Ella le sonrió. No le apetecía seguir hablando con él y hasta era posible que la portuguesa se diera cuenta y saliera en su ayuda. La mundología de Rita se hacía patente en cada acción. En el grupo de «alemanes» al que se refería el soldado también estaba Karl, y el músico que acariciaba el piano en el pazo de Arnega no era de esos. Ese era un ser sensible, no un despiadado asesino como lo querían describir.

—¿Qué tal te va con mi amiga Rita? —Las palabras de Carmiña a Gustav llevaban un ligero barniz de sorna. El sueco apuraba la copa que le habían servido.

—Muy bien. Me ha contado muchas cosas que desconocíamos. ¿Sabes por qué todos nos piden cigarrillos? Porque aquí es como el dinero. Todo se cambia por cigarrillos. Por ejemplo, un cigarrillo equivale más o menos a cinco marcos. Con ellos se puede comprar margarina, leche, alcohol, conservas… La gente está desesperada. Ella trata con alemanes que se quedaron lisiados y le confiesan cuánto se arrepienten de haber participado en todo aquello.

—*Do you want to dance with me?* —Un soldado que llevaba la bandera de Canadá en la guerrera pidió bailar a Carmiña. La gallega

se excusó porque aquel hombre era incapaz de mantenerse erguido. El alcohol debía fluir en abundancia por sus venas.

A quien no puso objeción fue a Rita, que la llamó a voces desde el centro de la pista. Con la mano hacía gestos para que se uniera al grupo, que bailaba algo que ella nunca antes había escuchado y que provocaba un entusiasmo colectivo. La española se animó y regresó a la pista a pegar saltos con gente que no había visto en su vida y con los que no volvería a encontrarse. Tanta vehemencia mostraba en sus agitados movimientos que empezaron a formar un corro en torno a ella. Sin que se lo hubiera propuesto, Carmiña Barreiro acababa de convertirse en el centro de la sala de baile y el número de admiradores se incrementaba con cada compás. Alguien comenzó a dar palmas y el ejemplo cundió. En cada vuelta, en cada giro, se animaba más, y ello provocaba que las aclamaciones fueran en aumento. Reía como no lo había hecho en su vida porque esa no era ella, era una impostora con su misma apariencia. Rita, Gustav, la enfermera de Illinois que le dejó los pantalones para montar en bicicleta, Anthony, el borracho canadiense, varias enfermeras, soldados, oficiales y hasta el trompetista se miraban y reían a risotadas con aquella mujer tan espectacular, que liberaba la misma energía que cualquiera de las bombas atómicas que cayeron sobre Japón.

A pesar de no hallarse a bordo de un barco, la litera de la gallega daba vueltas como si fuera un velero que ha perdido la orza, la pala del timón y el velamen, y que ha quedado a merced de las olas en un temporal. Se arrepentía de haber bebido tanto, por lo menos una cantidad demasiado inusual para ella, que con dos copas alcanzaba excesivos niveles de mareamiento. Al día siguiente sería el encuentro y quizá, cuando volviera a meterse en la cama, ya sabría el paradero de Karl, el hombre con quien conoció pasiones, voces, olores y sabores que era incapaz de quitarse de en medio en ningún momento. Sobre todo porque no quería alejarse de esos pálpitos.

75

Se encontraban tomando un desayuno de galletas y un vaso de leche cuando llegó el teniente del primer día. El militar se dirigió directo a Gustav, obviando la compañía femenina.

—Estén preparados. Me han llamado para que les diga que a las once y media vendrá a recogerlos un Willis que los llevará junto al coronel Johnson. Su ayudante me ha adelantado que les dedicará un cuarto de hora. Me ratifico en lo que les dije ayer, está claro que ustedes tienen influencias poderosas. Aprovéchenlas.

Después de la traducción, en la que el sueco contó que el coronel que los recibiría les dedicaría el tiempo que necesitaran, Gustav le pidió que repasara todos los datos que recordara de Karl Müller, desde su nombre completo, filiación, domicilio, actividad e incluso rasgos faciales.

—Hay que aprovechar al máximo ese encuentro. No va a ser fácil que volvamos a tener otra oportunidad igual.

A la hora fijada, el todoterreno norteamericano llegó al lugar donde se encontraban y el conductor los instó a que lo acompañaran. Dada la ausencia de tráfico, el coche llegó a su destino en menos de quince minutos.

La sede del Consejo de Control Aliado se encontraba en el sector británico. El soldado conductor se apeó del Willis y se cuadró ante el oficial de guardia. Habló con él a la vez que señalaba con un movimiento de cabeza a las dos personas que habían viajado con él en el coche.

—Me dice que pasen, que el coronel los recibirá en un instante.

Accedieron al interior del edificio y subieron unas escaleras. No cabía duda de que se encontraban en una instalación que en su día utilizó el ejército nazi y que, sin motivo aparente, no había sido afectada por las bombas aliadas. Atravesaron un pasillo siguiendo a un cabo que caminaba a paso vivo, y llegaron a una puerta. Tocó en la hoja y una voz permitió el paso.

El coronel Johnson era un hombre que se situaría en los sesenta años, corpulento, de anchos hombros, macrocéfalo, con

boca ancha, nariz aplastada y ojos que denotaban fuerza y coraje.

—Siéntense, por favor. Si son capaces de perdonar fallos, igual hablamos en su idioma. Me dicen usted es española. ¿Es así? —preguntó a Carmiña. Esta asintió—. Bien, dígame. Me han contado que está buscando a un alemán.

—Sí, se llama Karl Müller.

La mirada del coronel conseguía que sus interlocutores se pusieran nerviosos, y la gallega no fue una excepción.

—Karl Müller… ¿Seguro llamarse así? —La cuestión dejó a la española helada al no esperarla. Esta miró a Gustav, sin comprender —. Me han dicho que usted trabajar para *Leutnant* de la Wehrmacht, de secretaria cuando esta persona era jefe de mina de wolframio. ¿Es así? Bien. Wolframio era alto secreto militar y era normal utilizar falsos nombres para no revelar identidad real.

—No creo que me mintiera.

—¿Por qué no? ¿Qué tenía usted de especial para él? Los nazis eran astutos. Mucho. Necesitamos seis años, casi, para acabar con ellos y millones muertos. Victimas niños, víctimas mujeres, víctimas embarazadas, víctimas ancianos, víctimas muchachos jóvenes. ¿Por qué ese hombre se tenía que llamar Karl Müller?

Carmiña se arrellanó en su asiento. Volvió a mirar a Gustav, que permanecía callado sin ser capaz de intervenir. Lo que decía el coronel guardaba lógica.

—Tenía esposa y tres hijos.

—Eso, ¿cómo sabía usted? ¿Dijo él? ¿Por foto? —sonrió con una mueca de condescendencia. Se había presentado delante del militar una inocente y soñadora mujer enamorada a la que debía bajar de una nube y poner en la realidad—. ¿Quién dice que esa mujer era su mujer? ¿Sabe dónde vivía ella?

—Me suena algo de *estrase*.

Johnson negó y prefirió guardarse un comentario más ácido. Se puso en el lugar de su interlocutora.

—Señora, todas las calles alemanas llevan la palabra *strasse*, que quiere decir *calle.*

Carmiña aguantó el llanto como pudo. Se empezaba a sentir ridícula al demostrar en público lo poco que sabía del padre de su

hijo. ¿Qué iba a aportar como dato nuevo, que tocaba el piano y que le gustaba escuchar los versos de Rosalía de Castro recitados en gallego?

—Me dijeron que él marchar de España antes de desembarco, es decir, quince meses antes, atrás. Si pudo llegar a Berlín, que mucho es pensar, en esta ciudad cayeron miles, decenas de miles de toneladas de bombas. Se calcula que setenta y cinco mil, ¿se dice así? Solo aquí. Ya ha visto. Además, si sobrevivir, estará en campo prisioneros con veinte o treinta kilos menos, si es que ha logrado sobrevivir, algo que dudo, repito.

—Pero, ¿tienen registro de prisioneros? —intervino Gustav.

—No, imposible. Nosotros tenemos millones de prisioneros en muchos campos: Heidesheim, Bingen Rüdesheim, Rheinberg, Kripp, Dieterheims… Más de cinco millones presos alemanes. Pero, hay más. Si vivía en Berlín, Berlín fue tomado por rusos. A ellos no gustar tomar prisioneros, ¿entiende? A las mujeres, violar, violar y violar. Y violar. Con los hombres… Ellos no tienen campos de prisioneros, sino campos de trabajo, como Lamsdorf. Los que valen, trabajan hasta morir. A otros los mandan Siberia, a morir también después de trabajar.

—Señor, ¿y no podríamos ir a uno de esos campos de prisioneros aliados? —sondeó el sueco.

—Imposible. Eso no ser museo. Si ese Karl vive y quiere buscar señorita, ya lo hará él. Pero para eso, primero, vivir. Lo dudo. Es casi imposible vivir.

Gustav comprendió la expresión del coronel y pasó su brazo por el hombro de su amiga. Le pidió que se levantara. Carmiña no tuvo fuerzas para dar las gracias al militar por su tiempo.

Antes de salir, escucharon la voz de Johnson.

—Si ese hombre llegar a Berlín, firmar sentencia de muerte. *I am Sorry*.

Subieron al Willis y abandonaron en instantes el lugar gracias a la rápida conducción del soldado.

—No te quise adelantar nada antes de escuchar a este hombre, pero cuando me contaste que su jefe, el oficial alemán ese que lo visitaba algunas veces en Arnega, llegó buscándolo de aquella

manera tan violenta, con esa amenaza, pistola en mano, no cabía duda de que habían ido a por él por alguna razón que desconocemos. Y no me extrañaría que, si lo hubieran encontrado en el pazo, lo hubieran matado. A él y a ti. Karl Müller, que yo sí creo que se llama así, o se llamaba, es posible que temiera algo y por eso se marchó lo más rápido que pudo.

—Ya te conté lo que decía la nota. ¿No ves cómo está esta ciudad? ¿Cuántos millones de muertos se han tenido que tragar estos edificios derruidos? Aquí vivían personas. ¿Dónde están todos ellos ahora? Muertos, Gustav, están muertos, como su mujer y sus hijas. ¿Por qué no va a ser verdad?

—Lo que te quiero decir es que pudo haber desertado.

—Él era un hombre fiel a sus ideas. Jamás habría desertado. Además, hemos venido a Alemania a buscarlo, yo por lo menos. Si tú no quieres acompañarme, puedes marcharte. Ya me las arreglaré yo sola.

Carmiña había perdido el sentido de la realidad.

Tomaron asiento en un rincón del comedor, con un plato de panceta delante y una Coca-Cola. Gustav la tomó de la mano izquierda. Con la derecha intentó que su cabeza dejara de mirar hacia la mesa y que sus ojos se posaran en los suyos.

—No podemos pedir que nos lleven a un campo de presos a buscar un imposible. Lo más normal es que cayera en manos de los rusos. Los prisioneros alemanes que están en poder de las tropas estadounidenses, francesas e inglesas son aquellos que capturaron al oeste de Berlín, no quienes estaban en la capital. La capital fue cosa de los soviéticos.

Comían en silencio hasta que Carmiña pareció recobrar la lucidez.

—Creo que todavía nos queda algo por hacer. No todo está perdido. Será imposible, pero voy a ir a por ello —Gustav la miró con incredulidad.

Las palabras del sueco eran rotundas.

—Es muy peligroso, demasiado. No vamos a encontrar nada. ¿Qué piensas, que va a estar sentado en un aula? Has visto cómo están los edificios de la ciudad. ¿Qué te hace pensar que aquellas instalaciones van a estar reconocibles?

—No te pido que vengas conmigo. Lo entiendo y sé que es peligroso, pero no me voy a marchar de Berlín sin ir a Humboldt. Es donde estudió. Allí tendrán su ficha, y en su ficha estará su dirección. Si no su dirección actual, sí donde vivía cuando era estudiante. A lo mejor sus padres todavía están en esa casa, o vecinos, o gente que lo pueda conocer, alguien que me dé su paradero. De ellos nunca hablamos.

—Por favor, sabemos dónde está la universidad porque nos lo han dicho. ¿Te vas a meter en bicicleta y sin protección en el sector soviético?

Carmiña se acercó a Gustav y se quedó a un palmo de su cara.

—No te estoy pidiendo que vengas, ya te lo he dicho. Iré yo sola. Es posible que se conserven archivos de alumnos con direcciones. Hemos visto que hay gente que malvive en lo que queda de sus viviendas, pero todavía están dentro de ellas. Berlín no está vacío. ¿Por qué alguien no me puede dar razón de él?

Se levantó y se marchó hacia la carpa de las enfermeras, y a los cinco minutos regresó con el pantalón que se puso para montar en bicicleta. Agarró la suya y comenzó a pedalear con determinación, como si hubiera tenido una desde pequeña.

Carmiña se orientaba muy bien gracias a haberse criado en ambientes monteses, por lo que en pocos minutos alcanzó Tiergarten para llegar así ante la construcción más famosa y reconocible de Berlín: la puerta de Brandemburgo. Tomó aire y continuó su marcha, hacia la derecha, para atravesar el pórtico de estilo dórico que da paso a la zona oriental y situarse en la Unter den Linden, la gran avenida berlinesa donde los nazis celebraban sus amedrentadores desfiles.

El aspecto de la ciudad era igual que en la parte occidental, con los mismos edificios destruidos, iguales fachadas esqueléticas, escombros amontonados sobre la acera y ausencia de vida visible,

tanto humana como animal. La calzada se encontraba en relativo buen estado y los socavones que se produjeron durante el asalto final a la capital del Reich habían sido recubiertos, por lo que las ruedas de la bicicleta avanzaban con cierta comodidad. Carmiña no sabía dónde se encontraba la universidad y se fijó en tres soldados que se hallaban de charla, formando círculo, en un trozo de acera libre de cascotes. Los tres militares, que llevaban gorras cuarteleras con una estrella roja de cinco puntas en el centro, se sorprendieron con aquella cara nueva y no aterrada que se dirigía hacia ellos. Con total probabilidad era la primera vez desde que llegaron a Berlín que una viandante solitaria se les acercaba. Suspendieron la conversación y se abrieron en semicírculo.

—¿Universidad Humboldt?

Perplejos ante la situación, comenzaron a sonreír y a rodear a la extraña, que no hablaba con ningún acento reconocible por ellos.

—¿Universitat? —preguntó uno de rasgos achinados, mientras miraba a sus compañeros. Se acercó e intentó agarrar el brazo de la ciclista. Esta se apartó.

—¿Universitat? —Otro comenzó a acariciar la bicicleta, como si fuera una pieza de museo. Después, quiso agarrar su pelo. La gallega se revolvió y repitió la pregunta.

—Sí, ¿dónde está la universidad Humboldt? —Era patente que la española no había percibido la gravedad de la situación.

—¿Universitat? —los tres soldados reían como bobalicones a la vez que la instaban a que se apeara.

Uno la tomó del brazo con fuerza y tiró de ella de tal manera que consiguió que se bajara de la bicicleta, aunque la española no acabó en el suelo gracias a su agilidad. El oriental la agarró por los hombros, con fuerza, y señaló con la cabeza hacia un edificio próximo mientras pronunciaba algunas palabras. Los otros dos se mostraban de acuerdo con lo que decía.

La llegada de una segunda bicicleta interrumpió lo que iba a ser una inesperada fiesta para los tres soldados soviéticos.

—*BHe! BHe!* (Fuera) —chilló Gustav, señalando con energía hacia la acera contraria—. *BHe!* —Carmiña nunca antes había visto al sueco mostrar un rostro así, fiero, desgarrado.

Los militares se miraron, se abrazaron por el hombro y abandonaron el lugar, entre risas. Aquella mujer no era alemana, de eso no tenían duda alguna, y optaron por abandonar el intento de confraternización forzosa con la extraña de identidad desconocida.

La española miró a su amigo y se abalanzó sobre él. Lo abrazó con sus mayores fuerzas. Su respiración seguía agitada y Gustav le pidió que se calmara.

—¿Qué pensabas, que te iba a dejar sola? Hemos venido a Berlín juntos y juntos nos marcharemos, con Karl o sin él, eso no depende de nosotros, pero yo no me voy a separar de ti. Me he enterado de que la universidad donde estudió Karl está a la izquierda de esta avenida, a un kilómetro, más o menos. Vamos.

Volvieron a pedalear, yendo en fila y con la gallega en cabeza. En el camino los adelantó un par de camiones con distintivos soviéticos y otro todoterreno. También vieron a dos mujeres caminar con bolsas en la mano y pañuelos en la cabeza, y a varios niños que se les acercaron pidiéndoles cigarrillos.

Tal y como Karl le contó a Carmiña en su día, la universidad debió de ser uno de los edificios más majestuosos de Berlín La destrucción sufrida no había conseguido borrar por completo la armoniosa fisonomía de su diseño, formando una *U* con la entrada principal en el centro. No quedaba ni una sola ventana con cristal ni un trozo de fachada que no hubiera recibido el impacto de un proyectil o la metralla de un explosivo. Era desolador comprobar cómo había quedado el máximo exponente del templo del conocimiento alemán. Los dos ciclistas se miraron y comprendieron que allí no iban a encontrar nada, pero se adentraron en su interior siempre con las bicicletas de la mano, porque dejarlas en el exterior hubiera sido una invitación a cualquier viandante.

La mayor parte de las estancias estaban a cielo abierto, pues los techos se habían depositado con violencia sobre los suelos. No quedaba ningún mueble, solo ladrillos, vigas de hierro oxidadas y alguna de madera, pedazos de cristales y el recuerdo de la inusitada brutalidad que se ejerció sobre ella. Gustav suponía lo que iban a encontrarse, pero entendía que su amiga quisiera comprobarlo por sí misma.

Continuaron por lo que en su día fue un pasillo hasta que en una gran sala a la derecha se encontraron con alguien. Un hombre barbudo se hallaba sentado en una silla. Al principio les pareció algo similar a una estatua, por la inmovilidad de su cuerpo, pero cuando se volvió hacia ellos comprendieron que era una persona la que habitaba esas ruinas. Avanzaron a su encuentro saltando entre pedazos de ladrillos y trozos de puertas destrozadas.

Carmiña saludó con la mano y el hombre se levantó, con cierta dificultad. Gustav le informó de que su amiga era española y que él era sueco. Después quiso saber qué hacía ahí.

—No se esfuerce por hablar en inglés. Hablo a la perfección el idioma de la joven. Soy filólogo español y esta era la clase principal donde impartía unos conocimientos que ya se me han olvidado. ¿De dónde es usted, señorita?

Quien preguntaba era un hombre próximo a la sesentena, con los ojos hundidos, la piel cerúlea y las extremidades hinchadas, fruto de la hidropesía que padecía, como gran cantidad de alemanes. La gallega le contó su procedencia y también la razón que la había llevado a Berlín y a la universidad.

—Aquí no queda un solo papel. Todo ha sido destruido. En ocasiones, los rusos han hecho comer fotos a los berlineses, y libros. Eso sí, los que estaban enteros y en buen estado, los metían en una furgoneta. No sé dónde se los llevarían. Con estos dos ojos que tengo aquí vi una vez cómo obligaban a unos niños a comerse por trozos una hoja de periódico con la imagen de Hitler, todos tendrían menos de diez años. También he visto violar a una mujer a la que habían envuelto antes en una bandera con la esvástica. Se la pasaban de uno a otro. No sé cuántos podría haber allí ni cómo quedó la muchacha.

—Pero, ¿por qué esta violencia contra un edificio como este, que no era una instalación militar? —La pregunta del sueco llevaba lógica.

—¿Como este? Amplíe usted la pregunta. Si no, se la amplío yo. ¿Qué sentido tenía destruir viviendas donde nada más que vive población civil? En un entorno bélico, entiendo que se bombardeen instalaciones industriales, un depósito de armas, un aeródromo…

pero, ¿un edificio de pisos donde solo viven mujeres, ancianos y niños? ¿Y los colegios, y los parques? Se lo digo yo, porque el deseo de los aliados, de todos, desde los canadienses a los rusos, es el de aniquilar nuestra historia, nuestra cultura e incluso nuestra existencia. Las fuerzas que nos han ocupado buscaban hacer con nosotros la solución final que tanto criticaron. Su objetivo real era destruirnos, no solamente como país, sino también como pueblo. No quieren «desnazificarnos», como dicen ellos, sino «desgermanizarnos», que no es lo mismo. Ya es hora de que los aliados dejen de castigarnos. Ya hemos tenido suficiente. A los alemanes nos culpan de todos los males del universo, pero nosotros no apoyamos a Hitler en el 33 para que nos metiera en una guerra. El pueblo lo que quería era trabajo y pan, que no teníamos. Los alemanes fuimos sus primeras víctimas. ¿Alguien se puede creer que esta nación, que ha dado personalidades como Kant, como Goethe, como Beethoven, habría apoyado a Hitler si hubiéramos sabido qué iba a hacer con nosotros? Wagner, Brahms, Schinkel, Bach… Mis alumnos ya no levantarán cabeza en su vida. En cinco años lo han perdido todo, y para siempre.

—Entonces, ¿dónde podríamos encontrar datos de alumnos de la escuela de Minas? —La española intentó centrar la conversación y regresar a la única razón por la que se hallaba delante de esa sombra de persona.

El hombre la miró sin verla. Se le cruzó por su atormentada cabeza hablarle de uno de los campos de la muerte de Eisenhower, pero prefirió regresar a su mundo. Se dio la vuelta y se sentó de nuevo en su silla. Se abstrajo de las incómodas visitas y se volvió a concentrar en la nada. Carmiña y Gustav se miraron. Ella negó a la vez que clavaba los ojos en el suelo. Era palmario que en aquel lugar lo único que hallaría sería a algún otro lunático. Tomó su bicicleta y emprendió el camino de la salida.

77

Al llegar a la zona de las carpas vieron al teniente que los estaba esperando, nervioso.

—¿Dónde estaban? Acabo de recibir un telegrama para usted, de un tal Winston, de la embajada británica en Madrid. —Para sorpresa de los dos, el militar solo se dirigía a Carmiña, a pesar de saber que no comprendería sus palabras—. Parece que la conoce. Tienen que tomar un avión para Londres que parte de Tegel a las ocho. Mañana a las siete uno de mis hombres los llevará al aeropuerto.

Gustav no comprendía ese cambio de actitud del oficial. Aun así, se dirigió a su compañera y efectuó la correspondiente traducción. Carmiña miraba a ambos como ida, sin entender a qué venía aquello y quién era ese hombre para darles órdenes.

—No sé si mi amiga va a querer abandonar Berlín.

El oficial norteamericano se acercó a Gustav.

—Usted no es militar, por lo que es posible que no sepa lo que quiere decir una orden. Pero esto no es una sugerencia, es algo imperativo. Nosotros somos responsables de todas las personas que están en nuestras tres zonas de influencia, tanto personal militar como civil, y tenemos jurisdicción sobre ellas. Si desean permanecer en esta ciudad tendría que ser en el sector soviético. En el sector occidental, no. ¿Queda claro? Y, por supuesto, las bicicletas se quedan aquí.

El sueco asintió. Su amiga se había convertido en una muerta andante. Al escuchar la traducción de las indicaciones del teniente, se dirigió hacia la zona donde tenía su maleta, con pasos lentos, derrotados.

—Usted, espere —pidió a Gustav, después de hablarlo en bajo.

Sin entender qué sucedía, ambos vieron a Carmiña marchar a la carpa donde almacenaba su equipaje y, al comprobar que ya no los veía, extrajo del bolsillo superior de su camisa algo que entregó al periodista. Este lo tomó con rostro interrogativo.

—El telegrama es más extenso de lo que he contado. Ese Winston decía más cosas, aunque yo no sé de qué va esto.

El sueco lo leyó y alzó las cejas. Miró al militar y lo volvió a leer, con la esperanza de haberse equivocado.

—La señorita no se puede enterar de esto, ahora —remarcó el teniente—. Se enterará cuando llegue a Londres y la trasladen a un determinado lugar a ver a alguien cuya identidad usted ya se podrá haber imaginado, después de la lectura de lo que le acabo de entregar. Le pido que silencie lo que ha visto. En los expedientes que se entregan cuando contienen información secreta siempre figura el texto *Solo para tus ojos*. Pues le ruego que considere el contenido de este telegrama de la misma forma. Apelo a su honor y a la franca amistad que profesa por la muchacha.

Gustav, que seguía con la nota en su mano, asintió sin palabras. En ese momento, ambos escucharon unos gritos estentóreos. Procedían de la zona de equipajes y era una mujer quien los profería. Corrieron.

Al llegar vieron a Carmiña fuera de sí. Tenía sujeto por las solapas a un soldado canadiense. Al momento lo soltó y se dirigió hacia su compañero, que era norteamericano.

—¡Sois unos asesinos! ¡Unos malvados asesinos! ¿Habéis visto cómo habéis dejado esta ciudad? —Empujó al soldado y se marchó hacia otro lugar de la estancia, a golpear en el pecho a un robusto cabo que le sacaría treinta centímetros de estatura y duplicaría su peso. Mientras, él se mantenía estático, sin entender ni una sola palabra de las que profería la española.

Unos veinte militares miraban la escena, en silencio, tan sorprendidos como indulgentes. Aquella mujer había perdido el control sobre su persona, poseída por un demonio desconocido que le había arrancado el raciocinio.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos!

Gustav caminó deprisa hacia donde se encontraba, pero la gallega le propinó un fuerte empellón que casi lo derriba.

—¿Por qué habéis matado a pobres inocentes? Eran casas donde vivía gente normal, como vuestros hijos, como vuestras mujeres. ¿Por qué?

Se dirigió hacia el otro lado de la carpa para continuar con esas preguntas, ya sin agarrar a nadie, con el rostro enrojecido y los ojos a punto de estallar. Nadie se atrevía a contradecirla, ni a responderla. Solo la miraban sin saber qué debían hacer.

Las fuerzas la fallaron y sus rodillas cedieron.

Fue el teniente quien buscó la mirada del médico de la compañía. Los dos asintieron.

Con ayuda de la enfermera que le había dejado los pantalones de montar en bicicleta, la fueron calmando a la vez que le pidieron que se tumbara en una camilla. El doctor acudió a su botiquín y regresó con una jeringuilla y una ampolla que contenía un líquido claro.

Gustav le rogó que se tranquilizara.

—Por favor, Carmiña. Esta gente no tiene la culpa de lo que ha pasado. Esto es mucho más profundo. Por favor, tranquilízate.

Su respiración se había ralentizado y la gente regresó a sus quehaceres.

—Esto la calmará. Ahora tiene que descansar. —El médico miró a Gustav—. En definitiva, y aunque no la he comprendido todas las palabras, lo que piensa la señorita es lo que pensamos gran parte de los que estamos aquí. No se lo puedo recriminar.

El emisor de la nota, Winston, conocía a la perfección el paradero de Karl Müller, y valoró habérselo contado en Madrid y evitar el viaje de Carmiña a Berlín, pero era consciente de que se encontraba delante de una mujer cuyas circunstancias le habían puesto una venda en los ojos y que no se le caería hasta que no comprobara, por ella misma, la situación de la ciudad y la imposibilidad de hallar en esas ruinas a quien le tenía obnubilada la razón. Sopesó la situación y optó por facilitarles el viaje y las atenciones en destino. Esa situación le duró un tiempo, pequeño, hasta que nació en sus entrañas un remordimiento por no haber sido franco con un ser inocente. Esa desazón le condujo a enviar el telegrama que tan lacónicamente había recibido el teniente norteamericano.

A la hora marcada, y después de pasar una noche tranquila velada por Gustav y por Rita, un Jeep los dejaba en Tegel. Carmiña caminaba ayudada por su amigo. Al verlos llegar, un militar inglés se acercó a la pareja.

—Perdón, ¿es usted Carmen Barreiro? Tengo instrucciones de míster Winston de que me acompañen al control de pasaportes. Su avión despegará en cincuenta minutos. Por favor… —Con la mano, el desconocido pidió que lo acompañaran.

El vuelo sufrió un retraso importante que obligó al pasaje a permanecer en el interior del aparato durante gran parte de la mañana. A las tres del mediodía aterrizaban en Croydon, el mismo aeródromo del que habían partido días antes, cuando todo era ilusión por un encuentro que al final no se produjo.

Al bajar del aparato se acercó un soldado que se identificó y pidió su maleta.

—Tengo el coche aparcado a cinco minutos. Si me permite, le llevo su equipaje. —Para su sorpresa, el hombre hablaba español—. Tengo instrucciones concretas de llevarla a un determinado lugar. Tiene que venir usted sola. El señor esperará aquí, en el aeropuerto, lugar al que la traeré de nuevo.

Carmiña, que se había repuesto después del descanso nocturno y del tiempo dormitado en el avión, miró extrañada a Gustav, que era conocedor del hecho.

—¿Sabías tú que ahora tengo que tomar un coche yo sola? ¿Sabes dónde me lleva?

—Tenemos que obedecer al soldado. Yo te espero aquí. Tú, tranquila. —Su amiga no preguntó más. Había algo que todos sabían excepto ella. Se dejó llevar—. Tenemos que confiar en ellos.

Después de darse un par de besos, se acomodó en el Buick con el volante a la derecha, que carecía de distintivos militares, y vio cómo el aeropuerto se quedaba atrás.

—¿Tenemos mucho viaje por delante?

—Calculo que unas dos horas.

78

La ciudad de Coventry está situada a ciento cuarenta kilómetros al norte de Londres y a treinta antes de llegar a Birmingham. Según

fueron abandonando el área metropolitana de la capital, la gallega apreció que las huellas de la guerra se disipaban. Así, la campiña se mostraba moteada de pequeñas casas de labranza, unas destruidas pero otras intactas, la mayoría, en un entorno llano y sin accidentes orográficos intrincados.

El Buick entró en la población minutos antes de las dos horas que pronosticaba el conductor. Al ser una ciudad populosa, las marcas de la guerra se volvieron a hacer presentes, y el recuerdo de Berlín reapareció en el cerebro de Carmiña al encontrarse otra vez con edificios derruidos y algunos quemados, aunque en mucha menor proporción.

Al cabo de cinco minutos de giros en calles, cruce de plazas y visiones de arquitecturas similares, estacionaron junto a un edificio de tres alturas. El soldado se mostró solícito y correteó para abrir la puerta de su pasajera.

—Es en la segunda planta. Tómese el tiempo que necesite porque yo la espero sin prisa. Me he traído un libro, que es la mejor manera de matar los tiempos muertos. —Mostró una sonrisa discreta a la vez que marcaba una pequeña reverencia con la cabeza.

Antes de dar el primer paso, Carmiña no pudo evitar mirar en detalle la construcción de ladrillo que se presentaba ante ella como un sobre sorpresa. Sus ojos, inquietos y algo díscolos, buscaron en los ventanales del segundo piso sin apreciar movimiento alguno. No sabía qué se iba a encontrar. Prefería hacer como hizo en el coche, no pensar en ello. En instantes saldría de dudas.

Se llenó de valor y echó a andar acompañada de un ligero temblequeo en las piernas. Accedió al interior y subió las escaleras hasta llegar a su destino. Llamó al timbre a la vez que se santiguaba. Cerró los ojos y oyó con precisión a su corazón bombear con un estruendo impropio.

Abrió la puerta Karl Müller, su Karl Müller. Lo vio algo más envejecido. El año largo que llevaban sin verse le había devorado parte de su pelo y ahora presentaba unas entradas en ambos lados de la cabeza que le sumaban un lustro. Pero su mirada y la expresión de su boca se mantenían intactas.

—Carmiña.

No fue una pregunta ni una muestra de alegría. Pronunció su nombre como si recitara el prolegómeno de una obertura, el inicio de una pieza que precedería a una sinfonía que ya se vería si se había escrito con notas alegres o tristes. Vestía ropa de tipo inglés, con un chaleco y una camisa blanca de cuello. Los pantalones eran bombachos y calzaba unas zapatillas de estar por casa.

—Carmiña, te estaba esperando.

La española llevaba meses pensando cómo sería un reencuentro con el gran amor de su vida, si se abalanzarían el uno sobre el otro para entroncarse en un abrazo, si se besarían, si se quedarían callados sin fuerzas para hablar. El hecho es que la distancia que se mantenía entre los dos se asimilaba a la constante en una ecuación matemática, fija e invariable. Estáticos, sin que ninguna fuerza interior hiciera algo por variar sus estados.

Corriendo desde el interior aparecieron dos niñas con mirada expectante que se agarraron al padre por la cintura. Detrás de ellos, llegaba una mujer vestida de calle con un pequeño de la mano. Menos Karl, todos los demás llevaban el abrigo puesto.

—*Hallo.* —Extrañada por la novedosa situación, miró a la desconocida y a su marido, con alternancia y sin comprender qué era lo que sucedía.

—*Helga, Ich präsentiere Ihnen Carmiña, eine spanische Freundin*, (Helga, te presento a Carmiña, una amiga española).

La gallega escrutó la cara de la desconocida, su afilado rostro, sus ojos algo saltones, sus pómulos marcados, su bajo nacimiento del pelo en la frente, y llegó a una conclusión instantánea: aquella no era la de la fotografía que Karl colocó sobre el piano en el pazo de Arnega. En aquella instantánea había una señora, dos niñas y un niño, y todos eran distintos, sobre todo ella, la señora, la esposa, una cara escrutada con atención tiempo atrás y que se le había quedado marcada en su memoria.

—*Wir werden kaufen* (nosotros nos vamos a comprar).

Al abandonar la vivienda, la mujer se despidió de la desconocida con una mueca de sonrisa.

Una vez que la pareja vio a los niños y a la mujer bajar las escaleras, ellas andando y el niño a la carrera, Karl se echó a un lado

y la invitó a pasar con un gesto corporal.

Como si accediera a un lugar que hubiera que escudriñar, la española entró a pequeños pasos y con la mirada puesta en las paredes, el techo y en los pocos muebles existentes. Al atravesar el pequeño pasillo y llegar al salón, se detuvo y esperó. Se volvió para buscar sus ojos. Karl hizo intención de darle un beso y Carmiña no pudo saber si el destino de su boca eran sus labios o no, pero la realidad fue que acabaron posándose en sus mejillas. Ella no le correspondió. La temperatura afectiva del salón era fría, demasiado. La invitó a sentarse y le propuso tomar un té o una copa de licor. La española declinó los ofrecimientos.

Ambos se acomodaron y volvieron a reproducir la escena del descansillo, con una distancia similar. Las palabras se habían evaporado.

—Ayer contactó conmigo una persona que está a las órdenes de un tal Winston, alguien de quien he oído hablar pero que no conozco. Parece ser que opera en Madrid. Supongo que ese hombre es de los servicios de inteligencia británicos exteriores, el MI6, el que dirige Menzies, aunque mi contacto con la organización era un tal Norman Brown. Solo ellos conocen mi paradero, aunque esto ya no es un asunto tan secreto, sobre todo desde que finalizó la guerra en el Pacífico.

—Pero el MI6 es británico, ¿no? ¿Qué tienes tú que ver con ellos? Karl, no sé qué haces aquí, no sé quién es esa mujer y esos niños. No sé nada. Bueno, sí se algo, creo que estoy de más en esta casa y abajo me espera un coche.

Marcó ademán de levantarse pero él la agarró por el brazo y le rogó que le dejase explicar.

—Supongo que esta dirección te la darían en Berlín, donde me han dicho que estabas. No sé ni cómo llegaste allí, ni quién te llevó ni si fuiste sola o acompañada. Me imagino que lo segundo, porque no te veo tan desenvuelta como para hacer un viaje tan largo tú sola. Tus orígenes aldeanos y tu poca experiencia mundana te impedirían moverte en el extranjero en soledad, no creo que tengas recursos personales para valerte por ti misma sin ayuda. Además, no sabes idiomas, solo algunas palabras en francés, por lo que me

dijiste. —Las palabras de Karl eran emitidas en un tono plano, sin un atisbo de apasionamiento, sin calor, bañadas por un aire neutro—. Ahora bien, no tengo ni idea de quién te ha podido acompañar, porque tampoco imagino a tus hermanas en este ambiente. Sobre Berlín no te pregunto porque lo supongo. Estoy informado. Los soviéticos se han ensañado con ella y con sus habitantes.

Se volvieron a quedar mudos. Carmiña pensó que tenía razón, que Karl la conocía. Ella era una mujer de pueblo, con una situación familiar que le llevó a abandonar el colegio a temprana edad, con una enseñanza limitada a conocer las cuatro reglas y sin más idiomas que el gallego, lengua que solo le habría servido en el extranjero en Portugal, no en Berlín. Bajó la vista.

Al poco, el alemán volvió a hablar para asegurar algo que, después de lo escuchado, era difícil de creer.

—Tendrás que confiar en mí si te digo que desde que me marché de España no he dejado de pensar en ti ni un solo día. Y déjame que te diga que te veo más guapa. El pelo te sienta muy bien a la cara. Por favor, ¿me vas a dejar que te cuente?

Por alguna razón inexplicable, la visita sintió que un poder ajeno la atornillaba al sillón, un ímpetu irracional, porque lo cabal habría sido evaporarse de aquel ahogante saloncito.

79

Aunque la visita expresó su inapetencia, Karl se preparó un té que sirvió en una taza sencilla que dejó junto al sillón en el que se había sentado. La española ocupaba el lado próximo del sofá. Estarían a un metro de distancia.

—Todo empezó hace muchos años, antes de que Hitler llegara al poder, en 1933. En Alemania cada vez se percibía mayor presencia de los grupos antisemíticos que alentaban el odio hacia los judíos. Yo soy ario, como llaman ellos, con un árbol genealógico intachable y con un físico perfecto según sus cánones, no como el tarado de Goebbels, el histriónico de Goering o el malnacido del famoso Führer. Pero el que fuera ario no quería decir que me sintiera

cómodo con lo que pasaba, todo lo contrario y ahora te contaré la razón.

Karl empezó la exposición hablando con sosiego. Carmiña siempre le generó paz y, pasado el tirante momento del encuentro inicial, había retomado el placer ya lejano de encontrarse a su lado. En cambio, la española se mostraba ansiosa por conocer en detalle unos hechos que no alcanzaba a comprender, y se mantenía sentada en el borde del sofá, como un pajarillo que se posa sobre una rama frágil.

—Yo tenía un íntimo amigo de la niñez llamado Nikolaus Stein, hijo de unos comerciantes de tejidos con una tienda próspera cerca de Alexander Platz, una de las plazas más importantes de Berlín, en el este de la ciudad. Vi cómo, sin otra razón nada más que por ser judío, aquel hombre era increpado a diario por hordas de adolescentes vestidos como soldaditos, con sus uniformes impecables, correajes como si fueran a desfilar y símbolos de identidad para hacerlos diferentes y creerse superiores. Yo era alemán, soy alemán y alemán moriré, pero yo no me sentía así. Nadie está por encima de nadie por razones de raza, religión o cualquier otra circunstancia por mucho que lo repitieran en las escuelas, en los periódicos y en la radio.

»En la universidad había establecido contacto con amigos ingleses que habían venido a asistir a unos cursos de especialización, algo muy común en aquellos días, al igual que muchos universitarios alemanes viajábamos a Inglaterra, a Francia, a Holanda o a Italia. Un día, por algo que sucedió, quizá una nimiedad, ¿has oído hablar aquello de la gota que colma el vaso? —preguntó, sin esperar respuesta—. Pues eso pasó, que aparecería una gota que ya ni recuerdo y tomé una decisión que tendría que mantener en secreto ante todo el mundo. Me armé de valor y me reuní con ellos en la embajada británica en París, sin que nadie más lo supiera. Busqué a mis amigos y conseguí que me presentaran a gente que me pareció muy interesante. Alemania necesitaba ayuda exterior porque la sociedad se había vuelto loca, y más enajenada todavía se volvió cuando Adolf Hitler llegó al poder, el 30 de enero de 1933. Recuerdo aquellos desfiles terroríficos con las antorchas amenazadoras por la

Unter den Linden en los que yo participé, y ahora te cuento por qué se me podía ver a mí entre los asistentes.

»En 1935 empecé a trabajar para los servicios secretos británicos. Jamás percibí de ellos ni un marco. No lo hacía por dinero, sino porque estaba convencido de que no traicionaba a mi país, todo lo contrario, me sentía y me siento como un patriota que vela por sus intereses, porque esos intereses no podían ser promulgar leyes que discriminaran a una parte importante de alemanes, de compatriotas. No se trataba de odiar a extranjeros, es que se odiaba a los propios alemanes, a gentes que lucharon hombro con hombro en la Gran Guerra contra la *Entente cordiale*, personas que habían levantado mi país con su esfuerzo y sus privaciones.

»Las órdenes que recibí eran transmitir información sobre lo que ocurría dentro de las SS, SA y la Gestapo hasta donde pudiera, así como facilitar nombres. Tenía contactos y me dijeron que debía mimetizarme con ellos. Existían dos alternativas, o que novecientas noventa y siete o noventa y ocho personas tiraran piedras a comercios judíos o que lo hicieran mil, encontrándose en ese millar dos o tres infiltrados, y siempre con la máxima de que para acabar con tu enemigo tienes que conocerlo mejor que a tu sombra. Yo no sé quiénes eran los otros, nunca lo supe, pero en esto sé que yo no era el único, aunque no te puedes imaginar lo solo que he estado en todo este tiempo, y así sigo, por muy rodeado que estuviera de personas. En todo momento estuve demasiado cerca de la muerte, me jugaba la vida a diario, de ahí que ante todos tuviera que figurar ser más nazi que Heinrich Himmler y Reinhard Heydrich juntos. Si me hubieran descubierto me habrían matado después de someterme a unas terribles torturas. Conocía muy bien sus métodos.

»Cuando en septiembre de 1939 Alemania invadió Polonia, yo ya había enviado informes sobre los abastecimientos de minerales, en especial los de hierro, carbón y wolframio. Ya sabes que esos tres conforman la mejor aleación que se conoce para blindar carros de combate y proyectiles. Tuve que convencer a los ingleses para que realizaran compras preventivas como medida destinada a reducir las llegadas de ese mineral a Alemania.

—No sé qué es eso.

—Una compra preventiva se realiza cuando tú no vas a utilizar lo que adquieres pero lo haces para que otro no tenga acceso a ello. Ocurre cuando el bien es muy escaso, como pasa con las famosas piedras negras gallegas, leonesas o portuguesas. Antes de iniciar la guerra, Alemania compraba en China, pero ese mercado se acabó por las dificultades de transporte, de ahí la necesidad de volver la vista a la península Ibérica, principal productor europeo además de guardar afinidad con sus mandatarios, tanto con Salazar como con Franco. Eso sí, puse una condición: mi familia.

Carmiña levantó el mentón. Lo que estaba escuchando la tenía obnubilada y le costaba trabajo seguir el relato, pues le faltaban conocimientos del contexto en el que había transcurrido. Notó su garganta seca pero no quiso pedir agua. Prefería seguir concentrada en la escucha.

—Vivía sobre el filo de una navaja y no podía comprometer ni a mi mujer ni a mis hijos. Yo era uno de sus agentes más valiosos porque estaba dentro de la organización, era un topo, un elemento muy difícil de introducir en las sociedades cerradas como era la alemana de aquellos años. De ahí que me encontrara con poder de negociación como para exigir que ellos salieran de Berlín y los apartaran del peligro que correrían si seguían residiendo, no ya en la capital, sino en Alemania. Argumenté que mi tarea era que Hitler se acabara rindiendo por medio de la destrucción masiva del país como medida de fuerza, porque jamás se rendiría de otra forma. Era imposible razonar con él. Y se podía dar la trágica paradoja de que los míos murieran en un edificio derribado por los mismos para quien yo trabajaba. Que yo corriera ese riesgo no quería decir que ellos también tuvieran que estar tan expuestos.

»Nos inventamos una sencilla y creíble excusa para que abandonaran la ciudad y luego, desde Austria, pasaron a Suiza donde se hizo cargo de ellos la gente del MI6. Los enviaron a Braemar, en el norte de Escocia, un pequeño pueblo convertido en una cárcel al aire libre. Mi mujer no era la única, ni mucho menos. Eran esposas o familiares directos de personas en una situación similar a la mía. Tenían prohibido hablar de maridos. Ninguna tenía

que saber nada de ellos cosa que, además, era verdad. Mi mujer nunca supo dónde estuve. Lo de Galicia lo ha sabido hace muy poco, cuando me reuní con ella de nuevo.

—¿Pero ella sabe…? —Karl miró al suelo y pidió que le dejara seguir hablando. Por su reacción, el alemán ya había respondido a la pregunta.

—Allí tenían acceso al periódico y a la radio, pero ellos no podían comunicarse con el exterior. ¿Sabes por qué? Porque los ingleses no se fiaban de nadie. En las guerras la inteligencia es la pieza fundamental. Es capaz, por ejemplo, de engañar a todo un ejército disciplinado sobre el lugar donde se va a producir un desembarco. Y la base del éxito de esas labores es una extraña y difícil mezcla de confianza y desconfianza. Ellos tuvieron lo necesario y hasta los chicos recibían clases y desarrollaban todo tipo de actividades, como música o deportes. Estuve separado de mi mujer cinco años, sin saber el uno del otro. Los ingleses jamás dejaron de pensar que yo podía ser un agente doble, es decir, que fingiera trabajar para los aliados pero que en realidad prestara mis servicios para la Gestapo, de ahí que la información a la cual tuve acceso fuera muy limitada. Nunca puedes fiarte por completo de un espía si no ha nacido y ha sido criado en tu país, y ni eso, de ahí los recelos de la gente del MI6 para con mi persona. Yo lo considero normal, a mí también me pasaría.

—Pero, además de tu mujer y de tus hijos, me dijiste que tenías padres y varios hermanos. ¿No temiste por ellos?

Karl hizo un alto en la narración. No se esperaba esa pregunta. Tragó saliva y respondió.

—No, estaba solo. Yo era hijo único y mis padres ya habían fallecido.

Carmiña lo miró con la sensación de estar delante de otra persona. Ahora resultaba que el gran nazi confeso era un antinazi activo. El que escuchaba discos con marchas militares y levantaba el brazo ante cada visita, el de la esvástica en el brazalete, el que tarareaba *Die Strasse frei den braunen Bataillonen* (Dejad pasar a los batallones pardos) mientras estudiaba los mapas, el de la *Hoheitsabzeichen* cosida en todas sus *Feldbluse*, el que justificaba

con determinación las acciones contra los judíos siguiendo los patrones dictados por la propaganda nazi…

—Y en todo eso que me estás contando, ¿qué pinta Arnega y todo lo que representó?

80

Karl asintió. Era el destino prefijado de su narrativa.

—Arnega… No me he olvidado de ese pueblo ni un solo día, aunque no creo que regrese a él jamás, ni siquiera cuando me dejen salir de aquí.

—Pero, ¿estás preso?

El alemán sonrió.

—Casi. De esta parte de Coventry no podemos salir ni yo ni mi familia. Dicen que todavía es muy precipitado que volvamos a Alemania hasta que no ordenen la situación. Parece ser que los alemanes antes éramos presos del nazismo y ahora estamos presos de los aliados. Es posible que para finales de año o para principios del próximo. Espero que nos podamos estabilizar a partir de 1946, lo necesitamos.

—Entonces, si esa que estaba aquí es tu mujer y esos niños son tus hijos, la foto que pusiste en el piano y que rápido quitaste…

—Por favor, déjame que te explique.

Carmiña se echó hacia atrás unos centímetros.

—En España había dos personas muy importantes para aquella gente. El uno era Johannes Bernhardt, el gerente de Sofindus, un grupo de empresas creado para controlar determinadas explotaciones mineras. Como la legislación española impedía a los extranjeros ser dueños de determinados tipos de bienes, lo que hizo este hombre fue crear una red de testaferros, marionetas locales a su servicio pagadas con generosidad que hacían todo lo que él ordenaba, siempre por delegación de Berlín. El otro cargo relevante era el de Hans Schneider, aquel siniestro jefe que tú tuviste la desgracia de conocer. Era el responsable último de las explotaciones de wolframio en España.

La gallega silenció lo ocurrido justo el día en que se marchó y le dejó aquella escueta nota llena de mentiras que no pudo conservar. No quiso ser objeto de compasión.

—El año pasado, la situación entre España y los aliados era muy tensa. Ya estaban hartos de esas compras preventivas por el coste que acarreaban, y lanzaron un ultimátum a Franco: o dejaba de vender wolframio a los alemanes o se les cortaba el suministro de petróleo de forma tajante. Ten en cuenta que para España ese combustible es crítico porque el país carece de él, y lo necesita si quiere mover su industria y sus coches, camiones y autobuses. Después de una negociación larga y dura, se quedó en que se autorizaba exportar a Alemania tan solo veinte toneladas mensuales, una cantidad irrisoria para las necesidades de la Wehrmacht y de la Luftwaffe. Pero eso eran cifras legales. Estaba la otra parte, mucho más cuantiosa, la del contrabando, y aquello no se controlaba ni desde Londres ni desde Washington, había que estar sobre el terreno, ¿entiendes? —Carmiña se aturullaba ante tanta información —. Por ello me querían llevar a España, pero, para que yo aterrizara en una de las tres explotaciones gallegas más importantes, el alemán que estaba al frente de alguna de las existentes tenía que desaparecer. Y eso hicieron con mi antecesor.

—Pero tú… ¿lo mataste?

—No, Carmiña, te juro que yo no he matado a nadie. Ten en cuenta que yo no era militar de carrera, nunca lo fui. Mi cargo me lo dieron por mi título universitario, no fui el único. Aquella acción previa la realizó un comando establecido en España, compuesto lo más probable por propios españoles. Siempre desconocí su personalidad por evidentes razones de seguridad. Hubo varios, según supe después. Por cierto, muy eficaces. En aquellos días yo estaba en Berlín y me moví para que me nombraran a mí su sucesor. Ese era el plan, y salió bien.

—Entonces, ¿qué hiciste en la aldea?

—Mi misión era ralentizar las extracciones del mineral y averiguar dónde se guardaba todo el que se sacaba de forma ilegal, porque dábamos por hecho que Hans lo enviaría a Alemania como fuera. Suponíamos que no sería por avión porque en un vuelo no

puedes meter más de dos o tres toneladas, y las únicas rutas regulares que salían desde España lo hacían desde Barcelona. Figúrate. Era imposible que despegaran aviones desde Santiago o desde La Coruña sin levantar sospechas entre los aliados, que estaban por toda Galicia. Por lo tanto, y dado que no podían salir por ferrocarril por los continuos sabotajes de los compañeros de la Resistencia, el traslado se realizaría por submarino, porque el tráfico por superficie siempre estuvo controlado por los ingleses. La Kriegsmarine fue la pata más frágil del ejército alemán, más centrado en las armas terrestres y aéreas.

»Después de estudiar la situación con aquellos mapas y por la labor de campo que hacía cada día, determiné que se practicaran túneles donde intuía que habría muy poco wolframio, casi nada, de ahí las quejas de mi jefe. Una vez, quizá te acuerdes, apareció con un compañero de universidad, el estúpido de Weber, una celebridad en minas pero no especializado en la extracción del wolframio, y esa fue mi baza. Por lo menos creo que conseguí que Hans se marchara con la duda sobre a quién creer, si a Heinrich Weber o a mí.

—¿Tú tuviste algo que ver con lo de *Fervenza dourada*?

—En absoluto. Aquello fue una maniobra de la Guardia Civil y de la Falange para eliminar a los presos más peligrosos. El diseño del pozo sí que lo hizo mi antecesor, que estaba al corriente de esas intenciones asesinas. No sé por qué a mí no me hicieron partícipe de aquello, supongo que con Bauer tuvieron más confianza que conmigo. Aquello fue una orden que debió llegar desde muy arriba, desde algún ministerio o incluso desde El Pardo. Según me enteré, también mataron a dos capataces sin relación política con los republicanos encarcelados. Esa gente no se detenía ante nada.

—¿Y con aquellas explosiones que dejaron al pueblo sin luz?

—Sí, con aquellas, sí. Fue una maniobra genial. —El alemán sonrió con orgullo—. A ese que hacía de electricista que acudía al pazo en alguna ocasión, también un agente republicano colaborador llegado desde Valladolid, le facilité un mapa en clave con los puntos donde tenían que colocar las cargas, aquellos lugares más sensibles que pueden entorpecer las extracciones. Se quedaría Arnega a oscuras y afectaría a la población civil, lo recordarás, pero mereció la

pena. Camuflaba la información que le daba en su caja de herramientas y en papeles con dibujos de circuitos eléctricos y tonterías así. Y funcionó perfectamente.

—¿Y tu marcha tan rápida? —a la vez que preguntó con la boca, Carmiña también lo hizo con la expresión facial. Por lo que veía, Karl era conocedor de todos los sucesos acontecidos en la aldea.

—Me llamaron de madrugada y me informaron mediante una clave convenida que alguien me había descubierto, igual fue el propio Weber, y que Hans iba a ir a detenerme. De ahí que tuviera que marcharme sin demora. Teníamos previstas varias rutas de escape y la mayoría pasaban por Portugal, que es por donde salí de España ayudado por la red de una mujer a la que llamaban Évora. Bueno, ahora lo puedo decir, ahora que todo ha terminado.

Como si acabara de quitarse un peso de encima, Karl se recostó en su sillón y respiró en profundidad.

—En síntesis, eso fue todo.

—¿Todo? —La cara de Carmiña era una mezcla de desencanto y de incredulidad, de desconcierto, de atonía. Llevaba escuchándolo un tiempo excesivo y no había hablado nada sobre la relación que mantuvieron.

El alemán miró a la visita y, aunque no halló unos ojos que le pedían explicaciones, sí vio que se habían quedado insatisfechos con los argumentos. A la gallega la narración le sonaba a la trama de una novela o de una película. En todo lo contado faltaba un actor fundamental, actriz en ese caso: ella.

—Y ahora, por favor, cuéntame qué pintó en tu vida una tal Carmiña.

Karl fue a apurar el té y reparó en que se había quedado frío, pero no quiso ir a prepararse otra taza. Hizo intención de tomarle la mano pero ella la retiró con un movimiento inequívoco, aunque discreto.

—Yo tenía que crearme una coartada ante la gente de Arnega porque nos constaba que toda España estaba llena de personas que trabajaban para el Eje de forma solapada. Había que aparentar que era un nazi convencido, con una familia aria, feliz y entregada a su

padre. Me facilitaron aquella instantánea que coloqué encima del piano. No sé quiénes son. Te decía que tenía que argumentar ante todos una biografía, por si alguien próximo me fuera a investigar. No sabía lo que me iba a encontrar al llegar a España y también debía desconfiar de todo el mundo, pues cualquiera podía estar trabajando para la Gestapo. Me advirtieron que la principal sospecha recaería sobre mi secretaria, que era la persona que más cerca se encontraría de mis movimientos, que podía ser alguien que trabajara para Falange o para la Guardia Civil, de ahí mis recelos iniciales. Pero hice averiguaciones, por mi cuenta, y comprobé que era cierto lo que me contaste de tu padre. Supe que Eutelo Barreiro Aneiros había sido un republicano asesinado al empezar la guerra, y la hija de alguien con ese perfil era imposible que espiara en favor de cualquiera de las ramificaciones de Franco —Carmiña no podía creer lo que escuchaba. Karl, su Karl, pensaba que ella lo podía estar espiando.

»También se siguió a tu hermana Xiana en Orense, por si lo de los bolillos fuera una tapadera. Pero no, era cierto que los trabajos textiles se vendían en una tienda a pie de calle y que la gente los compraba, con lo que se cerraba el círculo. Después de esas pruebas, vino la relajación contigo y ahí floreció un sentimiento que no pude controlar. No te lo creerás, pero jamás te dije nada que no sintiera. Conoces a mi mujer, a mi mujer real, y no debería decir esto, pero tú eres la única persona con la que me he sentido un hombre pleno, tanto en lo físico como en lo afectivo. Aquellas mañanas que pasamos en el pazo, o la primera noche en Santiago, sé que serán de mis últimos recuerdos cuando mi vida llegue a su fin. Tú no te veías, Carmiña, pero la cara que pusiste cuando te llevé a la torre de Hércules y viste las olas golpear los acantilados con furia… —Hizo intención de tocar su cara pero los centímetros que se separó la visita fueron suficientes para dejar claro lo que ella pensaba de él.

—Pero, cuando fuimos a ese viaje, a Coruña, paramos en un pueblo que no recuerdo su nombre. —Carmiña no tenía ganas de escuchar lisonjas ni de recibir caricias. La desilusión que sufría avanzaba inexorable con el paso de los minutos. La persona que tenía delante había espiado a su familia. ¿Cómo era posible eso?

—Oroso.

—Sí, Oroso. Allí estuviste husmeando mientras me dijiste que me quedara yo sola, por el pueblo. ¿Qué buscabas?

—Era el pueblo donde cambiaban de conductores los camiones de Marion, los de Salamanca. Gracias a aquella información que facilité, el MI6 y el OSS pudieron seguir la pista, averiguar en qué lugar se ocultaba un almacén a nombre de la empresa Montes de Galicia, que concentraba todo el mineral escondido por parte de la gente del ministro Carceller en connivencia con los nazis, que era en la población de Mera, y llegar justo a tiempo para impedir que fueran embarcados en dos submarinos que habían atracado en el pequeño puerto de Cariño. Si hubieran conseguido trasladar aquellos cientos de toneladas a un puerto alemán, con total seguridad que el desembarco hubiera fracasado. Pero sabíamos que ese era el punto débil del ejército nazi, la dependencia del wolframio. Según me dijeron, cuando el general Alfred Jodl firmó la capitulación de Alemania, el material todavía continuaba en Galicia. Nunca llegó a su destino. Me siento muy orgulloso de lo que conseguí. Aunque nadie me lo confirmará, sé que mi aporte a la guerra la acortó en varios meses, meses que habrían significado muchas decenas o cientos de miles de muertos más.

—Igual te dan una medalla —supuso, con ironía.

—No lo he hecho por colgarme medallas, sino por patriotismo, ya te lo he dicho.

—Me utilizaste.

—Jamás. Aproveché nuestro viaje para ahorrarme otro que habría realizado tres o cuatro días después.

—Y, ¿dónde pensabas que yo estaría ahora, todavía en Arnega?

El alemán negó.

—No he pensado nada. Como pasó en el resto de pueblos próximos a las minas de ese mineral que no podré olvidar, el final de las exportaciones supuso la vuelta a las situaciones anteriores, como la marcha de mano de obra y el cierre de todo tipo de establecimientos. Me imagino que Arnega no habrá sido ajena.

—Claro que no fue ajena.

—Oye, ¿qué tal está tu madre? Tu hermana estaba embarazada, ¿qué tal resultó todo?

—Estamos bien. Mi madre con sus dolencias y Rosalía con un segundo hijo al que puso de nombre como su padre. Xiana trabaja en una tienda, como seguro que te habrán contado. Y, si no lo sabes, ya te digo yo que se entiende con el dueño. Pero, vamos, todos estamos bien, no te preocupes por nosotras. ¿Te puedo hacer una pregunta, quizá la última? —Con un gesto de la mano, el alemán pidió que formulara la cuestión que quisiera—. ¿Te suena Gustav, el sueco que también llegó a Arnega?

—¡Por favor! ¿Cómo no me va a sonar? Él formaba parte del plan. —La gallega elevó las cejas. La sorpresa la condujo al desconcierto. No podía creer que Karl supiera de verdad lo que Gustav hacía en la aldea, más allá de la conjetura que le contó un día—. El único agente válido era yo, como me dejaron bien claro. Ahora bien, como a partir de mi llegada iban a pasar cosas distintas, como fue la voladura de las minas con mayor rendimiento y el sabotaje de las lavadoras o de la central eléctrica, la idea era que sospecharan de él para que yo estuviera libre de toda duda. Su presencia era más ilógica que la mía. Un sueco escritor que viaja a España… aquello sonaba rarísimo, cualquiera habría recelado de un tipo así antes que de un ingeniero de minas nazi. Él era el señuelo para que nadie pensara en mí, de ahí que yo sembrara dudas públicas sobre lo que ese hombre hacía en Arnega. En lenguaje militar sería como una operación de divertimento. Según aprendí en los cursos de inteligencia que me impartieron, es una vieja táctica, una técnica de distracción. Lo hacen los magos en sus actuaciones, mueven airadamente la mano derecha pero con la izquierda meten el conejo en la chistera.

—Pero eso fue muy peligroso para él.

—Sí y no. Norman Brown eligió a una persona de un país neutral, como es Suecia y, ya ves, no le pasó nada. La España de Franco no iba a consentir que le sucediera algo a un súbdito de un estado ajeno al conflicto.

—Pero le pegaron. Lo podían haber matado.

—Eso fue por los imbéciles de Falange, que actuaron como siempre hacen, a lo bestia y por libre, con un exceso de iniciativa. —Karl sonrió al recordarlo, algo que desagradó a Carmiña—. De todas maneras, era un riesgo que había que correr.

—Y sin su consentimiento.

—Por supuesto que fue sin su consentimiento. Era impensable contarle toda la verdad, ni entonces ni ahora. Jamás lo habría aceptado. De todas maneras, ¿por qué te interesas tanto por él? La propia organización lo envió a un lugar seguro, por lo que me contaron, y nadie ha vuelto a saber de su paradero. Supongo que estará en Estocolmo esperando a que hagan pública la lista de los galardonados a los premios Nobel para realizar las entrevistas de siempre. A mí me parece un trabajo aburrido y mecánico, pero él sabrá lo que hace con su vida. ¿Has sabido algo de por dónde se puede encontrar? Igual tuviste con él una relación similar a la que mantuviste conmigo. Claro, que no te lo voy a reprochar, eres mayor y libre para hacer lo que quisieras.

La gallega mostró un rostro sombrío, sin abrir la boca. Antes había afirmado que ella fue utilizada. Ahora sabía que no solo ella resultó ser la manipulada.

—Y, ¿dónde vivís tu madre, tu hermana y tú? —En el relato de los hechos se había destapado demasiada tensión y el alemán quiso rebajarla con una pregunta intrascendente.

La mayor de las Barreiro entendió que la conversación había terminado. Ya no tenía nada que hacer allí ni cruzar más palabras con aquel hombre.

—Vivimos bien, Karl. Trabajamos mucho y entre mi hermana y yo sacamos adelante a todos los chicos y a nuestra madre.

—Sois tres mayores y dos bocas infantiles, y las bocas de los pequeños no paran de pedir —comentó, sonriente—. Yo aquí, en esta casa, solo tengo algo en libras esterlinas, pero no sé cómo las podrás cambiar en España. Aunque, si quieres, puedo pedir que te hagan llegar algún dinero a la dirección que me digas, en pesetas. Un giro, o algo.

—Cierto. Tres mayores y dos bocas infantiles no paran de pedir, pero te aseguro que no van a pasar hambre. Y no hace falta que

hagas gestiones de ninguna clase. Ya te digo que nosotras tres nos bastamos.

Sin mediar más palabra, Carmiña se levantó y se dirigió a la puerta de entrada a la vivienda. Al ir a abrirla, el alemán sujetó su mano.

—No he dejado de recordarte en ningún momento. No se me ha olvidado cuando me recitabas aquellos versos en gallego. ¿Cómo se llamaba aquella poetisa que tanto te gustaba?

Ella se mantenía de espaldas, no quería volver a mirarlo.

—Yo tampoco te olvidaré, Karl. Algo me dice que, gracias a Dios, todos los días viviré junto a tus ojos, por muy lejos que tú estés de mí.

Sin más palabras ni contactos, bajó despacio las escaleras y se dirigió al coche, donde el soldado le abrió la puerta.

—Vamos a donde te hayan dicho que me tengas que dejar. — Se alegró de su fortaleza, de no mostrar reproches ni exteriorizar el humano rencor que recorría todo su cuerpo.

El coche giró en la calle y fue cuando vio a la mujer y a los niños, estos jugando por la acera. Regresaban a su casa cargados con bolsas. Ellos no repararon en el Buick que abandonaba Coventry ni quién viajaba en su interior.

81

Winston les había facilitado dos pasajes de regreso a Madrid, aunque no les propuso volver a reunirse con él. «Tienen ustedes pagadas por nuestra cuenta dos habitaciones en el hotel Palace durante una semana. Algo me dice que después del encuentro su amiga necesitará un tiempo de reflexión», le aseguró a Gustav, cuando habló con él por teléfono.

Como había comentado en alguna ocasión, con la curiosidad del periodista o del escritor, el sueco quiso indagar en la conversación mantenida entre su amiga y Karl, pero se encontró con un muro de igual grosor que el que el alemán halló en su charla con ella en Coventry: lo más importante fue silenciado.

—Vamos a dejarlo, Gustav. No sé cuánto estuve con él, imposible recordar si fueron cinco minutos o cinco horas. Me contó de todo. Ahora necesito tiempo para digerir tanta información.

Se encontraban en el tercer día de estancia en el Palace, y era la primera vez que desayunaban juntos, incluso la primera vez que iban a cruzar alguna palabra más allá de una colección escasa de monosílabos dispersos. La gallega había pasado las dos jornadas anteriores enteras en su habitación, sin salir, desde donde pidió que le subieran algo ligero para comer y cenar.

Durante aquellas horas, Carmiña se dedicó a pasear por la estancia, a mirar la vida pasar por los ventanales, a zambullirse en una bañera con patas metálicas y a dormitar a cualquier hora del día.

—En esa ciudad inglesa cuyo nombre espero olvidar perdí la noción del tiempo, pero también perdí muchas otras cosas, cosas que jamás volveré a recuperar. Aprenderé a vivir con unas certezas que me darán para pensar durante los años que me queden, que espero sean muchos, por lo menos los suficientes como para dejar a mi hijo encarrilado en su futuro.

—Estás muy trascendental. Estos dos días que has pasado en soledad te han vuelto más reservada. Además, en Londres tampoco me contaste nada.

—Es que todo lo que pasó fue muy trascendental.

Gustav dejó que se asentaran las palabras pronunciadas y, a punto de finalizar el café, formuló la pregunta más difícil de responder.

—Y, a partir de ahora, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a regresar a una planta de envasado de sardinas para el resto de tu vida, para eso has querido aprender francés, para eso estudiabas un atlas y buscabas palabras en un diccionario, para eso leías versos y prosa de escritores gallegos? ¿Para eso has querido visitar museos en Madrid, para eso quieres aprender, para eso te querías distanciar de las mujeres que lavaban la ropa en el Trocal bajo la mirada lasciva del cura aquel, como me contaste un día?

Lo escuchó en silencio y sin mirarlo. Gustav agarró su mano.

—De verdad, Carmiña, sabes que estoy contigo, que te aprecio como a poca gente he querido con anterioridad, y que para ti solo quiero el bien. Hazme caso, tienes que elevar tus miras. Eres muy joven y mañana será tarde si no tomas decisiones hoy. Sé que son decisiones difíciles pero ya me has dicho que tu madre y tu hermana te apoyan en todo.

La gallega, aun todavía con la cabeza inclinada hacia la mesa, lo miró en profundidad.

—Te voy a tener que llamar mi búho. Sí, eso te llamaré, mi búho.

El sueco se sonrió y preguntó la razón.

—Porque siempre me ha gustado el campo por la noche, y el sonido de las aves nocturnas me ha cautivado. Nunca les he tenido miedo, ni al Vulkan, ni a los lobos, ni a los mochuelos o a los búhos. Parece que estos últimos están ahí, vigilando mi sueño, como amigos silenciosos con los que puedes contar. Más o menos como llevas haciendo tú conmigo desde que regresaste de Valencia. Sé, por ejemplo, lo que hicisteis Rita y tú en Berlín por mí, cuando me pusieron aquella inyección. No lo he olvidado. Me has demostrado que tienes mayor perspectiva que yo, que tu visión es superior, que tu mente es más ancha que la mía. Por eso te voy a llamar así, porque miras desde arriba y ves más cosas que esta pobre mujer pueblerina.

Apuró su taza y pidió salir, a despejarse.

—La camarera que ayer me subió el desayuno me contó que el principio del otoño en El Retiro es muy bonito, y me han dicho que está al lado del hotel. ¿Nos vamos de paseo?

Nada más pisar la calle, y antes de llegar a la glorieta de Neptuno, se les acercó una gitana con una ramita de olivo en la mano.

—Anda, guapetona, déjame que te cuente lo feliz que serás en el futuro junto a este caballero tan generoso que me va a dar una propinita, que tengo cuatro churumbeles que alimentar.

Sin pedir permiso, la mujer tomó la mano de Carmiña, que se dejó hacer, sorprendida por el desconocido hecho. La madre de tanto niño comenzó a acariciar el dorso y la palma, a mover el dedo

índice por sus venas y pliegues a la vez que soltaba los tópicos habituales.

Si aquella señora hubiese sido en verdad una adivina habría predicho que Carmiña Barreiro Requixo se quedaría a trabajar en el Ateneo de Madrid gracias a una gestión de Gustav con la embajada sueca en la capital, donde sería contratada como meritoria en la biblioteca y acabaría ocupando un puesto en la junta directiva, años después y tras licenciarse en Geografía e Historia robando horas al sueño y llenando su espíritu de conocimientos. También le habría informado que Carlos Barreiro Requixo se criaría, primero con su tía y su abuela en Vigo, y luego en Madrid con su madre, que estudiaría en el Instituto San Isidro, que entraría en la facultad de Medicina y que llegaría a ser el jefe del Servicio de Cardiología del hospital de La Paz de Madrid. También habría vaticinado que *Atardeceres en La Albufera* se convertiría en un referente de la literatura de viajes, que sería el libro escrito por el autor sueco más traducido en la historia del país, y que abriría una colección que continuó con otros volúmenes ambientados en Santoña, en Madrigal de la Vera, en La Gomera y en Torla.

Por último, aquella gitana que leyó la mano de Carmiña en el otoño de 1945 le habría asegurado que no se casaría, aunque no dejaría de ver, en los ojos de su hijo, los del único amor que sintió en su vida, a pesar de que no hubiera un solo día que esa pasión lejana le punzara el corazón y le recordara la vulnerabilidad de los sentimientos cuando el ardor te pone una venda en los ojos.

—¿Cómo se llama usted?

—Me llamo María del Rosario, mi alma, pero me puedes llamar Charito. Y deja que te diga que no te alejes mucho de este caballero. No sé si te casarás con él, a tanto no llego a ver, pero sí sé que tu vida será más feliz si este guapetón anda cerca de ti.

Epílogo

Carmiña se había comprado para la ocasión un vestido largo en tonalidades granates que le quedaba algo ceñido, porque siempre

pensó que la báscula iba por un lado y la percepción sobre su propio cuerpo, por otro. Carlos lucía un traje nuevo con una corbata algo ancha para el gusto de su madre. Ocupaban unos asientos centrados en la sexta fila de la Sala de Conciertos de Estocolmo.

«…Sørensen ha sabido llevar la literatura de viajes a su punto más culminante. Jamás hasta él habíamos tenido acceso a una narrativa fresca capaz…»

Junto con el resto de los compañeros ubicados en el escenario, Gustav se mantenía sentado y cruzaba con ella alguna mirada de complicidad, a pesar de la distancia existente entre ambos. El escritor sueco había sido colocado por los directores de protocolo al lado de Allan McLeod, galardonado con el Nobel de Medicina. Gracias a las propuestas de las universidades europeas de Múnich, de Valencia y de Oslo, a las norteamericanas de Princeton, Yale y Duke, al British Council, al Ministerio Federal de Educación y Artes austriaco y así como al apoyo del escritor ruso Mijaíl Shólojov, su querido amigo había sido distinguido con el premio Nobel de Literatura de 1979, superando a las doscientas catorce candidaturas que se habían propuesto para ese año. Era la cuarta vez que su nombre figuraba entre los seleccionados. Reconoció que a la primera persona que llamó cuando lo telefonearon, de madrugada, para anunciarle que había resultado galardonado con el honor más codiciado del cosmos literario, fue a ella, a su querida Carmiña.

«…aunque siempre hemos leído relatos descriptivos de gran calidad, ha sido Sørensen, con sus introspecciones vitales, quien nos ha permitido arrojar luz sobre la integración del hombre en su entorno…»

Mientras el maestro de ceremonias leía el discurso enjundioso a Carlos XVI Gustavo de Suecia, que presidía el acto de entrega de los premios, y a todo el auditorio, sobre las bondades de cada galardonado, Carmiña aprovechó para repasar la evolución de su vida desde que conoció en Arnega a ese sueco moreno que abrió sus ojos al mundo y que fue testigo de la gran historia de amor que

vivió junto a Karl Müller, un hombre que hacía muchas décadas era para ella un trapacero, pero que el tiempo moderó su ingrato recuerdo hasta situarlo en una figura neutra dentro de su memoria. Aunque no había vuelto a saber de él desde que lo vio en la vivienda de Coventry junto a su mujer y a sus hijos, aquel alemán que acariciaba las teclas del piano con la misma suavidad con que la trataba en aquellas mañanas de desaforada pasión era el padre de su único hijo, de ese cardiólogo que le dijo un día, no hacía mucho: «Mamá, nunca he visto a una persona que tenga el corazón roto, como tantas veces me dices que tienes el tuyo, y que bombee tan bien». «Misterios de la vida, hijo, misterios de la vida que no te han enseñado en la universidad», respondió.

Carlos Barreiro Requixo pudo estudiar Medicina gracias a Gustav, que le pagó la carrera porque lo consideró una especie de hijo remoto, alguien en quien depositar el cariño paternal que el mar del Norte le arrebató mediante un zarpazo asesino. Carlos la había hecho abuela por partida doble, y cuando tuvo en sus brazos a la primera de sus nietas, lloró al pensar que la saga de las Barreiro es más fuerte que las guerras y más incombustible que el wolframio. Su hermana Rosalía se casó con el pescador aquel y llegó a formar un hogar con cuatro hijos que saben disfrutar de la vida y que le hizo olvidar los días grises de Arnega. Con Xiana mantiene una relación distante pero sigue sabiendo de ella. Cuando la mediana vio que don Senén había entrado en la fase terminal de su enfermedad, le propuso matrimonio y él aceptó. Ahora es la dueña de la tienda Heredera de Matías Grandío, que sigue siendo la más granada de la ciudad de Orense. No le dio sobrinos. Arnega es un lugar que visita varias veces al año para reponer flores en las tumbas de su hermano, de su padre y de la afásica de su madre. Jamás ha vuelto a la que fuera su casa, ni al pazo donde vivió el amor de su vida ni a la vivienda que ocupaba Gustav. Ahora veía la aldea con la misma sensación de distancia que se observa cuando se toman unos binoculares y se mira por el lado equivocado.

«…su patrimonio literario será referente para las generaciones venideras, y lo usarán como guía humana, porque viajar es

adentrarse en las sociedades que visitamos, es ahondar en las inquietudes de sus gentes. Sørensen ha demostrado ser el antropólogo de la pluma que…»

Gustav para Carmiña no fue un hombre, sino un caballero, que no es un término homologable. Su corrección, su cercanía, sus consejos, los continuos contactos que mantuvieron cada vez que la visitaba en Madrid, supusieron uno de los motores de su vida, vida que llevó en soledad sentimental de sobra colmada por el cariño de su hijo y de su familia.

En el momento en el que Su Majestad le entregó el galardón, todo el auditorio prorrumpió en un aplauso mesurado, aunque hubo alguien que no se atuvo a las estrictas reglas establecidas en el rígido protocolo. En la sexta fila, una mujer de fisonomía distinta al resto se levantó y lo celebró con un calor inexistente en el frío ambiente sueco. Las cabezas de los presentes comenzaron a girar hacia donde se encontraba aquella bulliciosa invitada, algo que le resultó indiferente. Con su entusiasmo, ella estaba dispuesta a hacerle llegar el calor de España, de su España, esa que disfrutó en profundidad y que dio a conocer a todo el mundo gracias a sus libros.

—Mamá, por favor, siéntate, que estamos dando la nota —rogó Carlos, abochornado.

Ella siguió aplaudiendo, ante las miradas extrañadas y reprobadoras del auditorio.

—Calla, hijo, calla, que para eso hemos venido, para dar la nota.

A la vez que tomaba asiento de nuevo, vocalizó, sin que nadie pudiera oír sus palabras: Gracias, Gustav, *graciñas*, *o meu mouchiño!*

***

Agradezco de todo corazón el tiempo que ha dedicado usted, amable lector, a acompañar a Carmiña Barreiro en los días más intensos de su agitada vida, y haya llenado parte de su ocio adentrándose en su historia y las relaciones humanas que desarrolla a lo largo de la trama.

Estaría encantado si deja una opinión/valoración del libro en Amazon. Si piensa que los personajes le acompañarán días después de haber terminado la novela, si en alguna ocasión se ha emocionado, o impresionado, o ha brotado en su interior algún sentimiento de ira, de pena, de rabia, de incomprensión, y si se ha visto introducido de lleno en el argumento, es posible que *La aldea de los cautivos* se haya ganado una valoración de 5 estrellas.

Si desea ponerse en contacto conmigo para trasladarme cualquier comentario, pregunta o cuestión, estaré a su disposición en la dirección: carlos81diaz@gmail.com Siempre respondo, aunque en ocasiones tarde algunos días en hacerlo.

Por último, en las páginas siguientes le relaciono los otros títulos de mi Obra literaria, los cuales puede encontrar en la plataforma de Amazon.

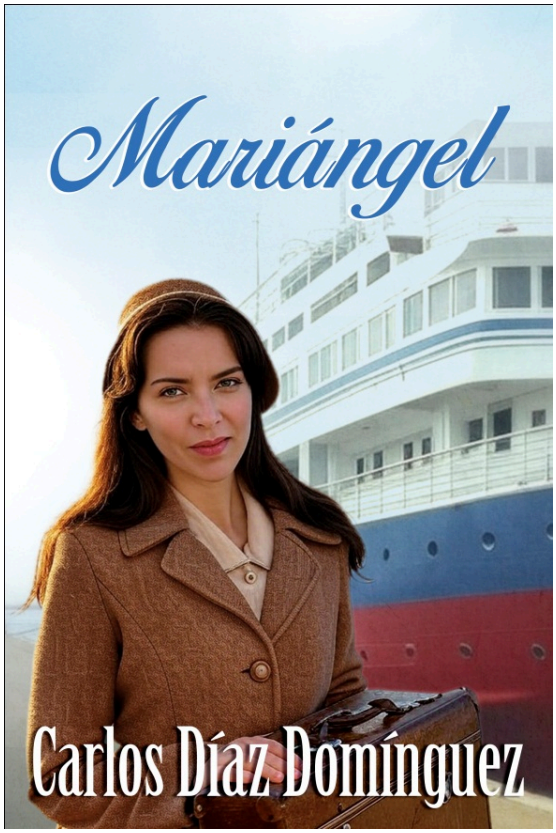
Muchas gracias y hasta una nueva ocasión.

Carlos Díaz Domínguez

Las Rozas / Carboneras. Mayo-2026

Otras obras del autor

Mariángel



Sinopsis:

El 22 de octubre de 1956 la cántabra Mariángel Gutiérrez desciende por la escalerilla del Crimea, que acaba de atracar en el puerto de Valencia. Atrás quedan diecinueve años de vida en la Unión Soviética, lugar al que fue enviada en 1937. Ella es una niña de Rusia y acaba de cumplir treinta y un años.

En un primer momento se instalará en Madrid, pero Mariángel sabe que debe regresar a su tierra para conocer las circunstancias reales por las que su padre la envió a Rusia y reconstruir un pasado que no termina de comprender. Y ello con el fin de atender a dos personas. La primera, a ella misma, para recuperar su verdadera identidad. La segunda en consideración a usted, lector, para que descubra qué hay detrás de la protagonista de esta novela.

La novela, publicada en 2025, se puede encontrar en Amazon, tanto en digital como en papel.

No te olvides de Sarajevo



Sinopsis:

Antonio Escartín representó a España en las Olimpiadas de Invierno de Sarajevo en 1984. En aquel viaje conoció a Emina, fisioterapeuta del equipo yugoslavo. Al finalizar aquellos Juegos, y en el avión de regreso, el deportista desconocía hasta qué punto esa relación estaba llamada a extenderse en el futuro.

Diez años más tarde, la ciudad de Sarajevo sufre un despiadado asedio. Un hecho singular será el detonante que llevará a nuestro protagonista a replantear su existencia, el futuro de su brillante carrera profesional como arquitecto, su apático matrimonio y sus acomodados días rodeado de lujos. Ello lo conducirá a enfrentarse al mayor dilema de su vida con una decisión trascendental.

La novela, publicada en 2023, se puede encontrar en Amazon, tanto en digital como en papel.

Mi embajada en París



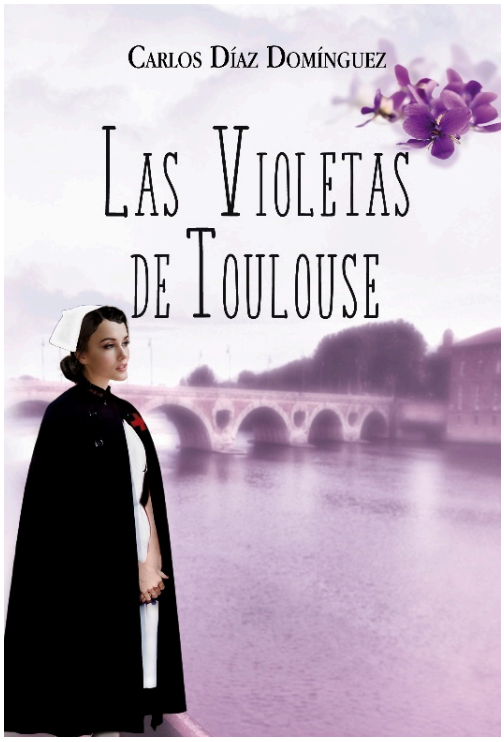
Sinopsis:

Damián Lozano, joven técnico del Banco de España que está esperando el nacimiento de su primer hijo, recibe la visita de Juan Negrín, ministro de Hacienda de la República. Estamos en el otoño de 1936. El político le pide que se desplace a París para supervisar las adquisiciones de armamento que están realizando los compradores nombrados por la Embajada.

Dejando a Amadora en un Madrid asediado, Damián cruzará sus días con personajes honrados cargados de ideales pero también con otros dispuestos a lucrarse con dinero ajeno. En su nuevo círculo de relación aparecerá la francesa Élise Diacre, una recién divorciada de pasado reservado e incierto presente.

La novela, publicada en 2022, puede encontrarse en Amazon, tanto en digital como en papel, tapa blanda y tapa dura.

Las violetas de Toulouse



Sinopsis:

En otoño de 1944 Toulouse vive tiempos de esperanza. La II Guerra Mundial está decantándose a favor de los Aliados, que ya ocupan una parte importante de Europa habiendo llegado a liberar Francia con éxito.

En la ciudad del Garona se darán cita dos mujeres españolas, cada una con una procedencia vital distinta. Catalina trabaja de enfermera y vive con un republicano exiliado. María Eulalia, hermana de dos sacerdotes asesinados en el Madrid de 1936, viajará a Francia con un objetivo concreto: averiguar los planes del Partido Comunista de España para invadir el país y derrocar a Franco.

Las violetas de Toulouse nos conducirá a la cadena de sucesivos dilemas que vivirán ambas mujeres, que les llevarán a enfrentarse con el entorno y con ellas mismas, cuestionándose sus principios, sus actuaciones, sus relaciones personales y sentimentales, y hasta su propio futuro.

La novela, publicada en 2021, puede encontrarse en Amazon, tanto en papel como en digital.

Diamantes de luz helada



Sinopsis:

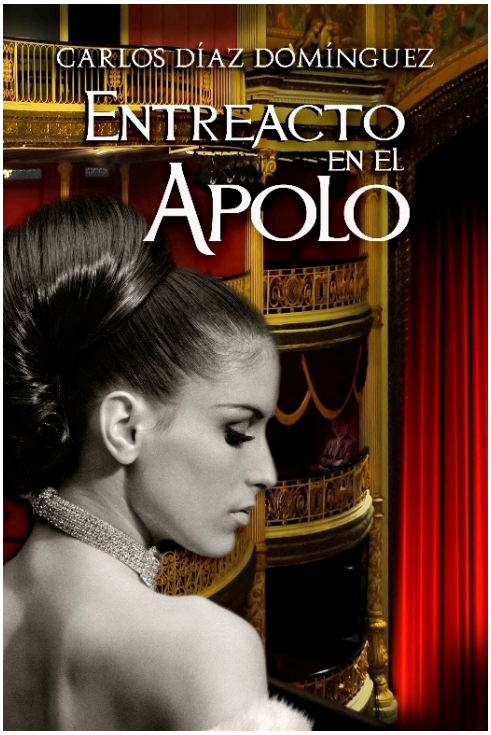
¿Quién es Alfredo? Esa será la pregunta que se convertirá en una obsesión para Sagrario Ortiz, una joven periodista a la que un cruce de casualidades llevará a conocer a alguien que se encuentra en la última etapa de su vida: Elvira Pineda. La intensa complicidad surgida entre ambas mujeres provocará que Elvira confíe a Sagrario un asunto familiar de la máxima trascendencia acontecido hace más de treinta años.

El encargo propuesto llevará a la profesional a iniciar un viaje donde ninguna certeza será fiable, y que la conducirá desde Almería a Canarias y al Sáhara, ya que tendrá que adentrarse no solo en el pasado de Elvira, sino también en el de su corta y calculadora familia.

Diamantes de luz helada es una historia de búsqueda, de tesón, de fe en lo que jamás se ha dejado de creer, de compromiso personal, de lealtad, donde se darán cita los sentimientos más enraizados y enfrentados del ser humano, y que nos llevará a formularnos una doble pregunta: ¿Quién es y dónde está en realidad Alfredo?

La novela, publicada en 2019, puede encontrarse en Amazon, tanto en papel como en digital.

Entreacto en el Apolo



Sinopsis:

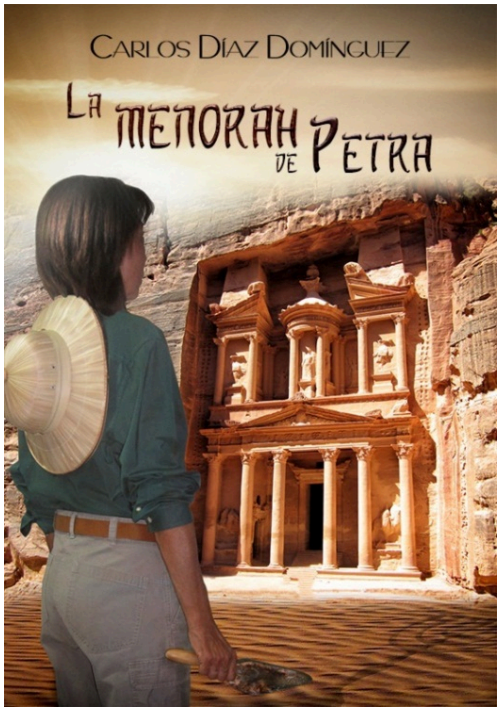
Octubre de 1914. Una guerra estancada. Un mundo que ha perdido la razón. España es el mayor país europeo que todavía se mantiene neutral. Alain Santini, diplomático francés, y Fritz Springer, oficial de la inteligencia alemana, viajarán a Madrid con el mismo fin: conseguir que España rompa una neutralidad que a sus países les está costando miles de vidas diarias.

En la trasnochadora ciudad ambos súbditos tendrán que poner a prueba su capacidad para manejar situaciones novedosas que se escaparán continuamente de su control, y tendrán que aprender a negociar, a engañar, a intrigar y a amar con un único objetivo: conseguir que Alfonso XIII abandone su indolente imparcialidad.

Entreacto en el Apolo nos llevará por los intrincados vericuetos de la alta política, de los bajos manejos palaciegos, de los intereses cruzados, de las engañosas pasiones, de los amores hipócritas y también de la lealtad y del patriotismo, donde no sabremos ni cuál será el siguiente acto de una función que está a punto de levantar el telón ni cuál será el papel que, como lectores, tendremos que interpretar.

La novela, publicada en 2018, puede encontrarse en Amazon, tanto en papel como en digital.

La menorah de Petra



Sinopsis:

En 1967 Araceli Artigas es seleccionada para formar parte de un grupo de arqueólogos que, financiados por la UNESCO, van a realizar la excavación más importante efectuada hasta la fecha en la ciudad jordana de Petra.

A medida que transcurren los días la convivencia en el grupo de los investigadores elegidos se irá tensando a la vez que iremos conociendo su pasado, sus auténticas personalidades y las verdaderas razones que los han llevado a viajar a Oriente Próximo.

Pero ni Araceli ni el resto de sus compañeros saben que sus vidas están a punto de sufrir un trascendental giro: la Guerra de los Seis Días, la contienda que más ha marcado el conflicto árabe-israelí, está a punto de estallar.

Buscaremos las respuestas en las arenas del desierto y en los intrincados callejones de Jerusalén, y las hallaremos en *La menorah de Petra*.

La novela, publicada en 2016, puede encontrarse en Amazon, tanto en papel como en digital.

Lágrimas sobre Gibraltar



Sinopsis:

Comienza el año 1969. En la sede de la ONU, en Nueva York, se acaba de fijar la fecha límite para que el Reino Unido abandone Gibraltar. En previsión de un eventual incumplimiento de la Resolución 2.429, Franco dicta a Carrero Blanco, su vicepresidente, la orden más delicada que tiene que cursar en las últimas tres décadas: preparar la invasión armada de la colonia británica. Para ello, el almirante encarga la coordinación del operativo al ambicioso general José Caballero.

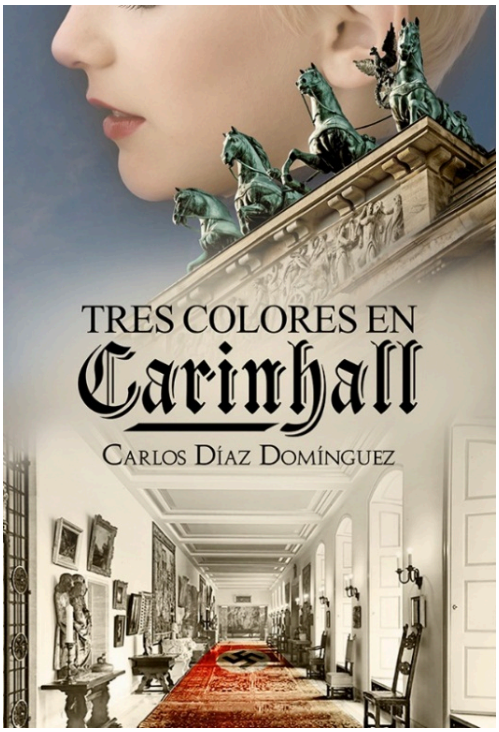
Una de las primeras medidas que toma el Seced (los servicios secretos creados por Carrero) es infiltrar en Gibraltar a la cordobesa Isabel Vioque, la primera mujer espía española.

Thomas Best, el responsable de la inteligencia británica en el Sur de la Península, descubre una serie de movimientos inusuales que le llevan a sospechar que se está preparando una acción militar contra el Peñón, y tendrá que convencer a su escéptico jefe con algo más que suposiciones.

Pero el 9 de junio el gobierno español ha decretado el cierre unilateral de la frontera. Gibraltar ha quedado aislada.

La novela, publicada en 2012, puede encontrarse en Amazon en formato digital.

Tres colores en Carinhall



Sinopsis:

Segunda Guerra Mundial. Goering, lugarteniente de Hitler, ha construido al norte de Berlín la mansión más fastuosa del Tercer Reich, Carinhall, donde exhibe los cuadros que ha robado por toda Europa. Para gestionar el movimiento de pinturas reclama un restaurador del Museo del Prado. Pronto señalan a Luis Molero como la persona más indicada. Si acepta la oferta, él y Teresa, su bella mujer, conseguirán la libertad del padre de Luis, preso político.

Nicolette es una joven francesa, miembro de la Resistencia, que lucha en París contra la ocupación nazi. Sus jefes le encomiendan la misión más difícil: desplazarse a Alemania y hacerse con unos documentos que están en el interior de Carinhall.

Erika es una ambiciosa mujer alemana casada con un alto oficial nazi. Viven con su hijo en Carinhall y, desde allí, son testigos del desmoronamiento del Reich y el avance de las tropas aliadas. Cree que la única opción de salvación es huir, y deberá convencer a su marido de ello.

En esta apasionante novela el lector se sentirá atrapado por la historia, su desarrollo y, sobre todo, por los vínculos que se establecerán entre las tres protagonistas femeninas y las circunstancias que las llevarán al límite.

La novela, publicada en 2011, puede encontrarse en Amazon en formato digital.